

47



MEMORIA DE UNA



ZAMACOIS



MEMORIA

DE UNA

CORTESANA



ESTRADA



ESTRADA



ESTRADA



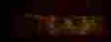
ESTRADA



ESTRADA



ESTRADA



ESTRADA



ESTRADA



ESTRADA



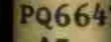
ESTRADA



ESTRADA



ESTRADA



ESTRADA



ESTRADA



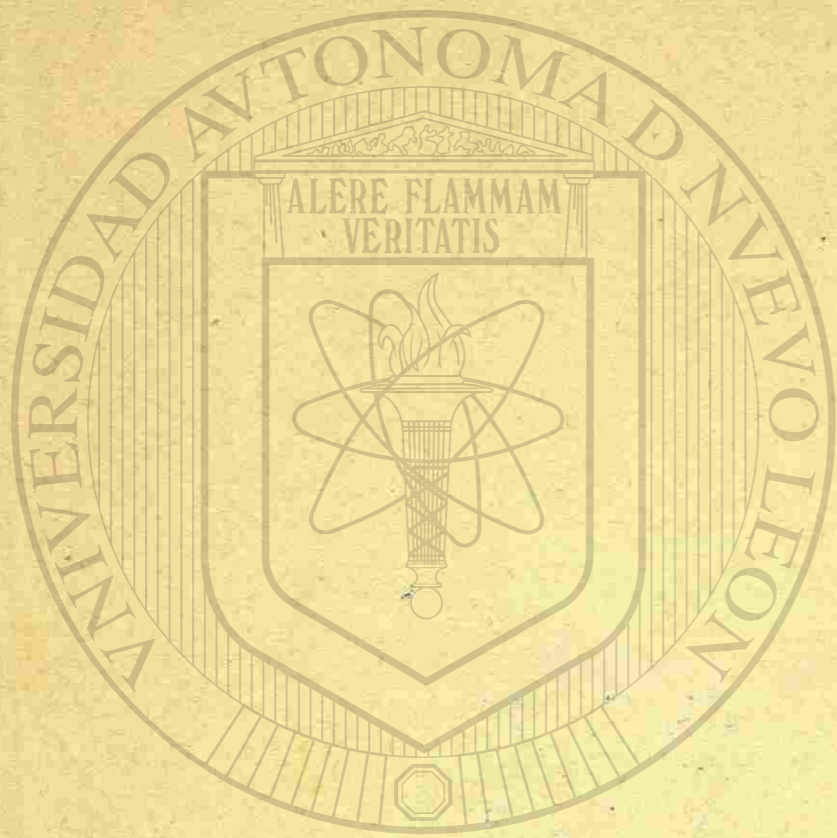
ESTRADA



ESTRADA



PQ6647
•A5
M4



U A N L

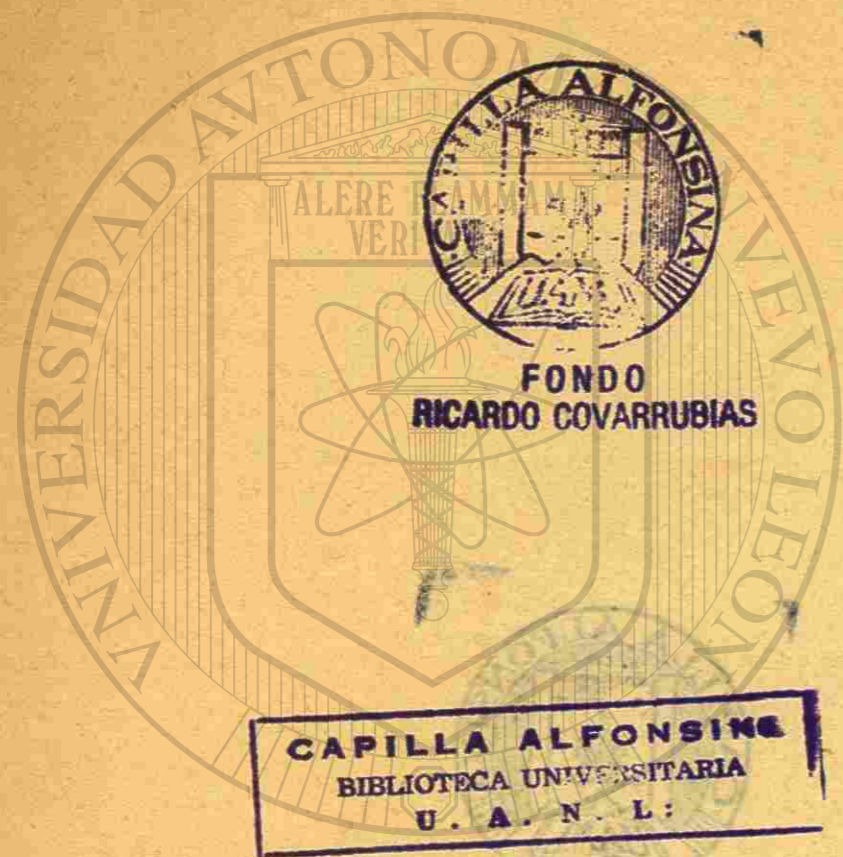


FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Núm. Clas.	223 ^m
Núm. Autor	33989
Núm. Adg.	-
Procedencia	-
Precio	
Fecha	
Clasificó	
Catalogó	



MEMORIAS

DE UNA CORTESANA

NOVELA ORIGINAL

DE

EDUARDO ZAMACOIS

Ilustraciones de PEDRO DE ROJAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

101126

BARCELONA
CASA EDITORIAL SOPENA
CALLE VALENCIA, 275 Y 277
J.G. RIOS VELASCO.
Sta. Teresa 23.
GUADALAJARA, MÉX.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

33989

863
Z

Novelas de Eduardo Zamacois

PUBLICADAS POR ESTA CASA EDITORIAL

- La Enferma.—2.^a edición.
Punto Negro.—5.^a edición.
Tik-Nay. (*El payaso inimitable*).
Incesto.—2.^a edición.
Loca de Amor.—2.^a edición.
El Seductor.—3.^a edición.
Duelo á Muerte.
Memorias de una Cortesana.
De mi Vida. (*Recuerdos, ensayos dramáticos, críticas, etc.*)
La Quimera. (*Novela corta*).—2.^a edición.
De Carne y Hueso. (*Cuentos*).—3.^a edición.
Horas crueles. (*Cuentos*).—2.^a edición.

NOVELAS CORTAS

- Noche de Bodas.
El Lacayo.
Bodas trágicas.
Amar á obscuras.
La Estatua.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imp. Casa Editorial Sopena, calle Valencia, 275 y 277.—Barcelona

ADVERTENCIA

Ya nadie recuerda á Isabel Ortego. No lo extraño. El esplendor de las cortesanas, como el triunfo de los actores, aunque deslumbrante, es movidizo y pasajero.

Conocí á Isabel hace bastantes años; me presentó á ella un amigo. Isabel llegaba entonces al ocaso de su segunda juventud; veo su tersa frente cortada por un pliegue vertical; sus ojos grandes y verdes constelados de puntitos grises y glaucos, que daban á sus pupilas el borroso color de la ceniza; de las cenizas tristes, eternamente frías; su nariz larga y recta, su boca de finos labios, su rostro enérgico, empalidecido por el negro brillante de los cabellos; y su cuerpo alto, robusto y magnífico, cuyas actitudes tenían, más que la frívola elegancia moderna, la reposada majestad de las estatuas... Mucho tiempo después volvimos á vernos; la encontré vieja; su rostro conservaba atrayente y dominadora expresión, pero la boca era más triste y el desencanto amortiguaba el brillo de los ojos; sus trajes ricos, deslucidos y anticuados, acusaban pobreza. Isabel habló de su vida sin alegría y sin despecho, resignadamente, como de algo fatal y previsto: aquello era astro que declina, fuente que se seca, filón que se agota. En el espacio de tres ó cuatro años la vi diferentes veces y siempre más vencida, más rota, más pequeña, y era que, aun sin moverse, se alejaba.

Una noche me rogó que fuese á visitarla.

—Vaya usted—dijo—yo, como he vivido tanto, conservo muchos recuerdos; hablaremos... Acaso pueda usted aprovechar para sus libros algo de esta entrevista.

Fui: Isabel Ortego vivía en los barrios bajos; esos barrios madrileños con callejuelas revueltas como los hilos de una maraña y hasta las cuales no descendiendo el sol. El cuarto de Isabel era interior; una especie de bozrdilla con dos ventanas á un patio estrecho y profundo, con muros verdosos como las paredes de los pozos abandonados. Los suelos estaban desnudos, los muebles eran pocos y viejos y por sus heridas asomaba el pelote, un ambiente helado pesaba sobre las habitaciones vacías; en las paredes amarilleaban algunos retratos que, por lo antiguos, debían de ser de personas ya muertas.

La conversación de Isabel Ortego fué interesante: hablaba mucho y bien, interpolando en sus recuerdos anécdotas y lances por todo extremo pintorescos; bajo el casco de sus blancos cabellos, la fértil lámpara de su pensamiento ardía sin desmayos. Rápidamente evocó el espejismo de sus triunfos, ya muy lejanos; luego explicó por qué deseaba verme.

—Desde hace años—dijo—distraigo el fastidio de vivir sola escribiendo mis «Memorias»: es lo único, enteramente mío, que me resta, y no quiero que estos tesoros de experiencia se pierdan: mis «Memorias» son largas, y en ellas hay páginas alegres, capítulos tristes, pasio-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

nes, ingratitudes, egoismos, crímenes... toda esa repugnante bazofia, en fin, de confusos afectos que rellenan la vida, y que sólo pudo conocer quien, como yo, habita esta boardilla después de haber dormido con un rey... Usted las repasará y, si son buenas, publíquelas; me siento enferma, y por pronto que ese libro aparezca, nunca será antes de que mi historia termine.

—¿Y publicando esas «Memorias» —re-
puse,—no molestaremos á nadie?

Sonrió tristemente.

—A nadie—dijo;—soy la última oveja
de un gran rebaño que ya duerme en
paz.

Me fui llevándome el manuscrito que,
con ciertas correcciones, publico á conti-
nuación; mucho después y por la nove-
lesca casualidad que conocerá quien siga

leyendo hasta el fin, supe que Isabel Or-
tego había muerto.

Isabel fué buena y si cometió errores,
lo hizo inconscientemente, mas no por
criminal inclinación de su índole; su vida
fué una dilapidación de favores, de cari-
cias, de socorros pecuniarios que repartía
con imprevisora prodigalidad: quien supo
arruinar á muchos, se dejaba explotar
por todos: parientes y amigos; las campa-
nas de la iglesia que su caridad levantó
en un pueblo, no doblaron por ella, y
como nadie reclamó su cuerpo, aquel
cuerpo adorable que costó vidas y ganó
millones, su cadáver fué echado á la fosa
donde los desheredados, malos ó buenos,
se pudren juntos. Yo, que estudié de cer-
calos méritos de su alma, perdoné sus
culpas; perdónalas tú también, lector ami-
go, por lo mucho que amó...

MEMORIAS DE UNA CORTESANA

I

Madrid 18 Octubre...

Habito un piso segundo de la calle Ca-
ballero de Gracia, en la misma acera y
muy cerca del Hotel de Roma. Mi casa es
un hermoso cuarto con suelos de madera
encerada, gabinete rojo, salón azul, cuar-
to de baño, alcobas estucadas para la ser-
vidumbre, luz eléctrica, cocina con gri-
fos de bronce y lavaderos de mármol,
pasillos con zócalos de nogal y escaleri-
lla de servicio. Cuando aprecio estos lu-
jos y recuerdo que tengo á mis órdenes
dos criadas, un lacayo encargado de ser-
vir la mesa y abrir la puerta, y un landó
que viene á buscarme todas las tardes,
me siento superior á la generalidad de
las mujeres.

Desde hace seis meses soy querida de
don Felipe Reina, vizconde del Pretil, de
quien hablaré más adelante, tan pronto
como haya metido entre renglones lo mu-
cho que, á pesar de mi juventud, he vis-
to y vivido.

Tengo veintinueve años, y por lo que
varios peritos en psicologías femeninas
me han dicho, las confesiones perfecta-
mente francas del espejo y lo poco que
fué enseñándome la asidua lectura de al-
gunas obras científicas y de no pocas no-
velas, me creo capaz de abocetar mi re-
trato físico y aun mi silueta moral, con
bastante exactitud. Soy alta y gallarda,
y desde que el marqués de Lágaro se sui-
ció por mí, visto de negro: negros son
mis vestidos, mis sombreros, mis corsés;

negros también mis abanicos de pluma y
los caballos de mi landó; esto ha creado
á mi alrededor una leyenda romántica
que no me perjudica, y hasta me llaman
«la dama negra» muchos pisaverdes men-
tecatos que llegaron á ver de cerca el co-
lor de mis camisas. Mis manos y mis pies
son pequeños, mi talle largo, breve la
cintura y las caderas y el seno tan ampu-
losos y exquisitamente modelados, que
más de un amante suspicaz no quiso creer
completamente míos hasta después de
bien vistos y tocados. Mi cabeza, que el
pintor italiano Richardi puso sobre los
hombros de Aquiles, en su cuadro «La
muerte de Patroclo», merece descripción
más minuciosa, porque el semblante, se-
gún dicen psicólogos respetables, es hue-
lla, reflejo ó fiel trasunto del espíritu; y
así el lector reflexivo, acaso llegue á pene-
trar las honduras de mi alma; alma á ra-
tos ardiente, á veces rabelesiana y escép-
tica, ora rectilínea y dulce, ora desorde-
nada y bohemia, que ni yo misma en-
tiendo.

Mis cabellos, de un negro intenso y
brillante, los he llevado partidos siempre
al lado izquierdo, formando dos crenchas
desiguales que cubren mis orejas comple-
tamente y luego recojo atrás, sobre la
nuca, bajo una media luna de brillantes
y rubies, sea cual fuere la moda de pei-
nado imperante: en mi frente, de una am-
plitud y desembarazo masculinos, las pi-

nes, ingratitudes, egoismos, crímenes... toda esa repugnante bazofia, en fin, de confusos afectos que rellenan la vida, y que sólo pudo conocer quien, como yo, habita esta boardilla después de haber dormido con un rey... Usted las repasará y, si son buenas, publíquelas; me siento enferma, y por pronto que ese libro aparezca, nunca será antes de que mi historia termine.

—¿Y publicando esas «Memorias»—re-
puse,—no molestaremos á nadie?

Sonrió tristemente.

—A nadie—dijo;—soy la última oveja
de un gran rebaño que ya duerme en
paz.

Me fui llevándome el manuscrito que,
con ciertas correcciones, publico á conti-
nuación; mucho después y por la nove-
lesca casualidad que conocerá quien siga

leyendo hasta el fin, supe que Isabel Or-
tego había muerto.

Isabel fué buena y si cometió errores,
lo hizo inconscientemente, mas no por
criminal inclinación de su índole; su vida
fué una dilapidación de favores, de cari-
cias, de socorros pecuniarios que repartía
con imprevisora prodigalidad: quien supo
arruinar á muchos, se dejaba explotar
por todos: parientes y amigos; las campa-
nas de la iglesia que su caridad levantó
en un pueblo, no doblaron por ella, y
como nadie reclamó su cuerpo, aquel
cuerpo adorable que costó vidas y ganó
millones, su cadáver fué echado á la fosa
donde los desheredados, malos ó buenos,
se pudren juntos. Yo, que estudié de cer-
calos méritos de su alma, perdoné sus
culpas; perdónalas tú también, lector ami-
go, por lo mucho que amó...

MEMORIAS DE UNA CORTESANA

I

Madrid 18 Octubre...

Habito un piso segundo de la calle Ca-
ballero de Gracia, en la misma acera y
muy cerca del Hotel de Roma. Mi casa es
un hermoso cuarto con suelos de madera
encerada, gabinete rojo, salón azul, cuar-
to de baño, alcobas estucadas para la ser-
vidumbre, luz eléctrica, cocina con gri-
fos de bronce y lavaderos de mármol,
pasillos con zócalos de nogal y escaleri-
lla de servicio. Cuando aprecio estos lu-
jos y recuerdo que tengo á mis órdenes
dos criadas, un lacayo encargado de ser-
vir la mesa y abrir la puerta, y un landó
que viene á buscarme todas las tardes,
me siento superior á la generalidad de
las mujeres.

Desde hace seis meses soy querida de
don Felipe Reina, vizconde del Pretil, de
quien hablaré más adelante, tan pronto
como haya metido entre renglones lo mu-
cho que, á pesar de mi juventud, he vis-
to y vivido.

Tengo veintinueve años, y por lo que
varios peritos en psicologías femeninas
me han dicho, las confesiones perfecta-
mente francas del espejo y lo poco que
fué enseñándome la asidua lectura de al-
gunas obras científicas y de no pocas no-
velas, me creo capaz de abocetar mi re-
trato físico y aun mi silueta moral, con
bastante exactitud. Soy alta y gallarda,
y desde que el marqués de Lágaro se sui-
ció por mí, visto de negro: negros son
mis vestidos, mis sombreros, mis corsés;

negros también mis abanicos de pluma y
los caballos de mi landó; esto ha creado
á mi alrededor una leyenda romántica
que no me perjudica, y hasta me llaman
«la dama negra» muchos pisaverdes men-
tecatos que llegaron á ver de cerca el co-
lor de mis camisas. Mis manos y mis pies
son pequeños, mi talle largo, breve la
cintura y las caderas y el seno tan ampu-
losos y exquisitamente modelados, que
más de un amante suspicaz no quiso creer
completamente míos hasta después de
bien vistos y tocados. Mi cabeza, que el
pintor italiano Richardi puso sobre los
hombros de Aquiles, en su cuadro «La
muerte de Patroclo», merece descripción
más minuciosa, porque el semblante, se-
gún dicen psicólogos respetables, es hue-
lla, reflejo ó fiel trasunto del espíritu; y
así el lector reflexivo, acaso llegue á pene-
trar las honduras de mi alma; alma á ra-
tos ardiente, á veces rabelesiana y escép-
tica, ora rectilínea y dulce, ora desorde-
nada y bohemia, que ni yo misma en-
tiendo.

Mis cabellos, de un negro intenso y
brillante, los he llevado partidos siempre
al lado izquierdo, formando dos crenchas
desiguales que cubren mis orejas comple-
tamente y luego recojo atrás, sobre la
nuca, bajo una media luna de brillantes
y rubies, sea cual fuere la moda de pei-
nado imperante: en mi frente, de una am-
plitud y desembarazo masculinos, las pi-

caras preocupaciones, á las cuales quiero inútilmente sustraerme, van pintando un pliegue vertical que, según Felipe, es la rúbrica ó sello que autoriza y da valimiento y carácter definitivos, al poema elocuente de mi rostro: mis ojos son grandes, de un color ceniciento, que los hace refulgentes en los momentos de cólera como la bruñida lengua de las espadas. Muchas veces, sentada ante el espejo de un armario y con la cara cerca del cristal, procuré traducir la verdadera expresión de mis ojos. ¿Qué dicen? ¿Cuál es el genuino oriente del espíritu en ellos pintado? Sobre el globo blanco y húmedo, los iris acibillados de puntitos grises, verdean, y su verdor es tan pálido y tan numerosos los borroncillos acerados que por ellos espolvoreó el capricho, que la coloración cenicienta prevalece y se impone, haciendo de mis ojos los más raros, fieros y parladores, que ni yo, ni nadie, recuerda haber visto: en su centro, las pupilas negrísimas arden y fulguran cual si brillasen con luz propia. Ante el misterio de estos ojos mis amantes quedaron suspensos muchas horas, buscando su enigma: por ellos sé las conexiones invariables que ligan su compleja coloración á los diversos momentos de mi espíritu; si me entusiasmo, la noche luminosa de la pupila crece, invadiendo el iris, espantando las salpicaduras grises y glaucas, agoreras de malas pasiones, dando á la mirada expresión inteligente y sin doblez: por el contrario, cuando me irrito, la pupila se encoge, multiplicanse los borroncillos cenicientos y la mirada se torna fría y metálica; y en los dulces momentos de soledad y ensueño, cuando soy muy feliz escuchando una melodía ó abandono mi cabeza despeinada sobre un pecho varonil, surge el color verde, un color verde obscuro que da á mis ojos el aspecto temeroso que tienen los remansos profundos de los ríos bajo el follaje susurrante de los sauces...

Para hablar de los demás detalles fisonómicos, echaré el paso largo: mi rostro es ovalado, la nariz recta y larga; la boca grande y de labios finos, es catarata co-

piosa de risas; los dientes son blancos, pequeñines y primorosamente plantados sobre las rojas encías; en el lado derecho del cuello, debajo de la oreja, tengo un lunar; mis pies primorosos constituyen mi orgullo mayor...

Mas, ¿á qué vienen estos pormenores cuando la pintura detallista me aburre?...

Hablaré de mis ojos, que son mi alma, mi pobre alma que quiere y sueña, odia y ama, y que, según las circunstancias, es inocente ó perversa, sin que nada explique el laberíntico enredijo de sus afectos. Yo, que nunca fui madre y comprendo los trabajos y suciedades que acarrea la crianza de los niños, me fino y despezo por el hijo de mi lavandera, desde que un día restregó contra mis labios perfumados su baboso hociquillo; lo que me induce á creer que mi corazón y mi matriz se entienden muy mal. Las contradicciones de esta laya podrían contarse por docenas: así, yo, que sería capaz de llorar ante un nido de gorrioncillos abandonados, no temblé disparando un pistolazo sobre cierto inglés que me aburría; y esta misma hetera, que tanto gasta y que tantos millones ha derrochado neciamente, suele envidiar la suerte de las mujeres campesinas que entregan por las noches el placer de su cuerpo al hombre amado á quien durante el día dieron su trabajo, bregando junto á él en la era ó sobre el surco. Lo que sí puedo afirmar con absoluta seguridad es que mis deseos son tanto más cariñosos, conciliadores y puros, cuanto más honradamente me abismo en los mares sin playas del recuerdo; de donde concluyo que mis ojos, cuando fui niña, hubieron de ser verdes, perfectamente verdes, como la esperanza sin jirones de la inocencia, hasta que los combates de la vida los endureció, acerándolos, como metaliza y endurece las almas. ¡Oh! ¡Quién pudiera volver á mis pobres ojos, que todo lo han visto, el verdor de los campos; de los campos honrados, con sus fieles amores, sus días de sol, sus colchones de paja, por donde el adulterio no pasa casi nunca!...

Mas no hablemos de esto, pues el am-

biente que me rodea no me desagrade completamente: hay almas nebulosas, tristes, llenas de calofrios y de incertidumbres, que parecen orientadas al norte; otras, en cambio, lo están al mediodía y todo es en ellas luz y calor: mi alma forma en el número de estos espíritus privilegiados: mi gran arte ha consistido, desde que recibí el primer desengaño, en conformarme alegremente con todo.

El espíritu regocijado y mundano que presidió el ornato de mi casa, contrasta poderosamente con mi carácter sentimental y el severo color negro de mis vestidos: no hablaré del recibimiento, adornado por un gran espejo bajo el cual, y dentro de un rectángulo de azulejos, lleno de tierra, crecen dos palmeras enanas; ni de los pasillos, tapizados de papel color azul obscuro, que escorza fuertemente las suaves curvas de las divinidades paganas que adornan los ángulos; ni del cuarto de baño, con suelo tapizado de hule y espejos que multiplican la imagen de mi cuerpo; ni del salón azul, donde los divinos genios de Beethoven y Schubert duermen entre las cuerdas horizontales de un piano de cola: pero si me detendré en el gabinete, tapizado de rojo, con sus blandas alfombras que acarician los pies, sus jugueteros cargados de figulinas y de retratos, y su chimenea, con su reloj de bronce y sus leños crujientes, que ayudan á soñar; y en la espaciosa alcoba, donde mis bellezas de cortesana sentaron su trono.

Está separado el dormitorio del gabinete por una columna que forma dos arcos artísticamente cubiertos por largos cortinajes de terciopelo carmesí, que barren el suelo como la cola majestuosa de los hábitos sacerdotales: en medio de la habitación está el lecho, profundo y blando, cubierto por una sobrecama de encajes; encima de él, bajo la corona del mosquitero, luce una luz eléctrica; al otro lado, ocupando el principal testero de la habitación, hay un diván sin respaldo y sobre él un espejo donde puedo verme fácilmente desde la cama.

Es la mía una alcoba quimérica como

una vista de acuarium: por las paredes estucadas y entre los repliegues de la seda roja que cubre el techo, puse lamparillas eléctricas con formas de lagartos y de diminutas tortugas que parecen moverse entre las hojas de una flora fantástica: en un ángulo, á los pies del lecho, sobre una columna de mármol, hay un ibis de cristal, dormido sobre una pata, y dentro del cual arde otro pequeño foco eléctrico. Muchas noches, el vizconde del Pretil y yo nos divertimos en dejar el dormitorio completamente á oscuras para ir encendiendo, mediante un sencillo mecanismo de llaves, las diferentes luces: de pronto surge en la sombra el ibis, que el espejo reproduce, con sus largas patas y su pico rojo; después se ilumina un grupo de lirios, entre los cuales y suspendido del techo por un hilillo invisible, parece aletear un moscardón, rojo como un coágulo de sangre; y sucesivamente van surgiendo las perezosas tortugas con sus chatas cabezas animadas por dos ojuelos sangrientos de rubies, y los sigilosos lagartos, deslizando sus cuerpos verdes bajo flores monstruosas, y cuando todas las luces están encendidas, el dormitorio, aunque muy iluminado, aparece bañado en resplandor lechoso y cálido que favorece la satinada blancura de mi piel.

Seis meses hace que duermo en esta habitación: ¿tendré bien estudiados y conocidos todos sus secretos?... El ibis, con su pico rojo y su blanco plumaje, aterciopela las pomposidades de mi cuerpo desnudo; la verdosa coloración de los lagartos le da las brillantes y pulidas apariencias del jaspe, y frialdad marmórea, la blanca luz de los lirios: el encendido moscardón que aletea ante ellos, pinta sobre mi carne vetas sangrientas que excitan los deseos crueles... Un hombre pasaría cuatro noches consecutivas en este santuario y siempre creería hallarse con una mujer distinta; porque el tacto es esclavo de la vista y donde ésta vacila con mentirosas apariencias, aquel se turba. Felipe dice que soy una mujer extraña, y yo así lo pienso: más que en mi

propia belleza, cifro mi orgullo en la desequilibrada originalidad de mi alcoba: durante el día todo en ella es corriente y vulgar; pero de noche el techo parece crecer y las paredes alejarse unas de otras, dando á la habitación dimensiones inmensas; y son extraordinarios, cual visiones del opio, los melancólicos lirios de velada luz, el íbis, inmóvil sobre su pedestal, los lagartos que parecen agarrarse al compacto estuco levantando las cabezas ligeramente como escuchando algo lejano... En un ángulo, bajo una cortina, está la puertecilla del cuartito ropero donde me lavo.

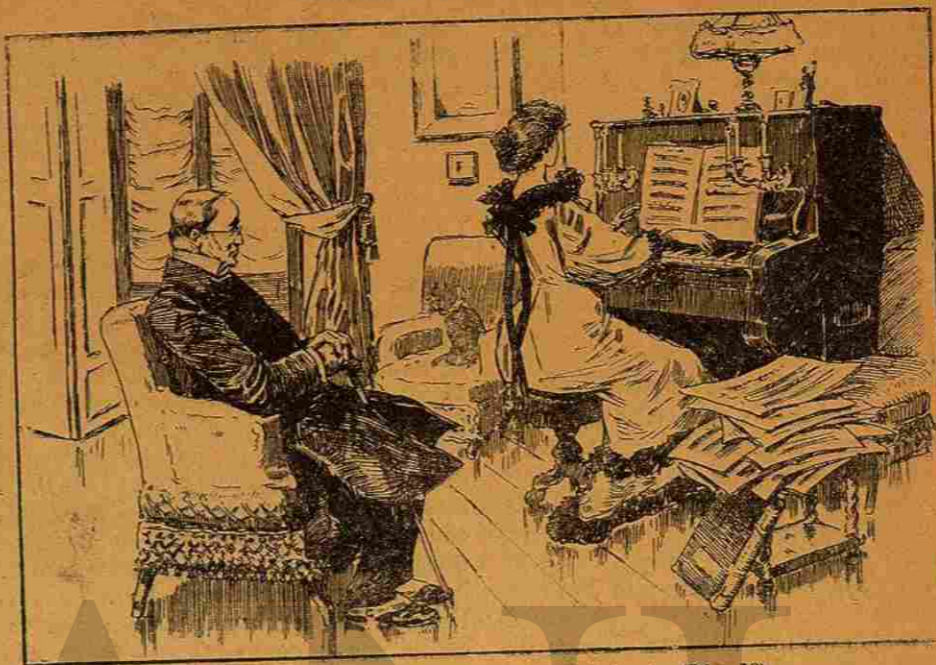
Tales son mis dos habitaciones favoritas: alegres, coquetonas, ventiladas, con muebles cómodos que emperezan el cuerpo y empujan la imaginación suavemente hacia los bosques del ensueño. Todo ríe en ellas; las figulinas de que los jugueteros están repletos, los cuadros, la máscara que abre su desquijarada boca de clown sobre la cornisa de un armario. Las imágenes místicas están suprimidas; me repugnan: las Vírgenes, con sus pálidos rostros transidos de dolor, y los Cristos exangües, sólo sirven para recordar que la injusticia y crueldad humanas triunfan siempre.

En mis horas de soledad, especialmente si es invierno, el gábinete constituye mi refugio favorito: la chimenea ayuda á soñar; el vaivén sempiterno del reloj colocado sobre ella y el chisporroteo de la leña que arde en el hogar, producen insensiblemente la evocación de lo pasado; evocación que suele obtener prodigiosa exactitud, pues los fenómenos imaginativos y ópticos se parecen, y así como los edificios vistos á distancia se aprecian mejor que de cerca, de igual modo los recuerdos, considerados desde lejos, se recomponen con más precisión y justeza.

Delante de esa chimenea donde mi galbana andaluza me permite vivir horas incontables de sabrosa pasividad, fué donde concebí la idea de escribir mis «Memorias». Creo que la autobiografía es la labor predilecta de los escritores perezosos: la novela y la literatura tea-

tral, aun en sus manifestaciones más modestas, fatigan la imaginativa con la creación incesante de personajes y de fábulas; como agotan igualmente la voluntad esos graves libros de controversia enderezados á convencer y allegar partidarios en pro de una doctrina ó tendencia; mientras que la autobiografía, especialmente cuando no hay penas irremediables que llorar, refresca el espíritu con el murmullo de las brisas, há tiempo calladas, que orearon la infancia, esponjándolo, reverdeciéndolo, como planta que de pronto recibiese sobre sus hojas tostadas por el sol, llovizna bienhechora: el recuerdo es una burlita que la memoria hace al tiempo, contradiciéndole, venciendo el curso, siempre filante, de su corriente, retro trayendo lo pretérito; es una especie de rumiación espiritual que nos permite recomponer sensaciones mal digeridas; un recurso, un pobre recurso, que el Destino otorga para dar movimiento y actualidad aparentes á lo muerto, alargando así el espejismo de una vida demasiado breve. Porque, descontando las horas que pasamos durmiendo y que no vivimos, porque el sueño es un ensayo de la muerte, y aquellas que malgastamos desempeñando los mil menudos quehaceres que fatigan y abochornan el espíritu, ¿qué quedaría de nosotros si, según vamos entrando en el mañana, fuésemos perdiendo la memoria de lo que éramos ayer?...

Sentada en un sillón, voluptuoso y blando como una caricia, y con los pies apoyados sobre los morillos del hogar, he aprovechado mis soledades resucitando lo cristalizado, lo eternamente inmóvil, y los callados diálogos de mi pensamiento formaban con el fuego que cruje una melopea extraña que favorecía la evocación. Como en mi elegante chimenea de cortesana, los leños chisporroteaban bajo la ancha campana de la cocina paterna: he oído el «ritornelo» melancólico y dulce de viejas tonadillas infantiles, y escuchado la canción de una fuente que con su curso entristecía el ánimo de las solteras soñadoras, y gozado de nue-



... ejecuté al piano una melodía de Schubert... (Pág. 10)

vo el penetrante aroma de un rosal que crecía agarrándose á las grietas y salientes de un viejo paredón, y que probablemente ya se habrá secado...

Si, recordemos: los recuerdos son como brazos que nos levantan del suelo, que nos mecen; entre ellos nos reconocemos pequeñines y débiles; ¡y es tan dulce, sentirse niña de cuando en cuando!...

22 Octubre.

Al hablar de mí y de mi casa, no dije nada de Totó; Totó es un gato negro, de piel fina y lustrosa, un excelente compañero que me conoció pobre y bajo cuyos ojos amarillos han pasado todos mis amantes: á Totó le quiero y le respeto; es un ser superior, perezoso y altivo: nunca cazó un ratón, contenido por el ímprobo trabajo de alargar la garra: quien una vez le molestó, no espere recibir en el cuello el cosquilleo de sus bigotes perfumados. Además, Totó es psicólogo; la experiencia me ha probado que los hombres de quien él huye y desconfía, no son buenos.

MEMORIAS. - 2

Esta mañana madrugué pensando ir á casa de mi amiga Leonarda Cadenas, para llevarla á dar un paseo en coche por los alrededores del Hipódromo. Con este propósito me bañé inmediatamente luego de levantarme y almorcé temprano. A los postres llegó Felipe Reina, el viejo y cariñoso amo, que subvenciona abundantemente todas mis necesidades y tiene, por ello, derecho pleno sobre mí.

—¿Dónde vas?—preguntó.

—A casa de Leonarda.

—¿Tan temprano?

—El coche vendrá á buscarme á las dos.

—¡Bah!... ¿Qué importa? Que espere.

Felipe, con sus cabellos blancos y su rostro afeitado, me inspira un cariño perfectamente filial; pero tan valedero y legítimo, que ni por asomo mi independiente condición piensa rebelarse contra el dulce yugo de sus blanduras. Su suave protesta, por tanto, fué orden para mí. Ibsen llamó á los lupanares «casas de muñecas.» Las mujeres, en efecto, somos verdaderas muñecas; una superfluidad

social, un juguete lujoso que sólo sirve de pasatiempo y recreo. ¿Qué vale nuestra voluntad luego de vendida por dinero ó á trueque de una bendición?... Disfrutando por anticipado las higiénicas impresiones de un buen día de sol, nos vestimos, nos cubrimos el seno de encajes, nos rizamos el pelo... y el amante ó el marido llegan de pronto y con dos zarrazos nos despeinan y nos desnudan, deshaciendo en un santiamén lo que compusimos á fuerza de coquetería y de paciencia.

Esto me sucedió con Felipe; vino á verme á las dos menos cuarto y no sabía cómo entretener los setenta y cinco minutos que faltaban hasta las tres.

—A esa hora—dijo—me iré; están esperándome en Bolsa.

—¿Y mi paseo?

—Lo retrasas un poquito ó lo aplazas para otro día.

Sus viejos ojos me miraban llenos de dulzura, humedecidos por una caballeresca emoción de súplica. Mi obligación era complacerle y cumplí mi deber, divirtiéndole, cual si hubiese estado aguardando impaciente su visita: ejecuté al piano una melodía de Schubert, cerré herméticamente las ventanas, corrí los cortinajes y fui encendiendo paulatinamente las luces de la alcoba; luego me desnudé, mostrando por entre los negros encajes de mi bata las blancuras lapidarias del seno...

Cuando se marchó eran las cuatro; ¿dónde ir á esa hora?... Ordené á Fabián que despidiese el coche y me puse á escribir: Totó, acurrucado sobre la mesa, cerca del tintero, observa el nervioso garabateo de mi pluma; y observa atentamente, como acechando el momento en que deslice su nombre en mis «Memorias»...

Nací cerca de Sevilla, en un pueblecito situado á la derecha mano de la carretera que conduce desde la capital á las ruinas de Itálica, y tan cerca del Guadalquivir, que algunas de sus casas se retratan tembleteando sobre el movedizo cristal del río. A mi padre le llamaban don

Miguel y era un hombretón de nariz aguileña y torvo mirar, con grandes mechones de pelo rubio que le cubrían las sienes y la frente: trataba en caballos y tenía merecida fama de guapo; hablaba poco, no se quitaba nunca el ancho sombrero; un chirlo que cortaba su boca oblicuamente de derecha á izquierda, endurecía su rostro. Mi madre era pequeña y morena, y como buena andaluza, extremadamente tolerante y cariñosa para sus hijos; jamás supe cómo ella y mi padre se conocieron, ni si su matrimonio saldó alguna deuda de honor; lo cierto es que en aquel hogar la voluntad del hombre era omnipotente y que mi madre, lejos de reclamar sus derechos y los motivos que indudablemente tenía para rebelarse contra muchos atropellos y desafueros, temblaba ante su marido como rama rota bajo la presión flageladora del viento. Fuimos dos hermanas; la menor se llamaba Milagro y como era siete años más joven que yo, me acostumbré á ejercitar sobre ella la desdeñosa autoridad con que tratan á las niñas pequeñas las zagalonas que ya aprenden á mirarse de reojo en los espejos.

Las imágenes que conservo de aquellos tiempos son incompletas: recuerdo vagamente el aspecto de mi casa, con su salón rodeado de viejos muebles y presidido por una Virgen metida en un fanal; y la cocina, grande y oscura, bajo cuya ancha campana se reunían todas las noches el aparcerero, su mujer y sus cuatro hijos, que volvían del campo con la cara y los brazos renegridos por el sol, y la hoz ó el rastrillo en la mano: después llegaba mi padre haciendo sonar contra el suelo sus espuelas de plata, y se sentaba á la derecha del hogar lanzando un suspiro de gigante cansado: luego cogía á mi hermana, sentándola en sus rodillas, permaneciendo inmóvil, absorto ante los leños que ardían: nadie hablaba sin permiso suyo; yo misma no me atrevía á desplegar los labios, y aun me parece ver su enérgico perfil recortándose sobre el muro...

Como mi padre no tenía tiempo para

governarme y mi pobre madre jamás supo imponer su voluntad, llegué á los ocho años sin saber leer ni escribir, corriendo tras las gavillas de segadores y al encuentro de la diligencia que dos veces por semana venía de la capital, y siendo ducha como una salvaje en el primitivo arte de coger nidos y cazar pajarillos con trampas que yo misma inventaba.

Recuerdo que todo me maravillaba y que los incidentes más nimios seducían mi atención: en la iglesia pasaba muchas horas, presa en el fresco misterio de sus naves oscuras; además, un prurito insaciable de amor inundaba mi alma; ponía cariño en las personas, en los objetos, en los árboles, en los caminos; más de una vez, recorriendo el pueblo, interrumpí mi paseo fluctuando entre dos calles que me eran igualmente simpáticas. Las flores, especialmente, me embriagaban con su aroma y la coloración intensa de sus pétalos; las creía inteligentes, buenas y capaces de comprenderme, y como la desdichada heroína de Sudermann «los zarzales de rosas me parecían princesas encantadas; los tornasoles, sacerdotes revestidos de hábito talar, y las dalias vírgenes, polacas con papalinas rojas...» Las flores eran amigas mías, sólo ellas conocían mis pequeñas cuitas, recibiendo las revelaciones que yo las confiaba á media voz; luego me aconsejaban y yo parecía libar sus palabras acercando á sus cálices perfumados mis labios rojos. También adoraba mis ojos y mis pies, sobre todo mis pies, que lavaba con agua de Colonia... Por las tardes, cansada de cazar grillos y de correr bajo el sol de la era, volvía á mi casa y era taladrante y dulcísima la emoción de frescura y de paz que experimentaba al penetrar en la amplia cocina donde mis padres y mi hermanita Milagro me esperaban; era una impresión que recuerdo vagamente y que más tarde, á pesar de haber vivido en hoteles lindísimos, no he vuelto á sentir. Al verme, mi padre fruncía el entrecejo con un gesto amenazador en él habitual, aunque estuviese de buen temple; me

atraía hacia sí, me colocaba entre sus rodillas, me besaba la frente...

—Esta chiquilla—decía—es una bestiezueta; ni sabe leer, ni aprenderá nunca... y como yo no tengo tiempo de habérmelas con ella...

Luego examinaba mis vestidos, hallándome siempre sobradamente rota y sucia: mis ropitas estaban jironadas, mis pantorrillitas acribilladas á arañazos, los zapatos no me duraban ocho días. Mi pobre madre, sintiendo la alusión mortificante que estas observaciones envolvían para ella, se disculpaba asegurando que yo nací voluntariosa, independiente y vagabunda por temperamento, y que nadie podría enderezarme por buen camino. Entonces mi padre hablaba de Rosario, una hermana suya casada con un esterero que vivía en Sevilla: era necesario enviarme con ellos; en la capital había buenos colegios, y el ejemplo de otras niñas y la falta de libertad me volverían juiciosa. Oyéndole, mi madre quedaba triste, temblando ante la idea de verme partir; y yo experimentaba una emoción ambigua de pesadumbre y contento, representándome las magnificencias de aquella gran ciudad desconocida, cuya Giralda surgía gallarda bajo el cielo azul, sobre una línea ondulante de blancos tejados.

Por fin, mi padre, que logró hacer negocios de cuantía por las ferias de Carmona y Mairena, pudo reunir algún dinero y enviarme á Sevilla.

Mi tía Rosario era una pobre mujer, deformada y embrutecida por los partos y la crianza de seis hijos, todos varones y mayores que yo: su marido, aunque siempre fué trabajador y bueno, se había entregado á la bebida desde que perdió una niña de mi edad, en quien adoraba, y raros eran los días en que no se emborrachaba: afortunadamente, su embriaguez era mansa, dándole por enternecerse y lagrimear por todo. Entretanto, la miseria assolaba aquel hogar, y aunque la pobre Rosario, llena de valor, trabajaba heroicamente, los modestos beneficios de la esterería no bastaban á calmar la sed de mi tío Francisco, borracho y llorón.

Mi llegada fué para aquella desventurada familia como salutífera lluvia de oro, y las setenta y cinco pesetas que mi padre pagaba mensualmente por mi hospedaje y manutención, copiosa fuente de prosperidades y bienandanzas. Desde el primer momento, quedé instalada en la mejor habitación de la casa: un gabinete con una ventana enrejada abierta sobre la vieja plaza del Pozo Santo. A la mañana siguiente, Rosario me acompañó al colegio, situado en la calle Viriato, tortuosa y callada como un callejón morisco. Entonces tenía yo diez años.

Al verme en los bancos de la escuela codeándome con niñas mucho menores que yo, sentí la vergüenza de mi ignorancia y me dediqué al estudio con provechoso frenesí: tres días me bastaron para conocer las letras, otros tres para unirlos; á la semana siguiente ya formaba palabras, comprendiendo los sencillos conceptos en ellas expresados, y pocos meses después mis padres recibían una carta escrita de mi puño y letra, que les llenó de orgullo y ufanía y que hicieron correr de mano en mano por todo el pueblo.

Las distinciones que mis profesores me dispensaban, las maternales solicitudes de Rosario, que avergonzaba á mis primos presentándome á ellos como espejo de aplicación, intachable conducta y limpieza; las ternuras de mi buen tío Francisco, cuyas borracheras le hacían ver, sin duda, ciertas semejanzas entre yo y su hija muerta, y el respetuoso cariño con que mis padres me trataban, contribuyeron á fortificar la honrada orientación de mi espíritu.

Aquel verano regresé al pueblo, donde debía descansar desde el quince de Julio al día primero de Septiembre, en que las clases se reanudaban.

¡Y qué triste me pareció todo!...

Los ocho ó nueve meses vividos en Sevilla habían bastado para variar mi carácter y mis gustos completamente: mi casa, con su salón presidido por la Virgen, metida en un fanal, y su amplia cocina de campaña, me pareció miserable y

pequeña, más pequeña que antes; las flores no me decían nada, mi corazón sufrió el desamparo de los campos; un silencio siniestro gravitaba sobre las calles polvorientas, con sus pobrísimas viviendas herméticamente cerradas, reverberando al sol: las chiquillas que antes correteaban conmigo por la carretera al encuentro de la diligencia, cohibidas por mis trajecillos nuevos, me miraban desde lejos con recelo y respeto, como á señorita á quien ya no podían tutear, y como yo no hice nada por atraerlas, continuaron alejándose, con lo que su pequeñez y mi orgullosa tiesura crecieron; mi madre empleaba conmigo deferencias á que yo no estaba acostumbrada, y hasta mi padre, á despecho de su natural bruseo y bastote, me dedicaba miramientos y finezas que jamás usó ni aun con su misma mujer. Indudablemente, yo era un ser extraordinario, nacido allí milagrosamente y á quien su familia respetaba, reconociéndole de superior estirpe. Me hablaban de todo, concediéndome beligerancia para emitir mi opinión, aun acerca de lo más reservado y difícil. Una tarde, mi buena madre estuvo enseñándome cuantos recuerdos conservaba de mí: el primer babero, el primer gorrito, los primeros vestidos, los primeros zapatitos sin tacón y gastados por la punta; yo lo examinaba todo atenta, como mujer hecha que va acostumbrándose á poner cierta distancia entre los diversos momentos de la vida.

Terminadas las vacaciones regresé á Sevilla, donde á los rápidos triunfos obtenidos el curso anterior, añadí otros muy señalados. Es por todo extremo curioso y digno de observación esa revolución ó trastorno psicológico en virtud del cual suele obscurecerse con la edad el pensamiento de los niños precoces y cobrar luz y brío maravillosos las facultades de los que parecían tontos ó alocados. A esto achaco el crecimiento rapidísimo que mi inteligencia obtuvo tras su largo despertar. La fiebre de saber que perdió á Fausto, me dominaba; los libros ejercían sobre mí la atracción fascinadora que poco antes me inspiraron los juguetes, y leí ávi-

damente cuantos pude haber á mano. ¡Qué hechizo!... Las novelas hablaban de pasiones que la conciencia comenzaba á columbrar vagamente; la historia me enseñó que la humanidad es muy vieja, é incontable el número de sus crímenes, y la geografía abrió á mi imaginación las inmensidades sin dique del espacio. Una serenidad de juicio, impropia de mis pocos años, me permitía apreciar el alcance de tantas y tan diversas lecturas: con los novelistas modernos descendí al fondo del espíritu, acompañándoles en sus difíciles elucubraciones y pareciéndome siempre que mucho les quedaba inadvertido y que yo hubiese podido decir algo más; con los historiadores evoqué lo pasado, llegando al corazón de India con Alejandro y estremeciéndome de gozo cuando la pitonisa de Delfos, empujada violentamente hacia el tripode sagrado por el vencedor de Darío, exclamó, ¡ella, que simbolizaba el Destino!... «¡Hijo mío, nada puede resistirte!...»; y triunfé con César en Farsalia, y asistí en Waterloo al primer paso definitivo dado por la raza latina hacia su ocaso: y por los geógrafos conocí la mecánica de los mundos y la fuerza que mantiene esos globos resplandecientes sobre la inmensidad del negro vacío...

Mientras el espíritu iba desarrollando sus extraordinarias cualidades de asimilación, mis manos trabajaban inútilmente por acostumbrarse al manejo del bastidor y de la aguja: para estas delicadas labores de mi sexo, me faltaban la paciencia y la vista; me pinchaba los dedos, creía con los hombres que esos quehaceres femeninos son pasatiempos propios de niñas ó de mujeres inferiores, y es porque mi almita, aunque pequeña, era de macho.

Aquel verano mi pueblo me pareció más insoportable que otras veces, con sus calles sin empedrar y cubiertas de polvo, y sus palmeras, cabeceando desmayadamente sobre los bardales de las huertas: ni los cloqueos de las gallinas que mi madre criaba en el corral, ni el murmullo de la fuente que antaño me

hacía soñar, ni las alquerías blanqueando sobre el verde tapete de los campos, ni el lejano horizonte formando una línea incierta como las pintadas por los muchachos con un carbón á lo largo de las paredes... nada bastó á suscitar en mí emociones poéticas; y era que mi espíritu de niña había muerto y el mundo me cautivaba ya, como atraen desde lejos los grandes planetas...

De vuelta en Sevilla, supe por Rosario las largas ilusiones que su hermano tenía puestas en mí.

—Tu padre—dijo—te destina á señorita: quiere que aprendas á tocar el piano y á hablar francés.

Aquello acabó de trastornarme; me vi encumbrada, triunfando en el teatro ó viajando por Europa casada con un millonario...; no sé qué diabólico espejismo pasó ante mis ojos ni qué disparatadas ambiciones me asaltaron, pero desde luego codicié un porvenir enteramente distinto al que, por mi condición humilde y extremada pobreza, debía aspirar.

Nada diré de los dos monótonos años que siguieron á lo que bien puedo llamar descubrimiento ó revelación de mi destino: baste saber que trabajé mucho, aprendiendo el francés en poco tiempo y que los «Seis estudios» de Liszt, no me asustaban. De mis codiciosos proyectos hablaba alguna vez que otra con mi tía, aunque de modo vago, temiendo la pareciesen excesivos; y más claramente con mi amiguita Gabriela Izquierdo, una trianera muy linda y muy buena, hija de un boticario que vivía á la entrada del Puente. Gabriela, aunque de temperamento sentimental, era, como yo, ambiciosa y visionaria, y hubiera dado risa y pena conocer los disparatados elementos que apercibíamos para levantar nuestra juventud naciente. De tarde en tarde iba á mi pueblo, á donde nada, que no fuese el cariño á mis padres, me atraía, y en el cual llegué á reconocerme completamente aislada y forastera.

A los catorce años yo era casi tan alta como ahora y tenía una voluntad varonil y ojos y morbideces que llamaban la

atención. Comenzaba Septiembre. Una tarde, volviendo del colegio con Rosario, noté que un militar, moreno y apuesto, vestido con el brillante uniforme de los húsares, nos seguía: al andar, sus espuelas vibraban rítmicamente sobre el embaldosado de la calle desierta.

—Ese viene por ti—dijo mi tía.

Sentí que mis mejillas se arrebolaban y que algo vivo, con vida independiente de la mía, me rebrineaba dentro del pecho. Al entrar en mi casa volví rápidamente la cabeza, queriendo dar á mi cortejador una esperanza... y él sonrió. A la mañana siguiente, estando en el colegio, recibí una carta suya, declarándose enamorado de mí y resuelto á casarse tan pronto como yo tuviese de ello voluntad; al otro día recibí una segunda carta, pidiéndome una cita, favor que yo no tuve valor de negarle...

Se llamaba Eduardo Olmedo, y puedo asegurar, ahora que conozco muy de cerca á los hombres, que aquél sumaba cuentas seducciones debe reunir el más temible Napoleón de voluntades: belleza física, imaginación pintoresca y ardiente, verbo fácil, pasión en el gesto y esa voz opaca que tan poderosa dulzura presta á los juramentos: me adoraba, me lo decía balbuceando, las manos trémulas, la voz velada por un suspiro... A una mujer experta, la hubiese convencido; á mi, soñadora inocente, me volvió loca... á la noche siguiente, ya nos tuteábamos; cuarenta y ocho horas después, yo, fuera de mí, asomaba el rostro por entre dos barrotes de la reja, recibiendo sobre los labios los primeros besos. Recuerdo que, luego de besarme, enloquecido por la presa que codiciaba ardientemente, me mordió los labios.

—¡Me has lastimado!—dije.

Eduardo se echó á reír.

—¿Por qué haces eso?—añadí ofendida.

—Porque me gustas...

Contestó ingenuamente; luego he sabido que mi pregunta no tenía otra contestación: todos los hombres vigorosos son algo sedistas, y el mordisco es la mani-

festación rudimentaria, vulgar y corriente, de ese instinto cruel.

Pasaron los días y llegó el mes de Octubre, con sus noches claras y tibias, que dejaban mi reja perdida en sombras. Aquellas entrevistas las aprovechaba Olmedo hábilmente, describiendo un porvenir cuajado de placeres, divertimientos y viajes á remotos países; y como el miserable advertía la irrisistible fascinación que tales conversaciones ejercían en mí, abusaba de ellas, asegurando que los ascensos en su carrera no le importaban, pues no tenía familia y sus rentas bastaban cumplidamente á sufragar aquellos caprichos. Yo le escuchaba absorta, suspensa de sus labios, viendo en él uno de esos héroes novelescos que juzgan llana y hacedera la empresa más difícil, y á quienes las groseras vulgaridades de la vida no preocupan.

Aunque yo abría las hojas de mi ventana con silencio y Eduardo iba á verme mucho después de cerrados los portales, no tardó mi tía en descubrirnos: al principio no puso mala cara, pero viendo que yo no conocía de mi novio otras intimidades que los inocentes pormenores que él quiso confiarme, empezó á dudar, hallándose demasiado niña y sin sazón para un hombre que parecía sobradamente ducho y curtido. Al ver que Rosario se negaba á protegerme, rechacé su autoridad; ella, entonces, me amenazó con darselo todo á mi padre, pero aquella amenaza, lejos de arredrarme, me sublevó más aún, sugiriéndome una protesta violentísima que descubría cuán honda era ya la malhadada pasión que me animaba. Después de aquel tropiezo hubo varios días de calma, durante los cuales Rosario pareció olvidarse de mí. Luego supe que esta tregua ó armisticio lo aprovechó para discutir con su marido lo que debían hacer, sosteniendo ella que mis amores implicaban para todos un grave peligro; pero el tío Francisco, borracho y pusilánime votó en contra, temiendo que mi padre me llevase consigo y perder la pensión de que venían disfrutando; mi tía vaciló y dióse por conforme, y su va-

vacilación fué, seguramente, lo que me perdió, empujándome hacia estos mares, no discutiré si buenos ó malos, por donde hoy navego.

Pero Rosario era buena, y al fin su primera resolución y su instinto naturalmente honrado, prevalecieron sobre los motivos egoistas que hasta allí la habían contenido, y sin otros ambages que los pobrísimos que su tacaño entendimiento la sugiriese, informó á su hermano de cuanto pasaba. La escena entre mi padre y yo fué borrascosa, y considerando inútiles cuantas marrullerías empleé para seducirle y atraerle á mi causa, rompí á llorar; él se mantuvo inflexible, dijo que yo era todavía demasiado niña para unir mi suerte á la de ningún hombre, que él necesitaba disfrutar algunos años de mi compañía antes de elegirme dueño, y que estaba resuelto á volverme al pueblo ó á meterme en un convento, si me atrevía á insurreccionarme contra su autoridad. Yo, sabiéndole capaz de llegar con la mano adonde ponía la intención, preferí callar. Al día siguiente, mi padre averiguó, no sé cómo, dónde vivía Olmedo y habló con él. Eduardo, que era taimado y conoció desde las primeras palabras el temple del individuo con quien tenía que habérselas, mostróse razonable y conciliador, recibió á mi padre amablemente, reconoció con él mi extremada juventud y cuán justos eran sus deseos de retenerme á su lado algunos años más, y concluyó prometiendo renunciar á mí. Yo, que conozco bien la índole hidalga de mi padre, estoy cierta de que, al separarse de Olmedo, iba pesaroso de haberle tratado con excesiva dureza...

Aquella misma noche, según costumbre, Eduardo fué á verme.

—Vengo á despedirme de ti—dijo alargándome la mano; una mano trémula y fría.

Me sentí morir.

—¿Qué dices?—murmuré apretando los dientes para contener un grito.

—Tu padre—repuso—se opone á nuestras relaciones y es imposible que sigamos viéndonos. Mañana mismo huyo de

aquí; si quieres seguirme, ven; iremos á Madrid, allí nos casaremos. Te doy cuarenta y ocho horas para pensarlo.

Se marchó dejándome sumida en un abismo de vacilaciones y espantosas angustias: terminado el plazo, Eduardo Olmedo volvió: al verle comencé á temblar; era seductor, fascinante, irresistible como Alejandro, arrancando por la fuerza un aplauso al Destino.

—¿Qué hay?—preguntó.

No tuve fuerzas para defenderme contra el hechizo sobrehumano de aquella voz que temía no volver á escuchar.

—Lo que quieras—repuse.

—¿Puedes salir?

—Sí.

—Pues... no lo pienses más. Vámonos. Sus ojos ardían en la sombra como brasas.

—¿Cómo?—exclamé;—¿así, sin otro equipaje que lo puesto?

—¿Para qué más?..

No contesté; estaba loca. A la noche siguiente Olmedo y yo salíamos hacia Madrid por la vieja estación de Córdoba.

Hice mal, lo comprendo; pero también creo que, más que censuras, merezco disculpas y perdón. He rodado por el fango; no importa: las mujeres no caeríamos nunca tan bajo si los hombres traidores no nos empujasen muy fuerte...

24 Octubre.

Han pasado catorce años desde aquella noche que abrió en mi memoria surco hondo y terrible. Al principio tuve miedo de que nos sorprendiesen. Eduardo también parecía preocupado, aunque hacía esfuerzos continuos para serenarse y no aumentar mis inquietudes. Ibamos solos en un coche que luego supe era de primera clase: yo, que ignoraba lo que fuese un vagón, paseaba de un lado á otro la mirada interrogadora de mis ojos maravillados; todo parecía admirable á mi candidez: la lucecilla de aceite que ardía parpadeando en un globo de cristal; las paredes y los asientos acolchonados, con brazos movibles que permitían trocar en lecho reparador de fuerzas el mu-

lido diván; las redes destinadas á la colocación de equipajes; las cortinillas blancas resbalando sobre cordones de seda... Cuando el tren salía de agujas, comenzaron á alarmarme los estremecimientos del coche y aquella velocidad siempre creciente. Olmedo me contemplaba sonriendo; en su rostro cetrino de moro, sus ojos y sus dientes brillaban. Abri una ventanilla y quise asomarme, mas tuve que retroceder asustada por la feroz ventolera que el tren levantaba; bajo la dudosa luz cernida de las estrellas veía pasar pequeñas estaciones con ventanas iluminadas, casitas blanqueando allá lejos, en la extensión sombría de los recuestos, árboles sembrados en las laderas de cerros que repentinamente parecían deshacerse, trocándose en valles ó en cuencas profundas sobre las cuales la locomotora dejaba flotando jirones filamentosos de blanco humo. Miré á Eduardo.

—Esto—dije—corre más que la diligencia.

—Infinitamente más.

—¿Y no se cansa la máquina?

—No, mientras haya carbón.

El candor infantil de mis preguntas debía de espolear su lujuria de lobo viejo, porque la risa parecía haberse cristalizado en sus labios inmóviles, y los ojos se abrillantaron. De pronto se abrió la portezuela del lado opuesto al que yo ocupaba y apareció el revisor, que examinó y picó nuestros billetes; luego desapareció hundiéndose en la sombra; vi su gorra galoneada bajar, ocultándose tras la portezuela que se cerraba; lancé un pequeño grito.

—¿Se caerá?—dije.

Olmedo me tranquilizó con un movimiento negativo de cabeza y vino á sentarse á mi lado, cogiéndome la cabeza entre sus manos y besándome largamente sobre las sienes. Pregunté:

—¿Cuándo llegamos á Madrid?

—Mañana temprano.

—¿Y el tren seguirá corriendo siempre con esta velocidad?

—Siempre.

Volví á sentirme niña, encontrando

imposible, á pesar de mis lecturas, que el mundo fuese tan grande y que para atravesar España, aquel pedacito de tierra que aparece en las cartas geográficas pintado de amarillo, se necesitasen tantas horas. Me levanté queriendo abismar mis miradas en el raudo desfile de los campos; Olmedo se levantó también y sus brazos rodearon mi cintura; sobre mi espalda latía presuroso su corazón; sus labios rozaban mi nuca, produciéndome estremecimientos incomprensibles de calor y de frío.

—¿Me quieres?—preguntó.

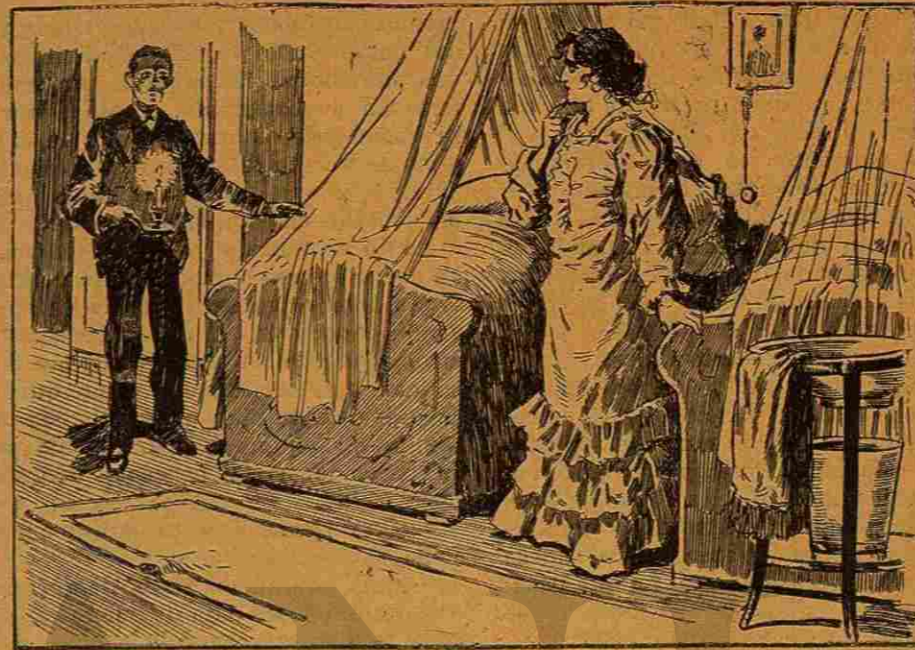
No respondí; estaba suspensa: en mi alma, trastornada por un aluvión de emociones nuevas, batallaban sordamente mi cariño al ayer y la emoción del desconocido porvenir que iba acercándose: era una inquietud física y moral á la vez, que oprimía la garganta y pesaba sobre el estómago: poco antes todo me sonreía; amiguitas, familia, profesores; todos eran á defenderme y ensalzarme, y, aunque no fuese completamente feliz, sentía el alegre reposo de los mansos que viven al amparo de la ley; mientras que desde aquel momento todo comenzaba á ser para mí incertidumbre y lucha: padecía, pues, el aturdimiento del que pasa bruscamente de la luz á la sombra, del silencio que provoca el ensueño al estrépito ensordecedor de la batalla. Recordé á mi tía, luego á mis padres... «¿Cuánto habrán llorado!» murmuré. Luego la voz marrullera de la juventud fué echando sobre el remordimiento el sedante de la ilusión. «Pero ahora es de noche—pensé—y estarán durmiendo; ahora no sufren»...

Olmedo interrumpió mi soliloquio, murmurando:

—Ven.

Cogió mi barbilla, inclinándome la cabeza hacia atrás; procuré en vano desasirme; la presión de sus brazos era tan vigorosa, que bajo ellos mi pobre cuerpo vacilaba.

—¿No te acuerdas?—prosiguió.—Estás sola conmigo... ¡por fin!... ¡Hacia tanto tiempo que deseaba tenerte así!...



—Sí—repuse, procurando dar firmeza á mi voz.—he llamado; traiga usted una luz. (Pág. 19)

Sus palabras me despertaron: entonces yo desconocía lo que más tarde la experiencia me demostró harto bien; y es que el egoísmo rige las conciencias y gobierna el mundo, que nadie se mueve sin esperanzas de cobrar ventajosamente las molestias que á su pereza proporciona aquella acción, y que, según esta ley tan humana, Olmedo no hubiera asumido la grave responsabilidad de robarme sin la ilusión de hallar en el goce inmediato de mi cuerpo premio cumplido á su hazaña: mi niñez vivía completamente ajena á tales miserias; los besos del seductor no habían despertado jamás en mí la menor emoción voluptuosa; le quería espiritualmente, como imagino que debe ser el verdadero cariño, aunque nadie me haya querido así, y si me dejaba besar de él era porque la superior clarividencia que el Destino otorgó á las mujeres inteligentes me decía que, sin el poderoso cebo de aquellas concesiones, Olmedo me hubiera abandonado. Viéndome á solas con él, no pensé que era novio mío, sino un amigo, una especie de hermano mayor ó de ca-

marada, que nada podía intentar contra mí. Por eso sus palabras insinuantes, sus caricias, me llenaron de espanto.

—Déjame—balbuceé,—déjame...

—¿Por qué?...

Me había obligado á sentarme, permaneciendo en pie delante de mí, con una rodilla sobre el asiento, y cogiéndome por los hombros, me empujaba suavemente hacia atrás con delicadezas espantosas de verdugo bien educado.

—Déjame—repetí.

—Te quiero.

—Yo, también.

—Te idolatro...

—Sí, pero... más adelante... en Madrid... cuando estemos casados...

Hablaba maquinalmente, prometiendo algo que no comprendía aún.

—Entonces también—contestó derribándome;—ahora y entonces... siempre, á todas horas... ¡Si la eternidad, con no tener medida, la estimo pequeña para amarte...!

Fuí suya una vez... muchas... siempre que quiso, sin que mi cuerpo, magullado, rendido á la vergüenza y al sueño, pen-

sará en defenderse; y él no me dejaba, ni daba tregua á su amorosa fiebre, cual si previendo que habíamos de separarnos muy pronto, quisiera sentir de una vez la hartura de todos mis encantos.

Hubo momentos en que, extrañando mi pasividad, preguntó alarmado:

—¿Qué tienes?... ¿Te sientes mal?...

Se levantó descorriendo la cortinilla azul que cubría la luz. Yo entreabri los párpados que el cansancio y las lágrimas iban hinchando.

—No—murmuré;—estoy bien...

Por su frente el sudor corría copiosamente en hilillos plateados. Entonces volvió á abrazarme, besándome, palpándome, sin saciarse nunca: me poseyó sentándome en sus rodillas, sobre el asiento, de pie, empujándome contra las ventanillas, como queriendo lanzarme de cabeza hacia aquellos abismos sin fin que pasaban bajo los estribos del tren: yo, presa del vértigo, me abandonaba inerte.

Fué una noche terrible que ha dejado en mi memoria la impresión borrosa de esas horas monstruosas que forja el pincel quimerista de la calentura.

Eran las diez de la mañana cuando llegamos á Madrid; yo temblaba de frío y de rubor bajo mi trajecillo de percal; llovía; el vaho de nuestras respiraciones y las gotas de lluvia habían empañado los cristales de las ventanillas. La máquina entró en agujas y momentos después se detenía bajo la elevadísima bóveda de la estación. Un mozo abrió la portezuela ofreciéndose á llevar nuestro equipaje; tras él vi varios hombres y mujeres que nos inspeccionaban con ojos penetrantes que luego miraban á otra parte, buscando, sin duda, algún viajero que no había llegado. Olmedo cogió su maleta y saltó al andén, dándome luego la mano para ayudarme á bajar.

—Aunque nadie sabe que llevo hoy—dijo,—puede haber aquí alguien que me conoce. Sígueme.

Obedecí, reconociéndome enteramente perdida y á merced suya: era mi guía, mi arrimo, mi sol... Atravesé la multitud de viajeros que obstruía el andén, reci-

biendo empujones y codazos, con la vista fija en el suelo, bamboleándome sobre mis piernas débiles: algunas mujeres me miraban curiosamente, atraídas por mi juventud y la pobreza de mi traje: después mi vergüenza y confusión crecieron al advertir que llevaba la falda rota y los cabellos en completo desorden.

Al fin Eduardo y yo nos reunimos en un coche á cuyo conductor dió mi amante el número de cierta casa de huéspedes que él conocía en la calle Montera. Olmedo, que parecía preocupado, me miraba con ojos tristísimos, como quien se despide de algo muy agradable; sin duda aquella noche, que fué para mí de cruel martirio, le había parecido demasiado corta.

—¿Qué tienes?—le pregunté emocionada.

—Nada, cansancio; ganas de dormir.

Yo también me caía de sueño y cerré los párpados, apoyando la cabeza en un ángulo del coche.

En la casa de huéspedes nos recibió un viejecillo barbiblanco y simpático á quien Olmedo me presentó como esposa suya, y que nos condujo á un gabinete con alcoba donde había dos lechos. Al llegar noté que Eduardo dejaba su maleta en el recibimiento; fué un detalle cuya alevosa importancia no comprendí hasta después. Cuando el hospedero se marchó pregunté á Olmedo:

—¿No te acuestas?

—En seguida, pero antes voy á escribir una carta.

Me arrojé vestida sobre una de las camas y le sentí ir y venir por el gabinete buscando algo; luego sentarse. Iba á preguntarle cómo viviendo sólo y teniendo casa propia, me había llevado á una de huéspedes; pero el sueño me paralizaba el entendimiento y la lengua, y me quedé dormida.

Dormí todo el día, más de ocho horas; cuando me desperté ya era de noche; por la ventana del gabinete penetraba el rojizo resplandor de los faroles: la cama fronterá á la mía estaba intacta, por donde colegí que Eduardo no se había acos-

tado: le llamé; nadie respondió: en las profundidades de la casa resonaban ruidos de voces y de platos.—«Estará comiendo»—pensé. Levantéme y fui á apoyar la frente sobre los cristales de la ventana. Continuaba lloviendo; del cielo plomizo se destacaba la mole sombría de una iglesia que luego supe era la de San Luis; por la calle discurría una masa movediza y oscura de paraguas abiertos. Mi soledad y las tinieblas que envolvían la habitación me asustaron, y no sabiendo á quién llamar, oprimí un timbre. A la presión de mi dedo respondió, desde muy lejos, una vibración metálica sostenida y aguda; transcurrió medio minuto; una criada se presentó.

—¿Llama la señora?

—Sí—repuse procurando dar firmeza á mi voz;—he llamado; traiga usted una luz.

Saludó y se fué, deslizándose calladamente sobre el suelo alfombrado: después reapareció, trayendo una vela en una palmaria de bronce.

—¿A qué hora se cena aquí?—pregunté.

—A las ocho; ahora, precisamente, la mayor parte de los huéspedes están cenando.

Iba á interrogarle por Eduardo y me callé contenida por no sé qué inexplicable presentimiento. Ella dijo:

—¿Es usted andaluza, señora?

—Sí.

—¿De Córdoba, tal vez?

—No, de Sevilla.

—¡Ah! Yo en Córdoba tengo un hermano...

Me miraba de un modo extraño, con mirada compasiva, irritante. La ausencia de Olmedo volvió á preocuparme.

—¿Y el señor que vino esta mañana conmigo,—dije,—está comiendo?

—No, señora. Ese caballero salió de aquí muy temprano; creo que no volverá... me parece que se llevó su equipaje...

¿Cómo recuerdo aquel horrible momento!... La visión confusa y siniestra de cuanto iba á sucederme pasó ante mis ojos; sentí frío, calor, deseos de morder,

brincando hacia adelante, rompiéndolo todo; y ganas de morir allí mismo, llorando de brucees contra el suelo. Pero inmediatamente mi esperanza se rehizo, sofocando á la duda. ¡No, yo no estaba sola; era imposible que Olmedo me hubiese abandonado!... Y, á pesar de mi inocencia, contuve mi dolor, temiendo que la sirvienta hubiese penetrado más de lo justo en mi conciencia.

—Llame usted al amo—dije para cortar la conversación.

Vi reaparecer al simpático viejecillo que horas antes me recibí, con su barba blanca y sus ojos bondadosos que inspiraban confianza. También don Cleto, que así se llamaba el hospedero, parecía mirarme con ojos apiadados. A mis preguntas contestó categóricamente, pero con voz suave, como esos ancianos médicos que acarician á los niños mientras les operan. Por él supe que Eduardo Olmedo, á quien don Cleto sólo de vista conocía, se había marchado, tan pronto como me vió dormida, llevándose su maleta.

—Yo—agregó el hospedero,—como sabía que usted quedaba aquí, nada le dije.

Luego agregó:

—¿Tiene usted dinero?

—No, señor.

—¿Y ropa?

—Tampoco...

Iba á seguir interrogándome, pero se contuvo, vacilante. Estábamos de pie, en medio del gabinete mal alumbrado por la vela que ardía sobre una cómoda. Yo temblaba, sintiendo que no tenía derecho á estar allí, y que el suelo y las paredes y los muebles de aquella habitación mercenaria que no había pagado, me despedían. Todo oscilaba á mi alrededor. Don Cleto, animado por mi inferioridad, aventuró algunas preguntas.

—¿Qué edad tiene usted?

—Voy á cumplir quince años.

—¿Hace mucho que conoce usted á ese señor... Olmedo...?

—Poco más de un mes.

Aquellas dos respuestas, llenas de franqueza, eran una historia.

—Vamos... sí... comprendo—exclamó

don Cleto;—esa caballero la ha engañado, sacándola de su casa, prometiendo casarse con usted... ¡El lance no es nuevo!...

La indiferencia con que estas palabras fueron pronunciadas, arrancaron á mis pobres ojos copioso llanto. Preguntóme don Cleto si yo conocía en Madrid á alguien, y como mi contestación fuese negativa, dijo que lo mejor que podía hacer era escribir á mi familia, mostrándome arrepentida de lo hecho y rogando viniesen á buscarme.

—Los padres —concluyó bonachonamente el hospedero,—perdonan siempre.

Pero la idea de aquella humillación sublevó cuantas energías quedaban en mi alma, descubriéndome tesoros de valor que me reanimaron, secando mis lágrimas.

—¡Nunca!—dije,—antes que implorar la protección de aquellos que ultrajé, prefiero sucumbir. Si necesita usted esta habitación, me iré inmediatamente, por ahí, á cualquier parte; si, por el contrario, quiere usted darme hospitalidad hasta mañana y algo de comer, habrá usted hecho una caridad que no olvidaré nunca.

Estaba dispuesta á morir. Don Cleto, conolido de mi desamparo, me aseguró que podía vivir allí los días que quisiese y que estaba dispuesto á favorecerme en cuanto pudiera. Luego se fué para decir que me sirviesen de cenar.

Comí maquinalmente, obligada á ello por un apetito devorador que se imponía á mi pena, sumida en esta postración estúpida de los dolores inmensos. Buscando en mi memoria una luz ó guía que me llevase á seguro puerto, recordé que una condiscípula mía llamada Ramoncita Castillo, me habló reiteradas veces de una hermana suya casada con un barbero residente en Madrid, calle de Reyes...

La comida, reanimando mis fuerzas, me devolvió el valor temerario de la esperanza; luego de dar algunos paseos por el gabinete, me acerqué á la ventana, contemplando aquellos millares de transeúntes que iban y venían paseando sus negras siluetas ante los escaparates iluminados de las tiendas; después me acos-

té. La seguridad de que muy pronto iba á tener una amiga confortaba mi ánimo; además, abrigaba el secreto presentimiento de que Eduardo Olmedo volvería... No obstante estas ilusiones, pasé una malísima noche y varias veces desperté llorando, pareciéndome que alguien me ahogaba, poniéndome una mano sobre el corazón.

Al día siguiente madrugué, arreglé mis cabellos lo mejor que supe, recosí mi falda y después de informarme vagamente por don Cleto del rumbo que debía seguir para llegar á la calle de Reyes, salí de la casa. Bajé la escalera lentamente, tiritando bajo mi vestidillo de percal, arrugado y sucio; en el zaguán tropecé con dos jóvenes; parecían estudiantes: uno de ellos me dijo que tenía los ojos muy bonitos; el otro me pellizcó en un brazo. Ya en la calle, eché hacia la derecha, subiendo la cuesta; no llovía, pero el suelo estaba cubierto de un barro que se adhería á los pies; del cielo plomizo se destacaban las casas con sus negros aleros desiguales y sus fachadas de cuatro y cinco pisos acribilladas de balcones incontables; en el aire flotaba una niebla densa, especie de llovizna finísima que humedecía mis cabellos. A mi lado pasaban mujeres plebeyas y hombres mal vestidos que murmuraban á mi oído piropos groseros; yo caminaba como una inconsciente, admirando el aspecto abigarrado y pobre de aquel pueblo, y la compleja arquitectura de los edificios, tan diferente de la arquitectura andaluza que me era familiar.

En la Red de San Luis me detuve á ver cómo funcionaba una manga de riego: era un procedimiento que yo desconocía y que me maravilló; el agua, al caer, describía una media elipse argentina que pintaba un arco iris en el espacio. Luego me acerqué á un guardia municipal, preguntándole por la calle de Reyes.

—¡Uf!—exclamó,—eso está muy lejos. Pero, en fin... Siga usted por la calle Jacometrezo, después tuerce usted á la derecha, en seguida de frente... luego á la

derecha otra vez... siempre á la derecha...

Continué mi camino acobardada al verme tan sola y con tanto frío, vagando al acaso por las calles, oscuras, angostas y tortuosas, como intestinos retorcidos de un pueblo inmenso. Eran las nueve de la mañana; las porteras sacudían los zaguanes, los dependientes de comercio limpiaban con un trapo húmedo el cristal de los escaparates; ante las tiendas recién abiertas flotaba el aire malsano de las habitaciones que estuvieron muchas horas cerradas. Volví á perderme; había dejado atrás varias esquinas y no recordaba por cuál de ellas debí doblar; entonces interrogué á dos individuos que pasaban, los cuales, advirtiéndome mi acento provinciano, lejos de responder á mi pregunta comenzaron á embromarme, ridiculizando mi vestido y haciéndome proposiciones indecorosas. Proseguí mi camino rápidamente, huyendo el contacto de aquella multitud obscena y soez que deprime á los débiles, y sintiendo el vacío terrible, siempre creciente, de mi aislamiento y poquedad. Una mujer que vendía café y boñuelos, me orientó.

—Siga usted por ahí—me dijo,—después, á la derecha... luego, vuelva usted á preguntar.

Así, yendo de unos en otros y habiendo servido de diversión á varios chuscos que me indicaron direcciones contrarias á la que necesitaba seguir, llegué, por fin, á la calle de Reyes. En el reloj de la Universidad iban á dar las doce. Mis piernas frías temblaban de extenuación bajo la falda salpicada de fango, mis pies estaban yertos, los cabellos humedecidos por la fina llovizna que flotaba en el aire, se adherían á mi frente; la debilidad, relajando la tonicidad de los nervios, alejaba del cerebro las sensaciones, imponiéndome la ilusión de que todo era pálido y confuso, y que los ruidos venían de muy lejos; á mi alrededor flotaba el horror del vacío... Me detuve un momento apoyando me contra la pared del Instituto Cisneros, buscando un estímulo á mi heroísmo en el sostén que aquella mole inconsciente me prestaba. Pero aun quedaba lo

más difícil por hacer: buscar la barbería, presentarme, explicar mi desgracia, conmover el corazón de los desconocidos que me recibiesen...

Avancé leyendo cuantos rótulos había sobre las puertas de las tiendas, mientras bajaba la pendiente que forma la calle en su segunda mitad, desde la plaza del Conde de Toreno á la de Leganitos. Aquello era interminable: un instante tuve la idea de retroceder: yo estaba loca ó soñando; el paso que intentaba era ridículo; Olmedo me quería, acaso estuviese esperándome... y me palpé, asegurándome de ser yo, efectivamente, quien así hablaba... Pero me rehice y seguí adelante. A la derecha, pasada una casa de préstamos, había una barbería económica, con su puerta de cristales cubierta por cortinilla blancas y dos bacías de bronce que el viento columpiaba al extremo de dos barrillas metálicas. Sobre los cristales del modestísimo establecimiento una mano inhábil había escrito en letras rojas: «Se afeita ó corta el pelo á quince céntimos. Se extraen muelas y raigones. Se aplican sanguijuelas.»

Indudablemente, era allí. Pero, ¿y si me equivocaba?

Aun sufrí otros tormentos de vacilación; luego, bruscamente, cogí el picaporte, empujé la puerta y entré en la barbería: era una habitación entarimada, con dos sillones de rejilla colocados ante un espejo rectangular y una pequeña piedra de mármol: dos niños jugaban en el suelo con una baraja; el mayorcito, al verme, levantó la cabeza.

—¿Está tu mamá?—pregunté.

No contestó y siguió jugando; tendría seis ó siete años y la cara y las manos muy sucias.

Repetí mi pregunta.

—¿Para qué quiere usted verla?—dijo.

—Para hablar con ella.

—Está ocupada, fregando...

—Anda, hijo—repuse desfalleciendo,—sé bueno, llámala...

—No quiero.

El juego le absorbía; luego, dulcificando el acento, agregó:

—Ya voy; aguarde usted...

Estaba tan débil que me faltaban fuerzas para imponer mi voluntad, y permanecí en pie, pareciéndome que aquella casa también me despedía. De pronto, levantando una cortinilla de yute azul que tapaba una puertecilla lateral, apareció un individuo como de cuarenta años, despeinado y en mangas de camisa.

—¿Qué quiere usted?—preguntó mirándome friamente.

—¿Es usted el dueño?

—El mismo.

—Deseaba ver á su señora...

Me faltó el aliento; parecíame que iban á echarme á la calle sin oírme. Al fin, pude añadir:

—Vengo de Sevilla; la traigo recuerdos de su hermana Ramoncita Castillo...

Al oír aquel nombre el barbero desarrugó el entrecejo y dijo, levantando la cortina que ocultaba la puerta, y de modo que su voz retumbase bien por las profundidades de la tienda:

—¡Teodora, aquí te buscan!...

Transcurrieron dos ó tres minutos angustiosos de silencio. Después vi aparecer una mujer, joven aún, pero horriblemente maltratada por la miseria; entre su rostro, no obstante, y el de mi discípula, advertí ciertas semejanzas. Avanzó hacia mí lentamente, mortificándose con una tenaz mirada sondeadora.

—¿Es usted la hermana de Ramoncita Castillo?

—Sí, señora.

—Yo soy Isabel Ortego... amiga y compañera suya de colegio...

—¡Ah!... ¿Y cómo está mi hermana... y mi madre?... Pero, antes de nada, siéntese usted...

Cogió una silla, que me ofreció; luego dijo dirigiéndose á su marido y aludiéndome con uno de esos gestos cariñosos y de exquisita confianza que parecen patrimonio exclusivo de la mujer andaluza:

—Mira la paisana: qué joven y qué bonita...

Aquellas palabras de bienvenida acabaron de enternecerme, desatando los suspiros que me rebosaban del pecho.

—¡Teodora!—exclamé arrojándome en sus brazos y deshecha en lágrimas;— ¡quíerame por lo que haya para usted de más sagrado! ¡No me desampare usted! ¡Estoy solita en el mundo!...

28 Octubre

Debemos reconocer la existencia de un dios Azar encargado de dirigir hacia los seguros puertos de la salvación el frágil esquife sobre que van embarcadas las pobres vírgenes perdidas: porque es inverosímil que yo, viéndome abandonada, miserable y sin amistades, en un pueblo grande y desconocido, supiese aprovechar tan hábilmente la protección de Teodora, á quien sólo me llevó la ligera amistad que con su hermana Ramona tuve en el colegio. Yo había renunciado á todo por Eduardo Olmedo; á su amor sacrifiqué estimación, honor, cariño de padres; era, por tanto, natural, que aquel hombre fuese mi vida, mi luz, mi aire respirable, y que muriese de desesperación al medir el espantoso aislamiento en que su ingratitud me colocaba: y, no obstante, con reflexión y voluntad impropias de mi edad, logré sobreponerme al malvado curso de las circunstancias, despreciando la villanía del traidor y cambiando los acontecimientos adversos en prosperidades y bienandanzas. Luego he sabido que los brazos de la mujer, como los cordones de seda, son suaves, pero fortísimos, y que difícilmente se escapa lo que una vez quedó entre ellos preso y bien enlazado; pero entonces yo era harto niña para entrometerme por tales honduras y vericuetos, y demasiado alcancé recabando durante algún tiempo la protección del hombre más canalla, frío y egoísta que he conocido.

El ofrecimiento que hice á Teodora y á su marido Joaquín Antón, de irme á vivir con ellos tan pronto como Olmedo me asegurase medios decorosos de subsistencia, resolvió la cuestión en favor

mío. Joaquín, que era interesado, hizo por afición al dinero lo que jamás hubiera hecho por filantropía y puro cariño al prójimo; buscar á Eduardo Olmedo, hallarle, y arrancarle, casi por la fuerza, la promesa de mantenerme y vestirme mientras yo lo necesitase. La discusión entre los dos hombres fué larga y muy viva, y poco faltó para que la concluyesen á bofetadas. Olmedo, que estaba casado y tenía tres hijos, quiso eludir toda responsabilidad diciendo que yo era una aventurera á quien había pagado el viaje de Sevilla á Madrid, y á la que no le ligaba lazo más fuerte ni otro recuerdo que el de una noche agradable. Pero Joaquín invocó mis derechos de niña inocente rendida al brillo de imposibles ofrecimientos, mis lágrimas, mi abandono, mi espantosa miseria: Olmedo se encogió de hombros, asegurando que una mujer bonita no se muere de hambre en ninguna parte.

La experiencia me ha enseñado que la humanidad es mala y que son insostenibles los abismos de su perversión: la Venus de Cleónenes y el Antinoo de Belvedere pusieron límites á la belleza; el heroísmo tiene un término: la muerte; del sacrificio desinteresado no pasará la virtud, ni del martirio, la fe; pero, ¿quién pondrá puertas al pecado?... Y tan cierta estoy de esto, que, cuando me presentan un canalla le recibo afectuosamente, casi con cariño, segura de que no será el peor de los hombres. La maldad es infinita; para contenerla, el Destino necesitó la ilimitación del espacio; para su desarrollo, la eternidad del tiempo...

He deslizado las anteriores reflexiones para alivio de mi espíritu y en descargo de Olmedo, á quien aun ignoro si debo odio ó agradecimiento por la libertad en que me dejó luego de graduarme mujer de mundo. Pero volvamos á mi historia. Justamente exasperado Joaquín Antón por las negativas de mi amante, le amenazó con referirle á su mujer lo ocurrido, lo que aterró á Olmedo, cuya esposa había llevado al matrimonio un respetable capital. No sabiendo cómo conjurar

el peligro que se le echaba encima, prometió socorrerme con cuanto pudiese, ir á verme de cuando en cuando y consolarme hasta que el ciego ardor de mi enamoramiento declinase. Afortunadamente el barbero, aleccionado por mí, resistióse á comulgar con necias promesas.

—La señorita Isabel—dijo—no quiere amor, sino dinero... un tanto fijo que, yo mismo, si ella me autoriza, vendré á recoger el día primero de cada mes.

Olmedo manifestó que no podía acceder á tales pretensiones: él era pobre, no disponía más que de un sueldo modestísimo...

—Si usted es pobre—repuso Antón implacable,—su mujer es rica; hablaré con ella.

Viéndose preso y atajado por todas partes, Eduardo Olmedo transigió, entregando á su interlocutor cuarenta duros, de los cuales gasté más de la mitad en comprarme un vestido, calzado y la ropa blanca de que estaba absolutamente desprovista; el resto fué á parar á manos de mis nuevos amigos y protectores, quienes me habían cedido una habitación amueblada con una camita de hierro, un tocadorcillo con espejo y piedra de mármol y dos sillas de enea. Aquella noche cené perfectamente, sintiendo que los entumecimientos de la víspera desaparecían, y al verme alojada y vestida y al amparo de aquel improvisado hogar, recordé que tanto bien era obra de mí misma, de mi bonitura y de mi esfuerzo, y que quien tan pronto llegó hasta allí, era indudable que conseguiría ir mucho más allá. Fué una emoción rara: estaba á oscuras y acostada en mi pequeño lecho, que crujía; una de mis manos rozó mis caderas, que palpé suavemente, justipreciando con precoz saber su armoniosa escultura, experimentando hacia mi pobre carne, que á tan alto precio pagó los trapos que en tal momento la cubrían, un agradecimiento vago...

Desde aquel día mi vida quedó asegurada; todos los meses Joaquín Antón iba á casa de Olmedo, quien le entregaba

cien pesetas, de las cuales noventa eran para el barbero; las diez restantes me bastaban para comprar polvos de arroz, horquillas y alguna que otra chuchería.

Pasaban las horas dulcemente y pasaron tantas y tantas... que se llevaron el invierno. Fue aquella una de las épocas más tranquilas de mi vida. Aunque privada bruscamente de mis primeros afectos, era feliz; las grandes convulsiones morales habían trastornado mi espíritu, sumiéndolo en una modorra inaccesible al dolor; era el contento estúpido de esos cretinos que ríen inconscientes. Teodora parecía profesarme buena amistad, y algunas noches salía conmigo, llevándome siempre como a señora por el andito de la acera; yo aceptaba gustosa su compañía y hasta la quería, si bien con el amor distraído que inspiran los inferiores. Ni ella, ni su marido, hablaban jamás de mis padres y Joaquín, siempre que me dirigía la palabra, me llamaba «señorita.» El pasado, entretanto, iba reculando, perdiéndose bajo las brumas de un horizonte remoto, sin que ni una carta, ni el encuentro con una persona conocida, ni la noticia más leve, viniera á recordarme mi antiguo vivir.

Los viajes me enseñaron que las ciudades, como los individuos, tienen un carácter, un temperamento: en aquella época el espíritu movedido y aventurero de Madrid, fué apoderándose rápidamente del mío; el alma turbulenta de la gran ciudad era draga agitadora del légamo que en mi pensamiento dejaron copiosas y mal digeridas lecturas: me atrian la hermosura de sus calles, el fausto que indudablemente invadía el interior de aquellas mansiones aristocráticas por cuyos espaciosos zaguanes Teodora y yo veíamos ir y venir á los porteros metidos en majestuosos gabanes azules y con largas patillas blancas; el lujo acumulado sobre las mujeres que adornaban los palcos en las solemnidades teatrales, y por cuyas manos y escotes cuajados de joyas, mis ojos de provinciana ambiciosa paseaban desde las altas galerías miradas insaciables. Todo, hablando á mis oídos

con el musiteo fascinante de la tentación, parecía repetirme: «Si tú quisieses...» cual si tantas superfluidades estuviesen al alcance de mi voluntad; y aquella voz que yo imaginaba haber escuchado entre sueños, cuando niña, electrizaba mis nervios, reanimándome como reanima todo lo que nació y creció con nosotros: al viejo héroe, el lejano fragor de una batalla; al artista, los vitores de la muchedumbre; al marino, el clamoreo eterno de las olas.

Desde que empezaron las buenas noches primaverales, Teodora y yo paseábamos después de cenar dirigiéndonos hacia la Puerta del Sol por las calles San Bernardo y preciados, y regresando inmediatamente á casa por las de Fuencarral, Desengaño y Luna: eran excursiones monótonas que realizábamos metódicamente, como quien cumple una obligación, y que no costaban dinero. Teodora se divertía narrándome su historia, que rellenaba de episodios y divagaciones interminables: la barbería fué comprada con dinero que ella había ganado; Joaquín, aunque bueno, era perezoso y, con los años, iba aficionándose á la bebida...

Seguía hablando, irritándose contra los transeúntes que la empujaban, obligándola á callar: yo la oía distraída, como se oyen las conversaciones de los niños, mirando los escaparates de las joyerías, siguiendo con los ojos á las mujeres elegantes que iban en coche. Una noche pregunté á Teodora:

—¿En qué se distingue á las mujeres de vida alegre? Hablo de las ricas.

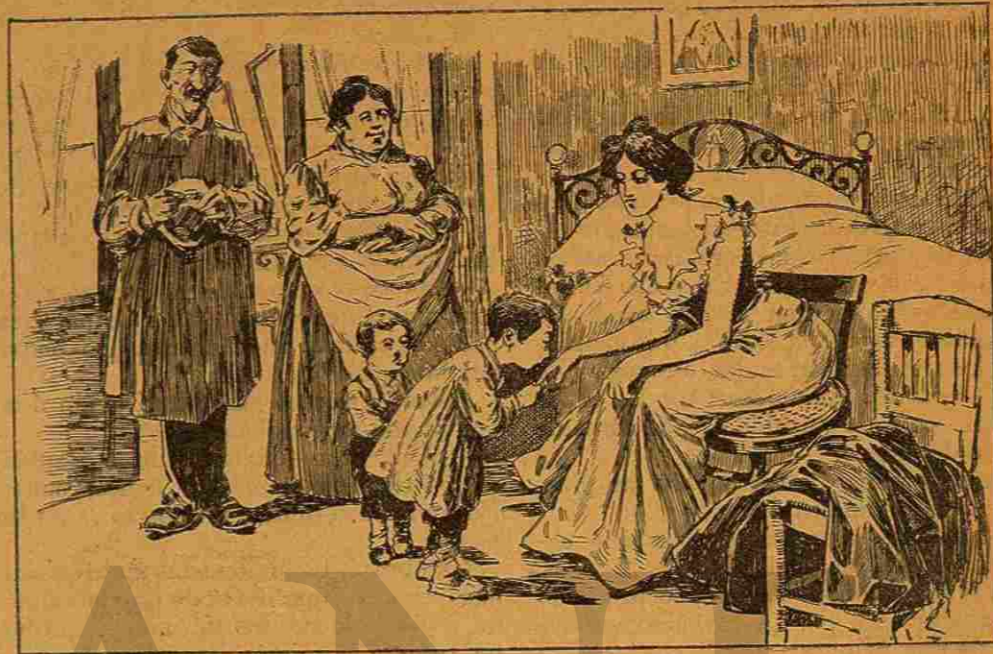
Contestó sencillamente:

—¿Qué se yo?... En su tipo, en sus perfumes, en su modo de vestir...

—¿Conoces alguna?

—Personalmente, no, pero sí de vista; ya te avisaré.

¡Quién sabe si su instinto plebeyo, propenso á la murmuración y á la desconfianza, calificó de hetera á más de una matrona impecable por el solo hecho de ir bien vestida!... Lo cierto es que conocí á las cortesanas que entonces estaban más en boga, y todas eran jóvenes, elegantes,



...adquirieron la servil costumbre de acudir todas las mañanas á besarme la mano... (Pág. 28)

llamativas: me impresionaron fuertemente sus cabelleras de oro ó de endrina, sus semblantes pálidos, sus ojos hermosos velados por la triple ponzoña de la tristeza, la ambición y el ensueño; pasaban en bandos que huían veloces; un polvillo dorado parecía flotar sobre las plumas de sus grandes sombreros; los hombres volvían la cabeza para mirarlas, y su admiración y sus deseos las perseguían hasta muy lejos; cada una de ellas tenía una leyenda: por ésta se había suicidado un marqués; por amor á otra, un calavera arruinado estaba en presidio... Yo las contemplaba suspensa, examinando de refilón sus manos enguantadas, manos soboncitas y sabias que parecían descansar de tantas caricias sobre los regazos de seda. Por las noches, cuando regresaba á mi cuarto, aquellas impresiones dormían conmigo, estimulando mi ambición, convirtiendo mi lecho en yacija de espinas. «¿Por qué no vencer como vencen otras mujeres menos bonitas?...» repetía la voz tentadora.

Una noche, después de cenar, salí sola; Teodora, que tenía un niño enfermo, no pudo acompañarme. Según costumbre subí la cuesta de la calle Reyes, dirigiéndome por la de San Bernardo hacia la Puerta del Sol: al cruzar la Plaza de Santo Domingo me detuve ante el escaparate de una camisería; las luces eléctricas reverberando sobre las blancas pecheras de las camisas, producían un resplandor crudo que iluminaba mi rostro fuertemente de abajo á arriba, dándole una expresión de cansancio que entonces no tenía. De pronto comprendí que estaban observándome; fué algo magnético que corrió sobre mi piel, obligándome á volver la cabeza: era un hombre como de treinta y cinco á cuarenta años; estaba en pie, muy cerca de mí, escudriñándome atentamente; traspasando mi pobre trajecillo de verano llegaba á mi carne el calor de su cuerpo saludable y robusto: de una ojeada apreció sus botas de charol, su gabán blanco, su sombrero de copa, la serenidad aristocrática de sus facciones. Con-

tinué mi paseo, no sabiendo cómo componérmelas para lograr que mi cortejador me abordase; él me seguía de cerca, pero sin atreverse á zureir el diálogo, desorientado, sin duda, por mi apetecible aspecto provinciano: yo caminaba perpleja, deseando y temiendo simultáneamente el abordaje de lo desconocido: tenía la lengua seca y frías las sienes; zumbidos extraños trastornaban mi cerebro; quizá mi verdadero porvenir empezaba allí. Al llegar al Postigo de San Martín torcí á la derecha, buscando la sombra, que enardece á los tímidos; allí me detuve mirando á todas partes, como desorientada: el caballero, siempre retraído pasaba cerca de mí sin detenerse.

Su rara cobardía estropeaba mi plan: entonces pregunté:

—Señor, ¿sabe usted dónde está la calle de... de Fuencarral?

El interpelado se detuvo, sorprendido agradablemente por la turbada entonación de mis palabras.

—Va usted por mal camino—dijo.

—Si pudiera usted indicarme cuál debo seguir...

—Mejor es que la acompañe.

Vacilé; él insistió.

—No tengo nada que hacer; por otra parte, si la dejo á usted sola, volvería usted á perderse.

Cedí: aquella noche volví á la barbería llevando en el corsé un billete de cincuenta pesetas. Al día siguiente el regocijo que me causaba la inesperada posesión de aquel tesoro era tan grande, que se lo enseñé á Teodora, cuyos ojos brillaron codiciosos. Yo dije que aquellos diez duros me los había dado una señora amiga de mi madre, á quien encontré en la Puerta del Sol, y que, lejos de reñirme, me colmó de buenos consejos, ofreciéndome su casa y prometiendo ayudarme con cuanto pudiese: mientras hilvanaba con visible torpeza este cuento inverosímil, Teodora me escuchaba dando muestras de credulidad y ufanía. Yo, queriendo hacerla participar completamente de mi contento, añadí riendo:

—Ya ves, ¿qué te parece?... soy rica.

Con que, si algo necesitas, pide; la caja está abierta.

Ella miraba al suelo, perpleja: adivinando sus vacilaciones, repetí mi oferta, á lo que contestó con mentido embarazo:

—Si pudieras darme veinte pesetas... Ya te las descontaremos del dinero que me entregues á primeros de mes.

—Cambia y quédate con ellas—répuse entregándole el billete.

—Me atrevo á pedírtelas porque estoy muy pobre: el verano todo lo paraliza, nadie se afeita... anoche tuve que empeñar la capa de Joaquín.

Estas explicaciones, humillando á mi amiga, me molestaban.

—Bien, bien—exclamé interrumpiéndola;—toma y nada me debes; nada... Pues vivimos juntas, mi dinero es de todos.

Me abrazó, besándome las mejillas muchas veces: estoy cierta de que la taimada, á pesar de su aire encogido y gazmón, tuvo menos empacho al aceptar aquel dinero que yo en ofrecérselo.

A la noche siguiente volví á ver á mi nuevo amante, cuyo nombre mi ingrata memoria no recuerda: estuvimos en el café del Siglo, luego subimos á un coche que nes llevó por Recoletos hasta el Hipódromo; el hablaba acariciándome las manos; me aseguró que era rico y que, si yo fuese juiciosa, no tendría inconveniente en vivir conmigo.

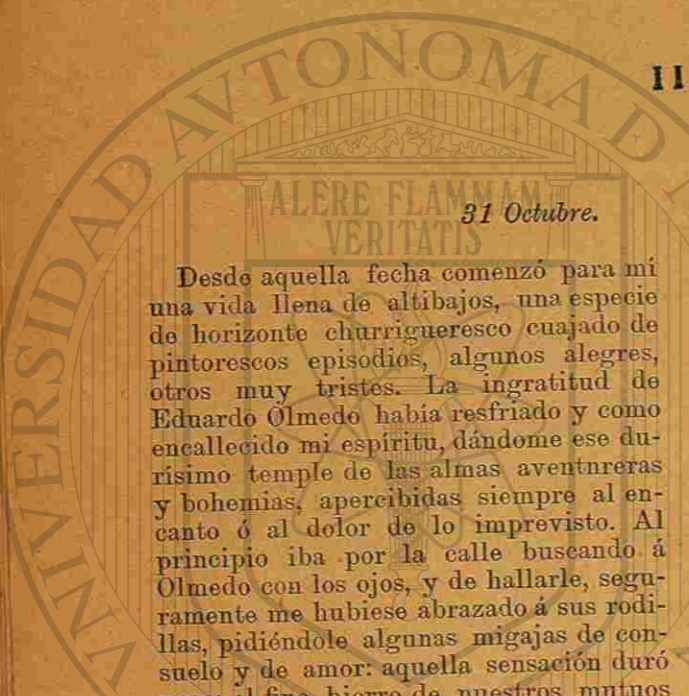
—Aunque eres muy joven—decía,—debes velar por tu porvenir; los años pasan pronto; escarmienta en mí; ayer era un niño y hoy tengo la barba llena de hilos blancos...

Yo le escuchaba distraída, pareciéndome que me hablaban de algo muy distante, casi inaccesible, remotísimo como el origen del mundo. De pronto me echaba á reír y le besaba porque sí, sin deseos; él reía también, llamándome loca. Como todo hombre muy vivido, era dulce y paciente, y creo que, á durar algo más nuestras relaciones, hubiera llegado á quererle, no obstante parecerme algo raro: siempre había en sus miradas y en sus silencios una gran tristeza; desengañado de

todo, el pobre temía enamorarse formalmente de mí. Aquella noche me acompañó hasta la puerta de mi casa: al darme la mano sentí que me entregaba un papel; parecióme que tenía los ojos húmedos: después me besó en la frente y se alejó rápidamente, volviendo la cabeza, como quien huye ó se despide. Cuando iba muy lejos, miré el papel que me dió: era un billete de cien pesetas: á un la-

do, en lugar muy visible, leí la palabra «adiós»...

¿Quién la había escrito? ¿Era mi amigo?... Yo no conocía su letra. Y si era él, ¿de quién se despedía? ¿Del billete ó de mí?... Lo primero, era bufo; lo segundo, triste y raro. Al día siguiente por la noche fui á buscarle al sitio donde estábamos citados, y no acudió; al otro día, tampoco; no he vuelto á verle más...



31 Octubre.

Desde aquella fecha comenzó para mí una vida llena de altibajos, una especie de horizonte churrigueresco cuajado de pintorescos episodios, algunos alegres, otros muy tristes. La ingratitud de Eduardo Olmedo había resfriado y como encallecido mi espíritu, dándome ese durísimo temple de las almas aventureras y bohemias, aperebidas siempre al encanto ó al dolor de lo imprevisto. Al principio iba por la calle buscando á Olmedo con los ojos, y de hallarle, seguramente me hubiese abrazado á sus rodillas, pidiéndole algunas migajas de consuelo y de amor: aquella sensación duró poco; el fino hierro de nuestros mutuos juramentos quebrantábase en la distancia del tiempo y del espacio; las remembranzas de la aldea y la casa de mi tía, con la ventana por entre cuyos barrotes recibieron mis labios la agrídulca sorpresa de los primeros besos, palidecían en los mares sin playas del recuerdo como en la sombra de una noche sin luna; la voz cariciosa de Eduardo desfallecía bajo el prolongado trueno del tren; su semblante, á la luz nimbada del vagón, era pálido como una mancha exangüe sobre la que reían dos hileras de dientes muy blancos... Aquella emoción extinguióse pronto, y si deseaba tropezar con Olmedo era para humillarle pasando junto á él friamente, sin saludarle, probándole así que las cien pesetas que seguía enviándome por mediación de Joaquín Antón los días primeros de cada mes, no eran indispensables á mi vida. Más tarde, y este es un fenómeno imaginativo que aun persiste en mí, he creído sorprender grandes se-

mejanzas entre Eduardo Olmedo y todos los hombres ruines, malvados ó hipócritas, que mi corta suerte va presentándome.

El escaso dinero que la casualidad me permitió ganar en aquellos ocho últimos días, erigiéronme en dueña y tirana protectora y casi omnipotente de mi nueva familia. Teodora me obedecía ciega-mente, aceptando, sin discusión ni remilgos, mis menores indicaciones; los niños, por consejo, sin duda, de su madre, adquirieron la servil costumbre de acudir todas las mañanas á besarme la mano humildemente; Joaquín Antón, aunque zafio y groserote, no se atrevía á hablarme con la gorra puesta, ni menos á presentarse borracho delante de mí. Entonces yo creía que todo ello era resultado de una buena amistad; pero luego he sabido que el interés fué el verdadero origen de tanta deferencia y sumisión, y me represento los diálogos repugnantes que aquellos dos miserables trabarían por las noches en voz baja, componiendo atrevidos cálculos sobre las ganancias probables que mi candor y mi belleza podría redituármelos. Así, y no obstante ser la casa de Joaquín Antón y hallarme yo bajo su sombra y protección, aquel hombre era algo dependiente ó esclavo mío, sin más fuerza que la por mi irradiada, ni otra claridad que la que mi elegancia y discreción vertían sobre él. Me llamaba cuñada, con los ojos humedecidos por el agradecimiento y la codiciosa esperanza de grandes favores; para que yo no me desdenase de salir á la calle con su mujer, la obligó á comprarse un vestido nuevo, y enseñó á sus hijos á llamarme «tita Isabel»; era, pues, como decía Riva-

rol de Champcenetz, «mi luz lunar» y yo le aceptaba bondadosamente, sin maliciar que tantos agasajos me costaban todos los meses más de treinta duros.

Acosada por la tediosa vacuidad de mis días y por Teodora, que me hablaba continuamente de su miseria y de las mudanzas y reformas que necesitaba introducir en la barbería, decidí correr nuevas y productivas aventuras.

Una mañana fui á cierto famoso Salón de Peinado sito en la calle de Jacometrezo. El establecimiento era una tienda rectangular, con un pequeño escaparate donde había botellas de aguas odorantes, tarritos con pomadas y otros objetos de perfumería; algunas pelucas, trenzas de todos colores y una cabeza femenina de cera, elegantemente peinada, que giraba lentamente sobre sí misma merced á un sencillo mecanismo de relojería. La dueña del Salón se llamaba Faustina, y era una mujer cuarentona, gruesa y alta, y de guapeza imponente y varonil. Teodora, que me acompañaba en aquella primera visita, hizo mi presentación:

—Mi hermana Isabel...

Faustina tuvo un gesto errante de sorpresa. Teodora, comprendiéndolo, apresuróse á rectificar.

—Es decir—agregó,—no es hermana mía, pero como si lo fuese... porque casi nos hemos criado juntas.

Nos sentamos junto á las cuatro ó cinco mujeres que esperaban vez para peinarse, y aguardamos. Faustina, su hija Madrona y otra oficiala, trabajaban activamente alisando los cabellos de las parroquianas sentadas en los tres únicos sillones que había: yo las veía perfectamente por el espejo: una de ellas era vieja; las otras dos jóvenes y no mal parecidas; todas estaban disfrazadas con anchos peinadores blancos. Largo rato estuve absorta, observando á Madrona, inquieta y delgada, hundiendo sus dedos nerviosos, abrigados y pulidos por el aceite, en una copiosa trenza de cabellos rubios. De cuando en cuando la puerta de la calle se abría haciendo vibrar un timbre y aparecían nuevas parroquianas.

—Buenos días nos dé Dios.

—Hola, buenos días.

—Y frescos.

—Así es...

Algunas eran criadas y llevaban al brazo grandes cestas vacías; otras, por la elegancia y riqueza de sus trajes usados y el desmazalamiento de sus ademanes y actitudes, parecían mujerzuelas de mal vivir; todas se sentaban moviendo las caderas como para deshacer algún pliegue del vestido que las lastimase, exhalando un olor insano, persistente, de carnes mal lavadas. Las tres clientes que estaban peinándose cuando Teodora y yo llegamos, se levantaron casi al mismo tiempo, pagaron y salieron mirándose de reojo en el espejo sus cabezas rizadas. Otras tres mujeres ocuparon los sillones que acababan de quedar vacíos, y Faustina, Madrona y la oficiala reanudaron su tarea; Faustina alta, dominando y como imponiéndose al trabajo; Madrona pequeña, levantando mucho los brazos para alcanzar á la cabeza de sus parroquianas, pálida, cual si aquella actitud y aquel repetido ponerse de puntillas la fatigase el pecho. Y los rostros continuaron desfilando de tres en tres por delante del espejo impasible: yo los veía distraída: eran semblantes marchitos, ajados por el trabajo ó por el vicio, con párpados soñolientos, mejillas tristes, labios desengañados, que conservaban el sumario de los goces apurados la noche antes: todas iban ligeramente vestidas; en el aire del cerrado establecimiento flotaba el tenaz olor de aquellos cuerpos mal limpios y casi desnudos.

Creo que Teodora me llevó á casa de Faustina con deliberado propósito, pues en aquel centro de gentes socarronas y maleantes conocí una pluralidad de tipos que habían de influir fuertemente en los rumbos ulteriores de mi vida, y que, lejos de apartarme del mal, ó cuando menos de enderezarme hacia las regiones aristocráticas y más altas del vicio, me empujaron por derroteros torcidos hacia los fondos peores. Allí me presentaron á Pilar Huerta, antigua lumia, que habiéndome

dose aburguesado, puso con el dinero de su querido una taberna en la calle de Tudescos; á Severina Aguilas, vieja miserable, dueña, allá en sus mocedades, de una mancebía; á Elvira la Gandula; á Gregorio, tipo repugnante, de dudosa sexualidad, y otros varios corredores y alcahuetas que comerciaban guiando desilusionadamente al dócil rebaño de la voluptuosidad hacia donde el vicio de los hombres lo reclamaba. Finalmente, conocí también por aquellos días á Leonarda Cadenas, rubia guapisima con quien, por rara casualidad, aun no he tenido motivos para reñir y que entonces andaba buscando un amante rico, poseída de una ambición insaciable, enfermiza, como un delirio de grandezas. Leonarda hablaba como los artistas ilustres que más tarde aquí, ó fuera de España he conocido.

—Imítame—decía—y procura salir de este fango negro en que vivimos; tú, como yo, mereces morir célebre y rica.

Una noche, Leonarda Cadenas fué á la barbería á buscarme; yo estaba empujando á comer.

—¿Qué hay?—pregunté.

Ella guiñóme maliciosamente, sonriendo, dándome á comprender que el objeto de su visita no podía ser expuesto delante de Teodora y de Joaquín. Entonces me levanté conduciendo á mi amiga á una habitación próxima.

—¿Quieres cenar conmigo?

—¿Dónde?

—En las Ventas del Espíritu Santo.

Quedéme perpleja, considerando el estado, no muy lucido, de mi calzado y de mi falda negra. Leonarda procuró animarme, asegurando que iríamos en coche; habría baile y la comida y los vinos serían buenos.

—La fiesta—agregó—se ha improvisado hace un momento en casa de Severina Aguilas. Vendrán con nosotras Pepe Pérez, que es médico y antiguo amigo mio, y un tal Diego Ferrán... ó Ferrer... no recuerdo el apellido... Un niño aristócrata muy borracho, pero muy simpático, á quien sólo conozco de vista.

Animada por un repentino anhelo de divertirme, cedi sin oponer objeciones. Cuando llegamos á casa de Saturnina vi en el salón, un saloncito adornado con muebles y cortinajes viejos, dos hombres que, al oírnos, se levantaron cumplimentando á mi amiga por la excelente compañera que les procuraba, y arremetiendo luego contra mí, palpándome, pellizcándome, besándome sobre los labios, obligándome á respirar sus alientos infestados de olor á tabaco y á vino. Entonces, como ahora, estas caricias brutales me molestaban horriblemente, y para evitarlas volvía la cabeza á otra parte. Pepe Pérez era un tipo plebeyo, gordiflón y chiquitín: vestía americana negra y pantalón gris; al caminar inclinaba un poco hacia dentro las puntas de los pies: tenía el cráneo calvo, los ojos groseros, el bigote negro y muy poblado; por los puños blancos de su camisa asomaban sus muñecas fuertes, cubiertas de espeso vello. Diego Ferrer, mi amante de aquella noche, era alto, simpático y de correcto porte; en sus mejillas el vicio había pintado algunas arrugas precoces; tenía ojos de vesánico, saltones y claros; su labio inferior grueso y colgante, parecía hallarse propicio siempre á beber; sobre su frente pequeña, embrutecida por el alcohol, los cabellos byronianos, cortos, ensortijados y negros, se encrespaban.

Diego Ferrer me cobró afición, y yo, aungustándome poco, acepté su compañía sin sacrificios ni violencia, prefiriéndole á cualquier otro hombre desconocido. Diego era un anormal en quien ciertas facultades parecían haberse desarrollado extraordinariamente con menoscabo de las otras, y á espensas de los jugos que de éstas tomaron. Así, pues, todo en él acusaba al verdadero artista, inconsciente y desordenado, cuyos fuertes nervios sólo trabajan bajo el látigo de estimulantes poderosos: el hambre, la lujuria, la embriaguez, la ambición... Era fantaseador, voluntarioso, impulsivo, y mientras su imaginación y sus pasiones iban muy lejos, su sensibilidad era escasa, su entendimiento obscuro y angosto.

El día primero de cada mes, Ferrer recibía de su padre tres mil pesetas, cantidad con la cual otro hombre cualquiera hubiese podido representar buen papel en cualquiera parte. Pero Diego ordenaba sus gastos disparatadamente. Una sencilla operación aritmética le había demostrado que tres mil pesetas repartidas equitativamente entre treinta días, sólo consienten un gasto diario de veinte duros, cantidad exigua que no le permitía vivir con el fausto que él soñaba; y así optaba por disipar su renta en una semana, gastando diariamente de doscientas cincuenta á trescientas pesetas. Una vez sin dinero, Ferrer se abstenía de recurrir á los prestamistas y se refugiaba donde nadie supo nunca, y allí permanecía recluido hasta que, con la llegada del nuevo mes, recibía los seiscientos duros que habían de proporcionarle un nuevo período de esplendor: los que le trataban superficialmente y siempre le vieron bien vestido y en coche, creíanle rico; yo, que le conocí íntimamente, sabíale niño muy inexperto y muy desgraciado.

Entre otras debilidades y vicios menores emanados de su mismo desequilibrio, Diego padecía el de la borrachera: se finaba por el vino, sea cual fuese; el solo recuerdo del coñac le producía emoción voluptuosa tan intensa que le obligaba á apretar los dientes. De sus borracheras conocíamos todos anécdotas chistosísimas. Verbigracia: la habitación donde él y yo dormíamos algunas noches en casa de Severina Aguilas, era muy pequeña y el lecho tan grande, que ocupaba casi todo el cuarto, cual si lo hubiesen fabricado á su capacidad y medida; la puerta, que era de cristales y tenía visillos, se abría delante de la cama, y entre ésta y aquélla quedaba el espacio indispensable para que pudiera deslizarse una persona no muy gruesa. Yo estaba acostada y á oscuras, cuando Diego llegó; iba borracho y sin cerillas; Severina había salido. Ferrer penetró en la alcoba, cerró la puerta y empezó á desnudarse, tirando al suelo el sombrero de copa, la levita, el chaleco, maldiciendo de la suerte que

le obligaba á acostarse entre tinieblas, atormentado por la preocupación de que había un hombre oculto en la habitación. Después, al quitarse la camisa, la elástica se le arrolló bajo los sobacos y Diego pasó las de Caín para bajarla y remeterla dentro del calzoncillo; siendo lo gracioso que, como el espacio donde maniobraba era tan angosto, juntamente con la camiseta guardóse la punta de un visillo entre los calzones y la piel, por lo que luego, al querer subir á la cama, sintió que le retenían y sujetaban por detrás. Con esto, sus terrores aumentaron, y volviéndose rápidamente y enarbolando el brazo, comenzó á gritar:—¡Socorro, ladrones!...> descargando al mismo tiempo un puñetazo que redujo á menudos añicos los cristales de la puerta. Fué un incidente muy cómico que empezó asustándome y concluyó haciéndome reír á carcajadas.

Cuando Ferrer se emborrachaba solo, le acometía el capricho de pasear por el campo, caminando en línea recta y sin tino durante varias horas, hasta que el cansancio físico y el aire le desaturdían, devolviéndole la razón en parajes distantes y á veces, para él, completamente desconocidos. Más de una madrugada le sorprendió el sol en Chamartín ó en Vallecas; otras veces su embriaguez le empujaba hacia la vieja sacramental de san Justo, donde estaba su madre, y como iba deteniéndose á beber en todas las tabernas y ventorros del camino, llegaba al cementerio completamente beodo. Entonces sufría anhelos locos de llorar, é hincándose delante de las tumbas abría los brazos, levantando al cielo sus ojos enturbiados por las lágrimas y el alcohol, lamentando su temprana orfandad amargamente: los sepultureros, entre compadecidos y burlones, solían levantarle y sacarle de allí: Ferrer salía dando traspies, vacilando ridículamente ante las esculturas inmóviles y severas de los mausoleos, y luego, pensando en alguna pintarrajeada belleza de lupanar, compraba las flores que una vieja, antigua alcahueta quizá, vendía en la puerta del camposanto para los muertos... Pasaron

de cuatro y de cinco... ¡y de ocho!... las veces que el desdichado volvió á Madrid, vestido de levita ó de frac, con un ramillete de aquellas flores funerarias en la mano, y acostado y profundamente dormido sobre un carro cargado de paja ó de verduras.

Mis relaciones con Diego Ferrer duraron un año y hubiesen persistido mucho más, pues era generoso y bueno, si una muerte violenta, un asesinato infame, no hubiera llegado á separarnos.

Estábamos una noche cenando en el comedor de Severina Aguilas en compañía de otra mujer, cuyo nombre no recuerdo, y de su querido; un muchacho, como de veinte años, mala persona, que más tarde murió en presidio y á quien llamaban Fernando el Cordobés. Por aquellos días, que eran los primeros de Marzo, Diego me había regalado cuatrocientas pesetas. La comida pasó sin incidentes; á los postres todos estábamos enardecidos por el vino; Diego, que iba vestido de frac, quería marcharse á jugar al casino de donde era socio; yo me opuse y él me insultó, tachándome de interesada y concluyendo por arrojarme á la cabeza una copa que me hirió levemente. Ante aquel desafuero todos terciaron á favor mío, y Fernando dijo que en presencia suya nadie pegaba á una mujer.

—Es mi querida—repuso Diego.

—Lo sé—contestó el Cordobés,—pero no importa.

—Haré lo que guste.

—Pero no aquí.

—Aquí... y en todas partes... y siempre.

—¿A que no?

La cuestión, provocada por un exceso, tal vez, de caballerosidad y galantería, iba convirtiéndose en estúpida cuestión personal. Yo, queriendo evitar daños mayores, intervine poniéndome, como era prudente y de razón, de parte de Ferrer.

—Perdone usted, Fernando—dije,—pero Diego es mi amante y tiene autoridad y derechos inequívocos sobre mí: en último caso, sólo á nosotros dos compete la discusión y el pacífico ó adverso desenlace de lo ocurrido.

La otra mujer también se acercó á su querido, poniéndole las manos sobre los hombros, conteniéndole; Severina Aguilas, con su destemplada voz de vieja lumbre, hablaba á gritos procurando tranquilizarnos, barajando en su torpe boca razones y denuestos. Pero aquellas intervenciones llegaban tarde; Ferrer se había levantado mirando á su enemigo con los ojos grandes y claros, ahuevados por la embriaguez y la ira.

—A ese chulito—dijo—le mato yo esta noche.

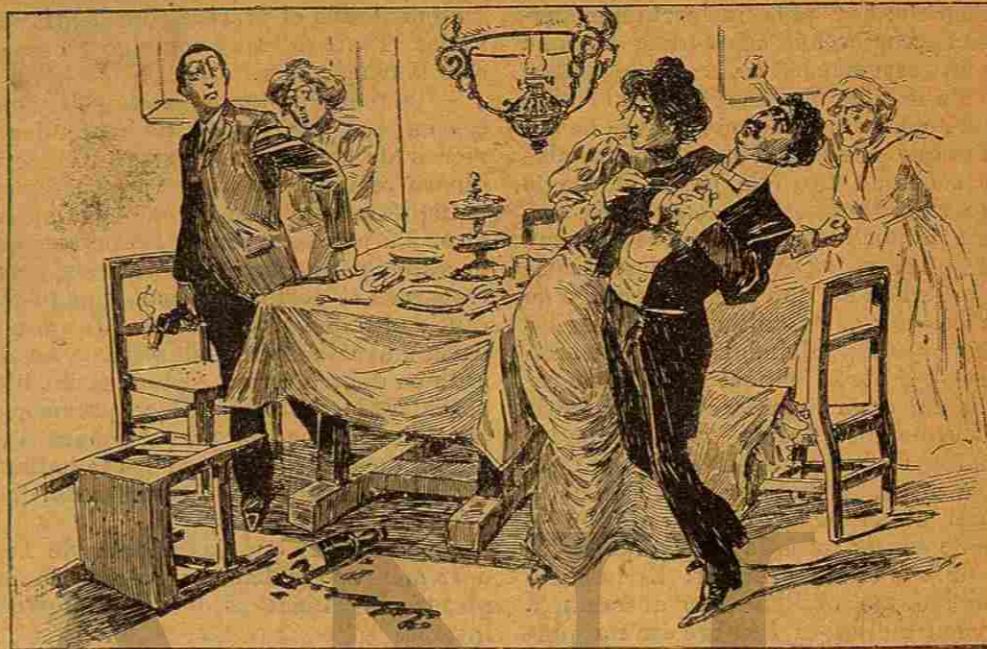
Y cogió una botella; Fernando, advirtiendo aquel movimiento, echó mano prestamente al revólver que tenía en el bolsillo trasero del pantalón y antes de que nadie pudiera impedirlo, extendió el brazo y disparó; yo vi cómo la pechera de Diego se teñía de sangre; no obstante mi amado, aunque tambaleándose, arrojó la botella hacia su rival; más el proyectil partió sin brio y fué á estrellarse contra el suelo. Fernando volvió á disparar sin hacer blanco: desgraciadamente aquel segundo tiro era inútil, porque Diego, que pudo sostenerse algunos segundos agarrándose á mí, caía moribundo sobre la alfombra.

La impresión que me causó aquella brusca y terrible tragedia fué tan intensa, que hube de guardar cama varios días. Lloré mucho á Ferrer y aun, á pesar del turbio prisma de los años, me siento conmovida: su muerte inició para mí un período caótico, una especie de noche tenebrosa en la cual los chispazos luminosos del contento fueron muy raros.

8 Noviembre.

Más de dos años eran pasados desde que la fatalidad me trajo á Madrid, y aun entre mis padres y yo no se había cruzado ninguna carta; pero sabía de ellos indirectamente, merced á mi buena amiga Ramoncita Castillo.

Son muy amargos los estados porque fué atravesando mi alma en aquella época. A ratos, recordando que la perla—como dijo Lope—no es estimada hasta



...Diego, que pudo sostenerse algunos segundos agarrándose á mí... (Pág. 32)

después de dejar la concha, me holgaba de haber abandonado un pueblo donde ni mi cumplida belleza, ni mi educación, ni los ensueños ambiciosos de mi deseo, podían ser apreciados. No obstante, contra estas afirmaciones rotundas de la fe, oponía la reflexión sus dudas y distinguos, probándome que la conquista de lo bueno no es fácil, mollar ni asequible á todos, sino que requiere capacidades excepcionales de tesón, ingenio y traviesa. Entonces sufría congoja y desmayo inmensos. ¿Persistiría aquella situación dudosa? ¿Continuaría el Destino poniéndome sobre la nuca su pie de plomo? ¿No podría levantar jamás la cabeza como el gallo, que mira siempre al horizonte cual enamorado de la distancia y del sol?... Odiaba mi pasado, el horrible pasado repleto con el recuerdo de los padres abandonados y de la aldea perdida; bajo las alas negras del primer desengaño desaparecían las dulces memorias, mis curiosos impacientes de niña estudiosa, las sonrisas luminosas de mi inocencia; la

pintada mariposilla del ensueño yacía entre el polvo del camino con las alitas rotas. Si las ideas no fuesen nociones esquemáticas sino entidades materiales, capaces de ser tocadas y vistas, yo barrería de mi frente los malos recuerdos; cogiéndolos, rompiéndolos entre mis manos, arrojándolos después por una ventana para que el vendabal se llevase los pedazos muy lejos, bajo la noche. Yo no amaba; á los dieciocho años todo era en mí, triste y mustio; ningún hombre tuvo la fineza de escribirme una carta ni de cortarse para mí un mechón de cabellos; la pasión ardiente quemaba, rebaja los nervios, enmolece los músculos; nunca volví al campo, como cuando niña, á coger margaritas y amapolas; sólo el vicio brutal me solicitaba; mi libro de oraciones no guardaba ninguna de esas flores secas que recuerdan un amor...

El verdadero cariño, según la experiencia me demostró más tarde, es reservón y tímido, y como gastrónomo inteligente apetece ir saboreando las impresiones

lentamente: hoy pide una carta que conserve la huella húmeda de una lágrima ó de un beso; mañana un rizo de cabellos; otro día la cinta que llevábamos al cuello cierta noche: amantes muy graves he conocido que guardaban en la cartera, pincado sobre un trozo de papel, el pie de su querida. De tales pormenores, sin embargo, no puede hablarse en el vil mercado de las pasiones mercenarias; el apetito brutal de los que pagan se encoge de hombros ante estas sublimidades pueriles y las atropella, hallándolas ridículas. Sin haber disfrutado aún el subidísimo espasmo del amor carnal, comencé á sentir hacia el hombre desvío inexplicable; los hombres torpes pasaban junto á mí sin despertarme, saciando su anhelo sin obtener del mío el menor bostezo ni rebullo, dejando en mi carne la impresión dolorosa de sus dedos groseros. El impulso adquirido me obligaba, no obstante, á vivir entre ellos; el hombre era mi preocupación ineluctable; vivía de su contento y para regocijo suyo; por él me peinaba cuidadosa, entortijando lindamente los cabellos que luego desanudaría en el secreto de algún dormitorio; su recuerdo me acosaba en la calle y caminaba inconsciente, como un autómata, recogiendo mi falda, observándome de reojo en los escaparates de los comercios, procurando atraer sobre mí las miradas masculinas: de noche, en el teatro, perdida entre los espectadores que invadían las butacas, la esperanza de que alguien pudiera comprarme á la salida, me forzaba á mirar continuamente á todas partes, disuadiendo mi ánimo de la representación, presa de un torpe y único pensamiento. Cuando estos deseos no eran cumplidos regresaba á mi hogar mohina, preguntando al espejo por mi belleza, creyéndome ya casi inútil para los torneos del amor.

Hacia tiempo que Teodora y Joaquín Antón, animados por el dinerillo que yo no les regateaba, pensaron trasladar su barbería á otro sitio mejor, ensanchando el local, suprimiendo la sección, harto deslucida y plebeya, de cirugía dentaria,

y aumentando el precio de los demás servicios. Teodora habló conmigo acerca de esto muchas veces.

—Tú ganas bastante—decía;—hay meses en que tus gastos no ascienden á menos de quinientas pesetas. Con este dinero Joaquín se atreve á montar una peluquería tan buena como cualquiera otra. Tú puedes reservar las pesetas que necesites para comer y vestir bien, y entregarnos el resto. Por cada una de las cantidades que nos prestases, Joaquín te daría un recibo redactado y hasta legalizado en debida forma. Este negocio, bien considerado, es tan útil y provechoso para nosotros como para ti, pues á la vuelta de cuatro ó cinco años te hallarás con un capitalito que, de otro modo, disiparías neciamente.

Sin saber por qué, las cábalas de Teodora me repugnaban, pareciéndome inspiradas en el más sórdido y repugnante interés.

Teodora insistía suavemente, mirándome con sus ojuelos grises, humedecidos por un enternecimiento irritante: su marido iba, de día en día, cobrando á la bebida nueva afición; el porvenir de sus dos hijos, el mayor de los cuales ya estaba en sazón de aprender un oficio, comenzaba á inquietarla. Para demostrarme cuán precaria y aflictiva era su situación, detallaba los inevitables gastos y tacaños ingresos de su industria: tanto de contribución, tanto de luz, tanto para jabón, pomada, agua de Colonia, polvos y otros menesteres de tocador: las cincuenta pesetas que pagaba mensualmente por el alquiler de la tienda, tampoco eran costal de paja. Además, á la barbería, por ser de gente pobre, excepción hecha de los sábados y domingos, no iba nadie, lo que determinaba una ganancia semanal de veintiocho á treinta pesetas, con las cuales apenas tenían lo indispensable para pagar los gastos apuntados y comer. Una peluquería de mayor fuste, produciría ingresos mejores: la parroquia sería diferente; empleados, militares con graduación, estudiantes, personas, en fin, que pueden permitirse el dispendio, no muy

grande, de afeitarse dos ó tres veces por semana. Amén de estas ventajas, cada servicio se cobraría á veinticinco céntimos...

Teodora no omitía ocasión ni medio de atormentarme, segura de lograr por cansancio, lo que por razones no merecía. Muchas noches, al volver del teatro, la encontraba en el comedor esperándome, cosiendo pacientemente con los antebrazos apoyados sobre su vientre abultado y redondo. Aunque callada, su figura elocuente para mí como una súplica, su rostro fofo y pálido parecía la voz de la tienda, el espíritu triste de las paredes enyesadas, de los suelos desnudos, de todo aquel cuarto con su ambiente inhospitalario de casa pobre. Yo, por decir algo, preguntaba:

—¿Y Joaquín?

—Durmiendo.

—¿Y los niños?

—También. Los pobrecitos se acostaron temprano: hoy sólo hemos cenado migas y chocolate.

Luego, distraídamente, con aire de amistoso interés, abría mi bolsillo; un bolsillo de terciopelo donde yo misma bordé mis iniciales.

—Tienes veinticinco pesetas—decía;—sin contar los seis reales que llevabas cuando saliste de aquí.

—Así es.

—¡Vaya, mujer! ¡Qué suerte tienes!

Reía con risa innoble y avara de alcahueta: yo reía también. Teodora preguntaba:

—¿Qué hiciste de las veinte pesetas que trajiste anoche?...

Y así siempre. Concluí cediendo, vencida por aquella súplica interminable, por aquel ruego sostenido que yo leía en el semblante de mis dos amigos, en los desgovernados zapatos y rotos baberillos de los niños, en la mirada compungida con que todos acogían la fuente del cocido donde no pudo echarse un poco de carne.

—Podéis ir buscando casa—dije;—en lo que resta de semana, prometodaros quinientas pesetas para los primeros gastos.

En seguida entregué á Joaquín Antón los dieciocho ó veinte únicos duros que tenía ahorrados y guardados en el fondo de mi baúl. Al día siguiente, inmediatamente después de desayunarme, salí á la calle y fui á colocarme en cierto sitio por donde sabía que Eduardo Olmedo pasaba todas las mañanas. Desde que nos separamos en la calle de la Montera, sólo habíamos vuelto á hablar dos ó tres veces, pero tranquilamente, sin alusiones á lo pretérito, lágrimas ni reproches, como personas ligadas únicamente por el molesto recuerdo de una deuda. Al verme, Eduardo Olmedo se inmutó: tras un breve preámbulo, encaminado á referirme mi situación y disculpar el atrevimiento de aquel abordaje, le pedí cuatrocientas pesetas que necesitaba para emprender un negocio honrado. Expliquéle sucintamente de qué se trataba, exornando la verdad con no pocos embustes y apuntando de refilón la pobreza en que mis padres estaban: yo debía velar por ellos y corregir en lo posible el yerro imperdonable de mi ingratitud: por otra parte, el vicio me repugnaba, y de aquí mi anhelo de tener un comercio, un rincón modestísimo, ignorado y limpio, donde vivir honestamente. Olmedo, marrullero y traidor, aplaudió mi resolución, pero añadiendo que no podía favorecerme: en aquellos últimos meses sus negocios habían sufrido graves quebrantos; su mujer estaba enferma y el menor de sus hijos en cama: las cien pesetas que todos los meses me enviaba, eran para él un sacrificio casi insoportable. Animándose, prosiguió:

—Deseaba verte para decírtelo: no debo seguir regalándote ese dinero con que hasta aquí te he ayudado. ¡No puedo!... Y bajo la fuerza de esa imposibilidad, el escándalo no me intimida: ahora, haz lo que gustes.

Yo me enfuracé.

—Si no me das lo que necesito—exclamé—hemos concluído para siempre: no quiero recibir de manos tuyas nada; ni la salud. Bien sé que para ciertos degenerados no hay redención; los que, como tú,

nacieron miserables, mueren en su ley.

Sin oír las explicaciones que por urbanidad, quizá por miedo, Eduardo Olmedo quiso darme, di media vuelta, subí á un tranvía que pasaba, y sin perder momento me dirigí á casa de Severina Aguilas, quien por hallarse muy al tanto de mis ganancias y mi probidad, no dejaría de facilitarme, mediante un tanto por ciento prudencial, los ochenta duros que yo necesitaba.

En el comedor de Severina presencié una escena inolvidable. Pocos días antes, la vieja corredora de bellezas había sacado de un lupanar gaditano y por cincuenta pesetas, una mujer que ya tenía vendida á otra casa de lenocinio de Madrid en mil reales justos y al contado. Aquella infeliz se llamaba Martirio; pasaba de los treinta años, y, aunque fea, tenía en su cuerpo delgado y alto cierta languidez ó abandono felinos, atrayentes por todo extremo. Los ojos eran grandes, negros, un poco cansados; sobre la frente, que ya empezaban á estropear las arrugas horizontales del sufrimiento, blanqueaban algunos cabellos, afeando el negro lustroso del pelo; bajo los labios pálidos se ocultaban las encías, las horribles encías sembradas de dientes desiguales, ensuciados por la comida, renegridos por el mercurio. Con Martirio y Severina había otra mujer, pequeñita, enjuta, mal vestida con una faldilla de percal y un mantón negro, rugosa y siniestra como una bruja triste. Por la ventana, á través de los visillos poco limpios, caía un resplandor quieto y gris. Severina Aguilas, exclamó al verme:

—Acércate, Isabel: tú eres inteligente y debes examinar mi último negocio. ¿Qué te parece esta muchacha? Cincuenta pesetas me costó. Di si me han engañado.

Martirio se levantó; yo, dominando mi agitación, la saludé amablemente.

—Buenos días.

—Buenos días, señora.

Su acento andaluz era simpático, cariñoso, franco; sus mejillas, bajo la epidermis que endurecieron los afeites, se colo-

rearon, probando que la coquetería, sentimiento inseparable de toda mujer, no había muerto en ella aún. Por decir algo agradable, repuse:

—Me gusta; es guapa.

La vieja bruja me interrumpió:

—No, eso no; guapa no es... Pero lo será tan pronto como hagamos lo que Severina y yo tenemos pensado. Una mujer es una casa... una finca... y las fincas ruinosas, y esta pobre lo está, necesitan ser reparadas de cuando en cuando.

Invitáronla á dar por la habitación algunos paseos, para que yo apreciase su modesto andar y gallardía: caminaba lentamente, anadeando las caderas, quebrando el talle con onduleos lascivos de reptil.

—Hoy y mañana—dijo Severina—nos ocuparemos en pintarle de rubio los cabellos, y luego le pondremos toda la dentadura postiza.

—¡La dentadura!

—Sí.

—¡Pero la pobrecilla va á sufrir mucho!—exclamé conmovida.

Las dos mercederas de carne blanca se encogieron de hombros.

—No importa—repuso Severina:—yo lo siento porque la operación no ha de costarme menos de quince duros; pero es preciso... y ya sabe ella que, sin esta condición, no la hubiese comprado.

La prostituta asintió, bajando la cabeza.

—Ven acá—prosiguió Severina, dirigiéndose á la esclava:—siéntate.

Martirio obedeció.

—Abre la boca... ábrela bien, echa la cabeza hacia atrás... así.

Me acerqué, lanzando una mirada escrutadora al fondo de aquella boca negra donde la falta de aseo, el abuso del tabaco y las medicinas mercuriales causaron estragos terribles: casi todas las muelas habían desaparecido, los dientes estaban divorciados unos de otros, sucios, rotos, mellados, como púas mohosas de un viejo cilindro.

—Como comprenderás—agregó Severina Aguilas,—no hay hombre capaz de

besar á esta fiera en la boca. Sin embargo, prometo que, pasados ocho días no la conoces: con la dentadura completa y limpia, el pelo rubio y un trajecillo nuevo, será otra mujer.

Terminada aquella conversación, Severina y yo pasamos á un gabinete contiguo y hablamos en voz baja del asunto que allí me llevaba. Severina dijo que podía prestarme hasta treinta duros y lamentó amargamente no tener más dinero: el resto, con un interés del treinta por ciento y siempre que ella me saliese fiadora, lo facilitaría Faustina, la dueña del Salón de Peinado de la calle de Jacometrezo. El rédito me pareció exorbitante, pero la taimada alcahueta aseguróme que era imposible hallar quien cediese dinero con menor interés y sin seguridades sólidas y valederas de cobro, y yo, deseando concluir aquel negocio que tan embarazada me traía, acepté la oferta. Por la tarde, Severina Aguilas me acompañó al Salón de Faustina, y ésta me entregó cincuenta duros, obligándome yo, mediante recibo, á devolver á las dos mujeres quinientas veinte pesetas, que luego ellas cuidarían de repartirse equitativamente. Aquella noche, durante la cena, Teodora y Joaquín Antón, emocionados por la generosidad de mi sacrificio, me basaron las manos.

A fines de año nos trasladamos todos al nuevo local que Joaquín había alquilado en un principal de la calle de la Luna. Varios días anduve ocupadísima, ayudando á mis amigos á limpiar suelos y ventanas, y colocar muebles. La peluquería quedó instalada en el amplio local que formamos derribando el tabique que antes separaba el gabinete del salón, para lo cual fué necesario arreglar el suelo y el papel de las paredes y del techo. Joaquín compró á un compañero suyo cuatro ó cinco sillones, pagándelos al contado, y buen golpe de tijeras, navajas, maquinillas para cortar el pelo, pulverizadores, frascos de esencia, peinadores, tenacillas, toallas y otros menudos cachivaches: los espejos que, si mal no recuerdo, importaban mil cuatrocientas pese-

tas, los compró á plazos, teniendo por fiador suyo al dueño de una fábrica de corsés de quien Teodora era algo pariente. Instalado el nuevo establecimiento, esperamos la llegada del primer parroquiano; aquel que, según nuestras supersticiosas imaginaciones, había de imprimir á los destinos de la peluquería adverso ó favorable impulso. Todos temíamos que fuese cura: las sotanas, según creencia vulgar, tienen mala sombra. Joaquín y sus dos oficiales paseaban á lo largo del salón gravemente, las manos cruzadas sobre los riñones y vestidos con largas blusas de dril, muy limpias y almidonadas; á los muchachos, que todo lo rompen y empuecan, se les había prohibido terminantemente entrar en la peluquería; Teodora y yo, con los brazos al aire, planchábamos en la cocina las toallas y los peinadores que luego habían de llenar los entrepaños de un estante. Por la tarde, el timbre de la escalera vibró anunciando la llegada del primer parroquiano, quien, por distraído que fuese, seguramente advirtió el molesto choque de nuestras miradas preguntonas: Joaquín y sus dos oficiales interrumpieron sus paseos; Teodora, sus dos hijos y yo, desde la puerta del comedor, atisbamos al visitante: era muy jovencuelo; un estudiante tal vez; todos reparamos en que llevaba corbata verde: aquello nos pareció buen agüero; de verde se viste la esperanza. Por la noche, oficiales y patronos celebraron la inauguración del establecimiento cenando juntos; el vino nos puso á todos muy decidores y alegres; Joaquín Antón se emborrachó, uno de los oficiales se empeñó en besarme la mano con que yo acababa de servir el coñac.

—No me gustan las bocas bigotudas—exclamé, por decir algo.

—¿Quiere usted que me afeite?

—¿Por besarme la mano?

—Sí.

—¿Y sería usted capaz?

—¿Cómo no? ¡Ahora mismo!

Me eché á reír; él, uniendo la acción á la oferta, salió del comedor tambaleán-

dose, y pocos minutos después reapareció rapado y sin cañones, como un seminarista, y mereciendo de la concurrencia alegre y prolongada ovación. Claro es que hubo de cumplir lo prometido, entregando con regia majestad mi mano á los cariñosos labios del pelotero; pero aquella concesión no envolvía malicia ni trajo mercedes mayores.

Por aquella época, época triste que mi memoria hilvana, zurce y recompone difícilmente, me ocurrió la aventura más original y fuera de toda suposición ó cálculo, que creo le haya sucedido á ninguna mujer.

Severina me había presentado á una muchacha muy simpática, llamada Carmen Arellano, á la que luego perdí de vista y de quien no volví á saber hasta mucho tiempo después: era de mediana estatura y algo coja; parecía francesa; su almita, inconsciente y bohemia, la hacía desgraciada y adorable; teniendo todos los vicios, hubiera sido capaz, por amor, de vivir como una santa; como las mujeres de Gavarni y de Guillaume, era, simultáneamente, irresistible y fea; tenía la nariz torcida, y su rostro largo y pecoso terminaba en punta; los ojos eran azules y grandes; sobre su frente blanca, los cabellos indómitos y rojos ponían un casco sangriento. Carmen había sido querida de Enrique Cova, vizconde del Mármol, quien harto de perdonar y de ser engañado, la dejó: el recuerdo de aquel hombre rico y bondadoso constituía la única grandeza, el único timbre nobiliario de mi pobre amiga. No obstante, ella vivía feliz; ante el mañana incierto, rebozado en las negras hopalandas de la pobreza, Carmen reía; su imprevisión miraba á la miseria frente á frente, encogiéndose de hombros; jamás sus manecitas gráciles, aficionadas á todas las perver­sidades, regatearon una limosna.

Una noche cenábamos Carmen Arellano y yo en cierto cafetín solitario de la calle Infantas, acompañadas de un pelotero vasegado y de un *jockey*, á quienes mi amiga conoció aquella tarde no sé dónde. El *jockey* se llamaba Dagoberto,

como el protagonista de una famosísima novela de Sue, y sin duda por esta circunstancia recuerdo su nombre; mi memoria, sin embargo, apenas recompone aquella figura empujada muy lejos en la noche de los viejos tiempos: era pequeño, delgado, la nariz larga; creo también que su cráneo, cubierto de pelo corto, terminaba en punta. El pelotero, alto, grueso, apoplético, parecía un coloso; la risa, retozándole por sus labios enormes, llenaba su cara; sus manazas velludas, abandonadas sobre el mármol del velador, ocupaban media mesa. Aquellos hombres, indudablemente, nos tenían á Carmen Arellano y á mí en poco. Desde la segunda mitad de la cena nos olvidaron completamente para abismarse en un diálogo insulso, concerniente á episodios y detalles de sus respectivas profesiones: el pelotero hablaba de saques, de rasantes, de boleas, moviendo en el espacio sus brazos hercúleos, indignándose contra el zaguero que le dejó perder un partido que ya tenía ganado: el *jockey* refería prolijamente sus últimas carreras; en la última montaba un magnífico potro castrado, castaño claro, tresalvo, lucero corrido hasta los hollares, y de pura sangre inglesa; había ganado por media cabeza... Hablaba entusiasmado, encogiéndose sobre la silla, cual si ya se sintiese lanzado hacia el horizonte, avanzando su mandíbula; mandíbula afilada de prógnata, que cortaba el viento; y su cráneo rojo parecía más puntiagudo. Carmen, con sus cabellos entortijados y rubios, que recordaban la ridícula peluca que el actor Bouffé se puso para pedir la mano de su prometida Carlota Gilbert, escuchaba atentamente al *jockey*: el vizconde de Mármol, su antiguo amor, también hablaba de caballos, y por esto aquella conversación la parecía escogida y de buen tono. Yo, aburrída, pensaba que, para tratar con tales gentes, de nada me aprovechaba saber francés ni tocar el piano.

A los postres, los hombres, hartos de discutir y animados por los vapores del café y del vino, pensaron bruscamente en nosotras: Dagoberto se acercó á mí; el

pelotero puso una mano sobre Carmen, como tomando de ella dominio y posesión. En el café sólo había dos ó tres parroquianos absortos en la lectura de los periódicos de la noche; nuestras voces resonaban alegrando el pequeño local; la luz brillantaba el mármol de los veladores: un mozo, con su delantal y su servilleta al hombro, en pie ante la puerta de los billares, parecía una mancha blanca. De pronto apareció un cochero, ya viejo, gordo y bajito, envuelto en su recio capote gris, rojo bajo su gorra de hule; dirigióse al mostrador; Dagoberto le reconoció.

—Adiós, Eustiquio.

El interpelado volvió la cabeza sorprendido.

—Hola, señores.

El pelotero también le conocía de verle muchas tardes en el frontón. Eustiquio nos saludó tocándose ligeramente la visera con una mano: después sus ojillos, cínicos y brillantes se fijaron en mí.

—¿Dónde vas?—preguntó Dagoberto.

—Iba á pedir un café.

—Pues mira... déjalo para más tarde, porque ahora esta mujer y yo reclamamos tus servicios.

Eustiquio procuraba aplazar aquel compromiso algunos minutos, jurando hallarse transido de frío: concluyó por sentarse á nuestra mesa y beber una copa de coñac; entretanto no apartaba de mi sus ojos penetrantes, como buscando mi rostro entre sus recuerdos. Después todos salimos á la calle, despidiéndose Carmen Arellano y el pelotero de nosotros. Ya en la acera, ante la portezuela abierta del coche, Eustiquio dijo:

—¿De qué buenas mozas te acompañas, pilló!

Dagoberto reía, diciendo que me había conocido aquella noche, significando así no tener por mí interés ninguno.

—En tal caso—repuso Eustiquio,—ya me dirás mañana dónde puedo ver á esta joven.

Muchos días después Carmen Arellano y yo nos vimos en casa de Severina Aguilas: ella había reñido con el pelotero.

—Me dejó—dijo—porque yo no le convenía; le gustaba demasiado... ¿comprendes?... y desde que andaba conmigo perdía todos los partidos. Los buenos aficionados y los periódicos se quejaron...

Agregó:

—¿Y tú?

Yo me limité á decir que, pasada la noche en que conocí á Dagoberto, no había vuelto á verle, como era verdad. Pero me abstuve, contenida por un resto de pudor, de referirle la segunda parte, continuación ó apéndice de aquellas rapidísimas relaciones. El cochero Eustiquio Fernández fué á buscarme á mi propia casa sirviéndose de un muchachillo sobriño suyo. Yo, sin sospechar de quien se trataba, acudí á la cita. Al ver á Eustiquio, regordete y pequeño, con sus ojillos relucientes de fiera, su gorra impermeable de plato metida hasta las orejas y sus manos cortas terminadas por uñas corvas y negras, padecí un estremecimiento irrefrenable de repugnancia. Las primeras palabras de Eustiquio me tranquilizaron; él era un hombre práctico que sólo estimaba el dinero, agente capital, cuando no supremo y único de la vida, y, por tanto, no me llamaba para cortejarme; si para proponerme seriamente un negocio lucrativo.

—En cuanto la vi á usted—dijo,—tan señorita y tan discreta, pensé: «Esta es la mujer que necesito...»

Hablando así sus labios gruesos se distendían risueños sobre las sólidas mandíbulas, y los ojillos azules, de un azul claro, casi verde, brillaban.

—Si, rodando el tiempo—prosiguió,—mañana ó el año próximo, quiere usted tener relaciones amorosas conmigo, bueno; si no, es igual. Aquí sólo tratamos de ganar dinero.

Escuché, llena de curiosidad. Eustiquio Fernández vivía con su sobrina y una hermana ya vieja, en una cochera de la calle de Ceres; era viudo y tenía una hija que ya pasaba de los veinte años, dos caballos y dos coches. Si su hija le hubiese ayudado él ya sería rico, pues la muchacha, limpia y bien vestida, podía

competir ventajosamente con las más bonitas; pero era muy loca, y desde hacia algunos meses andaba con un pelagallos que no tenía ni jergón sobre donde caerse muerto. Por eso él, Eustiquio Fernández, al conocerme, pensó en mí. Continuó explicándose. El oficio de cochero es malo y reductivo poco; hay muchos vehiculos de alquiler; las carreras, por largas que sean, se pagan á peseta; los servicios por horas aspean el ganado y apenas producen un duro; además, las empresas de tranvías dieron á la profesión de auriga, ya muy estropeada por la concurrencia, un golpe fatal. Eustiquio era hombre fecundo en iniciativas inmorales: su amistad con un repartidor de periódicos y novelas por entregas, le inspiró la idea de editar libros prohibidos; luego cambió de opinión y pensó instalar un cafetín económico servido por mujerzuelas; pero acabó rechazando ambos proyectos, temiendo aventurarse en empresas difíciles. La idea, sin embargo, de que el vicio es fuente segura de riquezas, robustecida por los ejemplos de la experiencia diaria, no dejaba de obsesionarle. Al fin creía haber hallado un negocio raro, excelente, enteramente nuevo; y la originalidad es madre del éxito.

—Las mujeres—prosiguió Eustiquio—que andan por la calle llamando á los hombres, por guapas que sean, ganan poco, pues las joyas parecen tanto peores cuanto más modesto es el escaparate donde se exhiben. Para ganar mucho, no bastan buenos vestidos, sino que son necesarias también la protección de un banquero ó de un artista célebre; ó lo que es igual: una leyenda, un nombre que haga volver la cabeza á las multitudes. Esto es muy difícil... Por eso, si usted quiere, y contando con su absoluta reserva, haremos un trato: usted buscará á los hombres de noche y en la calle, pero no á pie, sino en coche. Cuando vayamos de rebusca, yo llevaré el caballo al paso y siempre cerca de la acera; lo demás, es cuenta de usted: si algún caballero quiere acercarse, usted me manda parar y yo obedezco, fingiéndome ino-

cente de todo; usted entonces me indica una dirección cualquiera y ya es difícil que el galán, una vez dentro del vehiculo, se resista á pujar la aventura hasta el fin. Ahora bien: yo cobro por cada servicio el cuádruple de su valor: por una carrera, cuatro pesetas; por una hora, ocho. Y no soy exigente; todo lo demás, para usted. Después, de lo que el caballero, al marcharse, me abone con arreglo á tarifa, cobrará usted un cincuenta por ciento. Medítelo usted bien: creo que mis proposiciones no pueden ser más ventajosas ni más claras.

Mientras Eustiquio Fernández hablaba, le observé atentamente, pareciéndome imposible que aquel cráneo deprimido, colocado entre dos orejas peludas y grandes, fuese capaz de tan rufianesco ingenio. Desde luego agradóme el negocio; recordé aquellas noches crueles de invierno en que la necesidad me obligó á caminar muchas horas bajo la lluvia y sobre el barro, recogíendome las faldas graciosamente, procurando que el cansancio no helase la sonrisa de la lasciva provocación en mis labios, ni restase ritmo ni gallardía á mis movimientos: siempre es agradable andar en coche; el calzado no se ensucia, los cabellos no se desrizan; repentinamente me entusiasmé imaginando la silueta de aquel coche, rodando á través de Madrid convertido en alcoba ambulante; una alcobita acolchonada y muelle, con visillos azules, que el perfume de mis vestidos aromaría muy pronto.

El trato quedó hecho; Eustiquio y yo nos separamos acordando reunirnos al día siguiente, á las cinco en punto de la tarde, frente al Ministerio de Hacienda, y conviniendo también en arreglar cuentas todas las noches, á fin de evitar errores perjudiciales á la armonía y bonancible curso de nuestra sociedad. A la cita los dos acudimos puntualmente: el coche de Eustiquio relucía como una bota de charol; yo llevaba una elegante capa de pieles, blusa roja de seda y un sombrero negro con plumas blancas que me había costado cien pesetas, si mal no recuerdo.



Invitéronla á dar por la habitación algunos paseos.. (Pág. 36)

Las horas crepusculares favorecen las aventuras amorosas; son horas tristes que vierten sobre el ánimo intensa melancolía; los muebles naufragan en la penumbra de las habitaciones; los cortinajes afectan contornos antropomórficos imponentes; los divanes parecen ataúdes cerrados; sombras fantásticas danzan sobre el estuco de las paredes. Entonces los hombres huyen á la calle, buscando distracciones que les permitan entretener agradablemente el tiempo que aun falta para la hora de cenar: la luz del alumbrado, combinándose con la crepuscular, produce una claridad extraña y alegre; mujeres elegantes invaden los comercios; la perspectiva de la noche que empieza estimula las pasiones masculinas; la necesidad de comer parece recordar la utilidad de la hembra; es la hora romántica de lo imprevisto y de lo raro. Luego me he persuadido de que también las calles, como los individuos y las horas, tienen su psicología: esto los mendigos y las lumias del arroyo lo saben: hay calles

antipáticas donde jamás nos sucederá nada agradable.

Eustiquio conducía su coche pausadamente por la calle de Alcalá, procurando mantenerse cerca de la acera; yo miraba á los transeúntes, asomándome un poco á la ventana, y el aire trémolaba las largas plumas de mi sombrero. Al pasar por delante de Fornos, un caballero reparó en mí; yo le llamé sonriente, haciendo con la cabeza un signo afirmativo. El preguntó señalándose con un gesto:

—¿Es á mí?

Repuse bajando la cabeza reiteradas veces.

—A usted.

Acercóse á la portezuela.

—Señorita...

—¿Quiere usted dar conmigo un paseo?

El caballero pareció muy sorprendido y contestó:

—¿Dónde iremos?

—Donde usted quiera.

Consultó su reloj; eran las cinco y me-

dia; viendo á la mujer pensó, sin duda, en la cena, y todos sus apetitos se despe- rezaron. Sin hacerse rogar subió al vehi- culo, sentándose á mi lado. Yo le grité á Eustiquio:

—¡Al Hipódromo!

Mi desconocido galán me cogía las ma- nos acariciándomelas, llevándoselas á los labios.

—¿Me conoces?—preguntó.

—No.

—Entonces, ¿cómo me llamaste?

—¿Qué sé yo!... Porque me gustó us- ted...

De pronto el hombre pareció contra- riado y remiso; sin duda recordaba algún quehacer importante; pero yo, sin darle tiempo á reflexionar triunfé de todo echándole los brazos al cuello; las muje- res, como los taberneros, administramos y repartimos la locura; un beso equivale á un buen vaso de vino, y el desgraciado que trasiega más de un vaso, se vuelve loco. No obstante, mi nuévo amante, cum- plidos sus deseos, me dejó dos ó tres ho- ras más tarde. Después de cenar, Eusti- quio me llevó en corso á la salida del teatro Apolo: aquella vez también la suerte nos fué propicia; el pobre caballo trabajó hasta la madrugada. Cuando vol- ví á mi casa había ganado veinte duros, de los cuales hube de entregar á Eusti- quio Fernández más de treinta pesetas.

13 Noviembre.

Tan extraordinario modo de vivir duró varias semanas; mis ganancias eran con- siderables; Joaquín Antón y Teodora, que no se hartaban de explotarme, obli- gándome con lágrimas en los ojos á pagar todas sus deudas, estaban satisfechísi- mos; Eustiquio, que logró ver su coche siempre alquilado, se había comprado una librea nueva; como empezábamos á ser populares entre cierta clase de gente distinguida, el gran socarrón me trataba con ceremonioso respeto, llamándome «señorita» á boca llena y cuadrándose junto á la portezuela con la gorra de pla-

to en la mano, cuando yo bajaba ó subía, recogíendome las faldas y apoyando lim- piamente sobre el estribo mis zapatito de bordado tafilete.

El amor acudió á romper aquellos la- zos con que el interés nos unía. Una tar- de de Marzo pasaba yo en coche por la calle de San Bernardo, á tiempo que sa- lian de la Universidad varios estudian- tes. Uno de ellos me impresionó; era alto, delgado, moreno; llevaba traje negro, bot- as de charol y sombrero cordobés; una sola mirada bastó á explicarme los deta- lles de su persona: los pantalones aboti- nados, la americana corta, la camisa con cuello bajo adornado por una larga y fina corbatita roja; cruzaba el chaleco una gruesa cadena de oro con vistosos dijes del mismo metal; en el meñique de la mano izquierda brillaban dos sortijas; iba completamente afeitado; bajo el doble arco de las pobladas cejas, los ojos juve- niles ardían preguntándolo y deseándolo todo; la boca era grande y sensual; los negros cabellos peinados hacia adelante, según vieja y plebeya usanza española, se abullonaban sobre las sienes; iba ha- blando con otros amigos, y su voz fuerte, algo brusca, de mozo criado al aire libre en la libertad selvática del cortijo, remo- vió mi alma. Aun á trueque de alarmar demasiado la atención de los transeuntes, llamé al simpático desconocido con la mano al mismo tiempo que mis labios y mis ojos y toda yo le sonreían. El se acercó titubeando; el coche se detuvo.

—Suba usted—le dije.

—¿Yo?—balbuceó.—Creo... señora, que me confunde usted.

—No, no le confundo; es usted á quien busco. Entre usted...

Y cuando le tuve á mi lado, grité á Eustiquio imperativa:

—¡Al Hipódromo!

Buen rato permanecimos mi acompa- ñante y yo callados y perplejos, sin saber qué decirnos: él, cohibido en su inocen- cia, me miraba atónito; yo, sintiéndole tan cerca, experimentaba emoción inex- plicable, como si algo antiguo y honrado despertase dentro de mí. No oía á esen-

cias, como los barbilindos que infestan los teatros las noches de moda, sino á limpieza y á salud; la salud fuerte de las carnes bien soleadas; sus actitudes eran candorosas, sin afeminamiento; su aliento cálido atraía; había en él algo fresco y rústico que recordaba el pueblo, con sus bardales, sus casitas blancas, sus álamos balanceándose á impulsos de la brisa bajo el infinito azul...

—¿Por qué me ha llamado usted?—dijo.

—Por capricho.

—¿Cómo?

—Porque me gusta usted.

Se puso muy colorado, á pesar de los esfuerzos que sobre sí mismo hacía por aparecer sereno y hombre de mundo.

—Señora—dijo,—usted se ha equivo- cado; yo no puedo acompañarla á usted; no llevo dinero...

Aquella ingenua nobleza infantil me conmovió, enardeciéndome, animándome á tutearle, empujándome hacia él y como arrojándome en sus brazos.

—¿Quién te pide nada?—repuse,—esta noche, afortunadamente, tengo para cenar y dónde dormir; me gustas... ¿qué más quieres?

El volvió á ruborizarse, y, bien á despe- cho de su voluntad, bajó los ojos. Yo pregunté:

—¿Cómo te llamas?

—Pedro.

—¿De apellido?

—Francos.

—Pedro Francos... ¡Suena eso bien!...

Hubo una pausa.

—¿De dónde eres?

—De Extremadura.

—¿Estudiante?

—Sí.

Queriendo infundirle confianza, le dije mi nombre y el de mi pueblo, dándole á comprender que vivía con un viejo rico y nada celoso.

—Hace poco tiempo aún—dije—que llegué á Madrid. Tengo veinte años.

El me miró alborozado.

—¡Yo también!...

Y me examinaba con ojos llenos de

candorosa elocuencia, explicándome cómo aquella identidad de edades nos acerca- ba. Al día siguiente volvimos á vernos y nuestras relaciones se afianzaron. Por las noches, después del teatro, Pedro me es- peraba en la esquina de las calles Luna y Tudescos para pasear en mi compañía dos ó tres horas.

Los años, los placeres, los viajes, no han podido desvanecer todavía la impresi- ón de aquellas intimidades deliciosas: Ferrico era menos vicioso que Diego Ferrer y menos gastado de alma, más cari- ñoso, más dulce; pronto me reconocí ena- morada locamente de él, pero con ese ver- dadero amor, fiel y casto, cuyo rasgo ca- racterístico en la mujer es el sacrificio; arrullándole con mis juramentos, acari- ciándole con la templada nieve de mis de- dos, prometiéndole dichas y abnegaciones innúmeras, mi ánimo gozaba la exquisita emoción de la maternidad, que es abne- gación y desinterés: aunque muy joven, las batallas de la vida habían endurecido mi voluntad, infundiéndome temple ace- bucheno y varonil. «El hombre—dice Thulié—es la lucha, la mujer es el amor.» Pero allí los términos estaban invertidos: Pedro era, ó yo, cuando menos, lo imagi- naba así, el niño, la parte femenina y más débil; yo debía aconsejarle y defen- derle de todo lo malo. Más de una noche, queriendo librarle de peligrosos tropie- zos, le acompañé á su casa, permane- ciendo en la calle después una buena pieza, hasta convencerme de que ya no volvería á salir. El, ¡pobre de mi alma!... también me quiso ciegamente. Repitien- do su nombre, mis ojos se arrasan en lá- grimas: él es mi verdadero amor, y nadie creará que fué entre sus brazos donde conocí por primera vez el deleite; el de- leite físico, que produce en los músculos una sensación de calor húmedo; sensación recóndita, cual si á un tiempo se rompie- ran y derramasen todas las venas...

El amor en los espíritus gastados es impaciente, y camina derechamente ha- cia la posesión, que en una pluralidad desconsoladora de casos es abatimiento y olvido: los corazones juveniles, por el

contrario, alargan gustosos el prólogo, rebuscando detalles, alejando la hora del dulce desenlace, enmascarando artísticamente su sensualidad con gasas románticas: hoy es él quien escribe una carta llena de promesas hiperbólicas; mañana es ella quien corresponde á esta fineza enviando á su amador un rizo de cabellos ó una cinta sobre la cual sus dedos temblorosos pusieron un nombre y una fecha; otro día se satisfacen paseando por el campo, paseo honrado, dado en pleno día, bajo el sol; caminan á la vista de todos cogiendo flores, jugando como niños; los labradores que trabajan inclinados sobre el surco, se vergüen un momento para verles pasar. Pedro y yo, menospreciando la intimidad de nuestra pasión, hallábamos siempre complacencia en los platonismos del amor puro. He oído lamentarse á muchos hombres de haber desaprovechado sus primeros años; la voluntad de un padre cruel ó la miseria, les lanzó al trabajo demasiado pronto y sienten la nostalgia de la niñez que no vivieron. Algo semejante ocurría en nosotros; ni Pedro ni yo conocíamos los placeres del noviazgo; él llegó á mi como yo caí en sus brazos y en los de Eduardo Olmedo, sin transiciones graduales ni preparación; la posesión brutal, acometiéndonos bruscamente como fiera que brinca sobre una presa, dejó la novela de nuestros amores sin proemio, introducción ni primeros capítulos; era, pues, necesario resignarse á leer una sola página: la última. Esto era horrible; nadie podría consolarnos de habernos rendido mutuamente, sin lucha, y de aquí nuestro anhelo de trocar las impresiones, justificando á *posteriori* aquel cariño: cambiábamos mechones de cabellos, flores secas, pensamientos ó claveles generalmente, cuidadosamente prensados entre dos hojas de un libro; y pañuelos, cintas, cartas; y como de estas cartas las mías eran siempre las mejores, Pedro me admiraba.

Dominada por aquel amor, descuidé los negocios; Eustiquio Fernández se quejaba amargamente; una tarde fuí á

buscarle á su cochera para decirle que aquella noche no podía acompañarle, y le encontré malhumorado, rezongando amenazas y sin levantar los ojos del suelo. Mi altivo carácter rebelóse furioso contra aquel impolítico recibimiento y abarrisco le eché noramala, diciéndole que nuestra sociedad había concluido y pidiéndole como último favor que, si alguna vez nos tropezábamos por la calle, no me saludase. Así terminaron mis relaciones mercantiles con Eustiquio, de quien, desde entonces, no he vuelto á saber.

Aquel ligero contratiempo no tardó en proporcionarme otros mayores y más íntimos, pues vinieron á destruir la pequeña familia que la casualidad me había improvisado.

Los negocios de Joaquín Antón marchaban bien, pero eran insuficientes á sufragar los gastos que por todas partes se avecindaban como sombría y tupida falange de enemigos voraces: Antón malgastaba en la taberna la mitad del jornal y al día siguiente de una borrachera estaba embrutecido é inútil para el trabajo; los niños, además, iban al colegio y todo ocasionaba dispendios; los recibos de los espejos y demás muebles que compramos á plazos para la elegante instalación de la peluquería, eran presentados el día primero de cada mes con exactitud aterradora. Al principio yo, inconsciente y generosa, imponiéndome la ilusión de que aquella familia era mía, pagué todas las cuentas; las ganancias exorbitantes que la amistad de Eustiquio me proporcionó, sugirieron á Joaquín Antón la sabrosa esperanza de vivir, él y los suyos, sin trabajar y á expensas mías. Pero repentinamente la situación cambió; yo me mostraba arrepentida de mi pasado, tenía un novio noble y bueno, al que amaba desinteresadamente y por quien era capaz de las mayores virtudes; quería pertenecerle en cuerpo y alma, defender su hacienda, alimentarle, si preciso fuera, con mi trabajo honrado: aquel hombre era para mí la regeneración, el refugio ó asilo santo de mi espíritu réprobo; Teodora y

Joaquín, lejos de alabar mi conducta, la censuraron agriamente: aquellos tardíos resquemores de arrepentimiento, eran un novísimo y repugnante aspecto de mi egoísmo: yo me enfurecí; ellos insistieron levantando la voz, tirándome á la frente mi miseria pasada: cuando me vi en Madrid hambrienta y sola, recurrí á ellos; después, fingiéndome desinteresada, les saqué de la modesta casita donde vivían para luego abandonarles en un local cuatro veces más caro y lleno de muebles que no podrían pagar.

—¿Por qué reñiste con Olmedo?—preguntó Teodora.

Y Joaquín Antón añadió:

—Todo eso y más merecemos por fiarnos de ciertas mujeres...

Aquellas acusaciones sólo lograron excitarme, poniéndome fuera de mí, inyectándome de sangre los ojos. Pisoteando mi buena educación les recordé las ochocientas pesetas que con gran vergüenza y quebranto mío y para provecho suyo, había yo buscado.

—Devolvedme ese dinero—grité;—y os perdono lo demás!

También les humillé sañudamente recordándoles que, al recibir dicha cantidad, llenos de agradecimiento me besaron las manos, y que el pan que comían y la mitad de los muebles de aquella casa eran también míos y fueron adquiridos con billetes de Banco suciamente ganados. Hechas estas aclaraciones, que juzgué necesarias para deslindar los campos y dejar los puntos bien puestos sobre las íes, me despedí de mis innobles amigos, abominando de ellos y hasta de la hora, por sobradamente pagada, en que la fatalidad me les puso delante. Por la tarde Carmen Arellano, acompañada de un mozo, trasladó mi equipaje á casa de Severina Aguilas, donde Perico Francos y yo pasamos la noche; dos días después nos instalamos en una boardillita de la calle Espíritu Santo; un zaquizami pequeño, con cocina, cuartito ropero y dos habitaciones muy claras.

Los primeros tiempos pasados allí fueron dulcísimos: el día tres ó cuatro de

cada mes Pedro iba á cobrar ciento veinticinco pesetas á casa de un amigo de su padre, y con este dinero y la severa administración que yo ponía en todo, no pasábamos estrecheces ni privaciones. Aquello fué para mí una resurrección milagrosa. Al reñir con Joaquín Antón y Teodora, parecióme borrado todo mi ayer repugnante y hediondo; me sentía despertar á otra vida, vida laboriosa, repleta de honrados quehaceres; vida llena de aire puro, de sol y de higiénicos afanes. No sé cómo el cuadro de la niñez cobró en mi memoria realce y glació nuevos: recordé mi casa, mi casita blanca, con su espacioso huerto sembrado de árboles frutales y de flores; y el pueblo, perezoso y callado, con sus anchas calles polvorientas bañadas en luz: vi á mi madre madrugando con la aurora, descubriendo los cerrojos de la puerta, dando de comer á conejos que la recibían levantando las orejas y frunciendo sus inteligentes hociquillos; contando los huevos que las gallinas pusieron el día antes, sacando agua del pozo, riñendo con los aparceros, echando un vistazo á la ropa que dejó en colada la vispera, zapeando á los gatos vagabundos que rondaban el palomar, preparando luego en la cocina el desayuno de todos nosotros. Mi padre se marchaba al trabajo haciendo un cigarrillo de papel, con el ancho sombrero sobre las cejas y la chaqueta al hombro, y todo su aire imponente de perdonavidas irritado: mi hermana Milagro y yo, entretanto, corriamos por el jardín cogiendo mariposas. Tenía mi casa un carácter suigeneris, una psicología honrada que no he visto después en ningún hogar andaluz ni madrileño. Mi buen padre trabajaba siempre, unas veces sobre el surco, otras comprando y vendiendo caballerías por los pueblos comarcanos, y sin que su pensamiento ni sus esfuerzos se apartasen un punto de nosotros: laboraba para alimentarnos y vestirnos y asegurarnos un mañana tranquilo; aunque grave y de pocas palabras, la casa era su ilusión; hoy sembraba un árbol, mañana retocaba una pared ó recorría el tejado

tapando las goteras: para él, fuera de su mujer y de sus hijas, empezaba el vacío. Mi madre, dócil como una esclava, correspondía á esta abnegación con otra igual. La frase: «Cuando venga padre es necesario que esto ó aquello esté hecho», no caía nunca de sus labios; por él se esmeraba en el lavado de las ropas, en la limpieza de los suelos, en el buen aderezo y pique de los guisos; todo era para ella asunto de cuidado y respeto; los objetos, aun los más pequeños, parecían derivación ó emanación del hombre amado, del dueño, que los adquirió y reunió bajo el mismo techo con su trabajo; dentro de nuestra intimidad, mi padre vivía aislado y como aparte: tenía su sillón, su toalla con la que nadie se secaba; desde que mi padre llegaba á casa, todos éramos á cuidarle. Mi madre gritaba continuamente: «¡Niñas, no molestéis á papá!»... Nuestros juegos, nuestras risas, todo estaba subordinado á la comodidad del cabeza de familia; hasta en nuestros actos menores había, con relación á él, cierta ordenación y dependencia.

Estos recuerdos despertaron en mí una especie de segundo carácter ó naturaleza, y aun hoy mismo, á pesar del boato con que vivo, echo muy de menos aquellos tiempos: por eso creo que hay en toda cortesana que el vicio y los desengaños no corrompieron demasiado, una mujer casera, susceptible de ser económica y fiel, y una excelente madre de familia.

Lejos de distraer á Pedro de sus estudios, yo le estimulaba al trabajo, sintiéndome, simultáneamente, querida y madre suya. Y que no vean en esto los maliciosos el más leve resquicio ó barrunto de egoísmo: jamás pensé que Pedro Francos llegara á casarse conmigo, ni aún, que nuestros amores durasen indefinidamente: le quería desinteresadamente, porque sí, obedeciendo á la necesidad de llenar mi corazón con un afecto grande, sin otro deseo que el de que mi amado tuviese más adelanto, cuando entrase en plena posesión de sí mismo, que agradecerme todo á mí. Por las mañanas yo despertaba á Pedro, sirviéndole el desayuno en un

santiamén, ayudándole á vestirse, empujándole hacia la Universidad: yo me quedaba sola, barriendo las habitaciones, repasando la ropa, preparando el almuerzo, imitando á mi madre mientras iba creyéndome salvada y digna, como ella, de tener un hogar. En una jaula colgada delante de la ventana, cantaba un jilguerillo; el sol penetraba hasta el fogón, bruniendo el metal de las cacerolas, tendiendo en el espacio una barra de oro. Por las tardes Pedro y yo paseábamos; yo vestía sencillamente, no queriendo atraer sobre mi moralidad ninguna sospecha injuriosa, y si veía algún hombre conocido, la vergüenza agolpaba á mis mejillas toda la sangre: sonrojábame por mí y por Pedro, á quien mis pasadas miserias afrentaban. De noche, mientras él estudiaba venciendo la pereza, yo cosía, mirándole de cuando en cuando, con un codo sobre sus rodillas.

Pasado el invierno, surgieron inopinadamente disgustos terribles: los padres de mi amante supieron que su hijo vivía con una mujer, y autorizaron al amigo ó administrador encargado de pagar á Pedro sus veinticinco duros mensuales, para que con sereno pulso y mano firme nos separase. Mi buen Perico, transido de pena, acudió á casa de don Cayetano, que así se llamaba aquel pobre señor, y con lágrimas y solemnes votos de arrepentimiento, juró abandonarme no bien terminase el curso académico y siempre que él le prometiese no meterlo todo á barato y esperar algunos meses. Prometiéndole así don Cayetano y merced á esta condescendencia no sufrí por entonces el golpe que había de herirme después. A mediados de Junio Pedro Francos se examinó aprobando dos asignaturas y quedando suspenso en Metafísica: terminado este último ejercicio era forzoso separarnos y nos despedimos, llorando como niños, hasta fines del próximo mes de Septiembre. El verano, lo pasó muy triste y viviendo de mis empeños, ya que no podía hacerlo de mis ahorros. Pedro me escribía tres y hasta cuatro veces por semana; eran largas cartas inocentes, en las

que los errores ortográficos abundaban: todo ello, sin embargo, me parecía delicioso, y por las mañanas, temiendo que el cartero perezoso no subiese hasta las remontadas alturas de mi boardilla, salía á esperarle al zaguán. El, no bien me veía, se echaba á reír.

—¡Aqui tiene usted—decía—carta de don Pedro!

Y me la ofrecía, levantando el brazo en alto, obligándome á ponerme de puntillas para cogerla. Aquellas cartas me forzaban, simultáneamente á reír y á llorar; en ellas Pedro repetía que necesitaba escribirme á hurtadillas de su familia, que su padre le había amonestado, censurándole su mala conducta y haciéndome responsable única de todo: también hablaban de trasladar su matrícula á otra Universidad. Yo, transida de dolor, le escribía recordándole nuestras horas de amor, excitándole á no olvidarme... A fines de Septiembre, no obstante, Pedro Francos regresó á Madrid; fui á la estación y le encontré delgado y pálido, con la palidez biliosa de los que sufren moralmente. Hablamos del porvenir. Pedro me dijo que su padre prohibía rotundamente nuestras relaciones, pero que él estaba dispuesto á seguir conmigo aunque á ello se opusiesen cielos y tierra.

—Mientras mi padre—dijo—no quiera sujetarme, aprovechando mi minoría de edad, estamos bien, porque ni la miseria ni el desamor de los míos me intimida.

Recuerdo que acerca de esto hube de hacerle prudentísimas reflexiones, mas todas ellas cayeron en saco roto, que tales eran los deseos que ambos teníamos de vernos juntos otra vez. El mes de Octubre lo pasamos tranquilamente: en Noviembre comenzaron á empañar el azul de nuestro contento algunas nubes; á primeros de Diciembre presentóse don Cayetano en nuestra casa, diciéndome que debía separarme inmediatamente de Pedro si no quería echar sobre mi conciencia la grave culpa de haber hecho la desgracia de una respetable familia. Yo, rompí á llorar.

—¿Cómo dejarle?—exclamé;—por él soy buena. ¡Oh!... ¡Le quiero tanto!...

Don Cayetano se encogía de hombros. —¡Bah!—exclamó:—todas decís lo mismo y después... nada. La pasión de usted es funesta para Perico; su padre no transige; usted será la causa de que ese pobre muchacho renuncie á su carrera... ¡y acaso á la probabilidad de un matrimonio ventajoso!

Francos tereció en la conversación, concluyéndola violentamente.

—Puede usted, don Cayetano—dijo,—protegerme con un discreto silencio ó referírselo todo á mi padre; me es igual. Sólo quiero dejar bien sentado que yo, ni hecho trizas, me separo de Isabel.

Don Cayetano se marchó mostrándose pesaroso de tener que proceder enérgicamente en contra nuestra: las hostilidades quedaron rotas; las primeras escaramuzas nos fueron fatales; una carta que Pedro recibió de su padre poco después, nos convenció de que no habría cuartel ni caridad para el vencido. Desde luego nos negaban todo socorro pecuniario. Nosotros, sin embargo, no nos arredramos, sostenidos por la fe que la pujante mocedad tiene en el porvenir; y eso que no veíamos luz que nos guiara ni puerto amigo que nos diese amparo. Pedro era todavía demasiado niño para trabajar, y yo jamás me hubiese atrevido á insinuárselo; la juventud lucha, arremetiendo á la adversidad con la cabeza baja; pero los viejos y los niños, sabiéndose ineptos, se cruzan de brazos ante la miseria, esperando la muerte con el estoicismo heroico de los débiles. Empezamos á empeñar para vivir, y los dos, animados por el noble deseo de inmolarnos en aras del bien común, batallábamos porque nuestras ropas fuesen las primeras en ir al sacrificio: yo había vendido mis dos sombreros y una sombrilla. Pedro se enfurecía y gritaba:

—¡Eso no está bien! Anteayer empeñaste tu traje negro; mañana me corresponde empeñar á mí ¡No seas egoísta!

Lo decía sinceramente, disputándome enardecido el honrado placer del sacrificio. Yo alegaba, para tranquilizarle, buenas razones: él, que necesitaba ir á la Universidad, debía vestir decorosamente; to-

do menos faltar á clase; ¿qué dirían sus padres si perdía el año?... Yo, en cambio, de cualquier modo estaba bien. Pedro parecía convencido y me dejaba maniobrar; otras veces me ganaba por la mano, empujando lo suyo sin que yo lo supiese, y entregándome luego alborozado todo el dinero: yo le reñía severamente; en más de una ocasión necesité realizar grandes esfuerzos de voluntad sobre mí misma para no pegarle; él reía, prometiéndome ser juicioso y trabajar mucho.

—Si puedo—decía,—estudiaré por ensañanza libre, y así, en menos de dos años, concluyo la carrera.

Después se entristecía, considerando la imposibilidad de vivir de la pignoración y del crédito tantos meses. Yo también callaba, hundiendo la mirada en la sima negra y sin fondo de todas las negociaciones. Las familias son como los barcos: de éstos, algunos navegan bien: otros, batidos por las enemigas olas de la desgracia, hacen agua. Los objetos empeñados son lastre arrojado al mar para retardar el momento del naufragio; nuestros vestidos, nuestros pobres muebles, desfilaban casi diariamente, formando desde nuestra casa á la de préstamos, una especie de fúnebre procesión ó rosario: el lastre se agotaba; el momento, pues, del naufragio total, no podía estar lejos...

Entre los pobres, el espíritu de asociación es más fuerte que en la gente rica ó medianamente acomodada. Digo esto porque la angustiosa situación que mi buen Perico y yo atravesábamos, nos captó las simpatías y protección incondicional de la portera, viuda y anciana, con una hija, también viuda y enferma, y cuatro nietos pequeños. Gregoria, así se llamaba aquella infeliz, se batía desesperadamente con la vida, aprovechando lo mejor posible su miserable sueldo de quince pesetas y recogiendo por las noches la comida que algunos vecinos bondadosos la guardaban. Muchas mañanas, yo, asomándome por una ventanita de mi cocina, veía á Gregoria trajinando en el fondo del patio, una especie de pozo frío y hediondo, donde la pobre mujer había improvisado con algu-

nos ladrillos y al aire libre, un pequeño fogón; allí recalentaba los guisos que recogió de limosna la víspera, ó aderezaba unas sotas de pan: sus nietos formaban al rededor de ella, dominados por el hambre y permanecían silenciosos, como alumnos que escuchasen una conferencia interesante: un agradable olor á ajos invadía el patio, subiendo, como un incienso de pobreza, hacia los pisos superiores.

Algunas tardes, cuando yo volvía de la calle cargada con los pertrechos de la cena, encontraba á Gregoria sentada en el primer peldaño de la escalera, los codos sobre las rodillas, la mirada fija en el zaguán, como esperándome. Entonces cambiábamos impresiones y penas: ella estaba al corriente de mis cuitas; sabía que el señorito Pedro no tenía gabán, y que el día antes yo empuñé por cuatro pesetas un corsé nuevecito. Yo, sin embargo, debía no maldecir de la suerte y ser juicioso; después de los tiempos malos vienen otros mejores; la juventud puede mucho... Pero ella, ¿qué adelantaba siendo buena? Las tres virtudes teologales eran para su corazón letra muerta. ¿De quién tendría ella, vieja y miserable, caridad, cuando nadie la compadeció nunca? ¿Y en qué pondría fe, cuando todo era embuste y humo?

—¿Y esperanza, señorita?—agregaba sonriendo amargamente:—¿qué esperanza quiere usted que tenga á mis años?... ¡Como no sea la de echarme pronto á dormir en el hoyo grande!

Otras veces parecía más contenta.

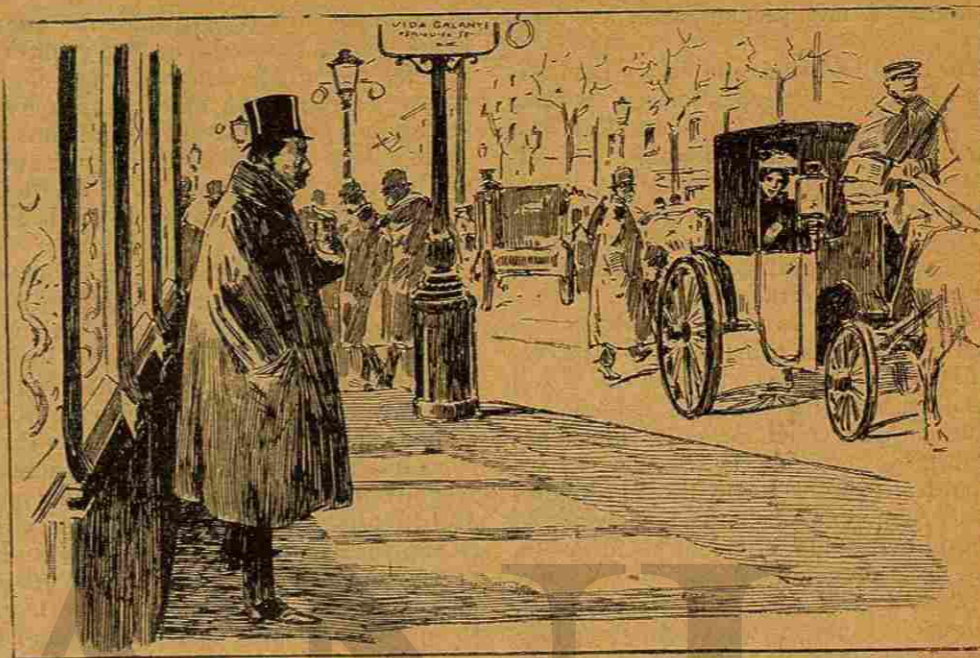
—Esta mañana—decía—pensé pedirle á usted un poco de aceite. ¿Tenía usted?

—Sí. ¿Y, por qué no subió usted?

—No me atreví.

—Hizo usted mal.

Gregoria era buena, fraternizando conmigo en su odio al casero, que por diversos caminos nos explotaba: yo puse mi pobreza á su disposición; ella también me ofreció lo suyo: lo malo era la distancia que nos separaba; entre la portera y mi cuarto había ciento treinta escalones. Para obviar este inconveniente, Gregoria apeló á un medio ingenioso; ella tenía



Eustaquio conducía un coche pausadamente por la calle de Alcalá... (Pág. 41.)

varias campanillas que fueron á sus manos nadie sabe cuándo ni cómo: dos campanillas, unidas por un bramante, era el sencillo procedimiento que establecería fácil comunicación entre nosotras: una campanilla sujeta al muro del patio, cerca del fogón; la otra en el marco de mi ventana; si yo necesitaba algo tiraba del bramante agitando la campanilla inferior, cuyas vibraciones llenaban la portería: Gregoria hacía lo mismo; un cestito bastaba para bajar ó subir lo indispensable: aceite, perejil, un diente de ajo... Aquellas campanillas, que sólo vibraban en caso de necesidad, parecían la voz de la miseria, extendiendo la mano.

Llegó momento en que Pedro no pudo salir á la calle: lo teníamos empeñado todo, absolutamente todo, hasta su traje: yo hacía cuatro días que andaba en enaguas por la casa y con una toquilla alrededor del cuello. Muchas mañanas yo madrugaba para lavar en un barreño las ropas interiores de mi amado, y luego, si el tiempo era hermoso, las tendía á secar

delante de la ventana, bajo el sol: Pedro, desde los colchones donde dormíamos, me animaba al trabajo bromeando, invitándome á no dejarle solo mucho tiempo. Aquellos días, aunque rebosados en la picante salsa de un gran amor, fueron muy tristes: los baúles estaban vacíos, las paredes limpias de cuadros; el espejo, con marco dorado, que compramos en una almoneda, también desapareció; la cama, con colchón de muelle y nuestra media docena de sillas, siguieron rumbos oscuros y distintos. Por las noches, especialmente, nuestra pesadumbre crecía; estábamos casi desnudos y entre tinieblas; fuera, allá lejos, resonaba tentador el murmullo de los coches; el día fué malo y el mañana sólo alambicamientos y sin sabores podía acarrearlos; la miseria hablaba con las lenguas incontables y horriblemente persuasivas del silencio, anunciándonos una bancarrota inminente. No obstante, yo era feliz, entregándome confiadamente á lo imprevisible, prefiriendo el cariño de Pedro y aquel honrado

no tener, á mis bienandanzas de otros días.

Así, batallando entre la vida y la muerte y como de milagro, subsistimos otras dos semanas. Recordando aquellas desafortunadas aventuras, tropes de incidentes se agolpan á mi memoria y no me canso de escribir, pues todo me parece digno de consignación y cuidado; que tal es el hechizo derramado por amor sobre cuantos objetos mira y toca.

Como la falta de trajes nos obligaba á hacer del colchón cama, mesa ó silla, según las circunstancias, no nos fué difícil consolarnos de los muebles enajenados. Lo único que echábamos de menos era el reloj; las horas de la miseria son inacabables; aquella boardilla sin almanaque ni reloj y á obscuras, recordaba la nada de que habla el Génesis candoroso, antes de la creación del sol. Poco á poco, sin embargo, y asociando impresiones, pudimos establecer conexión cronométrica exacta entre ciertos ruidos: así, verbigracia, á las nueve de la mañana subía la portera un jarro de leche á los vecinos del piso tercero izquierda; á las once llegaba el panadero; á las dos de la tarde pasaba por la calle un individuo vendiendo décimos de lotería; el barquillero pasaba á las cuatro, y un afileador á las cinco... Y aun entre estos ruidos máximos, sorprendimos otros menores ó secundarios, con los cuales logramos determinar las medias y aun los cuartos de las horas completas.

Aquella situación, al fin, fué insostenible; no teníamos qué comer; debíamos en la tienda de géneros ultramarinos y en la carbonería; el carnicero y el panadero acudían á reclamarnos casi diariamente lo suyo; el casero, á quien adeudábamos tres meses de alquiler, nos lanzaba á la calle... Llena de maternal cariño hacia mi Pedro, á quien veía sufriendo tantos males por mi culpa, le aconsejé que escribiese á su padre, impetrando su perdón y comprometiéndose formalmente á separarse de mí. Pedro, irritado, protestó llamándose ingrata: según él, yo estaba cansada ya de tantos apuros; lejos de arredrarme an-

te sus reproches, insistí, sabiendo que sólo así podría conseguirle paz y quietud.

—Debes—dije,—reconciliarte con tu padre y vivir á su lado cuatro ó cinco meses: más tarde podremos reunirnos, pero de cierto modo, adoptando precauciones que ya estudiaremos, á fin de que nuestra reconciliación quede en la sombra.

Pedro protestaba furioso tapándose los oídos para no oirme, maldiciendo de los ingratos y de los cobardes que le abandonaban: aquella noche inolvidable los dos lloramos mucho. Al día siguiente, cediendo á mis instigaciones, Perico escribió á su padre una larga y bien razonada carta, arrepintiéndose de lo pasado y haciendo fervorosos propósitos de enmienda; pero á última hora no pudimos distraer quince céntimos en un sello y la carta no fué al correo; al otro día ocurrió lo mismo: más de una semana recuerdo haberla visto en un vasar de la cocina, apoyada contra la pared, detrás de un vaso roto; bajo el polvo, el sobre amarilleaba: de pronto desapareció sin que nadie supiese cómo.

Dios es un clown, un espíritu atrabiliario á veces, á ratos incongruente, socaliñero y bufonesco, que se complac en ponerlo todo, cosas y personas, trastocadas y del revés: por esto, repasando la literatura de todos los pueblos, creo que Aristófanes, Rabelais, Quevedo y Voltaire, son los genios que vivieron más cerca de Dios. Pensando en aquella carta perdida descubro una nueva prueba demostrativa de la íntima y sólida concatenación que existe entre todas las fuerzas y entidades morales y físicas de la vida: nada hay que subsista aislado y por sí; todo gira; la nube se convierte en agua y ésta, filtrándose por las hendiduras de dos peñas, gotea, transformándose en piedra: la muerte es vida, el reposo es origen ó motivo de nuevos impulsos; á veces lo mayor emana de lo más pequeño. En los vulgares asuntos de la actividad social ocurre otro tanto; acaso el triunfo de un artista lo retrase ó impida para siempre una corbata ridícula, un traje mal cortado, una bota que oprimiéndole un pie, le impidió llegar

oportunamente á cierto sitio... Así fué aquella carta que, á no perderse, tal vez me hubiese ligado á Pedro Francos con lazo indisoluble de amor. ¿Qué queréis? En la Naturaleza, como obra del buen Dios, todo es así, y neciamente batallamos por levantar el corazón y dar eternidad á nuestros afectos: la vida, renovándose perpetuamente, es una carcajada inacabable. Cuando el sol se apague, ¿qué será de la gloria de Homero?... Y así de lo demás; todo, aun lo metafísico, lo suprasensible, lo más alto, es cieno y basura: Artemisa, bebiéndose las cenizas de Mausoleo, no pensó en que había de digerirlas después...

23 Noviembre.

Una enfermedad puso fin á este combate sin esperanzas; Pedro, herido simultáneamente por el frío en los riñones y en el pecho, pedía ser trasladado al hospital; yo volví á rogarle escribiese dos líneas á su padre, explicándole concisamente su situación extrema; él, ¡pobre de mí alma! por no abandonarme rehusaba siempre. La noticia de nuestro infortunio propalóse bien pronto por la casa y algunos vecinos compasivos subieron á vernos y otros nos remitieron por mediación de la portera, ropas viejas y algunos comestibles: pero nada bastaba; aquel boardillón, yerto y vacío, era inhabitable y el corazón se me partía de ver tanta miseria. Las noches, especialmente, fueron horribles. Pedro, vestido y con los pies envueltos en una toalla, tiritaba de frío; yo, para reanimarle, me cosía y estrechaba contra él, echándole los brazos al cuello, abrigándole las espaldas con mis manos, juntando mi fostro al suyo, á fin de no desaprovechar tampoco el calor de mi aliento. Jamás rayó mi pasión tan alta. Hubiese querido meterme dentro de aquel cuerpo moribundo, infundirle mi sangre, mi soplo vital, transportar á sus huesos toda mi salud, aunque luego yo quedara reducida á pavesas. La lluvia contaba sobre las tejas; de cuando en cuando una

ráfaga de aire penetraba gimiendo por el cañón de la chimenea; según la madrugada iba acercándose, los ruidos de la calle se extinguían; en el suelo, dentro de un vasito con aceite, ardía una lamparilla; la luz tembleteaba chisporroteando, arrojando reflejos amarillentos sobre las paredes desnudas, salpicadas de clavos inútiles. La luz tiritaba y Pedro también, apretando los dientes; yo preguntaba:

—¿Tienes frío?

El contestaba invariablemente:

—No...

Pero su frente y su manos estaban yertas. Además, la falta de reloj eternizaba las horas; á ratos me acometía un vértigo extraño; parecíame que el mortecino resplandor de aquella lamparilla era la única claridad posible, que el tiempo nos había olvidado y que el sol no volvería á lucir para nosotros. Aquello era trágico, de una intensidad trágica delirante y soñada, horrible, con horror mortal, como el ruido de la tierra cayendo sobre la tapa del ataúd donde fué encerrado un cuerpo vivo...

Comprendiendo la inutilidad suicida de aquella resistencia, escribí á don Cayetano, explicándole la situación en que Pedro Francos estaba. El buen señor nos visitó inmediatamente, elogió mi heroísmo y lamentóse de que no le hubiésemos llamado antes. Por la tarde, mi pobre amante fué trasladado á casa de don Cayetano en una camilla.

Describiendo esta parte de mi historia desearía echar el paso largo, resbalando sobre los episodios para concluir pronto; mas no puedo; mi pluma se detiene en estas páginas, negándose á correr; los recuerdos se agolpan, obligándome á una labor analítica, pausada y dolorosa.

La primera noche que dormí sola en aquel boardillón maldito, fué tan mala ó peor que las anteriores: la lluvia cantaba sobre las tejas, la luz de la lamparilla amarilleaba las paredes, alargando las sombras de los clavos: no pude dormir; Pedro ya no tiritaba entre mis brazos, pero el frío de su cuerpo quedaba allí, traspasándome los huesos. A la mañana

siguiente, muy temprano, fui á casa de don Cayetano, á informarme de cómo seguía el enfermo. A pesar de lo intempestivo de la hora, el mismo don Cayetano salió á recibirme, invitándome á descansar en su despacho; yo rehusé, avergonzándome de mi faldita de percal y del viejo mantón que Gregoria me había prestado: á pesar de mi juventud y de mi belleza pecadora, aquel pobrisimo traje me daba apariencias consoladoras de mujer decente. Supe que Pedro estaba mejor; el médico le había recomendado mucho abrigo y mucha quietud; su vida, por tanto, parecía hallarse fuera de peligro.

—Hoy mismo—agregó don Cayetano—telegrafiaré á su padre y él resolverá lo que ha de hacerse.

Me despedí de aquel señor, quedando en volver por la tarde para convencerme de que el enfermo seguía mejor. El resto del día lo pasé en mi boardilla sin probar bocado ni ver á nadie, y por la noche volvió mi cuerpo á la casa de donde ni mi pensamiento ni mi corazón pudieron separarse un momento. Don Cayetano ratificó sus aseveraciones de por la mañana; Pedro mejoraba y había preguntado por mí; los buenos alimentos realizaban en su excelente naturaleza verdaderos milagros; la alegría arrasó mis ojos en lágrimas; sobre mi pecho las manos inconscientes se cruzaron, dando gracias á lo invisible por tan subido bien. Don Cayetano, con naturalidad y condescendencia paternales, sacó de su chaleco diez pesetas en dos monedas.

—Supongo—dijo—que necesitará usted dinero: acepte usted esto.

Yo rehusé avergonzada, bajando los ojos. El insistió, dándome para obligarme, una razón definitiva:

—No son míos; me los ha dado Pedro para usted.

Con aquellas diez pesetas viví nueve días, casi dichosa, cierta de que Pedro, aunque separado tal vez para siempre de mí, estaba salvado. Todas las tardes, eligiendo la hora más oscura para no poner de realce la miseria de mi vestido, volvía á casa de don Cayetano: las noti-

cias siempre eran halagüeñas: Pedro no se levantaba, pero continuaba bien y nada movía á suponer complicaciones insanas ulteriores. El padre de Pedro llegó á Madrid al día siguiente de recibir el telegrama de don Cayetano, permaneciendo allí tres ó cuatro días y regresando al pueblo donde negocios urgentes le reclamaban no bien vió á su hijo libre de todo peligro. No era preciso ser Zadig para adivinar en las palabras de don Cayetano la desventajosa opinión que el padre de Perico tenía de mí: yo era una miserable que había explotado al muchacho hasta dejarle en la miseria y sin salud, y se indignaba de que crímenes como el mío no cayesen bajo la competencia ó jurisdicción de los tribunales ordinarios: alardeando de generoso, sin duda, por no extrangularme, no quiso ir á verme. De esta opinión participaban algunos vecinos, que apenas se dignaban saludarme cuando me encontraban por la escalera: para aquellos hipócritas, corrompidos quizá de alma y de cuerpo, yo era también una infame que con malas artes arruiné y perdí á un hijo de familia. Ahora, como entonces, me indigno y protesto de tal acusación. ¡Arruinar yo á Pedro, cuando para bien suyo, por proporcionarle un buen porvenir y la satisfacción de todos los goces, hubiera querido ser millonaria! ¡Enfermarle, cuando le daría mi sangre por verle fuerte y saludable!... Nos conocimos, nos amamos; ¿quién tuvo la culpa de esto? ¿Fue él por encontrarme hermosa? ¿Fui yo porque su imagen y su voz se me entrometiesen sentidos adentro? Si Pedro me amaba y el corazón brincaba y se me rompía dentro del pecho por irse tras él, ¿qué moral puede exigir que yo, siendo mujer, no hiciese lo que Pedro, hombre y robusto, no pudo hacer?...

Amén de tantas escaseces y privaciones, comencé á sufrir un nuevo tormento: el del hambre.

Deploro hallarme investida de cierta autoridad para hablar de este asunto. A mi juicio hay dos clases de hambre: una, más que hambre verdadera y legítima, es apetito, ligereza de estómago: el ape-

tito de la bohemia artística, la necesidad que se pasea por las calles de las grandes capitales, que se divierte en los teatros ó se entretiene con un café y una conversación agradable, y produce en las facultades espirituales hiperestesia creadora y fecunda y de gallardo oriente; la otra hambre es peor; es el hambre tétrica, silenciosa, horriblemente reconcentrada, de los marinos que desfallecen de inanición en alta mar. De esta laya fué la terrible necesidad que entonces padecí. Privada de todo recurso, pasaba los días con dos panecillos, y quince céntimos de queso, dándome continuamente trazas nuevas para que los reales que aun restaban de las diez pesetas que don Cayetano me dió, durasen indefinidamente; algunas veces, y éste era mi único lujo, Gregoria, que tenía largo crédito en una taberna próxima, me procuraba un vaso de vino. Por las tardes, volviendo de casa de don Cayetano, donde siempre recibía noticias agradables, me sentía fortalecida y contenta. Con tal de que mi amante se restableciese pronto, daba todas las pesadumbres por bien sufridas. Al fin me he convencido de que los hombres, á quienes el combate por la vida fortalece, no son capaces de tanta abnegación; las mujeres en cambio, cuya capacidad superior es la piedad, son almas superiores, semejantes á los ángeles. Al volver de la calle, como no tenía luz y el tiempo era bueno, pasaba algunos momentos asomada al ventanuco de la cocina, en cuyo marco la campanilla que mi absoluta miseria paralizó, iba enmoheciéndose sin sonar. Desde allí mis ojos abarcaban un paisaje vasto y confuso; allá lejos tejados irregulares acibillados de chimeneas, de redes telefónicas, torres de iglesia, altivas cúpulas, todo hacinado en la distancia, reposando bajo las sombras invasoras del erépúsculo; y en primer término y á la izquierda un antiguo solar embierto de hierba, rodeado por viejas paredes que descubrían entre sus líneas incontables de ladrillos superpuestos, el maderamen que presidió la erección de los muros; en lo alto, como colocado allí para alegrar

la tristeza del solar solitario, brillaba un lucero. Ignoro por qué aquel riconcito, que parecía un capricho de pintor impresionista, me conmovía intensamente. Yo miraba al lucero y él parpadeaba, diciéndome cosas recónditas que yo no comprendía. ¿Por qué estaba todas las tardes allí? Y mi imaginación echábase á componer leyendas disparatadas y románticas; acaso aquel lucero velase el sueño de algún cuerpo dormido, desde tiempo inmemorial, bajo los herbazales del solar callado y obscuro.

Por las noches, retardando el espantoso momento de hallarme sola, dejaba mi observatorio y bajaba á la portería, donde Gregoria y yo, luego de acostar á los niños, nos divertíamos jugando á las cartas.

Extraño que todos estos detalles, aun los nimios, se agarren á mi memoria con ahínco tenacísimo. Yo, jugando distraída, perdía casi siempre; cualquier accidente preocupaba mi cerebro, empujándome hacia laberínticos embrollos de cábalas innúmeras: aquellos naipes, procedentes de un casino, parecían resacados por las miradas ardientes de los jugadores; sus espadas parecían manchadas de rojo; las sotas tenían rostros burlescos; los reyes, bajo sus coronas doradas, abrían ojos picarescos que insinuaban conocer muchas historias: aquella baraja era como viejo puente por donde pasaron de una mano á otra, muchas fortunas. Por la noche, en la obscuridad del dormitorio, el redolor que la vacuidad de estómago me produjo durante el día, aumentaba: era frío, mal-estar, inquietud recóndita, cual si las paredes del estómago se juntasen; los borborigmos de los intestinos parecían clavar me alfileres en el vientre: aquel dolorillo persistía sea cual fuere la posición del cuerpo; las entrañas vacías oscilaban obedeciendo á la gravedad; en actitud decúbite lateral todo parecía ladearse dentro de mí, y sentía pesadeces extrañas en ciertos sitios y desgarrros internos, cual si los tejidos se rompiesen sobre las ásperas crestas de los huesos; boca abajo mis riñones flotaban, pesando

horriblemente; la posición supina era aún peor: después aquel desasosiego crecía, atravesando el diafragma inerte, subiendo á lo largo del esófago, hasta la garganta, donde causaba la necesidad insólita de vomitar algo. Esta sensación era compañera de otras igualmente penosas. algo hormigueaba por las palmas de mis manos y de mis pies, enfriándome los dedos inertes se separaban unos de otros, disgregándose en la suprema negación de toda voluntad y de todo movimiento; las piernas y los brazos se entumecían con languidez y parálisis internas, cual si la sangre dejase de recorrer las venas. Dominada por aquel flujo mortal, permanecía inmóvil sobre aquel jergón frío, bajo el corbetero que agujereó la miseria; no podía moverme, en vano la conciencia comprendía que la quietud me era funesta; la voluntad formulaba sus mandatos inútilmente, sin sacudir el marasmo de los nervios centrífugos ó activos, como perneando en el vacío; y si por casualidad la ordenación voluntaria se producía, la atonía general, precursora de la muerte, reaccionaba en seguida acorralándola. Entretanto mi espíritu divagaba por oscuras regiones: extinguida la luz pensante, algo negro, ilógico, rodaba por mi cerebro dando tumbos como un moscardón ciego; en la noche, de mi conciencia todo desaparecía: razón, voluntad, recuerdos; bajo mi cuerpo el suelo oscilaba, tinieblas extrañas bailaban á mi alrededor vagoroso y mareante aquelarre: era una emoción depresiva semejante á la que padece la mañana en que traspasada de frío, de dolor y de miedo, conocí á Teodora. Sólo de cuando en cuando, interrumpiendo aquel incongruente razonar, había momentos lúcidos: entonces pensaba en Pedro, quien, tan pronto estuviese restablecido, vendría á verme. Parecíame entonces que iba en tren hacia él, y mi pobre discurso enderezaba al cuitado corazón largas reflexiones. «Cálmate — decía, — pues pronto has de verle. Ahora vamos en tren... ¿comprendes?... un tren muy raro... el tren de la vida, que siempre va adelante...» Para ver á Pedro era necesari-

rio vivir, envejecer... ¡bueno!... Yo apretaba los ojos, queriendo vivir aprisa, bendiciendo á la muerte, que me devolvía mi amor...

Una tarde, al salir de casa de don Cayetano con la excelente noticia de que Pedro se había levantado por primera vez, encontré á Teodora. Al verme, se detuvo, extendiéndome la mano displicente, detallando mi pobre traje con mirada buida y cruel.

—Adiós, Isabel... ¿cómo estás?

—Bien. ¿Y Joaquín?

—Bueno. ¡Vaya mujer!... ¿Quién iba á decirlo?... ¡tanto tiempo sin cambiar un saludo!...

—¿Qué quieres?... Somos como las hojas caídas: nos reunimos un momento; dos años... tres... y luego, nada... ¡Adiós!... ¡Hasta el valle de Josafat!

Recordando aquéllo no sé cómo ahora, viéndome rica, tengo la estupidez ó la sublime generosidad, de recibirla en mi casa y hasta de dispensarla favores pecuniarios. Teodora me habló friamente, inquiriendo ladina mi situación: yo, dorando mi derrota, cuidé de mostrarme satisfecha de la vida; más satisfecha que nunca.

Llegó por fin un día en que mi debilidad y los dolores de entrañas fueron tan grandes, que apenas pude levantarme: era imposible continuar así; yo adivinaba á la muerte flotando á mi lado, cubriéndome bajo un aire frío. Estaba cierta de que, reanudando mi amistad con Severina Aguilas, me sería fácil ganar dinero, pero quería ser buena y la idea de conocer más hombres me horrorizaba. Mi extremada debilidad y desnudez también me prohibían buscar una familia honrada á quien servir. Entonces, por no prostituirme, robé; robé alevosamente, cobardemente, sin exponerme. Quizá haya puritanos á quienes repugne estos incidentes poco limpios de mi vida; no importa; yo satisfago mi conciencia narrando la verdad: ¿acaso no leemos en las *Confesiones* de Rousseau, modelo de ingenuidad y sencillez, páginas bastante más sucias? Resuelta á ello volví á casa de Severi-

na Aguilas, que me recibió con alardes de alegría vivísima y con un desilusionado:

—¡Estaba segura de que vendrías á buscarme!...

Que me lastimó bastante. Yo repuse, disimulando mis sentimientos:

—Tiene usted razón: aquello debía concluir... y ha concluido.

Endurecida por cuarenta años de vida canallesca, acostumbrada á ver cómo nacen y mueren las pasiones, no pregunté más, encogiéndose de hombros, con indiferencia de sepulturero, ante las pavesas de los amores extintos. Su distracción me ahorró disgustos.

—Estoy medio desnuda — dije; — necesario, por tanto, me facilite usted unos zapatos, una falda y un mantón mejores que estos que llevo. ¿Puede ser?

Mientras Severina, deseando complacerme, registraba un viejo armario donde guardaba ropas de diferentes mujeres, yo ocupé un sillón; recuerdo que éste era de mimbres; todo voltigeaba á mi alrededor: cuadros, muebles; un rayo de sol refulgía sobre la botella de agua colocada en la mesa de comer, deslumbrándome; cerré los ojos y apoyé la cabeza contra la pared, recordando de pronto la silueta de aquella infeliz que meses antes, en el mismo comedor, estuvo mostrándome sus dientes podridos por el aliento fétido de las malas digestiones. El suelo trepidaba bajo mis pies fríos...

A Saturnina hubo de chocarla, sin duda mi largo mutismo.

—¿Qué te sucede? — preguntó.

—Nada.

—¿Estás enferma?

—No, señora.

Continué escudriñando los entrepaños del armario, maldiciendo de las criadas que todo lo revuelven. Sin volver la cabeza siguió interrogándome:

—¿Y ese?

—¿Quién?

—Ese... ¿cómo se llama?... Ese, con quien vivías.

—¿Pedro?...

Mi corazón se oprimía y abrí la boca, temiendo no poder respirar.

—No sé su nombre — repuso Saturnina; — hablo de aquel estudiantillo... medio torero...

—Bueno, sí; ese... Pedro...

—¿Qué ha sido de él?

No quise meterme en explicaciones, pues todo ello me interesaba demasiado para dejar que nadie lo menospreciase convirtiéndolo en leve conversación de camino.

—No sé — dije.

—¿No le ves?

—Desde hace tiempo.

—Mejor; aquél no tenía una peseta y... ¡qué narices!... para morirte de hambre siempre tendrás ocasión.

Después, mientras haciendo heroicos esfuerzos sobre mí misma, me desnudaba cambiando mi traje miserable por el que Severina Aguilas me buscó, pregunté á la vieja por varios antiguos amigos míos.

—¿Y Dagoberto, el jockey?

—No le veo. Creo que fué á Inglaterra.

—¿Y Emilio Monje?

—Tan perdido. ¡Puf, qué asco de hombre!... Borracho, mujeriego, jugador, embustero... El diablo no quiere cogerle ni aun con pinzas.

—¿Viene por aquí?

—Casi diariamente y mejor sería que no viniese. ¿Sabes lo que hizo una noche en casa de Faustina la peinadora? ¡Pues... casi nada! Romperla un espejo, por gusto.

—¿Y Pepe Lorca?

—¡Pobrecito! También viene por aquí, pero más de tarde en tarde. Está tísico. Esa marquesa que, como sabes, le viste hace tiempo; le matará. Acuérdate de lo que te digo.

Continué preguntando por otros individuos, amigos míos, cuyos nombres no recordaba.

—Si no tienes prisa y aguardas media horita — repuso Saturnina, — no dejarás de saludar á alguno de ellos. Aquí nunca falta gente...

De pronto las fuerzas me abandonaron y, sin tiempo de sentarme, tuve que apo-

yarme contra la pared para no caer. Saturnina acudió á sostenerme entre sus brazos, conduciéndome á una habitación inmediata donde había una cama. Aquello no era nada; un leve vahído, flato, tal vez: llena de buena voluntad ofreciome café y pastas; no tenía otra cosa. Yo acepté y aquel ligero piscolabis me salvó. Después, ya más reanimada, volví al comedor donde quedé esperando algo imprevisto, providencial, que no llegaba á definirse en mi nublada razón. No pensaba en nada, ni en nadie; ni siquiera en Pedro...

Ya tarde, cuando comenzaban á disiparse los bienhechores efectos del café, la campanilla anunció una visita; la criada salió á abrir: era un hombre, un amigo de la casa, que preguntaba por no sé quién.

—No está—repuso Saturnina;—pero, no importa, quédate y saludarás á una conocida tuya.

—Oyendo aquellas palabras tuve intenciones de huir; alebrándome en el rincón más apartado y obscuro, tan grande era el asco que los hombres me causaban. Pero la necesidad es implacable, y como tenía hambre, mucha hambre, esperé...

Precediendo á Saturnina Aguilas penetré en el comedor un individuo joven aún y decentemente vestido, cuyo nombre no recuerdo. Con el desparpajo insolente de los aventureros avezados al trato de malas mujeres, llegóse á mí, acariciándome la cara.

—¡Hola, linda pieza!—exclamó,—nosotros somos amigos viejos.

—Es posible...

Contesté humildemente, sonriendo por obra y gracia de la costumbre maquina que las cortesanas adquirimos de sonreír á todo el mundo, aunque de buena gana le hubiese mordido.

—No hemos dormido junto—prosiguió;—no obstante, nos conocemos.

—Yo también le conozco á usted.

Y así era; le había visto en alguna parte que mi flaca memoria no concretaba. El vino á sacarme de dudas sentándose á mi lado, explicando nuestro primer en-

cuentro: habíamos estado una noche cenando en los ventorros de Amanuel; yo acompañaba á un amigo suyo.

—Y por respetos á él—agregó—no te eché cuatro requiebros.

Entorné los párpados.

—¿Le gusto á usted?

—Mucho.

La víctima que yo necesitaba estaba allí; la ocasión era llegada y hubiese sido tonto desaprovecharla; yo sonreía inconscientemente. El me cogió las manos.

—Estás fría—dijo.

—Sí.

—Y pálida...

—También.

—¿Acaso estás enferma?

—¡Oh, no!—repuse con displicencia estudiada:—es que no he almorzado..

—¿Cómo?

—Sali muy temprano de casa y no tuve tiempo aún de probar cosa caliente.

Consultó su reloj: eran las siete.

—Te invito á cenar—dijo;—¿aceptas?

Hubo una corta pausa que yo entretuve moviendo la cabeza á un lado y otro con gesto de indecisión y perplejidad. Al fin, repuse:

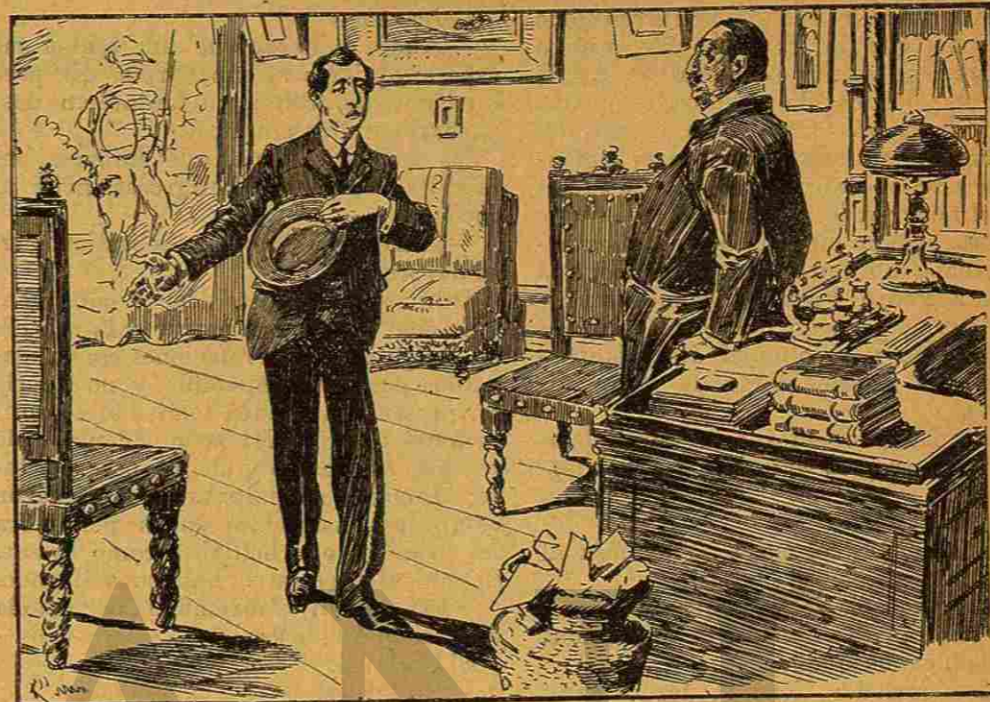
—Bueno...

Me levanté arrebutjándome en mi mantón, despidiéndome de Saturnina hasta más tarde, fingiéndome segura y erguida sobre mis piernas temblorosas. Mi improvisado amigo y yo, cogidos del brazo, avanzamos á lo largo de un pasillo mal alumbrado; al llegar al recibimiento, él quiso cobrarme por anticipado algunas de las caricias que más tarde pensaba obtener; después, ya con el apetito alborotado y retozón, me empujó hacia un dormitorio próximo, cuya puerta aparecía entornada.

—Aun es pronto—repuse domeñando con el duro freno de la necesidad mi indignación;—¡luego...

Salimos á la calle; llovía; una llovizna leve que, abriantando el asfalto de las aceras, daba al cuadro claridad poderosa.

Pasaba un coche y subimos á él: mi acompañante dió al cocheró las señas del café Habanero.



... transido de pena, acudió á casa de don Cayetano... (Pág. 46.)

—¿Qué tienes?—repetía solícito, mirándome.

—Nada.

—Estás triste...

Negué débilmente; él rodeó con su brazo derecho mi cintura, al mismo tiempo que alargaba el cuello para besarme los labios.

—Déjeme usted...por ahora—dije;—me duele el estómago.

Como hombre bien educado y de mundo, se reprimió, compadeciendo mi dolor. Yo cerré los ojos, sintiéndome morir bajo los pliegues de mi mantón, y mi barbilla osciló casi inerte sobre el pecho: la debilidad volvía á enseñorearse de mí: algo letal escarabajaba la planta de mis pies, trepando por las piernas yertas; mis manos languidecían, abriendo sus dedos, como dejando escapar la vida; en mis intestinos vacíos el aire zumbaba con ronco, insólito y desapacible trompeteo; una sombra negra asaltaba mi cerebro, rebo-

tándome de sien á sien, como pérdida en la inmensidad gris del mareo; los porfiados traqueteos del coche corroboraban aquella horrible sensación. El único propósito que persistía en mí era el de comer, comer mucho y á todo trance, aunque sin traicionar á Pedro... Antes que burlarle, preferiría morir.

Llegamos al café Habanero y por una angosta escalerilla subimos á un comedorcito, donde nos sirvieron una cena opipara, con langostinos, ostras y vinos de Jerez y Burdeos. Al principio devoré con apetito rabioso, que entretenía de un plato á otro comiendo pan y entremeses variados: á los chistes y preguntas de mi compañero respondía con monosílabos que apenas interrumpían aquel deglutir incesante; luego, temiendo los efectos de tan inconsederada asimilación, mastiqué más despacio; mi estómago ardía. Grandes oleadas de sangre hirviente incendiaban mis mejillas. Cerca de la mesa había

un diván, muelle, ancho y peligroso como un lecho, que mi acompañante miraba mientras sus manos se aferraban á mis muñecas. Después de servidos los postres trajeron el café. Hay en la agonía del desmayo ó del dolor, indiferencia inmensa hacia todo, desprecio de lo más excelso, del honor y de la vida; y claro es que si antes, cuando me hallaba en tan extrema situación, hubiese preferido morir á burlar á Pedro Francos, ¿cómo traicionarle entonces, luego de comer, sintiéndome fuerte y recobrada? El galán comenzaba á impacientarse de mi retraimiento.

—Aquí no debemos estar—dije buscando una tregua,—pueden sorprendernos.

—¿Quién?

—Cualquiera... el mozo... Y además al salir, ¡qué vergüenza!

La impaciencia de mi amigo iba trocándose en justo y razonable malhumor. Yo añadí excusándome:

—Este comedor tiene recuerdos muy tristes; una noche estuvimos cenando aquí Pedro y yo; Pedro era mi novio... El ocupaba la silla que ocupa usted hoy... ¡Hasta esa coincidencia!... Temiendo disgustarle á usted, no quise decir nada; pero estas memorias tristes oprimen la garganta; no se respira bien bajo ellas... Por eso deseo marcharme... pero, pronto, á cualquier parte... Comprenda usted que aquí la imaginación me impediría ser completamente dichosa.

Lejos de enfadarse, sonrió, acariciado por aquella explicación sentimental y delicada y llamó á un mozo apoyando un timbre. Entretanto yo pensaba:

—¿Cómo arreglármelas para separarme de este hombre?

Escurría rápidamente, amontonando cábalas imposibles; de pronto creí hallar un medio.

Al salir del café subimos á uno de los coches estacionados en la calle del Desengaño. Mi amigo daba al cochero las señas del domicilio de Severina Aguilas, cuando yo le interrumpí, preguntando:

—¿Qué hora es?

—Las once.

—Ahora recuerdo que una amiga me espera; ¿quieres acompañarme? Es para un asunto de interés; no tardaré en despacharlo ni dos minutos.

Mi confiado galán asintió: entonces, para evitar sospechas peligrosas, grité al cochero:

—¡Arrel... Café de San Sebastián, Plaza del Angel.

Durante el trayecto deslicé hábilmente la conveniencia de entrar sola al café: mi amiga estaba en relaciones con un caballero casado y respetable, y no quería ser presentada á nadie, temiendo complicaciones futuras. Mi acompañante, cada vez más expansivo y alegre, pasó por todo; sus manos me palpaban con comezón voluptuosa insaciable; en la penumbra del coche sus ojos brillaban como brasas. El vehículo se detuvo: habíamos llegado.

—Espera—dije, abriendo la portezuela y saltando á la acera.

El exclamó:

—¡No tardes!

Hice con la cabeza un signo negativo y penetré en el café; luego, sin detenerme á mirar hacia atrás, casi corriendo, atravesé el local, huyendo felizmente por la otra puerta que aquel café tiene á la calle Atocha. No pasó más. A mi generoso compañero de aquella noche le he visto después varias veces y aunque no me saludó, sonrío bondadosamente, como hombre experto convencido de cuán tonto es tomar á pecho estos fútiles enredijos de la vida.

Al día siguiente por la tarde recibí nuevas y satisfactorias noticias de Pedro: estaba muy aliviado; pronto saldría á la calle. Aquella noche sólo pude comer un plato de sopas que me dió Gregoria, y la debilidad apenas me dejó dormir. A la mañana siguiente empeñé por ocho pesetas el mantón que Severina, á quien tuve la previsión de no ir á ver, me había prestado. Transcurrió otra semana, alargada por la ansiedad de una ilusión inaprensable; el noveno día lo pasé sin probar bocado: por la noche contemplando desde el ventanuco de mi cocina aquel lucero sus-

pendido sobre el vacío del abandonado solar, los dolores de mis entrañas atenuadas por el hambre aumentaron y resolví comer afrontando toda suerte de peligrosas probabilidades, incluso la de ir á la cárcel. Fué un lance interesante no tanto por los motivos que á él me lanzaron, cuanto por el conmovedor y novelesco desenlace que la casualidad le puso después.

Sola, sin más impulso ni otro apoyo que la desesperación de mi miseria, salí á la calle dirigiéndome resueltamente al vecino café de San Maeto, donde ordené me sirviesen una buena cena: tortilla de jamón, bisteck con patatas, pescado, entremeses, postres, vinos de dos marcas... Nadie puede suponer qué esfuerzos de voluntad hube de realizar para comer; no tenía apetito, pero seguí deglutiendo segura de que el hambre volvería á inquietarme no bien pasase la emoción del peligro; varias veces estuve á punto de ahogarme: los bocados más apetitosos se detenían en mi garganta... Un dúo de piano y violín ejecutaba un vals, alegre y vibrante que no he olvidado. Procurando aminorar el escándalo lo más posible, esperé, para llamar al mozo, á que fuese muy tarde. El camarero se acercó: era un hombre cincuentón, grueso y bajito, con patillas y cabellos blancos.

—¿Qué deseaba usted?

—Decirle—repuse,—que he cenado perfectamente y... que no puedo pagar.

El semblante de mi interlocutor no reveló emoción; yo, sabiéndome lanzada en medio del peligro, acababa de recobrar todo mi aplomo.

—El hambre—añadí,—un hambre inaguantable de varios días, me obligó á esto. Cuando vine aquí estaba loca y apenas podía mantenerme en pie. Ahora me siento bien y mi agradecimiento hacia usted es inmenso: le debo á usted la vida. Si quiere usted vengarse de mí enviándome á la cárcel puede hacerlo sin peligro ni empacho, pues no tengo quien me defienda; pero, si me perdona, acaso no está lejano el día en que se ufane y congratule usted de haberme socorrido...

Hubo un corto silencio: yo esperaba que el mozo respondiese á mi noble confesión con una grosería; mas no fué así, pues el excelente hombre, visiblemente emocionado, repuso:

—No sólo olvido y perdono á usted el gasto hecho, sino que la invito á tomar café. Y no hablemos más de esto, pues la fortuna trae grandes mudanzas y es locura mofarse hoy de los débiles y caídos que quizá lleguen mañana á ser poderosos y temibles. Yo, señora, tengo hijas mozas que también trabajan para comer: agrádecaselo usted todo á ellas...

Tanto me conmovieron aquellas palabras que en poco estuvo que me echase á llorar. Luego, sin atreverme á levantar los ojos del suelo, salí del café murmurando un, «hasta la vuelta»... en el cual mi filantrópico interlocutor, seguramente no reparó.

Y aquí viene el desenlace precipitado. Mucho después, siendo ya casi rica, volví en coche al café San Mateo, instalándome en la mesa donde años atrás estuve cenando medio desnuda y hambrienta. El mozo era el mismo, pero le hallé delgado y mucho más viejo, sin que hubiese proporción entre el tiempo transcurrido y la debilidad trémula de aquella lastimosa ancianidad. Me preguntó:

—¿Qué quiere usted tomar?

—Café.

Después le interrogué por sus hijas.

—Una de ellas—repuso—casó; las otras dos siguen solteras.

—¿Viven con usted?

—Sí, señora.

Me miraba sorprendido, queriendo inútilmente reconocerme bajo mi ostentoso sombrero de pecadora y mi larga capa de piel. Yo permanecí silenciosa, escuchando la música simpática del violín y del piano, hundiendo con emoción sentimental y dulce mi pensamiento en lo pasado. Cuando llegó el momento de pagar saqué un billete de cien pesetas.

—La vuelta—dije—para usted... para sus hijas...

—¡Para mí... para mis hijas!...—repitió creyendo habérselas, tal vez, con una loca,

—Sí.
—¿Cómo?
—¿Usted no me conoce?
—No.
—¿Recuerda usted de una joven enlutada que hace años estuvo cenando aquí y á quien, sobre no pagar el gasto hecho, convidó usted generosamente á café?

—Sí... sí... ¡Justo!
—Pues, yo soy aquella desgraciada. Y, vea usted cómo las almas nobles no echan en saco roto las acciones buenas.

4 Diciembre.

Dos ó tres días después recibí la visita de Pedro Francos; al verle, como no le esperaba, mi emoción fué inmensa, tan inmensa que afojó mi contento. Como siempre, vestía de negro; su rostro era más pálido y largo que otras veces. Al principio, no pudiendo hablar, nos abrazamos, llorando cada cual sobre el hombro del otro.

—¡Pedro!... ¡Pedro mío!... ¡Perico mío!...
—¡Isabel de mi alma!...

Me palpaba, reconociéndome todo el cuerpo, castamente, como pudiera acariciar un padre á su hija enferma.

—Estás muy delgada... mucho...

—Tú tampoco estás bien...

Examinóme las manos, los ojos, la boca, los cabellos, doliéndose de ver en toda la huella de la miseria sufrida.

—Tienes ojeras, tus encías no tienen sangre y tus manos están frías... ¡Manos de mi corazón!... Y tus cabellos parecen más blancos...

Luego, descalzándome, comenzó á besarme los pies.

—¿Habéis sido buenos?—preguntaba. Dijo que quería cenar conmigo; aunque á regañadientes, don Cayetano le había autorizado á ello. Echó mano al bolsillo, con aquel su gesto inolvidable y generoso de gran señor, arrojándome sobre la falda un copioso puñado de monedas de plata. Yo, llena de alegría, deseando complacerle, corrí hacia la escalera en busca de lo necesario; él me detuvo.

—No, tú no—dijo,—tú no sales; que vaya Gregoria.

No quería separarse de mí; su júbilo,

contagioso como todos los sentimientos fuertes, iba apoderándose de mi ánimo, su idea parecióme excelente y abriendo el ventanuco de la cocina llamé á Gregoria: fué aquella la primera vez, después de tantas semanas angustiosas, que la campanilla de la miseria volvía á sonar.

Comimos bien: Pedro, debilitado por su larga enfermedad y emocionado vivamente por el contento de hallarse conmigo y la vecindad de un porvenir equívoco, era presa de terrible excitación: al día siguiente salía para su pueblo, Talavera la Real, donde sus padres le esperaban impacientes; yo podía acompañarle hasta Montijo...

—¿Quieres?—insistió

La novedad de aquel viaje suavizó en mí el amargor de la noticia, y asentí sin demostrar gran contrariedad. Mi indiferencia irritó á Pedro: acusóme de ingratitud, dijo que ya no le quería, que deseaba perderle de vista... Procuré inútilmente calmarle; tenía las manos trémulas; sus ojos y su frente ardían.

—Yo preso en casa de don Cayetano—decía,—acordándome de ti, muriendo por tí... sabiendo que no tendrías qué comer... y tú corriendo por las calles, consolada, pensando, tal vez: «Ese ya no se levanta, eso acabó...»

Tan absurdas me parecían aquellas afirmaciones, que no supe defenderme. El, ciego, continuó denostándome, y según hablaba, iba apoderándose de mí, como reflejo de la suya, otra excitación horrible, que llenaba mis ojos de lágrimas y cristalizada en mis labios la risa. El gritó:

—¿Por qué ries?

Y después:

—¿Por qué lloras?

Levantóse violentamente, dando un empujón á la mesita que cayó al suelo; la botella del vino y los platos saltaron en añicos; aquel estrépito contribuyó á exaltar nuestros nervios sobradamente sublevados. Pedro estaba celoso; yo, poseída de extraño regocijo, sentía necesidad apremiante de sacrificarme más, de continuar sufriendo por él; y sin que mi car-

ne interviniese en ello para nada, experimenté el deseo morboso, pero inconfundible y concreto, de ser golpeada. Para lograrlo permanecí muda, como confesando con mi silencio mi delito. Mi impasibilidad, mi sonrisa fría, exasperaban á Pedro; sus brazos se agitaron amenazadores sobre mi cabeza; yo, esperando el castigo, temblaba de miedo y de júbilo. En vano intento reconstituir ahora la psicología de aquella escena; en lógica, dos afirmaciones juntas, niegan; en amor, la fortaleza excesiva de una pasión, suele traducirse en odio. Pedro y yo nos queríamos y, ne obstante, sentíamos anhelos de acometernos mutuamente, teniendo nuestras manos en la sangre del otro. Se aborrece la muerte: ¿será que, como aseguran ciertos autores, el amor es la muerte?... Viéndome, ¿qué pensaba Pedro de mí?... ¿Qué ideas monstruosas le sugería la proximidad de mi carne, carne suya, dócil siempre á su capricho y á su placer?... Y yo, hallándome exenta de toda culpa, ¿por qué tenía complacencia en ser castigada, cuando hubiese podido rechazar tan cruel atropello, con el brio ó la realidad inconfundibles de la virtud? Era un capricho insano, análogo al de esos enfermos que mascan unas substancias amargas ó polvos de ladrillo, ó al de los neuróticos que reciben emoción agradable arañando una pared con las uñas. No sabría referir lo que allí pasó; todo ello fué una escena de locura, y pesadilla. Acaso en el mundo subconsciente que todos llevamos, tenía Pedro Francos un odio secreto hacia mí por haberle arrastrado á situación tan triste, obligándole indirectamente á salir de Madrid, donde todas sus ilusiones de mozo provinciano se cifraban; quizá tuviese necesidad yo de recibir por mano del hombre adorado, el condigno castigo de pasadas culpas. No sé... en los organismos debilitados por las enfermedades ó el ayuno, la digestión produce mareo análogo al de la borrachera, y este vértigo impulsaba á Pedro contra mí; yo esperé su agresión impávida, cierta de que sólo podría sosegar me llorando mucho. Pe-

rico Francos me cogió por las muñecas.

—¿Cómo se llamaba?—murmuró.

—¿Quién?

—Ese hombre...

—No comprendo.

—¡Ese hombre!... Demasiado sabes á quién me refiero. ¡Ese... tu amante... ese, á quien regalaste mis noches, mis noches de agonía!...

Fué empujándome hasta la pared, contra un ángulo, donde me acorraló. Yo repetí:

—¿Quién?... No sé... ¿De quién hablas? Te quiero... te idolatro... no te falté con nadie...

—¡Mientes, mientes!

Levantó el brazo y su puño cerrado golpeó mis sienes. Después, fuera de sí, continuó maltratándome, machacando mi cuerpo contra las paredes.

—¿Cómo es ese hombre?—repetía.

—¿Quién?

—¡Ese... habla!... Tú no le quieres, ¿verdad? No le quieres y... sin embargo, fuiste suya.

Sin darme tiempo á responder siguió preguntando:

—¿Cuál es su nombre? Dilo, dilo... No le defiendas callando. ¿Es más bajo que tú?... ¿Más alto?... Habla... habla, Isabel... ¿Cómo fué? ¿Dónde?

Me empujaba hacia la pared, reconstituyendo quizá en la pesadilla de su discurso los innobles detalles de una violación repugnante. Seguidamente, sin transiciones, me abrazó convulso, perdonándose, bañando en lágrimas mi rostro; yo también lloré besándole; concluimos durmiendo juntos y fué aquella una de las noches más voluptuosas y románticas de mi vida.

Al otro día, á las siete y cuarenta de la noche, acompañé á mi amante á la estación del Mediodía, donde el correo de Extremadura ya estaba formado. La falta de dinero nos había hecho modificar al primitivo plan: era inútil y peligroso que yo acompañara á Pedro hasta Montijo, donde tal vez su familia saliera á recibirle. Debíamos, pues, ser cautos, demostrando á cuantas personas se interesaban

en separarnos, que nuestras relaciones, efectivamente, habían concluido: haciéndolo así, pasadas las vacaciones veraniegas, volveríamos probablemente á reunirnos. A pesar de lo mucho que he viajado después, aun no puedo recordar sin emoción aquella despedida. Pedro me entregó un billete de cincuenta pesetas; no tenía más.

—Toma—dijo—y sé buena, Isabel... Isabel... Isabel mía... quiéreme...

Repetió mi nombre muchísimas veces; apenas si podía hablar; mi pobre cuerpo enflaquecido por el ayuno, también temblaba bajo sus andrajos.

—Adiós, Isabel.

—Adiós, Periquillo, adiós... te quiero mucho.

Contamos los meses que duraría nuestra separación; eran cinco ó seis; Pedro prometió escribirme dos veces por semana; las cartas endulzan la ausencia. ¡Cómo revivo ahora aquellos incidentes! Un empleado venía cerrando las portezuelas de los vagones, avisando á los viajeros que el tren iba á partir: la locomotora silbó y al grito sibilante del vapor, contestó una campana. Era preciso separarnos.

—Adiós, alma.

—Adiós.

—Sí, adiós... hasta muy pronto.

Nos besamos en los labios largamente; las manos de Pedro se crispaban sobre mi cintura; sobre su cuello se crispaban las mías: no podíamos desunirnos; dijérase que una atracción puramente física, como la que dirige y mantiene la arquitectura de los astros nos impulsaba al uno contra el otro. Nos separamos y bajo los vagones las ruedas rodaron lentamente. Aun recuerdo la mirada que un individuo alto, con largas patillas rojas, uno de esos ingleses excéntricos acostumbrados á despedirse de todas las cosas, lanzó sobre mí...

A la mañana siguiente, salí á la calle temprano para comprar algunos objetos indispensables; después volví á casa, donde estuve sola el resto de la tarde, ideando nuevos planes de vida. Al anochecer llamaron á la puerta de mi boardilla, abrí; era un telegrama: por mis venas corrí

el frío de la muerte. El telegrama decía sencillamente:

«Ven.»

El papel azul donde fué escrito, quedó arrugado sobre mi mesita de costura, bajo el círculo luminoso del quinqué, junto á un viejo portamonedas vacío cuya boca entreabierta parecía una mueca, triste como el bostezo del hambre: sobre las paredes enyesadas, los pucheros y algunas sillas que Gregoria me había prestado, proyectaban sombras oblicuas: yo permanecí sentada, el rostro entre las manos, la frente cavilosa, los ojos clavados en un rincón obscuro...

Pedro me llamaba: ¿Por qué?... Estos telegramas imperativos, que ordenan sin explicar las razones de su mandato, tienen algo del pavoroso misterio de las muertes repentinas.

Aquel parte fué fechado en Montijo.

Desde luego supuse que Pedro estaba agonizante: le vi echado sobre un jergón de paja, con el pensamiento puesto en mí y los ojos en las vigas de algún sombrío desván, esperando á que yo fuese á cerrarle los párpados. La concisión del telegrama descubría una soledad absoluta y un peligro inminente: «Ven...» Era necesario obedecer la orden marchando inmediatamente al tropiezo de la muerte en el primer tren. Pero ¿dónde hallar las cincuenta ó sesenta pesetas indispensables para el viaje?... Además convenía también llevar á prevención otros diez ó doce duros por lo que pudiese ocurrir. Miré en torno mío: el jergón, único mueble de algún valor, estaba roto; los baúles sin ropa, mis estuches sin joyas, el portamonedas vacío... Un momento pensé en don Cayetano, pero en seguida cambié de opinión: yo deseaba ver á Pedro y don Cayetano me lo hubiese impedido: además, pues Pedro sólo en mí había pensado, yo debía bastarme á socorrerle. Dudé; mis dedos crispados mesaron mis cabellos; por mi rostro debió de pasar la máscara feroz de la tragedia.

Un gato, acurrucado sobre un ángulo del fogón, presenciaba la escena con sus ojos fosforescentes y redondos... El tele-

grama seguía llamándome desde la mesa con su palabra enigmática: «Ven». No era posible dudar; iría á todo trance, á cualquier precio... y pronto: ¡todo, menos llegar cuando Pedro hubiese muerto! Me estremecí: por mi espíritu había cruzado un pensamiento negro, borroso, multiforme, como un reguero de tinta; aquella idea huyó y tornó varias veces, y siempre más definida y terminante. Mi juventud, aunque mal vestida, atraía, y la belleza de las mujeres suele pagarse bien. Por mí no me hubiese vendido jamás; por Pedro, sí; la muerte, pues, venía á darme la solución de todo.

Lentamente, según transcurrían las horas de aquella noche horrible, un caótico amasijo de entortijados razonamientos fué anublado mi ánimo. ¿Cómo volver al pecado? Pedro Francos me había recogido del arroyo y con su cariño me dignificó y encumbró, dándome un pequeño hogar, casi una posición; y yo, adorándole, le ayudé en su empresa de regeneración, complaciéndome en serle fiel. Pero aquello pasó: bruscamente la miseria y la muerte tergiversaban el curso de las cosas: había llegado el momento de romper el ensueño santo; la realidad triunfaba; el telegrama yacía arrugado sobre la mesa, bajo el círculo luminoso del quinqué, sugestionándome con su imperativo enigmático. Si Pedro Francos moría: ¿para qué la virtud? Y si curaba, ¿no me sería fácil ocultarle mi nuevo desliz eternamente? Prodióse un largo silencio en mi cerebro; mi virtud resistía inútilmente, porque el telegrama continuaba llamándome con fuerza irresistible: «Ven...ven...ven...» Necesitaba dinero, dinero que podría ganar, sí, con horrible quebranto de mi alma, rápidamente y sin esfuerzo físico.

La hora negra había llegado: me levanté bruscamente, puse sobre mi cabeza un pañuelo de seda, requerí el mantón y ágilmente, como en otros tiempos, corrí hacia la puerta. El quinqué quedaba encendido; el gato permaneció inmóvil sobre un ángulo del fogón, contemplando el cuarto vacío con sus ojos inmóviles...

Y llega aquí uno de los episodios más raros y conmovedores de mi vida. Madrid ofrecía el aspecto de un mercado inmenso de carnes palpitantes: á lo largo de las calles humedecidas por la niebla, bajo el resplandor rojizo de los faroles, siluetas femeninas vagaban silenciosas, tristemente, como perdidas en el misterio de la noche y de los muros. Era muy tarde: la gente había salido de los teatros, las tabernas y cafés estaban cerrados; algunos trasnochadores se detenían á hablar con las busconas que les cerraban el paso, ofreciéndoseles, y luego se marchaban solos ó con ellas, pero sin ruido, cual si el cansancio y el frío mermasen fuerzas á su contento. Aquello, para los hombres, era una obsesión lasciva que se prolongaba de unas calles en otras, convidándoles con el mismo placer.

Yo pasé como las otras, esperando...

Desfiló un transeunte, después otro, luego dos más... que me miraron atentamente, sorprendiendo tal vez, bajo mi mantón raído, un perfil de mujer elegante. Yo, avergonzada de verme tan baja, volvía la cabeza á otro lado. Tenía conciencia de mi mala acción, acción que, sin duda, la santidad del fin no disculpaba. Pedro, mi redentor, hubiera preferido indudablemente, morir sin verme á verme á precio tan alto; y aunque era cierto que aquello él no lo averiguaría nunca, ¿acaso yo misma no lo sabía?... Y ante los hombres que desfilaban, mi carne sentía frío y miedo: el miedo nervioso de los adolescentes que corren su primera aventura. Dieron las dos de la madrugada; las tres... Era indispensable decidirse pronto.

En aquel momento pasó un caballero con botas de charol, gabán de pieles y sombrero de copa; no tendría cincuenta años; su barba canosa y sus ojos empañados por la satisfacción cotidiana de todos los placeres, daban á su rostro, singular expresión de bondad. Como animada por un presentimiento súbito, le miré atentamente, con mis ojos locuaces que saben penetrar tan hondo: el elegante desconocido se detuvo: bajo su bigote los labios amables sonreían: yo me acerqué á él, ha-

blamos un momento y le cogí del brazo. Un coche pasaba...

—¿Subimos?—preguntó el caballero.
—Como usted guste.

Ya en el vehículo, me refugié en un ángulo, huyendo medrosa el contacto del hombre: mi acompañante, sin advertir la virtuosa circunspección de mi actitud, hablaba ligeremente, con volubilidad de buen tono. Yo escuchaba como en sueños, pareciéndome que aquella voz venía de muy lejos: mi imaginación, corriendo más que el tiempo, componía las escenas de sucia pasión que iban á ocurrir, y dolor infinito oprimía mi alma: en un instante la honrada labor de tantos meses iba á quedar rota, con golpe irreparable. ¡Oh, si Pedro supiese!...

El coche se detuvo, el caballero abrió la portezuela y echó pie á tierra; yo bajé también recogíendome las faldas, aceptando para apoyarme ligeremente, la mano que mi acompañante me ofrecía. Penetramos en un portal y subimos á un cuarto entresuelo alumbrado con luz eléctrica: la puerta, que tenía cerradura inglesa, cedió fácilmente: nadie salió á recibirnos. El dijo:

—Este es un precioso nido que conservo desde mis alegres años de soltero, y del cual no pienso deshacerme mientras me dure el buen humor.

No respondí y haciendo con la cabeza un signo tímido de asentimiento, seguí á mi compañero. Atravesamos el recibimiento llegando á un gabinete japonés: en el espacio, suspendidos del techo por hilos sutiles, había varios pájaros de entretropicos, mostrando su rico plumaje y sus enjutas pechugas disecadas. De pronto el caballero, extrañando mi silencio, se volvió á mí.

—¿Estás triste?—preguntó.

—No, señor.

—¿Cómo no hablas?

Me encogí de hombros, sonrojándome.

—¿En qué piensas?

—No sé!... En todo esto, que es muy bonito.

—¿Eres de Madrid?

—Andaluza.

—¿Sevillana, tal vez?

—Sí, señor.

—¡Oh!... Aquella es una tierra preciosa donde he pasado ratos muy dulces...

Sonreía, evocando añejos recuerdos, con la subida satisfacción del hombre rico que pudo complacer todos sus gustos. Yo, entretanto, me llevaba un pañuelo á los labios para toser, procurando ahogar mi pena creciente. ¡Si Pedro llegase á saber que yo estaba allí!... Aquel remordimiento quemaba como un tósigo. Me había dejado caer sobre un diván con el abandono, de los moribundos; el caballero desconocido se había quitado el frac y sin dejar de hablar cogió un pulverizador y empezó á perfumarse delante del espejo. Después se acercó á mí.

—¿Qué tienes?

—Nada.

Hacia esfuerzos terribles sobre mí para aparecer contenta; él me observaba curioso; indudablemente no recordaba haber visto pasar por aquel gabinete otra mujer más sosona ni más triste que yo.

—Yo—dijo,—te he visto no se dónde.

—Tal vez... sí, señor; tal vez... es muy posible...

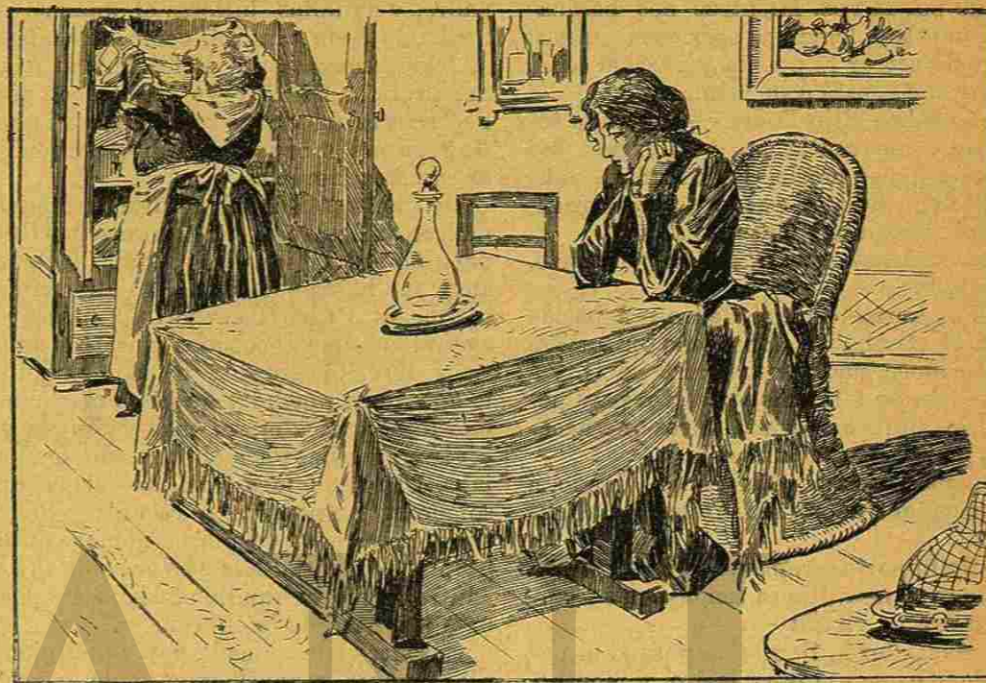
No sabía qué responder; él fué á sentarse al borde del lecho, cerca de mí, acariciándome con los ojos.

—Vamos—dijo,—¿no te desnudas?

Entonces, sin poder contenerme, rompí á llorar, pero á cántaros, como se llora por los muertos; él, vivamente emocionado, quiso saber el secreto de tan duro quebranto; yo, bebiéndome las lágrimas, lo referí todo. Saqué del seno el telegrama de Pedro Francos; yo era buena, estaba arrepentida de mi ayer, aquello lo hacía por miseria, por no morir sin despedirme del único hombre á quien había amado...

—Necesitaba cincuenta pesetas—agregué,—y á buscarlas salí. Los hombres me asustaban... pero, ¿qué remedio?... Usted sabrá perdonar la indiscreción que he cometido de echarme á llorar.

El caballero, sin responder, me devolvió el telegrama; luego sacó de la mesita



Mientras Severina, deseando complacerme, registraba un viejo armario... (Pág. 55.)

lla de noche una cartera y de ésta un billete de cien pesetas.

—Tome usted—dijo, bajando los ojos, avergonzándose de su generosidad.

Estaba intensamente pálido; me trataba de usted; su voz y sus manos temblaban.

—Gracias—murmuré,— muchas gracias...

Cogí el billete y lo guardé en mi faldriquera; después, ya más repuesta, me levanté, acercándome al caballero desconocido, ofreciéndome...

Me rechazó suavemente.

—No, hija mía. Usted nada me debe.

Mis ojos volvieron á llenarse de lágrimas.

—¿Quiere usted—exclamé— hacerme un nuevo favor?

—¿Cuál?

—Decirme su nombre.

—¿Para qué?

—Para rezar por usted... para bendecirle...

MEMORIAS.—9

circle siempre... mi gratitud hacia usted es inmensa...

—¡Bah, no hablemos de ello! Yo soy un hombre, uno cualquiera, uno del montón...

El mismo me ayudó á ponerme el mantón, acompañándome después hasta el zaguán. Allí, muy conmovido, sin besar-me, me dió la mano.

—Puesto que es usted buena—dijo— no pierda la esperanza de ser feliz. Adiós.

Cuando veinticuatro horas después llegué á Montijo, un empleado de la estación me dió la dirección de la posada ó parador donde un muchacho, cuyas señas personales coincidían con las de Pedro Francos, se hospedaba. Allí, en efecto, estaba Pedro: le vi acostado, presa de gran debilidad y aquejado de fiebre; mi corazón se ensanchó gozoso; realmente no le creía tan bien. Al penetrar en su cuarto le hallé sentado sobre la cama, tendiéndome los brazos; me había reco-

nocido por la voz. Mientras nos besábamos, nuestras lágrimas corrieron juntas; luego de cerrar la puerta y vestida como estaba, me acosté a su lado.

—Anoche—dijo Pedro,—cuando te telegrafí, me sentía muy enfermo; me asusté... pensé morir. Esta mañana también telegrafí a mi padre y estoy aguardándole de un momento a otro.

Esta noticia vino a nublar, en parte, mi júbilo.

—Por tanto—agregó Pedro,—debes de alquilar otra habitación; como mi padre no te conoce, nada sospechará de ti, y a mí no han de faltarme pretextos para pedirle los quince ó veinte duros que necesitas para regresar a Madrid.

Yo enseñé mi portamonedas, dando a comprender que no necesitaba aquel auxilio.

—No importa—repuso Pedro,—guarda eso; cuanto más dinero tengas más tiempo durará tu virtud.

A media tarde llegó a la posada el padre de Perico: era muy jarifo y moreno, y se parecía mucho a su hijo. Al verle y a pesar de mis penas, tuve alegría y grandes deseos de abrazarle; pero supe contenerme y disimular mi personalidad muy bien. «Cuando Periquillo tenga cincuenta años—pensé—será así.» El día transcurrió sin incidentes. Al anoecer la criada del mesón vino a decirme que el señorito Pedro me esperaba. Acudí inmediatamente, segura de hallarle solo. Al verme se incorporó en el lecho, sacando de debajo de la almohada trescientas pesetas en billetes.

—Toma—dijo.

—Pero...

—Toma y... adiós... adiós... ya te escribiré.

Hablaba bajando mucho la voz, y esto me hizo sospechar que podían oírnos. Luego añadió:

—Son las ocho y veinte; a las nueve menos minutos pasa por aquí el tren que va a Madrid. Aun puedes alcanzarle...

Mientras hablaba, un gesto elocuente de su mano derecha señaló la puerta de una habitación contigua: allí estaba su

padre, y aquellos billetes el anciano se los había dado para mí, como recompensa a las abnegaciones de mi cariño. Apenas tuvimos Pedro y yo tiempo de despedirnos en un abrazo rapidísimo, y aquella separación brusca nos ahorró el enojo de muchas lágrimas.

De vuelta a Madrid resolví defenderme contra la prostitución lo más posible, para no ser indigna del sitio donde el amor me había colocado. Los dos primeros meses, Pedro me escribió bastantes cartas: en ellas recordaba nuestros amores y describía su vida actual; su padre le agasajaba mucho y quería casarle con una linda y rica moza: mas ya podía yo vivir tranquila, pues él por nadie me dejaba. El tercer mes aquellas cartas consoladoras empezaron a escasear; Pedro escribía menos; después, menos aún... ¡siempre menos!... Era su voz como la del naufrago que va hundiéndose poco a poco bajo las olas que le cubren.

Entonces, aleccionada por aquel ejemplo, cambié repentinamente de rumbo, imponiéndome un camino nuevo con ese vigor de voluntad que me ha sacado triunfante de las situaciones peores. Era forzoso renunciar al pasado y ser rica, aun cuando para ello necesitase rodar los últimos peldaños del encanallamiento. Con este pensamiento y gracias a la excelente amistad de Carmen Arellano que me facilitó algunos recursos, fui cierta mañana a una tienda de modas de la calle de Fuencarral, donde encargué y dejé pagado un elegante vestido; desde allí a una tienda de sombreros, y luego a casa de Severina quien, como siempre, celebró mi regreso abrazándome contra su interesado corazón. Por mi boardillita de la calle de Espíritu Santo no volví, ni creo haber tornado a pasar ante aquella casa que tantos recuerdos, buenos y malos, tiene para mí.

El vicio de los hombres y mujeres que frecuentaban la manebía de Severina Aguilas, las conversaciones obscenas repetidas siempre y los feos recuerdos de mi pasado, no tardaron en mancharme nuevamente, apoderándose de mi ánimo,

empujando muy lejos las honradas impresiones de los últimos tiempos; la novela de aquellos amores juveniles me parecía cosa lejana y borrosa, y hablaba de Pedro Francos tranquilamente, como de algo muerto, con dolor apagado y recóndito. Por mí y por lo que en otras compañeras de desgracia he visto, comprendo que las mujeres públicas, sea cual fuere su posición y rango: concluyen siendo autómatas, sin pasiones ni deseos: el vicio las insensibiliza, su carne duerme, sus sentidos también, en su cerebro impera una actividad anormal, estéril, como la producida por los abusos del alcohol; rien porque deben reír, porque su oficio las exige locuacidad y alegría inagotables; deben reír con este y con el otro... y con el otro, reír siempre, aunque su ruidoso contento las desgare el estómago, pues nada disgusta y aburre tanto a los hombres como una cortesana triste, su cuerpo estará propicio a bailar y a desnudarse, sin temor al cansancio y al frío; debe también aceptarlo todo y así tendrá derecho a exigirlo todo: sus labios, si pueden negar un beso no rechazarán jamás una copa de vino: la vida de las heteras es suicidio, despilfarro, anhelo destructor insaciable, la cortesana que no pide, está muerta. Yo me lancé a esta existencia vertiginosa, mi cuerpo de acero resistió todos los excesos, la orgía fué mi descanso, del vino y de la ajena alegría sacaba mi voluntad esfuerzo inagotable; en pocos meses pasó por mis manos, cariñosas y pedigueñas, un río de plata.

De todos los hombres que entonces conocí, sólo puedo citar a Antonio Regenta de quien estuve enamorada algunas semanas. La razón de aquel amor la ignoro. Antonio era tahir y quizá ésto influyese en mí, pues he oído decir a muchas mujeres expertas, que los jugadores de profesión tienen en su trato íntimo cualidades que no poseen los demás hombres.

Antonio Regenta era de regular estatura, blanco de rostro y muy robusto; llevaba los negros cabellos peinados artísticamente; la frente y los ojos eran grandes la mirada de sus pupilas, algo echadas

hacia arriba como las del Cid, miraban con expresión triste, cual heridas por la melancolía de las fortunas que pasaron ante ellas: sobre un bigotito semirrubiado de adolescente, la nariz avanzaba, retorcándose, y aquella nariz wagneriana, cuya punta descendía hacia abajo derechamente, parecía un signo afirmativo, testimonio plástico, indudable, de firmeza moral; sus actitudes tenían cierto matonismo y desembarazo que enmendaban la atildada y señoril pulcritud del traje.

Antonio era generoso, y cuando jugando por cuenta propia ganaba, me metía por los ojos los billetes de Banco. Nadie como él para gastar dinero; en ésto, si no aventajaba tampoco cedía a Diego Ferrer; una noche de jarana pagó en cierto colmado de la calle Visitación, quinientas pesetas de vino. Con Regenta reñí por calumnias y malas artes de mi amiga Clarita Tello, quien, según creo, estaba enamorada de él. De Clara me vengué recortando su cabeza de un retrato que ella me había dedicado y pegándola cuidadosamente sobre una fotografía obscena, para que un fotógrafo amigo mío sacase copia fiel y correcta, del todo: después envié este retrato a Julián Sota, vizconde de Rúa, quien, justamente indignado, me vengó de Clarita Tello riñendo con ella.

Trascurrieron varios meses. Una noche hallándome con Carmen Arellano en un palco de la Zarzuela, me presentaron a don Pablo Ardémiz, uno de los hombres que, por su larga experiencia y bondad, han dejado en mi memoria mejor y más duradera impresión.

Don Pablo llegaba entonces a los cuarenta años, si bien representaba algunos más: era un verdadero elegante, grueso y alto, cuyos cabellos blancos parecían conservar el polvo de todos los bailes donde estuvo: su talle, a pesar de la obesidad que afea el talle de los galanes antiguos, conservaba el desembarazo y la flexibilidad de movimientos que sólo enseña la vida de los grandes salones: tenía su voz, aunque defendiera ó afirmase algo rotundamente, una dulzura insinuante

como concesión perenne hecha á su interlocutor; sus ojos grandes y claros, un poco saltones, acariciaban siempre: no puedo recordar á don Pablo sin ver sus ojos; no conozco otros tan cariñosos y penetrantes; al despedirnos de Ardémiz, llevamos la impresión de que su última mirada es, para nosotras, su última bondad; su bigote canoso se retorció ufano sobre las pálidas mejillas; su media calva era triste y elocuente como una página del libro de la vida. Don Pablo, que conocía y trataba de cerca á mucha gente no permitía que nadie violase su intimidad: no tenía amigos predilectos, sus medios de vivir eran oscuros, entre las cortesanas de alto rango disfrutaba de reales y muy valederas simpatías, aunque todas estábamos ciertas de que no tenía relaciones con ninguna de nosotras. Después he creído descubrir la naturaleza de aquel sentimiento, algo frío, sin duda: cuando el hombre se desencanta del amor y de la amistad, recurre otra vez á la mujer, si bien castamente: la amistad de las mujeres es la única fe de los desengañados.

El cariño desinteresado, casi paternal, de don Pablo Ardémiz, me fué utilísimo; él me relacionó con muchos hombres adinerados y elegantes, y con buen número de pintores, escultores y periodistas.

—Está usted derrochando su juventud neciamente—me decía Ardémiz;—usted, siguiendo mis consejos, puede ir muy lejos; su juventud, su buena ilustración y la alegre actividad de su espíritu, son te-

soros que merecen conquistar una gran fortuna.

Por consejo de don Pablo aprendí á bailar, con lo cual pude cambiar mi título de cortesana por el de bailarina; poco después la amistad de un empresario me permitió *debutar* en un teatrillo de cuarto orden, varios periódicos hablaron de mí y al leer mi nombre en letras de molde disfruté un mareo jubiloso y fortísimo, análogo al que deben de experimentar los escritores noveles, viendo en los escaparates de las librerías su primera obra; sentíame regenerada y como trocada en otra mujer; el escultor Benjamín Llao y el pintor Sandonis, me reprodujeron en dos obras artísticas que por aquella época obtuvieron alguna notoriedad; á propósito de esto, una revista ilustrada publicó mi retrato; parecíame que en la calle todos volvían la cabeza admirándome: desde entonces el baile fué para mí un pretexto de lucimiento, medro y exhibición; un medio nuevo de conquista. La noche de mi beneficio, la generosidad de mis admiradores me regaló en billetes, joyas y flores, más de seiscientas pesetas; el excelente don Pablo, que nada podía regalarme, se contentaba aplaudiéndome desde un palco; la emoción humedecía sus ojos paternos, mi triunfo era suyo. Yo estaba satisfechísima: jamás pude soñar éxito pecuniario semejante, ni profesión que mejor se aviniese á mi temperamento desordenado y vagabundo.

Gavarni lo dijo:

«¿No sirves para nada? Hazte artista.»

III

14 Diciembre

Con los amores de Pedro Francos terminó lo que yo llamo introducción ó proemio de mi historia.

Hace un momento, queriendo poner nexos lógicos entre varias ideas mal halladas, repasé atentamente lo escrito, poniendo guiones entre lo roto ó deshilvanado, borrando suturas y estableciendo en todo acordada proporción y armonía.

Repasando un montón de viejas cartas, hallo una firmada por cierto Eugenio Villat, de quien no recuerdo, que empieza así:

«Perdona mi insistencia, pero estos renglones y requiebros no pueden disgustarte, como no disgustan las orquestas ambulantes que en las horas crepusculares pasan bajo nuestros balcones llamando al ensueño. Eso, Isabel, son mis cartas, con sus juramentos y sus promesas: música dulce, muy dulce y muy triste, que pasa...»

Como las cartas de aquel adorador olvidado, es la vida; todo en ésta, examinado á cierta distancia, es gris y borroso; que los recuerdos forman densa nube ó tupida niebla semejante al polvo que flota sobre los campos de batalla, y el polvo todo lo delustra, entolda y obscurece. No extraño, pues, que en mis *Memorias* las figuras y las escenas estén abocetadas; la historia de cada individuo es un manojito ó sucesión de bocetos; bocetos inseguros de cuadros y de tipos: todo allí aparece atraillado, cuando no enmarañado y confuso; á veces lo máximo engendra lo ri-

diculamente pequeño, á ratos también, los menores detalles traen al espíritu la imagen de acontecimientos terribles; hay días que compendian una época, amores que apenas dejaron la huella de un nombre, semblantes de los que sólo recuerdo una sonrisa ó un bigote blanco... La fosa común, donde todos los desheredados duermen juntos, es imagen fiel de la vida. La humanidad es agua corriente, acaso sus hondas puedan torcerse deteniéndose breves momentos en los remansos, pero luego siguen su curso fatal, derivando irremisiblemente hacia el callado mar negro del eterno reposo: en este ir continuo, los humanos nacen, crecen, se aproximan, se divorcian, quieren, odian, y siguen adelante, separados ya para siempre, unas veces por la muerte, otras por la distancia.

Corroborando lo que acerca de esto la experiencia me enseñó, sé por autorizados conductos que las cortesanas suelen dejar imperecedera impresión en los marinos y en los niños; y lo comprendo, pues la soledad de los unos y la impericia y virginidad moral de los otros, aseguran la persistencia de la imagen; pero en nosotras, pobres hojas caídas, lanzadas á todos los vientos del desenfreno y del capricho, ¿qué podrá resistir el flujo devastador de una existencia devorada demasiado aprisa? Por esto, aunque leí bastante y conozco los rumbos de la novela moderna, prescindo de todo ropaje literario y consigno mis recuerdos llanamente, evitando las descripciones difusas y los buceos psicológicos excesivamente de-

como concesión perenne hecha á su interlocutor; sus ojos grandes y claros, un poco saltones, acariciaban siempre: no puedo recordar á don Pablo sin ver sus ojos; no conozco otros tan cariñosos y penetrantes; al despedirnos de Ardémiz, llevamos la impresión de que su última mirada es, para nosotras, su última bondad; su bigote canoso se retorcia ufano sobre las pálidas mejillas; su media calva era triste y elocuente como una página del libro de la vida. Don Pablo, que conocía y trataba de cerca á mucha gente no permitía que nadie violase su intimidad: no tenía amigos predilectos, sus medios de vivir eran oscuros, entre las cortesanas de alto rango disfrutaba de reales y muy valederas simpatías, aunque todas estábamos ciertas de que no tenía relaciones con ninguna de nosotras. Después he creído descubrir la naturaleza de aquel sentimiento, algo frío, sin duda: cuando el hombre se desencanta del amor y de la amistad, recurre otra vez á la mujer, si bien castamente: la amistad de las mujeres es la única fe de los desengañados.

El cariño desinteresado, casi paternal, de don Pablo Ardémiz, me fué utilísimo; él me relacionó con muchos hombres adinerados y elegantes, y con buen número de pintores, escultores y periodistas.

—Está usted derrochando su juventud neciamente—me decía Ardémiz;—usted, siguiendo mis consejos, puede ir muy lejos; su juventud, su buena ilustración y la alegre actividad de su espíritu, son te-

soros que merecen conquistar una gran fortuna.

Por consejo de don Pablo aprendí á bailar, con lo cual pude cambiar mi título de cortesana por el de bailarina; poco después la amistad de un empresario me permitió *debutar* en un teatrillo de cuarto orden, varios periódicos hablaron de mí y al leer mi nombre en letras de molde disfruté un mareo jubiloso y fortísimo, análogo al que deben de experimentar los escritores noveles, viendo en los escaparates de las librerías su primera obra; sentíame regenerada y como trocada en otra mujer; el escultor Benjamín Liao y el pintor Sandonis, me reprodujeron en dos obras artísticas que por aquella época obtuvieron alguna notoriedad; á propósito de esto, una revista ilustrada publicó mi retrato; parecíame que en la calle todos volvían la cabeza admirándome: desde entonces el baile fué para mí un pretexto de lucimiento, medro y exhibición; un medio nuevo de conquista. La noche de mi beneficio, la generosidad de mis admiradores me regaló en billetes, joyas y flores, más de seiscientas pesetas; el excelente don Pablo, que nada podía regalarme, se contentaba aplaudiéndome desde un palco; la emoción humedecía sus ojos paternos, mi triunfo era suyo. Yo estaba satisfechísima: jamás pude soñar éxito pecuniario semejante, ni profesión que mejor se aviniese á mi temperamento desordenado y vagabundo.

Gavarni lo dijo:

«¿No sirves para nada? Hazte artista.»

III

14 Diciembre

Con los amores de Pedro Francos terminó lo que yo llamo introducción ó proemio de mi historia.

Hace un momento, queriendo poner nexo lógico entre varias ideas mal halladas, repasé atentamente lo escrito, poniendo guiones entre lo roto ó deshilvanado, borrando suturas y estableciendo en todo acordada proporción y armonía.

Repasando un montón de viejas cartas, hallo una firmada por cierto Eugenio Villat, de quien no recuerdo, que empieza así:

«Perdona mi insistencia, pero estos renglones y requiebros no pueden disgustarte, como no disgustan las orquestas ambulantes que en las horas crepusculares pasan bajo nuestros balcones llamando al ensueño. Eso, Isabel, son mis cartas, con sus juramentos y sus promesas: música dulce, muy dulce y muy triste, que pasa...»

Como las cartas de aquel adorador olvidado, es la vida; todo en ésta, examinado á cierta distancia, es gris y borroso; que los recuerdos forman densa nube ó tupida niebla semejante al polvo que flota sobre los campos de batalla, y el polvo todo lo delustra, entolda y obscurece. No extraño, pues, que en mis *Memorias* las figuras y las escenas estén abocetadas; la historia de cada individuo es un manojito ó sucesión de bocetos; bocetos inseguros de cuadros y de tipos: todo allí aparece atraillado, cuando no enmarañado y confuso; á veces lo máximo engendra lo ri-

diculamente pequeño, á ratos también, los menores detalles traen al espíritu la imagen de acontecimientos terribles; hay días que compendian una época, amores que apenas dejaron la huella de un nombre, semblantes de los que sólo recuerdo una sonrisa ó un bigote blanco... La fosa común, donde todos los desheredados duermen juntos, es imagen fiel de la vida. La humanidad es agua corriente, acaso sus hondas puedan torcerse deteniéndose breves momentos en los remansos, pero luego siguen su curso fatal, derivando irremisiblemente hacia el callado mar negro del eterno reposo: en este ir continuo, los humanos nacen, crecen, se aproximan, se divorcian, quieren, odian, y siguen adelante, separados ya para siempre, unas veces por la muerte, otras por la distancia.

Corroborando lo que acerca de esto la experiencia me enseñó, sé por autorizados conductos que las cortesanas suelen dejar imperecedera impresión en los marinos y en los niños; y lo comprendo, pues la soledad de los unos y la impericia y virginidad moral de los otros, aseguran la persistencia de la imagen; pero en nosotras, pobres hojas caídas, lanzadas á todos los vientos del desenfreno y del capricho, ¿qué podrá resistir el flujo devastador de una existencia devorada demasiado aprisa? Por esto, aunque leí bastante y conozco los rumbos de la novela moderna, prescindo de todo ropaje literario y consigno mis recuerdos llanamente, evitando las descripciones difusas y los buceos psicológicos excesivamente de-

tenidos y minuciosos en que, por olvidados, no sabría entretenerme; con lo cual imagino dar la impresión gris, un poco fatigosa, que en mí misma va dejando la vida.

Catorce ó quince años há que ruedo por el mundo, miro hacia atrás y casi me atrevería á compendiar lo hecho en un millar de renglones. ¿Qué resta de todo aquello? Nada... ó casi nada: tres ó cuatro escenas y media docena de nombres: en la frase: «Fué una noche feliz», van condensadas las risas, los donaires, las ilusiones, los excesos, el vértigo loco de una orgia que acaso me hirió el corazón. Decir: «lloré mucho», basta á epilogar un enredo amoroso de varios años; en una página, ¡oh, pequenez humana! caben las incontables ingratitudes, ambiciones, grandezas, desesperanzas y desplomes de toda una vida. ¿Y cómo no, cuando la historia Universal, aquella que refiere la historia de todos los pueblos, de todas las civilizaciones, de todos los cultos, cabe en los diez tomos que escribió Cantú?... Allí, pues, van mis recuerdos sin literarios exornos ni calculados atavíos retóricos, completamente desnudos y mundos, como esqueletos; esqueletos secos, sin la carnaza ampulosa de la actualidad palpitante: artistas, banqueros, busconas, alcahuetas, aventureros, hombres sesudos, unos cavilosos, otros irreflexivos... todos pasaron, borrándose en la distancia; la clamorosa balumba de sus gritos expiró bajo el silencio; sus esperanzas dieron en la muerte: sus juramentos agonizaron en la suprema negación; cerráronse sus ojos á la luz, todo cesó; noche impenetrable oculta á los que duermen.

Examinándome atentamente reconozco que mi carácter cambió mucho: antes era una bestiezuca irritable y altiva; ogaño por nada me exaspero ni apasiono desmedidamente; y es que en nosotras, las *muñecas*, como nos llama el benévolo Ibsen, la costumbre de fingir y los golpes reiterados de la ingratitud ó del desprecio, anulan todo impulso voluntario: somos esclavas del momento; para nuestras pobres cabezitas históricas, siempre el últi-

mo consejo es el mejor. Las mujeres honradas hacen mal envidiándonos: sin duda es aburrido tener hijos y hacienda y esposo que cuidar, pero más triste es vivir sola, defendiendo sin treguas la posición conquistada, ambicionando otras mejores, luchando contra todos, vendidas siempre á la felonía ó al egoísmo de los demás. Nuestra vida es como el agua sucia y perfumada de nuestros tocadores: todo en ella es malo; todo, no obstante, huele bien. Es cierto que vivimos del vicio y para el vicio, mas no por afición ó capricho, como muchos suponen, sino porque á ello nos arrastra la fatal necesidad. Buena prueba de ello es la aversión que los hombres nos inspiran. El hombre es un animal fatuo, endiosado, huero de entendimiento, vacío de corazón, que cree merecerse todo: si la mujer á quien corteja no cede, es una imbécil que no supo comprenderle; si cae, una liviana cuya historia de ilusiones y de lágrimas va rodando después de tertulia en tertulia. ¡Y poco importa que la heroína del lance sea una hetera ó una virtud! Los hombres cuentan todo: cómo fué, sus palabras, sus juramentos, sus actitudes, el color de sus ropas interiores...; y el que no añade un chiste, dice un insulto. ¡Ah! Las mujeres honestas no debían olvidar que los besos que sus amantes ó sus novios las roban en la sombra y con el mayor misterio, á la noche siguiente repercuten en todas partes...

Ea el paquete de viejos y queridos papeles de que antes hablé, hay también varias cartas de Pedro Francos, que ya empiezan á amarillear por los bordes; otras de mi madre, escritas con inseguros y gruesos caracteres, y muchas de mi excelente amigueta Gabriela Izquierdo, con quien una feliz casualidad me permitió establecer una correspondencia que dura todavía. En casa de Carmen Arellano conocí á una moza trianera que regresaba con su marido á Sevilla: la presencia de aquella coterránea me sugirió antiguas y muy amadas añoranzas: como teníamos aproximadamente la misma edad y ella habitó casi siempre los barrios que yo

frecuentaba, nuestras impresiones eran análogas: habíamos estudiado en el mismo colegio, ella recordaba, aunque vagamente, haber oído hablar de mí y conocía mucho á Gabriela Izquierdo; me dió las señas de su casa; Gabriela había heredado de un tío suyo y frecuentaba la buena sociedad sevillana; su novio era rico; probablemente se casarían pronto...

Aquella misma noche, segura de no recibir el desaire de un silencio desdeñoso, escribí á Gabriela una larga y cariñosa carta, recordando nuestra amistad y pidiéndola detalles minuciosos acerca de su vida actual. Como esperaba, Gabriela contestó en seguida, satisfaciendo mis curiosidades y preguntándome si yo era aquella Isabel Ortego de quien los periódicos hablaban de cuando en cuando. Antes de responder afirmativamente dudé, temiendo decir algo que lastimase el candor de mi antigua condiscípula: pero como su carta descubría un espíritu culto, elevado y tolerante, preferí decir verdad, si bien ocultando ó disimulando hábilmente ciertos pormenores: yo, en efecto, era bailarina, la fatalidad me impidió legitimar mi pasión por el hombre que me robó de Sevilla, pero vivía con él tranquila y feliz, y todos nos creían casados. Hablando así describía el tipo y carácter de Antonio Regenta, mi último amante, á quien achacaba cuanto con otros hombres me había sucedido. Desde entonces cruzáronse entre Gabriela Izquierdo y yo numerosas cartas, en las cuales cambiábamos impresiones, preguntas y consejos, interrogándome ella respecto á cómo debía componérselas para cautivar y rendir á su novio completamente, y respondiéndole yo aquello que mi experiencia estimaba mejor. Gabriela no estaba enamorada, y la falta de un ideal poderoso determinaba en su voluntad vaivenes extraños: á ratos quería casarse para aislarse, poniendo entre ella y el mundo el fantasma respetable de un marido; á ratos soñaba con las zozobras, las agitadas pasiones y los combates de un más allá... todo que con sus cartas y las mías podría formarse un volumen de psicología amorosa muy nota-

ble, pues yo también razonaba obedeciendo á mis impresiones del momento.

Una de mis últimas cartas, escrita, seguramente, en una crisis de voluptuosa laxitud, decía así:

«Me preguntas con aplomo candoroso que mueve á risa:

«¿Cómo he de componérmelas para conocer á los hombres?»

«Y, más adelante:

«¿Debo casarme?»

«Y á estas dos preguntas, cuya solución ha encanecido la frente de los filósofos más célebres, pretendes que yo, inexperta catecúmena de la jamás comprendida religión de la vida, responda en algunos renglones...

«Yo no sé conocer á los hombres, ni puedo darte, acerca de tan difícil estudio, ningún consejo. El único hombre á quien he estudiado es á Antonio: á éste le observo día por día, hora tras hora, y en esa dulce intimidad del hogar donde los polichinelas humanos deponen sus ridículas actitudes de seres circunspectos y vuelcan sus recuerdos. Nadie, por tanto, en mejores condiciones que yo para conocerle; y, sin embargo, á cada momento descubro en él gestos y palabras que no son suyos: ó de los cuales yo, por lo menos, no me había apercibido.

«Y si esto sucede en esta vida serena, en que el matrimonio despoja á los cónyuges de todo fingimiento y supercheria, ¿cuánto más no habrá de sucederte á ti, colocada como te hallas en sociedad, frecuentando salones y viéndote cercada por un cortejo de aduladores que procurarán mostrarse á tus ojos enguinaldado con todas las seducciones y excelencias?... Entre ellos habrá algunos, muy pocos, que te ofrezcan su mano de buena fe; pero otros habrá que lleguen á tí luego de informarse de tu dote...

«Nada, por ende, debo aconsejarte acerca de las condiciones morales de tu esposo: es empresa en la que nadie puede ayudarte y que depende exclusivamente de tí; tú, observa, compara, aguza la imaginación, no te contentes de apariencias vanas y asotila el entendimiento de modo

que descubras la íntima entraña de los caracteres; y plegue al Destino otorgarte un compañero como el mío; que, si no es de los excelentes tampoco merece figurar en el catálogo interminable de los peores.

»Ahora caigo en que estas disquisiciones resultan poco menos que estériles, pues á la segunda de tus preguntas, mi franqueza y buena amistad no pueden responder de modo categórico y definitivo. Yo bien sé que la mujer nació para cuidar de su hogar, su marido y sus hijos; que el matrimonio es la base inamovible del orden social, y que los pueblos donde el amancebamiento y la poligamia imperan, yacen envilecidos en la charca de todas las voluptuosidades. Esto es lo que estimo bueno y justo, y creo que las sociedades futuras no pueden buscar á su felicidad cimiento más firme.

»Pero tú, querida Gabriela, ¿por qué has de inmolarle á la sociedad? Ella necesita de mujeres que se casen y formen hogares y amamenten chiquillos, y estas vírgenes que sacrifican su juventud lozana y su libertad en aras del matrimonio, son las víctimas que la costumbre lleva al altar vestidas de blanco y cubiertas de flores, para mantener un concierto social.

»¿Por qué habías de ser tú una de tantas? ¿Por qué sufrir en provecho de la colmena humana si nadie ha de agradecer la inmensidad de tu sufrimiento? ¿A qué aceptar los enojosos quehaceres materiales y vivir sometida, como la mayor parte de las mujeres, á la odiosa tiranía masculina?...

»La ética que aplico á la colectividad no puedo hacerla extensiva á ti; te quiero demasiado. Tú representas en el mundo lo que una diminuta piedrecilla en un vasto arenal, lo que un bólide en el concierto eterno de los astros. ¿Qué puede significar, por tanto, tu vida ó tu muerte, tu matrimonio ó tu soltería en la máquina social?... Nada; y, pues así es, aprovecha esa misma insignificancia para ser feliz.

»Si guardas este consejo mío habrás de procurarte amores fáciles, ligeros, que no dejen en tu corazón ninguna sombra de

melancolía. Huye de los hombres apasionados que reclamándolo todo para sí, estrujarian con sus impertinencias tus ilusiones y tu hermosura; huye de los celos que conturban y fatigan el ánimo y marchitan los ojos; huye también de las pasiones duraderas que suelen afianzarse al ánimo con hondas y fortísimas raíces.

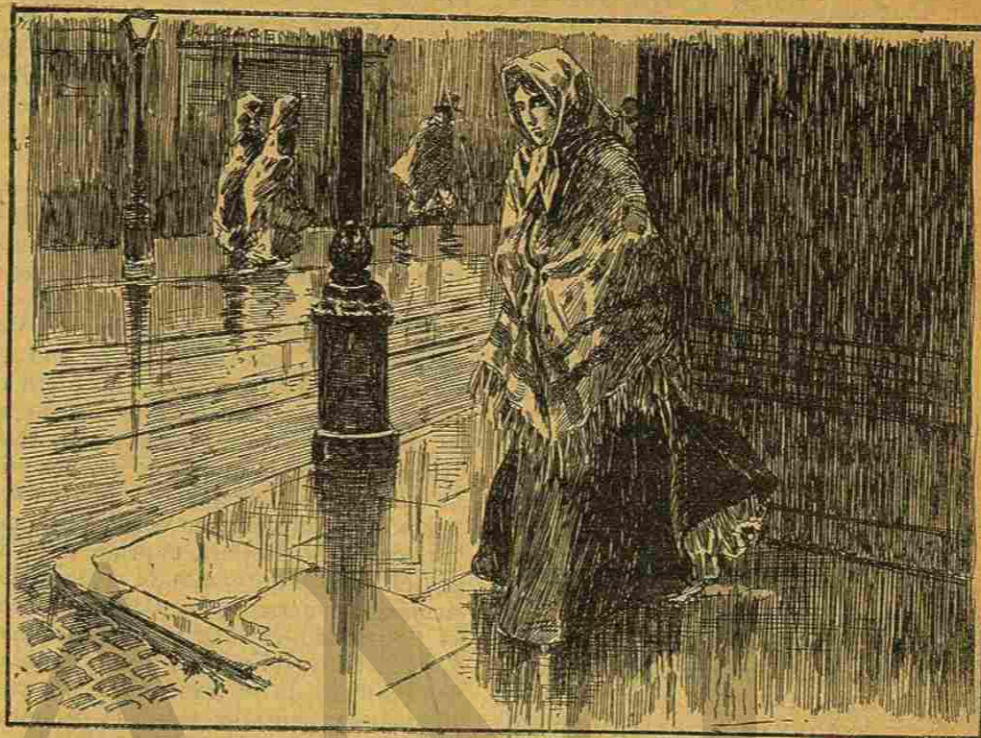
»Nada tan triste, tan desesperante como esos amores que se cuentan por años; amores plagados de aniversarios, y cuyas víctimas no pueden hablar sin repetir á cada momento el melancólico, «¿te acuerdas?...»

»Ningún cariño debe durar más ni menos de un año, y así los amantes habrán podido saborear juntos todos los placeres de las diversas estaciones. Es hermoso amarse en otoño, bajo las alamedas solitarias, sobre el colchón de hojas secas que derribaron las primeras escarchas; como es dulce amarse en invierno, en el fondo de los gabinetes perfumados, junto á la chimenea, sentados sobre un diván entre pieles de marta y oyendo la soporífera cantinela que el granizo redobla sobre los cristales. Como es dulce, también, amarse en primavera y verano, recorriendo los feraces campos bañados por el sol, ó en algún retiro nemoroso abierto entre el bosque, junto á un hilillo de agua que murmura...

»Todo esto es hermoso y digno de ser vivido. Pero si quieres ser feliz y conservar de tus amores grata memoria, borra de ellos los aniversarios. El pasado tiene sobre lo presente el hechizo inexplicable de lo muerto. Huye de las fechas; las fechas son las carcomas insaciables de la dicha; el amor que se entretiene mirando hacia atrás, está herido de muerte. Procura, Gabriela mía, que tu amador nunca pueda decirte:

—¿Te acuerdas, el año pasado, tal como hoy?...

Por Gabriela Izquierdo tuve noticias de mi familia: mi padre padre había fallecido dos años antes, y mi hermana Milagro continuaba habitando en el pueblo la misma casa donde yo nací. Después de siete años de silencio me resolví á



Yo pasée como las otras, esperando... (Pág. 63.)

escribirlas, y mi espíritu, endurecido y como reseca hasta entonces por la ambición, las pasiones volanderas y la miseria, pareció rejuvenecerse despertando al soplo frescachón de la niñez; ellas que no habían escrito por ignorar mi paradero, no bien recibieron mi carta, se apresuraron á contestarme; comprendí que sobre el papel, atravesado por inseguros y torcidos renglones, mi madre y Milagro habían llorado, y yo también lloré, mojado aquel pliego que me traía como un perfume de flores de la infancia. Mi hermana me enviaba su retrato: era una moza de dieciocho años, con los cabellos peinados sobre la cara y los ojos grandes, un poco admirados; en vano procuré descubrir en ella el aire de familia; no se parecía á mí, y aquello, sin saber por qué, me contristó. Respondí á su carta

MEMORIAS.—10

inmediatamente, enviándoles dinero para que comprasen á perpetuidad la tumba de mi padre, y prometiendo visitarlas no bien solucionase varios negocios que traía pendientes. La contestación apasionada, cariñosísima, que dió mi madre á aquel sencillo rasgo mío de amor filial, me conmovió; y aun no puedo leer sin emoción aquella carta entre cuyos desiguales y groseros renglones corren flujos de lágrimas.

Ocupaba yo entonces en el Postigo de San Martín un cuartito segundo que me costaba sesenta pesetas mensuales; allí viví medio año sola, sin otra compañía que la de Dolores, una santanderina bizca y feucha, pero afable, simpática y muy inteligente. Por las tardes solían visitarme tres amigas que aun conservo: Carmen Arellano, pelirroja y excéntrica, que

no sabía hablar sin un cigarro entre los labios; Consuelo Vera, almita errante que malgastaba su actividad en la consecución de un anhelo sin nombre; y Augusta Cáceres, querida del senador don Hermenegildo Suárez, que más tarde moría en la estación de Irún bajo las ruedas de un tren correo. Por las noches, después del teatro, recibía á mis amigos íntimos.

Guardo de aquella época dos ó tres recuerdos por todo extremo originales, y que referiré á vuela pluma antes de citar el nombre del primer amante que, con sus dispendiosas locuras y trágico fin, dió á mi vida impulso fuerte y orientación segura.

Augusta me había presentado á cierto prestidigitador francés que aquel invierno trabajaba en la compañía ecuestre y acrobática del Circo-Price. La prensa le tributaba elogios entusiastas; sus ejercicios, por lo incomprendible y maravilloso de su mecanismo, parecían cosa sobrenatural y de hechicería. Se llamaba M. Robert; era un hombre alto, moreno y extraordinariamente delgado, dotado en los movimientos y en la mirada de prodigiosa vivacidad; su rostro tenía la inquietud nerviosa que descubre el espíritu burlón de los grandes prestidigitadores; yo le conocía de verle retratado por las esquinas metido en un sombrero de copa, sobre largos carteles de agudos colores. Desde luego, M. Robert me pareció muy simpático y muy original, con su español chapurreado y su elegante frac rojo.

—Me gusta usted mucho, señorita... y desearía obtener el honor de figurar entre sus amigos mejores.

—Y yo celebro verle solicitar ese honor que, seguramente, será para mí.

—¿Vive usted sola?

—Sí.

—¿Puede usted recibirme en su casa?

—Sí, señor.

—Perfectamente: entonces, esta misma noche, después que yo termine mi segundo ejercicio; ¿le parece á usted?...

—Muy bien.

Augusta Cáceres y yo ocupábamos uno

de los palcos inmediatos al callejón por donde entran y salen los artistas. M. Robert trabajó maravillosamente y de cuando en cuando, siempre que el público le aplaudía, miraba hacia donde yo estaba, poniendo sus triunfos á mis pies. Cuando salíamos del teatro, me dijo:

—Estoy á su disposición; lléveme usted á donde quiera en la certidumbre de que disfrutaremos una buena noche: á mi lado ninguna mujer, aunque sea inglesa, se aburre.

El mareadísimo acento francés de su conversación, sus tartamudeos y el modo de arrastrar las vocales de las últimas sílabas, me descalzaban de risa. Llegamos M. Robert y yo á mi casa, y allí, tras un ligero pisolabís que Dolores nos sirvió sobre un veladorcito del gabinete, me acosté. Fué aquella, en verdad, una noche muy rara. M. Robert, á quien dejé arreglándose el bigote ante el espejo de un armario, penetró en la alcoba lentamente, sonriendo, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, imprimiendo á los faldones de su frac negro un vaivén elegante y pausado: sobre la pechera de la camisa lucía tres brillantes.

—Señorita...—dijo,—señorita... ¿Cómo se llama usted?

—Isabel.

—¡Ah... Isabel!... ¡Isabel!... ¡Bonito nombre! Pues bien, señorita Isabel: yo creo que esta habitación es muy húmeda.

—¿Húmeda?

—Sí.

—¡Bah, no lo crea usted!...

Miré á todas partes, indicando con un gesto de mis labios la alfombra, los cortinajes, los cuadros que cubrían de arriba á bajo las paredes.

—No importa—repuso M. Robert;—esta alcoba es húmeda; si así no fuese, ¿cómo explicaría usted la presencia de ese pequeño anfibio?

—¡Un anfibio!—repetí;—¿cuál?

—Ese, ahí lo tiene usted...

Me incorporé temblando, intimidada por el presentimiento de algo raro. El ilusionista se acercó, señalando con el índice de su mano derecha hacia un punto.

Volvi la cabeza: en una arruga de la sobrecama, junto al edredón, había una rana, un enorme sapo de color verde obscuro, mirándome con ojos horribles que parecían escapárseles del cráneo. Lancé un grito y me agazapé bajo las mantas, tapándome la cabeza: en poco estuvo que me desmayase. M. Robert, sin reirse, cogió el inmundito bicharraco y lo arrojó á la calle por un balcón.

—La culpa de ésto—dijo flemático—la tienen las criadas por no tomarse el trabajo de cerrar bien las puertas.

Llena de miedo saqué la cabeza de mi escondite: el ilusionista permanecía en la habitación contigua.

—M. Robert—exclamé,—¿qué hace usted?

No contestó; aquel silencio era alarmante; repetí mi pregunta. M. Robert callaba: alargué el cuello procurando ver; en el mutismo de la noche, aquel hombre misterioso, gigantesco y seco, metido en su largo frac de nigromante moderno, me recordaba á los personajes de Hoffmann, favaritos del Diablo. Mis nervios, excitados por la visión repugnante del sapo, vibraban dándome la sensación del terror más intenso.

—Si piensa usted divertirse á costa mía—grité,—se equivoca; yo no soy juguete de nadie.

Salté del lecho, según estaba, para ir al gabinete; pero el valor me abandonó y retrocedí, extendiendo los brazos hacia adelante con movimiento instintivo. Los ojos y la boca de M. Robert, que indudablemente llevaba consigo algún aparato eléctrico, brillaban como rubíes encendidos; del fondo tenebroso de la habitación surgían la pechera de la camisa y el semblante como dos manchas blanquecinas, bañadas en un débil resplandor sangriento.

—Vaya, M. Robert—exclamé,—bromitas á un lado y tengamos la fiesta en paz.

El me complació, apagando las luces; después volvió al dormitorio, siempre serio y correcto.

—No se enfade usted conmigo—dijo;—perdería usted siempre. El Diablo, señorita, pese á la ciencia, vive y vivirá triun-

falmente tanto como dure el mundo. Yo, aunque indigno, merezco todas sus simpatías: soy su primer ayudante...

No supe enfadarme y me limité á decir: —Bien; ¿y qué se propone usted con todo esto?... ¡No será divertirme!

—No, señorita.

—¿Entonces?

—Quiero algo más; quiero atraerla, ganarla para mi causa, que es la del mal; enamorarla de mí... ¡No lo dude usted! Con el tiempo nuestras almas se perderán juntas.

—Pues el camino que eligió usted no pudo ser más desdichado.

—Al contrario: lo raro subyuga y yo soy raro: cuando usted me admire, usted me querrá...

Seguimos hablando; yo había vuelto á ensabonarme; él permanecía de pie ante la mesilla de noche, quieto y enjuto como una momia, con la mirada puesta en el techo y el sobrecejo arrugado por un esfuerzo de atención, como recordando cosas extravagantes. Después habló de su vida en términos despectivos: tenía cuarenta años y estaba cansado de rodar por el mundo sin tiempo ni ocasión de formar una familia.

—Cualquier día—dijo—sabrás usted por los periódicos que me he suicidado.

Empezó á desnudarse poco á poco y colocando ordenadamente sus ropas sobre una silla: después se quitó la camisa y bajo la elástica apareció la raquítica complexión del cuerpo: de la espalda al tórax apenas habría siete pulgadas; el busto de aquel hombre parecía una tabla. Había sacado de un estuche una navaja de afeitar que probaba deslizándola suavemente sobre una uña; el acero brillaba á la luz del quinqué colocado sobre la mesilla de noche; yo, azorada por el presentimiento constante de lo nuevo, miraba á mi interlocutor sin poder apartar de él los ojos. M. Robert se había sentado para descalzarse sus elegantes zapatos de charol: después permaneció absorto, mirándose los pies, abismado en sí mismo. De pronto exclamó:

—Antes hablé de suicidarme, ¿no es

cierto?... ¡Bah! ¿Y por qué no había de ser esta misma noche?

Alargó un brazo, uno de aquellos brazos diabólicos que parecían capaces de alcanzar á todas partes, y cogió una toalla.

—No haga usted más tonterías—exclamé—ó llamo á mi criada!...

El repuso, galante y flemático.

—Mi suicidio, lejos de perjudicarla á usted, servirá á su nombre de poderoso reclamo. Por lo demás, no se asuste usted: soy hombre delicado; sabré matarme sin ensuciar la alfombra.

Levantó la mano, dándose con la navaja un tremendo tajo en la garganta; yo pensé que se había cortado el cuello á cercén; la toalla empapaba un copioso chorro de sangre. Fuera de mí salté del lecho y quise correr hacia el balcón pidiendo socorro. Pero M. Robert me lo impidió levantándose ágilmente y sujetándose por los hombros.

—No se asuste usted—dijo;—todo fue broma...

Le miré; estaba ileso: únicamente en la camiseta quedaban algunas gotitas de aquella sangre que el maldito ilusionista sacó no sé de dónde. Entonces M. Robert comenzó á besarme apasionadamente, empujándome hacia el lecho, jurando que sus burlas habían concluido. Cedió aunque muy reacia y sin lograr sobreponerme enteramente al miedo que me poseía de cabeza pies. Ya acostados, M. Robert me descubrió varios pormenores y rasgos íntimos de su extravagante psicología de ilusionista. Yo, que conozco tantos hombres, he visto almas muy extrañas, enfermas tal vez ó dislocadas por el uso perenne de ciertas facultades ó aptitudes, y que difieren de la vulgaridad de las almas. Todos sabemos que ciertas profesiones dejan sobre la frente de sus esclavos sello indeleble; la supresión continua de todas las pasiones, el hábito de ser indulgentes y de entornar ante el pecado los vergonzosos ojos, y las pláticas místicas donde todo placer terrenal es desdenado, pone en los ademanes del sacerdote sello inconfundible; el ritmo del gesto, el hablar duro y breve y cierta

rigidez del busto, delatan al militar bajo la levita ó frac mejor cortados: el anhelo de riquezas seca el carácter de los especuladores, incapacitándoles para toda emoción puramente artística ó desinteresada, y aun creo que llega á modificar el color de sus ojos, dándoles esa tonalidad glauca de los avaros, que atormentados por la obsesión del oro, creen verlo en todas partes. La costumbre de fingir, interpretando tipos de edades y temperamentos diversos, siendo mollar y solapado con los hipócritas, tímido con los débiles, heroico y ardiente con los celosos, destruye el verdadero carácter de los viejos actores: ¿qué interés sincero, real, pueden inspirarnos sus risas ni sus lágrimas, cuando todas las noches les vemos desfallecer de amor á los pies de una mujer distinta?...

Otro tanto sucede con todas aquellas profesiones en que el espíritu interviene principalmente, y por esto no extraño la curiosidad que ciertas damas aristócratas, prendadas de lo anormal, sienten de conocer la intimidad de los grandes artistas. Sería divertido alambicar la psicología de cuantos espíritus viven de lo raro: de los domadores de fieras, cuyos ojos, impávidos ante la muerte, ejercen sobre las mismas panteras sobrenatural fascinación; de los payasos, infantiles y bufones: de los caricaturistas, que no saben copiar la realidad sin exagerarla, dislocándola graciosamente, sorprendiendo lo que hay de ridículo en cada tipo, copiando el espíritu cómico de cada situación; de los ilusionistas, discípulos del Diablo, rebuscadores de lo ilógico, apologistas de lo imprevisto y descoyuntado.

Sea como fuere, la noche que pasé con M. Robert, figura dignamente en el exiguo número de aquellas que, por razones distintas, me son inolvidables.

Sé de una mujer, rica y principal, que á raíz de un célebre proceso que llevó á cuatro hombres al patíbulo, escribió una carta al verdugo de Madrid invitándole á cenar: el verdugo acudió á la cita, durmiendo luego en un lecho cuyas sábanas

adornaba una corona de barón; y la caprichosa gozó entre los brazos de su siniestro poseedor horas de enfermizo placer, sintiendo por su cuerpo el contacto de aquellas manos duras, sin otro mérito que el de haber paralizado la vida en muchas gargantas. Algo análogo conocí yo junto á M. Robert; la excitación malsana de mis nervios engrandecía los méritos del taumaturgo, degradando al mismo tiempo mi propio valimiento: las mujeres adoramos la fuerza muscular y el valor, que es fuerza del espíritu: por esto, sin duda, el ilusionista aquel me dominaba: la prestidigitación también es una fuerza: el poderío avasallante de la sorpresa, de lo inexplicable, de lo inesperado y recóndito. M. Robert, como hombre de mundo, antes de llegar á mí quiso preparar mi espíritu acercándolo al suyo por el seguro camino del temor, y lo consiguió: bajo su mirada penetrante me sentía inútil: su fascinación recordaba la sobrehumana de los antiguos hechiceros; le creía capaz de todo: de partirse en pedazos sin morir; de revolver el fondo de mis baúles mejor cerrados sin forzar sus cerraduras, de robarme por los aires haciéndome, en virtud de infernales sahumeros, invisible á las muchedumbres. De cuando en cuando, M. Robert, temiendo que mi respetuosa adhesión hacia él declinase, realizaba nuevos ejercicios de prestidigitación. Mis párpados comenzaban á cerrarse.

—Es muy tarde—dije,—tengo sueño; durmamos.

—Esta noche—repuso—no es, para nosotros, noche de dormir. ¿Qué hora será?

Calculé ligeramente.

—De cinco... á cinco y media.

—Será—contestó gravemente—la hora que usted quiera. ¿Dónde hay un reloj?

—En el gabinete.

—Pues, oiga usted.

—¿Qué?

—Lo que el reloj del gabinete dice.

En un timbre, de voz desconocida para mí, sonaron, efectivamente, cinco campanadas. Miré á M. Robert pidiéndole con los ojos la explicación familiar de tantas maravillas. El repuso:

—Es inútil; no me comprendería usted: todo ello es incomprensible.

Y añadió:

—La voluntad de usted es omnipotente. Quiera usted algo. ¡Veamos! Tengo guardada en el rubí de esta sortija la llave del porvenir. ¿Quiere usted ser rica?

—Sí.

—¿Quiere usted oro?

—Sí.

—¿Mucho oro?

—Mucho oro.

—Tome usted, un *luis*, cuatro duros, veinte francos...

Me los sacó de la garganta en una monedita de oro. Siguió registrándome; yo estaba repleta de *luses*; los tenía entre los cabellos, en los sobacos, detrás de las orejas; en un momento conté doscientos francos.

—Son de usted—dijo,—pero ha de tomarse usted el trabajo de ir á buscarlos.

Sin darme tiempo á impedirlo, con un certero movimiento, los lanzó por la puerta á las tinieblas de la habitación contigua: los sentí caer al suelo, chocar contra los cristales del balcón, rebotar elegres sobre el mármol de la chimenea. Segura de no equivocarme aquella vez, cogí el quinqué y pasé al gabinete, donde tras minuciosa rebusca, sólo pude hallar cuatro ó cinco monedas de cobre. Cuando volví al dormitorio, admirada y mohina, M. Robert reía silencioso.

—El Diablo—dijo—se los ha llevado. ¡No tenemos suerte!

Las caricias de aquel hombre extraordinario dejaron en mi ánimo impresión agrídulce y duradera; el prestidigitador había obtenido la aproximación y subordinación más completa de mi espíritu al suyo; mi alma, como mis brazos, se abrieron á él; era una laxitud íntima que distendía y emperezaba los resortes psíquicos uno tras otro, hasta obtener el anulación total de la personalidad consciente: lo inexplicable desmontó mi razón; lo inesperado y repentino fatigó la atención; mi voluntad rindióse bajo el imperio del hechicero que todo lo revolvía y trocaba,

La esperanza, por cierto frustrada, de una voluptuosidad enteramente nueva, no me desamparó en toda la noche.

A la mañana siguiente, luego de desayunarnos, M. Robert se levantó justificando su actividad por la urgencia de hacer algunas visitas antes de ir al ensayo: entre sueños le oí andar por la habitación, lavarse, toser... Luego me llamó la atención tocándome en un hombro. Abri los párpados; el gabinete naufragaba en un resplandor incierto; la claridad gris de las lluviosas mañanas de invierno. M. Robert ya estaba vestido.

—¿Qué quieres?—pregunté.

—Aquí—repuso—te dejo esto, un pequeño obsequio: trescientas pesetas...

—Gracias; eres muy amable.

Le vi contar hasta seis billetes de á diez duros.

—Los dejo—agregó mi amigo—bajo este pisapapeles.

Vi también cómo los colacaba sobre un velador: después se inclinó hacia el lecho para besarme; nos despedimos hasta la noche.

—¿Hasta luego, eh?

—Sí repuso;—espero en el Circo; no faltes; te regalaré un palco para la noche de mi beneficio. Satisfecha de su generosidad y afable trato, me levanté acompañándole hasta el recibimiento, apoyando sobre su hombro mi cabeza despainada: él me acariciaba el talle con sus manos enguantadas.

—Adiós, querida... me gustas mucho... no te olvidaré.

—Adiós, adiós...

Inmediatamente regresé al dormitorio acariciando el proyecto de comprarme aquella misma tarde un abrigo de pieles. Pero los billetes de M. Robert no estaban allí; el pisapapeles, que era de plata, también había desaparecido. Por la noche fui al Circo de Price: allí supé que M. Robert, terminados sus compromisos con la empresa, debía haber salido ya en el expres de Burdeos. No he vuelto á verle.

Otro chasco semejante acaeciome poco después con cierto individuo que, por raro y gracioso, llegó á interesarme viva-

mente. Era un muchacho aristócrata de veinticinco años, con la mandíbula inferior y la frente anchas, los ojos muy separados, chata la nariz, la boca grande y de finos labios y el rostro amarillo: parecía uno de esos macacos que sueñan en las esterillas y abanicos japoneses. La mañana del día que puedo llamar de tornaboda, aquel simpático truhán cuyo nombresiento no recordar, fué madrugador. Desde la puerta del gabinete me enseñó ochenta duros en cuatro billetes de á cien pesetas.

—Toma—dijo,—para que compres un peine.

Dejó el dinero sobre una silla y se fué. Al levantarme sólo hallé cuarenta duros en dos billetes de á cien pesetas; pero los billetes habían sido rotos por la mitad y parecían cuatro. Como la ocurrencia tenía gracia, no supe enfadarme. Por la noche le vi en el teatro Eslava: sus ojos, al mirarme, no traicionaron la menor emoción.

—¿Dónde vas?—exclamé.

—¿Es á mi?

—¡Naturalmente!

—Se equivoca usted, señorita: yo no soy quien usted cree.

—¿Cómo no?

Eran se voz, su ademán; no obstante le miré, dudando de mis propios sentidos, vencida por tanto cinismo: él repuso sonriendo.

—Es la segunda vez que hoy me confunden con Fulano de Tal—y dió su nombre:—¿no se llama así el caballero á quien usted conoce?

—Sí.

Continuaba mirándole atónita, no sabiendo si formalizarme ó echarlo todo á broma, y sintiendo en las mejillas el calor del ridículo.

—Lo que esta tarde me ha sucedido—prosiguió mi interlocutor—raya en lo inverosímil. Pasaba yo por la Puerta del Sol, cuando un individuo que salía del café Oriental, corrió hacia mí echándome los brazos al cuello y dando voces jubilosas que llamaron la atención de los transeuntes:—¿Cómo estás, querido Fulano? ¡Caramba, hombre, tanto tiempo sin verte!...—«Caballero—repuse,—yo no soy

ese don Fulano amigo de usted.» El desconocido palideció.—¿Es posible? ¿No se llama usted Fulano de Tal?—«No, señor.—«¡Qué vergüenza!... Usted perdone; me había equivocado; beso á usted la mano.—«Beso la suya—contesté reanudando mi camino alrededor de la Puerta del Sol, mirando á las mujeres bonitas que pasaban, y tardando en volver al café Oriental unos veinte ó veinticinco minutos. De pronto vi acercarse al mismo individuo que momentos antes me detuvo.—«Adiós, Fulano—exclama;—¿cómo sigues?... ¿Y tu mujer... y tus hijos?... Hace un instante he sufrido la vergüenza mayor de mi vida: he abrazado á un caballero desconocido creyendo que eras tú. Parece hermano gemelo tuyo; tiene tu estatura, tu gesto... hasta la voz...» Yo examiné á mi interlocutor de hito en hito; podía ser un burlón descarado ó un ingenio, pero la franqueza alegre de su mirada me atestiguó que hablaba de buena fe.—«Ha vuelto usted á equivocarse—repuse secamente,—yo soy el mismo caballero de antes.» El impertinente abrió los ojos y la boca y huyó avergonzado.

Necesitaba ser de granito para no premiar riendo tan peregrina invención.

—¡Bien!—exclamé,—perdono la rotura de los billetes; tienes la simpatía de la poca vergüenza.

Y le llevé á mi casa á condición de que había de referirme muchas mentiras.

3 Enero.

Nada he dicho de mi reaparición como bailarina en un salón afrancesado de la calle Carretas, donde había cantarinas extranjeras y moras apócrifas, reclutadas en los cafés cantantes de Marsella y Nápoles, que bailaban moviendo el lascivo vientre bajo holgachones calzones orientales. La primera noche, el peligro de presentarme ante un público que podía serme hostil, me atormentó mucho; hasta mi cuarto, un pequeño cuartito de tabla dividido en dos departamentos por una cortinilla de percal, llegaba el rumor

de la multitud que invadía la sala; y aquel rumor era uniforme, sostenido, medroso, como el vagido del oleaje: yo, completamente vestida, daba vueltas impacientes ante el espejo del lavabo, esperando á que el avisador me llamara á escena; mi inquietud era inmensa, el corazón me rebrincaba dentro del pecho, mis pulmones se clogan bajo la cinta de encajes que apenas cubría el nacimiento de los senos: al llegar al teatro había visto mi nombre y apellido escritos con llamativas letras rojas sobre los carteles de la puerta, y aquel renglón, excitando la curiosidad pública, me aterraba. Conmigo estaban mi costurera y dos muchados periodistas: todos eran á fortalecerme, alabando mi cumplida hermosura y la riqueza y superior gusto de mi traje, y asegurando que el público me quería bien. Llamaron á la puerta, era el avisador: había llegado el momento supremo: salí del cuarto llevando, para lo que llaman *el paseo*, una vistosa capa torera, azul y oro, terciada bajo el brazo, y la monterra muy echada sobre los ojos; otras bailarinas me animaban, semblantes amigos y desconocidos me sonreían, hallándome elegante y guapísima: la orquesta atacó una paso doble brioso, el telón subió lentamente, las luces de la batería llenaron el escenario: ante la amenaza de lo inevitable, avancé resuelta, contoneando las caderas, pisando corto, mirando á los espectadores por encima de mis hombros desnudos; un aplauso cerrado premió mi aparición; yo continué recorriendo la escena al compás de la música, mirando sin ver, sonriendo al espacio, sabiendo que á la luz de un foco eléctrico que, por orden del empresario, dirigían sobre mí desde un palco, mis dientes parecerían muy blancos: concluyó el paseo y llegándome á la segunda caja, dejé en manos de no sé quién mi capote y la monterra; después caminé hacia el proscenio; en el patio de butacas distinguí confusamente centenares de rostros que sonreían con expresión benévola. Un espectador gritó desde la galería:

—¡Viva Isabel Ortego!

Y la multitud candorosa repuso:

—¡Viva!...

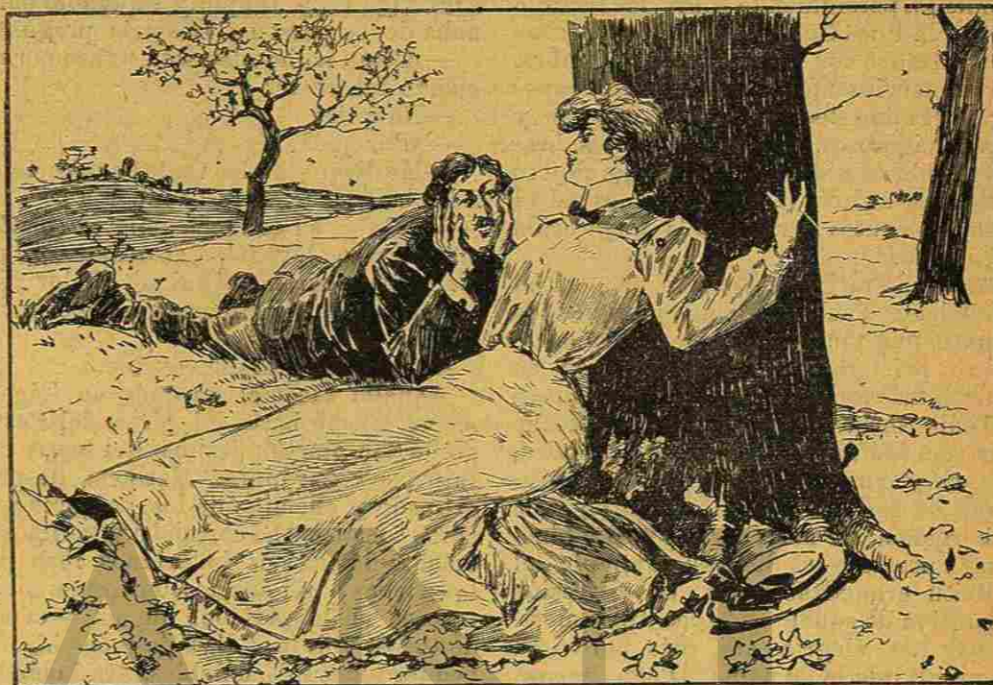
La música comenzó á tocar soleares de Arcas, y levanté los brazos y las castañuelas vibraron bajo mis dedos; otras castañuelas repicaban entre las primeras cajas de bastidores, reforzando la voz de las mías; poco á poco fui recobrando el dominio de mí misma; estaba cierta de bailar muy bien; algunas exclamaciones prematuras de aprobación corroboraron tan grata convicción, enardeciéndome: aquello fué un vértigo; á cada nueva dificultad vencida, á cada nuevo retumbio de caderas y de brazos, mi entusiasmo acrecía, reflejándose en la sala. Terminado el baile, corrí á bastidores, donde mi costurera, que me quería mucho, me felicitó, llorando. El telón volvió á levantarse dos veces; el público me ovacionaba pidiéndome bailase tangos; yo, desde las candilejas, me inclinaba hacia los espectadores, sonriéndoles, enviándoles besos con mis manos cargadas de sortijas; desde los palcos proscenios, ocupados por amigos míos, cayó sobre mí una lluvia de flores. Muchas voces pedían:

—Tango, tango!...

Lo bailé y aquel baile lascivo aseguró mi éxito. Comprendo que el entusiasmo y la emulación empuje á los toreros, con desprecio de su vida, sobre la cabeza del toro, y que los soldados pierdan toda prudencia en el ardor de la pelea, porque á mí el triunfo me cegaba y hubiera sido capaz de descoyuntarme y de partir mis miembros en pedazos por afirmar mi triunfo. Reaparecí marcando con los pies el picante contratiempo del tango y llevando, muy sobre la cara, un sombrero cordobés. En pie delante de la concha y obedeciendo siempre al mismo ritmo, di varias palmadas, azotándome después los muslos, tocando luego con los dedos lo que vulgarmente llaman «pitos», encogiéndome algo para en seguida terminar con un gigantón que mereció aplausos. Y allí fué donde comenzaron los lujuriantes aditamentos y primorosos exornos del baile, sin que faltasen los trenzados ni el exquisito repique de punta y

tación que los maestros recomiendan; y ora dándome un papirotazo en el ala del sombrero, avanzaba mostrando la garganta provocativa y moviendo las caderas entre mis brazos echados hacia atrás; ora me retrepaba luciendo la gallardía toda del busto, juntando las piernas, dando paz un segundo á los desasosegados pies, y simulando á un lado y otro con gracioso vaivén la aptitud que los toreros adoptan para banderillar al quiebro; ora con la falda metida entre los muslos, balanceaba el cuerpo, poniendo los brazos en alto, repicando los dedos sobre la negra cimera de mis despeinados cabellos; y luego tornaba á moverme de un lado á otro, adoptando perversas actitudes diferentes con agachadillos que inflaban las caderas y retrepos que abultaban el seno, frunciendo el sobrecejo con expresión suplicante y carnal, entornando los ojos, titubeando la cabeza de modo que las orejas rozasen mis hombros, como si algo me cosquillease la nuca: pues en el tango todo es ritmo intencionado, y la frase musical que comienza la orquesta se convierte en movimiento en el cuerpo de la bailarina.

Volví á mi cuarto que encontré lleno de admiradores y de amigos: mi éxito fué completo; al día siguiente algunos periódicos hablaron de mí. Las noches sucesivas consolidaron aquél triunfo, familiarizándome con el público, dando mayor firmeza á mis actitudes, acostumbrando mi cabeza al incienso mareante del aplauso. Cuando salía del escenario abrigándome con una capa de pieles, me sentaba en mi cuarto á descansar antes de desnudarme: allí me esperaba siempre un amable cortejo de aduladores que celebraban sonriendo todas mis miradas, escudriñando mis pies y la blancura de mis brazos, recogiendo las lentejuelas de mi traje, adorándome servilmente, convirtiéndome en una especie de animado fetiche. No podría recordar los tipos que desfilaron por aquél modesto escenario: pisaverdes adinerados, viejos alegres, señores provincianos que deseaban conocer lo más notable del mundo cortesano, fotógrafos, mi-



Es hermoso amarse en otoño, bajo las alamedas. (Pág. 72)

litares, periodistas, vividores... De todo hubo allí; cualquiera que hubiese hablado conmigo dos ó tres veces, se creía autorizado á presentarme nuevos admiradores: á ratos, aquel testimonio de incesante adoración me hacía bostezar.

La noche de mi beneficio recibí la visita del escultor Zósimo Trina, premiado en la última Exposición de Viena con medalla de oro. Trina me expuso su deseo de utilizarme para modelo de la figura capital de un complicado grupo destinado al frontispicio del palacio de no recuerdo qué millonario inglés; mi cabeza, según dijo, encarnaba á maravilla su pensamiento; prometió darme veinticinco pesetas por poner en su estudio tres horas cada tarde: ésto, agregó, lejos de perjudicarme, me favorecería; su nueva obra llamaría la atención de la crítica y del

público; los periódicos citarían mi nombre...

Como el precio ofrecido á mi fácil trabajo no era despreciable, acepté, y desde el día siguiente concurrí al estudio de Zósimo, poniéndome desnuda, en pie y con los brazos en alto, como náyade que quisiera romper la cresta de una ola. Aquellas tardes fueron muy dulces: en el taller, rodeado de largos divanes de terciopelo negro, se reunían el poeta Manolo Elías y tres ó cuatro actores cómicos amigos íntimos de Zósimo, todos hombres mundanos y de buen humor, que sólo hablaban de asuntos agradables: el sol; atravesando francamente el techo de cristales, tibiaba el ambiente; una chimenea colocada cerca de mí, vertía sobre mis desnudos miembros calor vivificante; Trina, metido en una larga blusa blanca, giraba

alrededor de su obra, mirándome á cada momento, persiguiendo sobre la flexible trencilla la línea fugitiva de mi cuerpo: sus pies calzados con zapatillas de alfombra, aerian nerviosamente el suelo entarimado; en los ángulos del estudio, cabezas y dorsos vigorosos, piernas jayanescas, brazos membrados de gladiador, bajorelieves delicados, evocaban, inmóvilizados por el peso, momentos varios de la inspiración del artista.

Allí, una tarde de Febrero, conocí al letrado Paco Narbona, marqués de Lágaro, que tan poderosamente había de influir, primero con su pasión y con su muerte más tarde, en todos mis asuntos.

Tenia Narbona, á la sazón, veintiocho años: era hombre de robusta complexión, moreno y muy sanguíneo; el pelo byroniano, ensortijado y brillante, el bigote á la borgoñona, la nariz corva y fina y blancos y apretados los dientes; el temple del espíritu armonizaba con la expresión expansiva de aquel enérgico tipo meridional; su alegría era más bulliciosa y varonil que la de aquel Diego Ferrer, cuyo recuerdo pasa por los horizontes primeros de mi larga historia como una sombra exangüe; su voz, aunque simpática, era breve y dura.

Al penetrar en el estudio, el marqués de Lágaro paseó sobre la nieve de mi cuerpo una mirada ardiente: á su saludo, yo, sin moverme de la especie de columna truncada donde Zósimo me tenía, respondí con un ligero movimiento afirmativo de cabeza.

—Isabel Ortego—dijo Trina galantemente:—pone para mí; es un modelo que me envidiarían los mejores escultores de Europa.

Sonrei, agradeciendo su atención. Narbona preguntó:

—¿Usted es la bailarina?

—Sí, señor.

—La he visto bailar muchas noches. Baila usted muy bien.

Sentóse sobre un diván, cruzando las piernas con amistosa indolencia y encendió un cigarro puro. Yo le miraba de reojo: vestía chaleco y pantalón negro,

botas de charol y americana de color café: algo muy limpio y saludable emanaba de su persona. Después pregunté:

—¿Cómo no ha ido usted nunca por mi cuarto del teatro?

—No quise.

—¿Por qué?

—Me disgustan los tontos que cortejan á las bailarinas entre bastidores.

Valido de su estrecha amistad con Zósimo Trina, levantóse, acercándose á mí sin hablar, girando á mi alrededor lentamente, para examinarme bien por todas partes.

—¡Qué hermosa es!—exclamó.

Aquella tarde el marqués de Lágaro me acompañó hasta mi pisito del Postigo de San Martín; después del teatro nos fuimos á cenar juntos. Narbona, desocupado y enemigo de los vulgares respetos sociales, me cortejaba y pellizcaba delante de cuantos individuos iban por las noches á mi cuarto del teatro; mostrábase enamorado de mí y celoso de todos, y quince días después hizome vender todos mis muebles, trasladándome á su casa de la calle San Marcos. Acababa yo entonces de cumplir veintidós años.

Comenzó para mí, con aquellos nuevos amores, una vida fastuosa que apenas conocía. Paco Narbona, violento, intransigente y celoso, obligóme á dejar el teatro, diciendo, además, que había de serle completamente fiel si en algo apreciaba su libertad y la salud de mis huesos. Aquella pasión me distraía halagándome: Narbona, que no tenía familia, se consagraba á mí; en pocos meses me compró vestidos y joyas costosísimos; me abonó á los toros, tuve coche; gastábamos mensualmente más de dos mil pesetas. Aquel verano lo pasamos viajando por Niza y Monte-Carlo, y en el Casino de esta última seductora ciudad experimenté por primera vez la emoción de perder á la ruleta, en una sola noche, cinco mil duros. Pasado el otoño, regresamos á Madrid.

Debo consignar aquí la especie de nueva etapa ó segundo capítulo que deter-

minaron en mi carácter los tres años que duraron mis relaciones con el marqués de Lágaro.

En la batalla por la vida las almas fuertes se endurecen, siendo tanto más independientes, tenaces y voluntariosas, cuanto más arrecian y se multiplican los obstáculos; y esos mismos espíritus, que sólo para el combate parecen formados, se afeminan, aquietan y enmollecen, según el éxito les sonríe. Sin duda por esto, acaso también por el cansancio que ocho ó nueve años de bohemia fueron dejando sobre mis hombros, ó porque Francisco Narbona, en su severo carácter, fuese gran desbravador de voluntades, ello es que mi antigua acometividad provinciana decreció en términos que no la hallaba dentro de mí por ninguna parte. La riqueza suele producir en los espíritus delicados estas saludables depresiones, que yo me explico fácilmente por las continuas relaciones de los elementos físico y moral: una profesión sedentaria, sin altibajos ni mudanzas, afloja los músculos; y así la vida muella, el pan ganado sin esfuerzo, los placeres metódicos que no requieren gastos imprevistos de voluntad, las sedas que acarician la carne, los pies que se reblandecen sobre las alfombras, debilitan el espíritu, robándole el estímulo de la ambición y el acicate de la ira, permitiendo que el deseo, origen ó raíz de todo impulso, huya de él como el aroma de los esenceros destapados. Así estaba yo: rara vez el coraje ponía en mis ojos su color ceniza; mis pupilas verdeaban siempre serenamente, risueñas y aquietadas, con la expresión feliz de la esperanza; todo me parecía bien, todo lo hallaba disculpable y pequeño, acercándome así á lo que Víctor Hugo llamó la suprema sabiduría, todo perdón y tolerancia.

Mi casa de la calle de San Marcos era un hermoso cuarto principal con cinco balcones. La sala ocupaba el centro del piso; el dormitorio, según usanza británica, lo instalamos en uno de los gabinetes laterales, destinando la alcoba á cuarto de baño; en el otro gabinete que

era muy grande y con chimenea, pusimos el piano. El mismo marqués de Lágaro dirigió el decorado de aquella habitación que, desde el primer momento, fué mi refugio favorito: la alfombra, de color carmesí, prestaba elegante severidad á los muebles, todos blandos y cómodos; sobre la chimenea había un gran espejo, y diseminados por las paredes retratos y acuarelas; varias plantas de invernadero, hábilmente distribuidas, daban á la estancia aspecto placido; á un lado, había un diván de terciopelo negro donde hubiesen podido dormir cómodamente cuatro personas: vestían las puertas largos cortinajes, de un buen tono y una majestad casi conscientes. Allí, sobre aquel diván, bajo el ancho follaje melancólico de dos palmeras enanas que languidecían, como aburriéndose, en una jardinera en forma de sarcófago, pasamos Paco Narbona y yo muchas siestas; unas veces charlando, á ratos leyendo los periódicos que cogíamos de un velador cercano sin necesidad de movernos, con sólo extender un brazo, y que luego quedaban arrugados y revueltos, convirtiendo al diván en una mesa de redacción.

Tanto como la experiencia y el suave cansancio á ella inherente, coadyuvó á dulcificar y emperezar mi espíritu aquella habitación dormida bajo una penumbra crepuscular donde los muebles y los retratos y hasta las plantas parecían imponer silencio y hasta cohibir la voluntad llevándose un índice á los labios; y allí fué donde se desarrolló el amor fetiquista que siempre, desde muy pequeña, he sentido por mis pies. Cuando pequeña me los limpiaba todas las mañanas en los canalitos por donde corría el agua destinada al riego de la huerta; después me los lavaba con colonia, y mi mayor empeño consistía en tener las uñas muy sonrosadas, pulidas y brillantes: mi madre, guardando por cariño idolátrico hacia mí mis primeros calzados, fortificó esta innata y no razonada propensión ó coquetería. Distraída de todo durante los años calamitosos de mi primera juventud, la holganza, que es pacificación y quietismo moral.

zos que los de esos amores pegadizos que se rompen con sólo volver la espalda: únicamente adoraba lo imprevisto, lo inesperado en la pasión y en el ambiente; y su juventud saludable le conquistaba todos los placeres, y su dinero le abría del mundo todos los caminos.

Paco Narbona tenía tres amigos á cual más disipado y mujeriego: Gerardo Torres que ya ha muerto, Angel Vinarey, primogénito de los marqueses de Lori, y Dámaso Carrillo, á quien siempre conocí estudiando quinto año de Derecho: el menor de ellos tendría veintiocho años, el mayor no pasaba de los treinta y cinco, y eran, como vulgarmente se dice, tres pies para un banco. La juventud es loca y debe rendir culto á la locura: estudiantes conozco que se avergonzarian de confesar: «Ayer trabajé toda la noche.» Prefieren decir: «Me emborraché, dormí en la prevención con una prostituta, perdí veinte duros...»

Así eran los amigos de Paco, aunque en nada se pareciesen á los bohemios alegres y sentimentales de Murger: aquellos no hablaban jamás de literatura ni de arte; sus amores, desnudos de todo poético atavío, duraban una noche, lo más una semana: su bohemia era la bohemia elegante que todos los días se baña en agua perfumada; sus necesidades las contaban por billetes de Banco, no por monedas de cobre: aquellos niños, mimados de la suerte, se desesperaban por haber perdido cinco mil pesetas en las carreras ó por no poder comprar un tronco de caballos, no porque tuvieran que procurarse el desayuno del día siguiente: sus actos tenían la audacia impudente del dinero; la respetabilidad de sus apellidos ponía sus personas á cubierto de todo atropello judicial.

Cuando Paco Narbona me dejaba en casa para marcharse de rumba con sus amigos, yo no podía dormir; la convicción de que si se disparaba algún tiro era él quien lo recibiría, me obsesionaba. La borrachera de cualquiera de ellos, era temible. Una noche fueron los cuatro acompañados de Pepe Luis, un torero á quien

llamaban *Bonito* y que poco después murió en la plaza de Alicante, á casa de Inés, la *Tristona*, dueña de una mancebía de la calle del León: Inés, según supe luego, estaba jugando á las cartas con su querido Jerónimo Vélez y dos mujeres más: las otras pupilas habían salido. Primero llegaron Paco, Pepe Luis y el marquesito de Lori. La criada, al reconocerles por la mirilla de la puerta, no se atrevió á recibirles sin antes consultarlo con su ama.

—Ahi están—dijo—don Paco, don Angel Vinarey y Pepe Luis...

Inés miró á Jerónimo, pidiéndole consejo. Vélez repuso:

—Que entren.

Al abrir la puerta, la criada quedó sorprendida viendo que con los tres visitantes que ella anunció, iban también Dámaso y Gerardo Torres.

—No pueden ustedes entrar—exclamó la sirvienta.

—¿Cómo?

—No hay mujeres.

—¿Qué importa?

—Si, si importa; estamos en nuestra casa. Además, vienen ustedes borrachos; aquí no queremos escándalos...

Al ruido de la trifulca acudieron Inés y Jerónimo, pero su resistencia fué inútil y tardía, pues los cinco importunos, que iban medio embriagados, se entraron do rondón en el comedor.

—El dueño de este lupanar—gritaba el marqués de Lori—soy yo: ¡a ver, ama, esposa mía, vente conmigo!

Inés, que era mujer de armas tomar, buscó una botella que romper sobre la frente del marquesito; Jerónimo, temiendo una riña, la contuvo, apelando después á todos sus ardidés diplomáticos para refrenar los ánimos y dar á la general embriaguez rumbo amistoso y bonancible.

Prevalidos de su posición y de la fuerza del número, Paco y sus amigos comenzaron á hacer de las suyas. Angel Vinarey pidió aguardiente; otro, manzanilla, Pepe Luis propuso cenar allí. Todo lo decían dando grandes voces, removiendo las sillas, yendo de una habitación á otra y abriendo las puertas á puntapiés, como

soldadesca soez, que entró por asalto en un pueblo: los cristales de un montante saltaron en añicos. Era indudable que buscaban pendencia. Jerónimo ya no pudo contenerse.

—Aquí—exclamó—no se come ni se bebe: esto no es un mesón.

Dámaso Carrillo, que era hombre de fuerzas hercúleas, se apresuró á responder:

—¿Quién eres tú—dijo,—para ordenar ni disponer nada?

—Soy el amo de esta casa.

—Tú eres el chulo, el alcahuete... ¡el último mono!..

—¡Don Dámaso... cálese usted... no me busque usted... que no quiero reñir... que no me conviene reñir...!

Carrillo le cogió por el cuello, atrayéndole hacia sí violentamente, metiéndole luego una rodilla por el vientre, con lo que le derribó, empujándole después á puntapiés debajo de la mesa. Vinarey, entretanto, representaba la farsa de violar á Inés la *Tristona* sobre un diván. Paco, fuera de sí, cogió una silla con la que rompió varios cuadros y el espejo de un armario: Gerardo Torres y Pepe Luis, no satisfechos con forzar á las dos mujeres que allí había, comenzaron á golpearlas, arrastrándolas por el pelo hasta la calle, donde una de ellas quedó inmóvil y sin conocimiento. El escándalo que tamaño exceso originó fué mayúsculo; varios transeuntes, justamente indignados, defendieron á las mujeres maltratadas; al ruido de la trifulca, un sereno y varios guardias acudieron: estos últimos, comprendiendo de qué gentes se trataba, escurrieron el bulto prudentemente.

—Soy Vinarey—exclamó el marqués de Lori;—¿no me conoces?

El sereno saludó.

—¿Pero, don Angel, es posible que siempre ande usted así?

Después, reconociendo á Narbona, volvió á descubrirse.

—Adiós, don Paco.

Y dirigiéndose al grupo de curiosos que presenciaban la escena, gritó severamente:

—¡Vaya, despejar!... ¡Fuera de aquí todos!... ¡No ha pasado nada!...

El pobre hombre sabía que á cualquiera de aquellos señoritos le era tan fácil dejarle cesante como cerrar la mancebía. Las dos mujeres heridas fueron curadas en la casa de Socorro del distrito; Jerónimo desechó toda idea de venganza; Inés la *Tristona*, se satisfizo con que aquel lance no la hubiese costado más de seiscientas ó setecientas pesetas.

La casualidad me permitió ser testigo ocular de otra orgía semejante. Una tarde pasábamos Paco Narbona y yo por delante del Congreso en dirección á la Puerta del Sol; enfrente de la calle de Cedaceros tropezamos con Gerardo Torres, que salía de un colmado de la calle de Arlabán donde estuvo bebiendo con otros amigos, y poco después vino á saludarnos Carmen Arellano, á quien Narbona conocía por mí. Viéndonos tan bien aparejados, nos asaltó la idea de cenar juntos.

—¿Dónde?

—En las Ventas del Espíritu Santo.

—¡Ea—contestamos todos,—pues, á las Ventas!...

Para confirmar y dar autoridad y sólido valimiento á lo pactado, y poseídos también de esa especie de aura retozona con que la orgía aturde desde lejos, penetramos en una taberna de la que salimos media hora después muy decididos y animosos. Poco después saludamos á Dámaso Carrillo, que iba completamente beodo.

—Me voy con ustedes—dijo.

Rehusamos su compañía sin ambages, diciéndole que, pues no había mujer para él, su presencia sólo de molestia podía servirnos.

—La mujer que falta—repuso—la busco yo en seguida.

Continué caminando delante de nosotros, muy orondo y erguido, renegando de su *jockey* que había perdido dos carreras consecutivas. Carmen y yo nos miramos y el nombre de Dagoberto cruzó nuestra memoria; ella, sin duda, evocó también la figura maciza de su pelotari;

aquel pelotari á quien las caricias debilitantes de la pecadora contribuyeron á dejarle derrotado en varios partidos. Indudablemente, ambas nos sentimos orgullosas de nuestra posición; antes cenábamos con los criados, ahora con los señores; y aquel ascenso, aunque en la balanza de la moralidad no significase gran cosa, en el rumbo ó derrotero de nuestro bienestar, no era grano de alpiste. Pasaron dos mujeres y Carrillo aproximóse á la más bonita; nosotros reíamos inconscientes; la perseguida, apreciando el estado de su corsario y temiendo algún desafuero, quiso huir en un coche de alquiler; Dámaso se lo impidió, insultando al cochero: ellas, entonces, penetraron en una camisería, quizá sin necesidad, buscando sólo un pretexto para evadirse. Carrillo, picado en su amor propio por aquel desaire, entró tras ellas. Nosotros continuábamos riendo y atisbando á través del cristal del escaparate lo que dentro de la tienda sucedía. Carrillo gesticulaba como disputando con uno de los dependientes que le contestaba briosamente levantando los brazos en alto, apretando los puños. De pronto vimos que el dependiente, apoderándose de una vara de medir, saltaba el mostrador y arremetía á Dámaso: inmediatamente nos precipitamos dentro del establecimiento, queriendo evitar daños mayores y á tiempo que Carrillo, cogiendo á su enemigo por los cabezones, le derribaba violentamente sobre un espejo, que saltó en pedazos. Y menos mal que todo pudo arreglarse pagándole al dueño del comercio doscientas pesetas: el espejo roto no valdría mucho menos.

Terminado este incidente, los cinco nos dirigimos á las Ventas, donde pasamos algunas horas muy agradables. Ya de madrugada y mientras Paco Narbona y yo nos adormilábamos sobre un diván, reaparecieron Dámaso y Gerardo Torres cargados con el calzado, el sombrero y las ropas de Carmen Arellano, á quien dejaban borracha y desnuda en un comedor próximo.

—Vámonos—dijeron,—esa queda ahí; la hemos encerrado bajo llave. Mañana sa-

breemos cómo selas compuso para regresar á Madrid decorosamente.

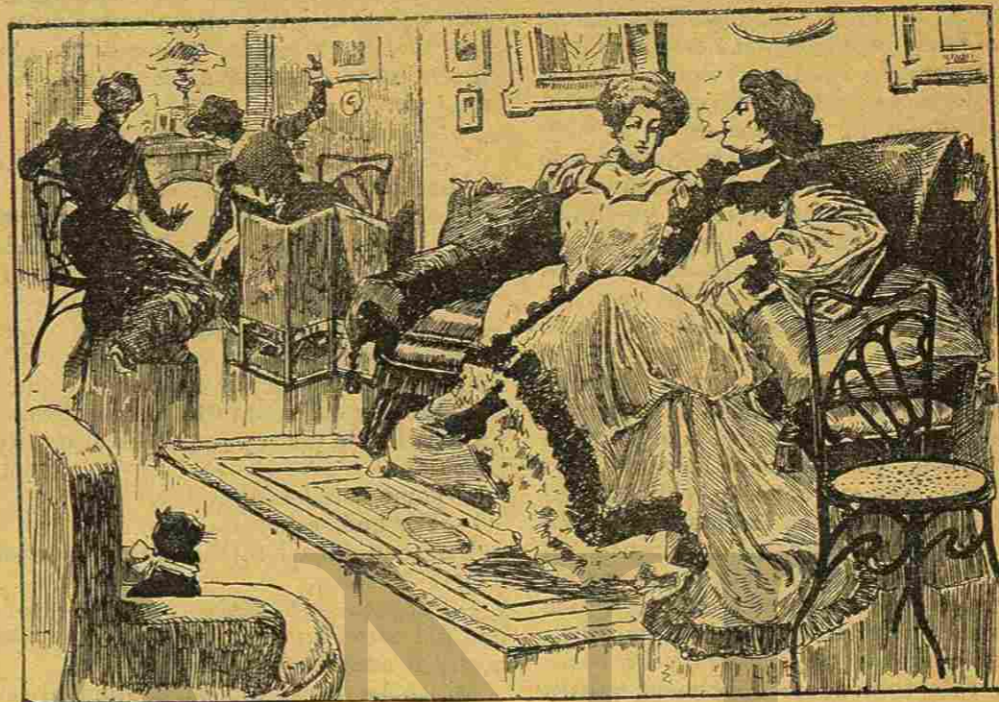
Yo, que siempre fui buena amiga de Carmen, protesté de aquella infamia.

—Sois unos miserables—dije,—es un chiste de rufianes, sin ingenio y sin gracia.

Ellos, amoscados, me respondieron agriamente, negándome el derecho de aconsejarles. Paco Narbona terció oportunamente en la disputa obligándome á callar, probándome que en tales orgías las mujeres deben limitarse á cumplir su deliciosa misión de animales hermosos y pasivos. Me dejé convencer; la crueldad, como la risa, es contagiosa y acabamos por marcharnos todos cogidos del brazo, respondiendo con grandes risotadas á los gritos angustiosos de la pobre presa, cuyos pantalones, sujetos al extremo de un bastón, nos servían de enseña ó bandera.

Por aquella época tuve tres amigas que, aun ocupando en la escala de mis afectos lugares distintos, me eran igualmente simpáticas. Una de ellas, la preferida, era Carmen Arellano, de quien ya he hablado: me atraían su pelo rojo de muñeca alemana, la inquietud añorada de sus ojos claros, su boca, triste y burlona como un humorismo, y su espíritu incoherente y frívolo que cruzaba la vida preguntando siempre por lo inhallable, por lo distante... El alma de Carmen era mía; yo me sabía capaz de desesperarla hasta llorar con un gesto y de consolarla con un chiste. Aquella movilidad de afectos salvaba su salud; todo lo sentía intensamente, pero la impresión pasaba pronto, pellizcando sus nervios sin desgarrarlos: á veces, después de oírle emitir una opinión disparatada, yo examinaba con ojos asombrados su cabeza; aquella cabeza pequeña, redonda y dura, con la dureza de la inconsciencia, sobre la cual los dolores y las alegrías resbalaban.

Augusta Cáceres difería mucho de Carmen: tenía el rostro pálido y los cabellos y los ojos negros y brillantes como la endrina; había en sus actitudes la parsimonia majestuosa de las mujeres altas; la



En el gabinete del piano pasamos muchas tardes felices (Pág. 90)

inexplicable y peor razonada, de cuantas registra mi memoria. Fui de Cristóbal Soto una vez, ¡sólo una vez!... Pero, ¿cómo pudo ocurrir aquello?...

Inútilmente perseguimos los guiones ó corchetes que ligan, en la inabarcable cadena de la vida, unas cosas á otras. La materia y la fuerza, batallando siempre juntas, engendran ese caos donde todo, sin embargo, funciona maravillosamente. ¿Cómo lo máximo procede de lo mínimo; y cómo, á ratos, parece que los mayores impulsos no tienen consecuencia? ¿Quién podría hallar la razón de tantas aparentes anomalías; ni quién sabría perseguir las mutaciones incontables de aquella fuerza que vemos adoptar las formas más variadas? Así, verbigracia, la nafta, convertida en petróleo, trepa por las torcidas de los quinqués transformándose en luz; luz que,

MEMORIAS.—13

á su vez, se trueca en sutilísima inspiración dentro del cerebro del artista que la utiliza para escribir, ó en deshonor para el esposo que, merced á ella, ve sobre el cristal de un espejo cómo su mujer abraza á otro hombre... Y si esto acontece en el mundo objetivo, ¿qué será dentro del tenebroso microcosmos humano?...

Fui de Soto y todo coadyuvó á rendirme: la uniformidad tediosa de aquellos días, la huella de varios libros melancólicos que la casualidad deslizó entre mis manos, los últimos excesos de Narbona, á quien un delirio de goces arrastraba entonces por los lupanares y chir-latas peores, y hasta la absurda pasión que me inspiraba aquella muñeca con sus ojos y sus rosados mofletes de porcelana hija, impresentable, tristemente simpática, como aquel Cristóbal, con su ros-

tro melancólico, su cráneo puntiagudo y su joroba de amante de pesadilla. Ahora, examinando este peregrino estado anímico, comprendo las dislocaciones imaginativas de esos artistas enfermizos, cantores del otoño, apologistas de la noche y del silencio, enamorados sempiternos de la nostalgia, el dolor y la muerte, que sólo saben pintar vírgenes cavilosas y pálidas, sobre un horizonte de color violeta.

A estas diversas impresiones podría añadir como factor importante en el génesis de lo que voy refiriendo, un hecho concreto.

Una de las últimas noches de Octubre y á hora avanzada, íbamos el marqués de Lágaro y yo en coche por la calle del Príncipe; yo soñaba con los ojos abiertos; Paco, bien me acuerdo, callaba también, la mirada fija en la blanca ceniza de su cigarro puro: el caballo caminaba al paso. De repente, la silueta de una mujer, una pobre buscana parada en la esquina de la calle Visitación, atrajo mi curiosidad y, creyendo reconocerla, volví la cabeza. Ella sabiéndose observada, miró á otra parte. Iba vestida miserablemente; sobre el mantón negro, en la penumbra de un pañuelo muy echado á la cara, aparecía su semblante empalidecido por el sueño y el hambre. Llamé la atención de Narbona dándole un codazo.

—¿Conoces á esa mujer?—pregunté.

El miró distraído.

—No...

—¿No es Felipa?... Felipa, la mujer de Tiburcio, el sastre...

De pronto recordé: Felipa era conocida de Teodora y de Joaquín Antón; estuvo casada con un libertino, jugador y borracho, que la maltrataba: Tiburcio había muerto; ella, tal vez, viéndose en la miseria y con los ojos secos de tanto llorar, se prostituyó para dar á sus hijos casa y pan. Por mi memoria pasaron, formando negro cortejo, mis días de miseria: la generosidad del mozo del café San Mateo, mis desventurados amores con Perico Francos... Sin pedirle permiso á Narbona, ordené al cochero que detuviese el vehículo, y llamé á Felipa con la mano.

La pobre mujer, asombrada, me errogóme con un gesto si era á ella á quien mi indicación iba dirigida, y como mi respuesta fuese afirmativa, se acercó. Era joven aún.

—¿Qué desea usted?—dijo.

—¿No es usted—repuse—la esposa ó la viuda de Tiburcio, el sastre?

Las mejillas de Felipa se colorearon con el carmin de la vergüenza ó de la sorpresa.

—Sí, señora. ¿Quién es usted?

—Yo... una... otra desgraciada como usted... una cualquiera... que la conoció á usted cuando no estaba usted tan caída...

Eché mano al manguito donde llevaba un bolsillo de plata y saqué de él quince pesetas.

—Tome usted—dije.

—¿Por qué, señora?...

Y extendía hacia mi obsequio sus dedos flacos.

—Porque... porque sí—repuse;—porque fué usted buena... y deseo que esta noche se acueste usted temprano.

Mi coche prosiguió su camino, el caballo avanzaba al trote largo, yo cerraba los párpados bañando mi alma en el subidísimo júbilo de mi buena acción...

Al siguiente día por la tarde, Cristóbal Soto fué á verme; yo estaba sola y le guié al gabinete del piano: á la claridad cobarde de aquel crepúsculo otoñal, su semblante me pareció más triste; la expresión de sus grandes ojos pardos, era dolorosa como una súplica.

—¿Está usted enfermo?—pregunté.

—No, señora.

—¡Bah!... ¿Por qué me llama usted así?... Señora... Quiero que me llame usted Isabel... Isabel nada más, como todo el mundo. No permito que, á mi lado, sea usted menos que nadie.

El jorobadito mudó de color y miró al suelo. Seguí hablándole cariñosamente, sintiendo desbordar de mi alma hacia él, piedad infinita. Le referí mi limosna de la víspera; Soto, que sabía escuchar muy bien, oyó mi relación con recogimiento místico.

—Esa acción—dijo—es muy hermosa.

Y añadió tras un rato de silencio.

—Es usted muy buena.

—¿Lo cree usted sinceramente?

—Sí, señora.

Yo rectificué.

—Sí, Isabel... llámeme usted así: es lo convenido.

—Tiene usted razón; bien... Es usted muy buena... ¡buenísima!

Iba á decir algo más, pero se contuvo: yo, presumiéndolo, añadí:

—¿Nada más que buena?

—Buena, sí... buena y guapa.

Era la primera vez que, forzado más por la galantería que por el amor, se propasaba á elogiar mi belleza. Y continué gozando esa refinada voluptuosidad que los viejos gastados disfrutaban violando el candor de las almas tempranas:

—Nunca había celebrado usted mi hermosura. ¿Por qué?

Soto callaba.

—¿Acaso—proseguí—no había usted reparado en ella?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Muchas veces.

—¿A qué debo achacar, pues, tanto comedimiento y reserva?

En el cenit ó pináculo de la confusión se encogió de hombros, sin sospechar que aquel movimiento aumentaba la ridiculez de su triste figura.

—Jamás me atreví—balbuceó;—temía ofenderla... Es raro, pero... lo confesaré: me da usted miedo...

Lejos de reír di á mi semblante expresión firme de severidad y nobleza, indicando comprender todo el apasionado interés de aquella revelación.

—Cualquiera diría—exclamé luego de reflexionar—que estaba usted enamorado de mí.

Me levanté saliendo del gabinete para volver un momento después con mi muñeca: mi falda de seda y la cola de mi elegante bata de encajes, barrían la alfombra con un *fru-frú* que llenaba la amplitud silenciosa del gabinete.

—Aquí tiene usted á mi hija—murmuré pensativa;—es de cartón, y no obs-

tante, creo quererla con toda mi alma.

Estreché á la muñeca contra mi pecho, besando apasionadamente su cabecita de cabellos rizados: un leve temblorcillo doliente empañaba el timbre de mi voz.

—Tiene usted razón—dije;—soy buena; únicamente necesito el cariño de un hijo... ó un amor cualquiera, pero grande... para ser santa. Además... yo creo que sólo en las mujeres de mi temple, pueden engendrarse hombres de talento.

En estos juegos de seducción y conquista, las mujeres somos verdaderas actrices: el hombre es nuestro público; para rendirle apelamos á todas las coquetías de la mirada, á todas las inflexiones insinuantes de la voz, á todas las languideces voluptuosas de la actitud. Si yo fuese novelista, tendría derecho á decir que, en momentos tales, Cristóbal Soto sentía esto ó lo otro, y los recuerdos ó deseos que por su conturbado ánimo rebrincaban; mas como no he de entrometerme descaradamente en tan difícil profesión, me limitaré á describir todos los sujetos y paisajes á través de mi temperamento, sin realizar esos cambios de punto de vista ó de escenario, que tanto reaniman y embellecen la narración. Por tanto, sólo diré que el jorobadito estaba pendiente de mis labios, á merced mía, bañando su alma en la caricia exquisita de mi ademán y de mis palabras, y que yo misma era arrastrada hacia él por el prurito, algo romántico tal vez, de probarle por modo inconsciente y vario, mi inagotable misericordia.

—Cristóbal—dije;—estoy triste; ¿quiere usted distraerme tocando el piano?

Se levantó con movimientos de autómatas, deslizándose silenciosamente sobre la alfombra carmesí sus largos pies, y fué á sentarse ante el teclado, volviéndose su pobre espalda reluciente y jibosa. Permanecí sobre el diván, estrechando la muñeca entre mis brazos, alargando las piernas en un movimiento expansivo de perezosa laxitud.

Las penumbras del atardecer invadían el gabinete y aquella obscuridad aflojaba mis músculos; la imaginación se entrega-

ba á una serie de interrogaciones sin término. Yo era buena; lo fui para cuantos llegaron á mí: unas veces por capricho, otras por interesado cálculo, de todos mis amadores fué la belleza satinada de mi cuerpo, de mis amigas las heroicas abnegaciones de mi alma; desde hacía mucho tiempo Soto me amaba, ¿por qué no ser buena también para él?... Los acordes del piano llegaban acariciándome la carne como patas de insecto, pellizcando mis recuerdos, remembranzas, alegres ó tristes que se desperpezaban en la noche de mi conciencia como viejos muertos que levantasen hacia el cielo sus brazos ateridos: Soto, con su cráneo anguloso y su cuerpo deshecho, encaramado sobre la banqueta del piano, parecía un gnomo, uno de esos espíritus quiméricos que oprimen nuestro corazón en las pesadillas y lloran por las noches en los muros que se agrietan. Cristóbal era feo... ¿y qué?... ¿Acaso la fealdad y la belleza no son igualmente deleznable bajo la muerte? En compensación su alma respetuosa me amaba, y era noble y sana, porque aun no había vivido. La atracción de lo raro, que me poseyó con el ilusionista M. Robert, tornaba á apoderarse de mí: sería curioso, con emoción rebuscadora, dulce y triste, asistir al despertar de aquel espíritu que jamás amó ni fué amado: para mí, ídolo primero de su fe, serían sus primeros juramentos, las oraciones mejores de su pasión; sobre mi cuerpo aprenderían sus dedos inocentes á conocer las proporciones de la belleza femenina, sus oídos conservarían siempre el timbre amadísimo de mi voz, mi recuerdo llenaría su historia, el calor de mi carne penetraría en sus huesos, conservándose allí, como un latido de juventud, hasta la muerte; y luego, cuando yo fuese vieja, él, hijo maldito de la felicidad, continuaría acordándose de mí, que le hice tan dichoso.

Las manos largas y pálidas de Cristóbal se crispaban sobre el teclado, transmitiendo á las cuerdas las vibraciones de su amor; la música era triste, muy triste... Yo pensé: las creaciones más excel-

sas del arte las inspiró el dolor; esta música agrada por las exquisiteces sentimentales de su melancolía; está enferma, gime y llora y nos habla de muerte, su pesadumbre va arrastrándose con jadeos agónicos de un compás á otro: ¿por qué la línea enferma y grotesca no había de producirnos emoción semejante? El estado de laxitud que yo misma sufría, ¿no asesoraba que para los espíritus fatigados el placer estético más intenso no está en la emoción robusta, pujante, genuinamente sana? El triste bostezo en el saineite, tiembla ante la amenaza de seguir con los pies el ritmo de una marcha militar, cierra los párpados en el campo bajo la claridad vigorosa del sol: la elegía, en cambio, el paisaje crepuscular de tonalidades oscuras, la música religiosa de lentos y apesarados acordes, donde todo movimiento y cadencia parecen extinguirse en el quietismo de un dolor reflexivo, llegarán á él sin lastimarlo.

En estas razones, menos sutiles de lo que parecen, hallo yo la explicación de cómo mi alma no sabía enajenarse completamente, en la pasión del marqués de Lágaro: su alma, por sobradamente vigorosa, no fraternizaría jamás conmigo; me fatigaban su sed de goces, su anhelo de impresiones fuertes y nuevas; sus celos me herían; yo no podría nunca apoyarme en él sin ser arrastrada; su empuje era demasiado grande, nuestra comunión, por tanto, absurda y monstruosa: un gigante no sabría caminar llevando un niño de la mano. Narbona era el pasodoble marcial, el brindis valiente de la orgía, el brochazo rojo que deslumbra y aturde, el lingote de oro brillando como aseua al sol; yo necesitaba un amante más dulce, menos brusco; adorador obediente y lánguido, que no supiera llegar á mí sin una súplica. Cristóbal Soto, llorando sobre el piano, respondía á mi pensamiento; mi alma herida sólo hallaría quietud en la posesión de su cuerpo pisoteado por la desgracia, sólo él, que estaba muy bajo, sabría acariciarme respetuosamente, sin dolor de mi carne: él tenía la seducción morbosa de la poesía elegíaca; el

misterio romántico de la mediatinta, la nostalgia, evocadora de recuerdos, de las melodías en tono menor...

Cuando el jorobado concluyó de tocar, giró sobre su banqueta, volviéndose hacia mí; yo permanecía reclinada en el diván, con mi muñeca entre los brazos: los muebles se abocetaban borrosamente en la sombra.

—¿Enciendo el quinqué?—preguntó Cristóbal.

Sin abrir los párpados, repuse:

—No.

Transcurrieron algunos minutos; Soto murmuró levantándose:

—Me voy; está usted cansada y el marqués no tardará.

—Paco—dije—no vendrá esta noche... y, si viene... será muy tarde.

Tras una pausa, sabiamente calculada, añadió:

—¿Está usted triste?

—¿Por qué, señora?

Y rectificó, temiendo disgustarme:

—¿Por qué esa pregunta, Isabel?

—Usted responda.

—Sí, es cierto... soy un desgraciado; siempre estoy triste.

—¿Muy triste?

—Mucho, sí... ¡Mucho!

Se interrumpió para suspirar.

—¡Yo, también!—exclamé.

Y proseguí:

—La melancolía ha improvisado más amantes que la verdadera pasión. Acérquese usted... consolémonos. Usted es desgraciado porque no amó nunca; yo lo soy porque mi único cariño murió á manos del olvido que trae la distancia ingrata.

Se aproximó, alargando sus pies silenciosos y tímidos; con aquel andar pausado de hombre cohibido por la obsesión de parecer ridículo; y permaneció delantademí, los brazos colgantes á lo largo del cuerpo, sin saber dónde colocar sus manos.

—Siéntese usted—dije.

—¿Usted á coger una silla.

—No—exclamé interrumpiendo aquel delicado ademán,—aquí, en el diván, muy cerca...

Y cuando lo tuve á mi lado puse mis manos sobre sus hombros, sobre aquellos pobres hombros jamás acariciados.

—Me quieres—dije,—me quieres... lo sé... yo también te quiero...

Y su cuerpo grotesco y mi alma extraña se fusionaron, completándose en una conjunción caricaturesca.

Por la noche el marqués de Lágaro me halló poseída de un disgusto inexplicable para él. Hay días estúpidos que no merecían amanecer, así como los venturosos no debían tener ocaso. Aquel fué para mí de los primeros: mi benevolencia para con Cristóbal Soto, me horripilaba; yo, pagana por temperamento, amante idólatra de lo bello, ¿cómo pude entregarme gustosa á un adefesio? Fué un capricho monstruoso, un nervosismo repugnante, más incomprendible que el que lanzaba á las hermosas ninfas de la leyenda entre los brazos peludos de los sátiros, con pezuñas de cabra. Al día siguiente el jorobado volvió á verme, y no le recibí, teniendo después la crueldad de asomarme al balcón para contemplarle en toda su fealdad bochornosa, deslizándose por las aceras como un bicho negro. En tardes sucesivas ocurrió lo mismo; á sus preguntas reiteradas, mi camarera respondía invariablemente:

—La señorita ha salido... y, probablemente no vendrá á cenar.

Yo escuchaba la conversación oculta tras un cortinaje del recibimiento; aquel era mi desagravio, mi venganza: la venganza de los poderosos que gozan despeñando á sus protegidos desde muy alto. Luego oía á Soto bajar la escalera lentamente, resoplando, sofocado por la pasión que le rugía dentro del pecho. Ni volví á recibirle ni respondí á sus cartas; así terminaron aquellos amores. Una vez que Cristóbal Soto y yo nos vimos en la calle frente á frente, el pobrecillo apenas se atrevió á saludarme; su buen juicio le había explicado que estaba mucho más separado de mí que antes. Esta discreción resignada me conmovió y sólo entonces pude perdornarle.

Si alguien llegase á leer estas *Memo-*

rias, seguramente me tildaría de mujer egoísta y calculadora: sus páginas, en efecto, van escritas friamente, con tranquilidad irónica, á ratos punzante y descortés. Pero, ¿acaso soy culpable de tanta sequedad?... No. Culpables serán los hombres que, burlándose por diversos modos, endurecieron mi corazón; el mundo mismo que, alimentándose de la mudanza y renovación eternas, siembra la ingratitude, acostumbraándonos desde muy temprano á despedirnos sin lágrimas de todas las cosas. Y, así me explico que, según envejecemos hablamos menos de nuestro pasado, pues la indiferencia es una especie de torre á la que vamos subiendo de año en año, y los individuos y los acontecimientos parecen tanto más pequeños y vulgares, cuanto más alto sea el punto de vista elegido por el observador. Muchas veces, viendo correr un chorro de agua sobre un trozo de mármol, admiré la dureza impenetrable de la piedra por cuyas moléculas brillantes todo resbala; las celdillas, en cambio, de los cuerpos porosos, siempre guardan algún resquicio de humedad: los corazones viejos son de mármol; exprimiéndoles entre el doble juego de cilindros de la misericordia y de la pasión, nos venceremos de que no conservan jugo ninguno.

No hablo á humo de pajas ni por referencias, si basándome en lo que la aheleada experiencia personal fué enseñándome. Soy joven y, sin embargo, á ratos tiemblo recordando la longevidad de mi historia: los hechos que integran la vida, son como los pies de una copiosa muchedumbre. A través de un campo tapizado de hierba, camina un ejército; los pelotones avanzan unos tras otros, el daño causado por la primera bota lo continúa la segunda y lo aseguran y ratifican cuantas van detrás, llevándose todas en la suela un poco de verdor; y, luego, cuando los batallones pasaron el campo queda polvoriento y mondo, formando una especie de camino que sigue al ejército hacia el horizonte: así pasan las pesadumbres sobre el jardín donde las almas juveniles erian los verdes herbazales de la esperan-

za, las flores rojas de la ilusión y del contento: tras la humanidad en marcha, como bajo los cascotes del caballo de Atila, los jugos de la vida no vuelven á correr. Este desfile incesante lo atropella todo, lo borra todo...

Mis recuerdos huyen: muchas veces, mirando desde mis balcones la multitud dominguera que va á los toros, ó visitando los portales de las fotografías donde la luz inmovilizó sobre el papel rostros varios de individuos que parecen observar al visitante, me pregunto: «¿Cuántos de estos hombres habrán sido amantes míos durante el corto espacio de una noche?»

La fatiga de estas menudas decepciones pusieron en mi voluntad el propósito de volver á mi pueblo para descansar entre los míos una corta temporada. De ello hablé con el marqués de Lágaro; Paco Narbona accedió á mis deseos y al día siguiente, por la tarde, me acompañó á la estación, donde me entregó setecientas pesetas. Yo, emocionada por su generosidad y el cariño respetuoso con que me habló de mi madre, le abracé conmovida, prometiéndole regresar á Madrid antes de quince días.

Mi hermana Milagro y mi madre, avisadas oportunamente de mi viaje, habían salido á esperarme junto al mesón donde paran las diligencias que van de Sevilla.

¿Cómo narrar las esquisitas emociones de aquella jornada?

Una hora antes de llegar á la eternamente poética capital andaluza, me asomé á la ventanilla de mi vagón para abismarme en la contemplación de la Giralda, cuya silueta inolvidable no veía desde hacía doce ó trece años; y según el tren avanzaba hacia la vieja estación que llaman de Córdoba, los queridos recuerdos de mi niñez despertaban ante el cielo siempre azul de la andaluza región, y bajo las caricias de la brisa que me traía perfumes de flores cogidas en la infancia: á un lado y otro de la vía pasaban las chumberas, con sus hojas carnosas y planas, los eucaliptus bienhechores, los álamos cimbreantes, gallardos como los mástiles de un bergantín en alta mar, las pal-

meras tristes, evocando la jarifa silueta de los árabes nómadas, y las robustas pitas montañas, dominando la cresta de los repechos, dirigiendo hacia el horizonte el acerado agujón de sus hojas inmóviles; algunos toros que pastaban en las hondonadas del terreno, azotándose los flancos con la cola, miraban al tren levantando sus cabezas tranquilas; sobre el valle y á gran altura volaban los gavilanes, sosteniéndose en el paracaídas de sus alas abiertas, mostrando sus pechugas plateadas por el sol del amanecer.

No bien llegué á Sevilla corrí hacia el parador de donde me dijeron salían las diligencias para mi pueblo: todo mi equipaje era un saquito de mano; iba vestida sencillamente, con una falda lisa de paño gris y un sombrero muy francés; los macarenos me examinaban atentamente, curiosos y burlones, creyéndome extranjera. Después, mientras la diligencia rodaba por un camino polvoriento que serpenteaba siguiendo los cimbres del Guadalquivir, yo, desoyendo la conversación pintoresca de mis compañeros de viaje, abría la boca y los ojos á la frescura y á los colores del cuadro, queriendo revivir de golpe todas las buenas impresiones, ya casi olvidadas, de los viejos días. A uno y otro lado del camino se ensanchaban los trigales salpicados de amapolas, y pasim grupos de copudos árboles pintaban sobre el añil del espacio vigorosos brochazos verdes; aquí y allá blanqueaban algunas casitas con sus huertecillos circuidos por bardales de hostiles chumberas; aquel flujo de impresiones semiconocidas, aturdió mi ánimo sin provocar el fenómeno de la verdadera evocación; no obstante, la memoria iba despertando: una chimenea, no sé por qué, me causó la impresión agradable de un rostro conocido; una noria, alrededor de la cual caminaba un borriquillo vendado con un pañuelo blanco, me trajo al magín el recuerdo de la mañana en que, siendo todavía muy niña, rompí un vestidito nuevo por coger un nido de gorriones.

Los cuartagos de la diligencia trotaron vigorosamente durante dos horas, agitan-

do sus cabezas sudorosas con un alegre repique de cascabeles. Mis compañeros de viaje cantaban y vaciaban sus botas de vino; yo permanecía inmóvil, contemplando las primeras casas del pueblo que aparecía á la derecha, entre el camino y el río: mis memoranzas no se precisaban aún; aquello era un hacinamiento de tejados y de paredes blancas semejante al de otros villorrios andaluces ó castellanos, que yo conocía: únicamente la iglesia, con su vieja techumbre puntiaguda, bajo cuyo alero las abejas, desde tiempo inmemorial, establecieron una colmena, salió al encuentro de mi alma, formulando el «¿te acuerdas?...» dulce y melancólico, conque los viejos amigos, reunidos de improviso, se saludan.

A un lado del camino, junto al parador donde las diligencias se detienen para cambiar de ganado, estaban mi madre y mi hermana, mirándome atónitas, boquiabiertas y pálidas, sin decidirse á reconocerme bajo mi sombrero exótico. Yo salté del vehículo y corrí hacia ellas lanzando un grito jubiloso.

—¡Hija mía!

—¡Isabel!...

—¡Madre; madre!... ¡Hermana de mi alma!...

Nos abrazamos fuertemente: ellas me estrechaban por la cintura; yo, que era mucho más alta, las oprimía contra mi seno, como queriendo meter dentro de mi corazón aquellas dos cabezas, una blanca, otra morena, que tanto habían pensado en mí. Permanecemos así largo rato, sin hablar, separándonos un poco de cuando en cuando, para volver inmediatamente á abrazarnos mejor: al principio los ojos, cohibidos por su misma emoción, estuvieron secos; después lloraron á cántaros y nuestros pechos, convulsionados por la alegría presente y el dolor del recuerdo, hiparon superpuestos y cosidos. Hubo momentos en que todo, mesón, árboles, campo, cielo, desapareció para nosotras: cuando volvimos en nuestro acuerdo, la diligencia que me dejó allí, había reanudado su camino y rodaba muy lejos.

Mi madre preguntó:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

—¿Y tu maleta?

Mostré mi saquillo de viaje.

—¿No traes más que eso?

—Nada más.

—¿Luego piensas estar entre nosotros pocos días?

Rompió á llorar. Milagro se acercó.

—Vamos, madre, menos lágrimas. ¡Caramba, no sea usted así! Si Isabel necesita mudarse de ropa interior, camisas, aunque malas, no han de faltarnos.

Milagro hablaba con voz firme y breve; era hermosa y más robusta que yo; bajo los cabellos, brillantes y eresos, aparecía su semblante grueso, tostado por el sol, donde sonreía la boca de labios sangrientos y carnosos. Volví á besarla y luego arremetí á mi madre, restregando mi rostro sobre su cabeza encanecida y triste. Un hombre se acercaba lentamente, balanceándose con el andar desconfiado y cazurro de los campesinos, sobre sus piernas defendidas por zagones de cuero. Mi hermana le llamó:

—¡Justino!

—¿Tu marido?—pregunté.

—Sí.

—¡Ah... nada sabía!...

Justino llegó á nosotras quitándose su ancho sombrero rural; yo le abracé, extrañando la impresión de aquel corpachón cuadrado, tan diferente de los talles, vestidos de frac, que mis brazos conocían. Luego me retiré para examinarle mejor: era alto, la color cobriza, los ojos negros y grandes, la nariz se encorbaba sobre una boca de labios finos, renegridos por el humo del cigarro: vestía blusa corta, faja azul y un pañuelo rojo anudado al cuello. Yo exclamé:

—¿Se parece á padre, verdad?

Mi madre repuso:

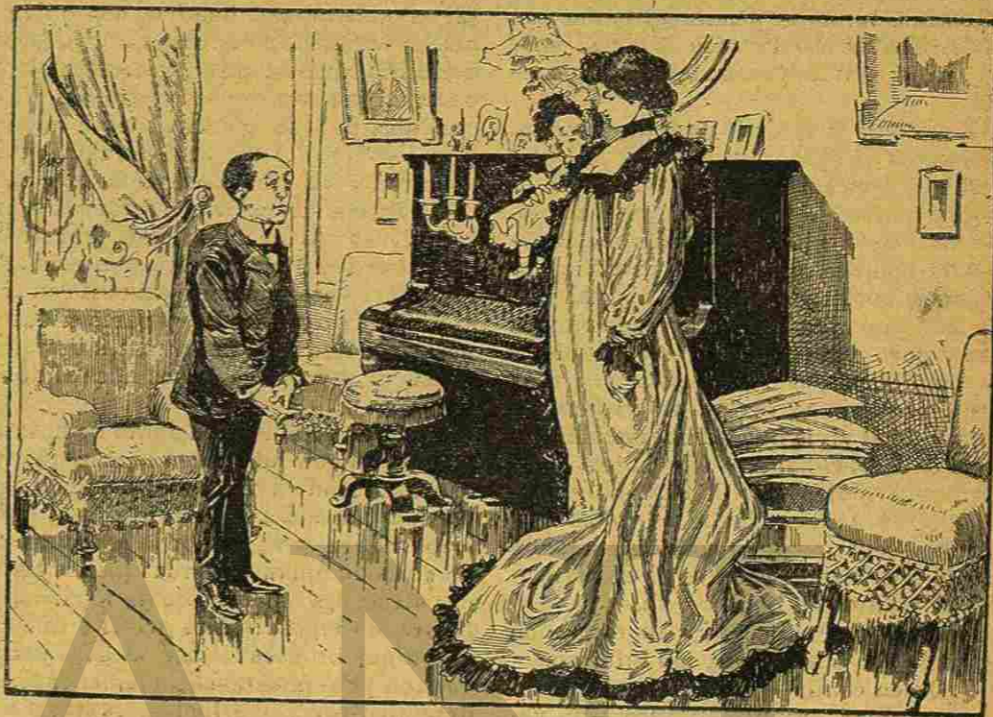
—Sí, se parece... y nos quiere mucho. Es muy bueno.

Los cuatro nos dirigimos al pueblo, cruzando calles solitarias, cubiertas á trechos por extensos retales de hierba; desde las ventanas algunos ojos curiosos me atisbaban. Al ver mi casa, la casa donde nací, con su pobre fachada de un solo piso y su puerta, un portalón enor-

me que llegaba hasta cerca del alero, sentí ganas de llorar, recordándome niña: sobre aquel poyo se sentaba mi padre: por la reja de aquella ventana trepábamos mi hermana y yo cual bomberos que corriesen á apagar un incendio: miré á la izquierda; en el fondo de la calle, descolgando sobre una tapia vestida de hiedra, asomaba el viejo pino contra el cual yo, por coger piñones, había arrojado tantas piedras...

Dentro de la casa, todo estaba según yo lo dejé la última vez que sali de allí para Sevilla, con mi cartera, repleta de papeles de música, debajo del brazo: la mesa de comer, los cuadros místicos palideciendo entre sus marcos dorados; el antiguo armario de caoba, con sus entrepaños cargados de vieja vajilla pintarrajeada de amarillo y azul. Las habitaciones me parecieron, desde luego, bastante más pequeñas, y trabajo me costó no creer que el techo fuese más bajo: después corrí á sentarme en la cocina, cerca del pozo, gozando esa inenarrable impresión de frescura y de paz que experimentan los niños al regresar á su casa tras un largo paseo por el sol. Eran las once de la mañana; Milagro y mi madre me dieron de almorzar; el almuerzo fué servido en la misma cocina, ante una ventana desde donde divisábamos gran parte de la huerta: el viento mecía los almendros; en el corral las gallinas, huyendo del calor, reposaban al pie de un frondoso castaño; las flores, sobre las cuales revoleaban algunas abejas, doblaban tristemente sus tallos mustios bajo el sol; la luz incendiaba el espacio. Mi madre comía sin levantar los ojos de su plato, Milagro y Justino se miraban, riendo y besándose con los ojos: yo, de cuando en cuando, rompía el hilo de mis meditaciones para preguntar por personas que ya habían muerto...

Terminado el almuerzo mi madre, creyéndome fatigada, me llevó á mi dormitorio: era la misma habitación donde yo había dormido siendo niña; á la cabecera del lecho continuaba agonizando el Cristo que yo besaba todas las noches antes



Me levanté saliendo del gabinete para volver un momento después con mi muñeca. (Pág. 99)

de acostarme. A cada momento Milagro me interrogaba:

—¿Te acuerdas?

Yo asentía, mirándolo todo sin poder hablar.

Después, mi madre, para demostrarme que allí nadie me había olvidado, abrió el arcón que guardaba los buenos recuerdos de otros tiempos: su traje de boda, un devocionario de su abuelo, un sombrero y una faja de mi padre, y mis camisitas, la cartilla donde aprendí á leer, mis dos primeras muñecas, mi primer par de zapatos; luego aparecieron mis zuecos: aquellos zuecos inolvidables, rellenos de paja, que yo me calzaba para correr detrás de las gallinas...

—¡Alto allá!—exclamé;—esto último es mío.

—¿Cómo?

MEMORIAS.—14

Explicué mi manía, porque de tal podía calificarse la adoración idolátrica que tributaba á mis pies: ellos parecían vivir una vida consciente, distinta de la mía; á ratos, como su deseo coincidiese con mi voluntad, me llevaban fácilmente á donde yo anhelaba ir; otras veces, en cambio, su capricho era más fuerte que mis propósitos y me arrastraban por inseguros y torcidos caminos: había, pues, en sus movimientos, algo fatal, invencible, preestablecido como la muerte: yo, convencida de su poder, procuraba halagarles, lavándolos con leche, calzándoles elegantemente, procurándoles el mayor descanso posible: ellos, llevándome y trayéndome eran, en último caso, los únicos responsables de todo lo malo ó bueno que yo hiciese en la vida...

—Creo —añadí— que la historia

mis zapatos compendia toda mi historia.

Justino, su mujer y mi madre, me miraban atónitos, asombrados de oírme emitir seriamente afirmaciones tan absurdas.

El resto de la tarde lo pasé durmiendo: poco antes de cenar, mi madre y Milagro fueron á buscarme para pasear por el pueblo, y presentarme á varias familias que me vieron niña ó que sólo me conocían de nombre. Queriendo justificar la elegancia cortesana de mi traje, mi madre había inventado una leyenda candorosa y poco verosímil: yo era viuda de un comerciante; al verme sola, sin hijos y con poquitas rentas, me dediqué al baile y de él vivía honradamente: de este modo daba viso honesto á la noticia, que algunos periódicos sevillanos divulgaron, de que yo andaba dando piruetas por ciertos escenarios de la corte. Al salir de casa oí una voz que cantaba el *Spirto gentile* inolvidable de *La Favorita*.

Aquel inesperado rasgo de erudición musical y de buen gusto me interesó.

—¿Quién canta?—pregunté.

—Don Juan—repuso Milagro:—un vecino que está loco. El pobrecillo ya es viejo: en sus mocedades estuvo casado con una tiple de ópera, que huyó con el tenor de su compañía. Don Juan, que la adoraba y era rico, se dedicó á seguirla, limitándose á verla desde el patio de butacas, y persiguiéndola de ciudad en ciudad, ha recorrido todo el mundo.

Aquella historia que mi hermana refería sin emoción, me impresionó poderosamente y continué escuchando, obligando á mi familia á escuchar también. Don Juan cantaba con voz robusta y serena que llenaba el silencio de la tarde, y á ratos, en virtud de inexplicables humorismos que tal vez adquirió con la costumbre de ocultar sus dolores, interpolaba en el curso de la melodía doliente toques de corneta ó bufonescos redobles de tambor. Milagro me refirió otros varios pormenores relativos á la historia y costumbres de aquel extraño personaje. Su mujer había muerto en una ciudad italiana, y don Juan, para despedirse de

ella y besar su cadáver, hubo de solicitar este favor del hombre con quien su mujer vivía entonces. Aquella catástrofe coincidió con su ruina y determinó su locura: un tío suyo, único pariente que le quedaba, por no meterle en un manicomio, le volvió á su pueblo natal, y allí vivía solo, sin otra compañía que la de una anciana sirvienta, con fueros y prerrogativas de ama de llaves. Por lo demás, don Juan era hombre campechano y muy corriente, que simpatizaba con todo el mundo y tomaba activa parte en las diversiones que algunos vecinos organizaban al aire libre en las noches de verano.

Don Juan habitaba delante de nosotros una casita con un largo balcón que una excentricidad suya convirtió en conejera. Cuando salimos á la calle vimos al pobre loco que iba y venía por la acera cantando aires de ópera y con las manos cruzadas atrás: era un hombre de mediana estatura, de bigote y ojos grises y una calva vulgar bronceada por el sol; aunque vestido pobremente, sus ademanes tenían desembarazo y distinción; representaba cincuenta años. Al vernos se detuvo, dando á su busto actitud respetuosa y galante. Milagro me presentó á él.

—Mi hermana Isabel.

—Señorita...

Inclinóse más aún, con apresuramiento exagerado, poniendo su mondo cráneo á la altura de mi cintura.

—Aquí tienes á don Juan, el mejor barítono... ¿no se llama así?... de treinta leguas á la redonda: ha viajado por todo el mundo y conoce á los mejores artistas europeos. ¿No es cierto, don Juan?... Isabel también es artista, de esas que andan por los teatros... ¡pero, de las buenas!...

El acento de mi hermana era zumbón; don Juan, siempre cuadrado militarmente delante de mí, volvió á inclinarse, sin sonreír; sus ojos adquirieron una leve expresión de tristeza: parecía avergonzado de hallarse allí, tan caído, en medio de aquellos patanes que se burlaban de él.

Después, colocada entre mi hermana y

mi madre, que no cesaban de hablarme, hice varias visitas; al pasar por delante de algunas tabernas, los mozos allí reunidos dejaban de hablar para examinarme: yo sonreía distraída, mirando al espacio, holgándome de despertar tanta curiosidad. En todas las casas adonde fuimos, nos recibieron muy bien; algunas muchachas, más jóvenes que yo, tocaron la guitarra en honor mío; después me invitaron á vino y á frutas y me enseñaron sus huertas, explicándome el nombre de los árboles y cogiendo hermosas flores con que adornaron mi pecho y mis cabellos: caminábamos cogidas del talle y yo reía con ellas, pero sin participar de su ingenua alegría, poseída de una nostalgia muy dulce. Todas preguntaban:

—¿Estará usted mucho tiempo aquí?

Mi madre me miraba con sus ojos húmedos, ensombrecidos por la costumbre del llanto, pidiéndome una respuesta consoladora: yo volvía á reír tristemente, comprendiendo que aquella realidad venturosa y serena, no vencería los hábitos aventureros de un pasado demasiado largo. En la virtud perfecta, como en el libertinaje desenfrenado, las almas desequilibradas se ahogan, y aquel círculo de rostros ingenuos, llegó á oprimirme la garganta.

—No sé—repuse evasivamente,—no sé... De todos modos, cuando me vaya será para volver muy pronto...

En el cielo, de un fuerte color azul obscuro, comenzaban á brillar algunas estrellas; mirándolas, suspiré; recordaba mis amores con Perico Francos y el aspecto de aquel solar sobre el cual el crepúsculo de la tarde encendía un lucero.

—¿Qué hará Pedro?—murmuré.

Regresamos á casa ya de noche; Justino, que había salido á buscarnos, nos acompañó; él y mi hermana caminaban delante; yo pensaba que, á no haber salido de allí, ya estaría casada y con hijos, acaso feliz: algunos perros ladraban en la lejanía silenciosa del campo, la brisa murmuraba en las hojas inquietas de los álamos plateados por la luna; sobre la naz augusta del pueblo dormido se alz

ba la voz del loco, cantando trozos de ópera interrumpidos con toques de corneta y redobles grotescos de tambor; oración ridícula, profana y mística á la vez, rezada sobre los recuerdos, tristes como cenizas, de su gran pasión muerta.

Por la noche me acosté temprano y dormí tranquilamente; á la mañana siguiente mi madre y yo fuimos á la iglesia; en el trayecto encontré varias condiscípulas de colegio que, habiéndome reconocido, corrieron á saludarme con efusión conmovedora.

El templo era un edificio vetusto, con suelos de ladrillo, paredes enjalbegadas y techo de madera renegrido por los años, el polvo y el humo de los incensarios; entre los intercolumnios hábilmente simulados en la línea general de los muros, había algunos cuadros cuyas figuras parecían brochazos amarillentos sobre el hollín de los viejos lienzos; al fondo, enfrente del coro, el altar elevaba su mole sencilla; una lámpara de plata, suspendida en el comedio de la nave inmensa, contradecía á Galileo, trayéndonos con su inmovilidad la impresión de que el mundo está quieto; los confesonarios pintaban sobre el blanco de la pared manchas negras; los Reyes Magos adoraban á Jesús en un hermoso rosetón de cristales multicolores...

Mi madre rezaba, puesta de hinojos sobre el primer peldaño del altar; yo, en pie, como sobre una torre, abarcaba de una mirada toda mi historia: lo que era, lo que fui, lo que había de ser. ¿De dónde vengo? ¿Adónde voy?... En aquella iglesia me bautizaron; la pila bautismal estaba allí, á la izquierda, guardando en su panza de mármol el agua con que la fe lava las culpas; allí celebré la primera comunión y escuché vestida de blanco, mi primera misa. ¿Y luego, más adelante, dentro de algunos años, cuando mis ojos se hubiesen cerrado á la luz?... Me aterraba la idea de cruzar por el mundo sin dejar rastro de mí, como resbalan las ficciones de la luz por el cristal de los espejos. Yo moriría y la iglesia quedaría allí, con su nave bajo la cual las volutas

soñadoras del incienso se aplastan, y su suelo de ladrillo sobre el cual el temor de la suprema justicia ha doblado tantas generaciones de rodillas pecadoras... ¿Qué camino lleva más derechamente a la virtud? ¿El de la castidad y el ascetismo que buscan la paz moral en la ignorancia, ó el del vicio, que es dolor, guiando al arrepentimiento por el declive rápido de la desilusión y del cansancio?...

Un leve ruido de pasos me hizo volver la cabeza; era don Joaquín, el cura; mi madre se levantó también, santiguándose.

—Buenos días, don Joaquín... Vea usted á mi niña, á mi Isabel... ¿No se acuerda usted de ella?

El cura, luego de contemplarme unos instantes, repuso:

—¿Cómo no?

Y me alargó la mano; una mano de cera, blanca y fría, que yo estreché turbada. Era un viejecillo sesentón, menudo de cuerpo y delgado; sus cabellos blancos tenían la melancolía de las nevadas; él me vió nacer; sus ojos azules, de un azul claro, parecían sondearme, preguntándome por la perezosa que sus manos me dieron sobre la pila bautismal...

Hablamos de todo y hablamos mucho: él lamentó su pobreza extrema y el mal estado de aquella iglesia donde celebró misa durante cuarenta años; la nave estaba plegada de goteras, la torre en ruinas, una de las campanas rota y sin badajo.

—Esto—añadió—no tiene remedio; el Ayuntamiento nunca tiene dinero y mis fieles, desgraciadamente, son tan pobres como yo...

Según hablaba la depresión que implica toda súplica, iba dulzurando su voz y dando á sus ojos, antes acusadores y curiosos, expresión dócil y jermifaca. Diríase que, adivinándome rica, solicitaba algo de mí. Súbitamente me asaltó una inspiración que más tarde me ha proporcionado muchos ratos buenos: hacer una iglesia... El cura movió á un lado y otro su cabeza blanca, en señal de duda.

—Eso—dijo—cuesta mucho.

—¿Cuánto?

—¡Oh, no sé! Así, á bulto, no puedo calcularlo... Una iglesia, por pequeña que sea, es inmensamente mayor que una casa: lo mejor, por tanto, sería pensar en ir restaurando la que tenemos.

Después cambiamos de conversación, procurando don Joaquín penetrar en mi pasado con hábiles preguntas. Bajo su exterior suave, adiviné al fanático; yo, aunque sin propósito de molestarle, encomié el buen curso de mis negocios; la afición al baile aumentaba y los empresarios de teatros ofrecían de año en año contratos mejores. Preguntóme don Joaquín si de mi matrimonio me habían quedado hijos, y como mi contestación fuese negativa, pareció entristecerse, recordando quizá su vejez solitaria arrastrándose bajo la techumbre del templo en ruinas. Su pena logró emocionarme; los curas viejos y virtuosos, me inspiran gran compasión. Los sacerdotes son como ramas cortadas, caídas en el polvo, á quienes la sombra irritada de su padre pregunta: ¿Qué fué de mi apellido? ¿Cómo dejaste que mi sangre se esterilizase en tu cuerpo inútil? ¿Qué hiciste de los nietos á quienes debiste enseñar mi nombre?... Y don Joaquín debía de escuchar aquella voz acusadora cuando sus manos misericordiosas se abrían sobre la cabeza de los recién nacidos.

Permanecí en mi pueblo ocho días más, renovando amistades de la infancia y reviviendo escenas olvidadas: todos, hombres y mujeres, me trataban con solicitud y respeto conmovedores; las más virtuosas, vencidas por la autoridad del dinero ó por la leyenda con que mi madre había disfrazado mi historia, solicitaron mi saludo; organizáronse en honor mío dos giras campestres.

Una noche fui presentada por don Joaquín á don Toribio, el alcalde, que ya no recordaba de mí, pero que fué gran amigo de mi padre, y yo expuse mis deseos de regalar al pueblo una iglesia nueva: para levantarla no repararía en gastos; de todos modos calculaba que, con sesenta ó setenta mil duros habría ha-

tante: don Joaquín y don Toribio quedaban encargados de buscar sitio idóneo para la erección del edificio, y ellos cuidarían de administrar prudentemente el dinero que yo fuese remitiéndoles y de vigilar las obras. Al día siguiente domingo, don Joaquín habló á sus fieles desde el púlpito de mi, recomendando mi mucha devoción y virtud, presentándose como espejo de damas devotas, é invitando á las muchachas que distraen su mocedad con noviazgos y diversiones de poco momento, á imitar mi conducta. Oyendo á don Joaquín, Milagro y mi madre lloraban.

Por la noche anuncié á mi familia mi próximo viaje: aquella tarde había recibido carta del marqués de Lágaro; una carta muy cariñosa, rogándome no le dejase solo mucho tiempo. En pocas palabras y para templar el dolor de la separación, demostré á los míos la conveniencia de no reñir con aquel hombre de cuyas generosidades y buen afecto tenía recibidas pruebas innúmeras; y pues todos viviríamos de él, todos debían ayudarme á conservarle. Mis visitas á Gabriela y á mi tía Rosario, que se mudó nadie sabía dónde, las aplacé para mejor ocasión. Al día siguiente, después de almorzar, Justino, Milagro y mi madre, me acompañaron al mesón donde había de subir á la diligencia que pasaba, camino de Sevilla, á las cuatro y media: de todos me despedí llorando; al subir al vehículo, deslicé entre las manos trémulas de mi

madre, un billete de cien pesetas: don Toribio el alcalde, y otras varias personas que tuvieron la bondad de salir á despedirme, me saludaban agitando su pañuelos; don Joaquín, conmovido, balanceaba sobre su cabeza blanca su sombrero de teja.

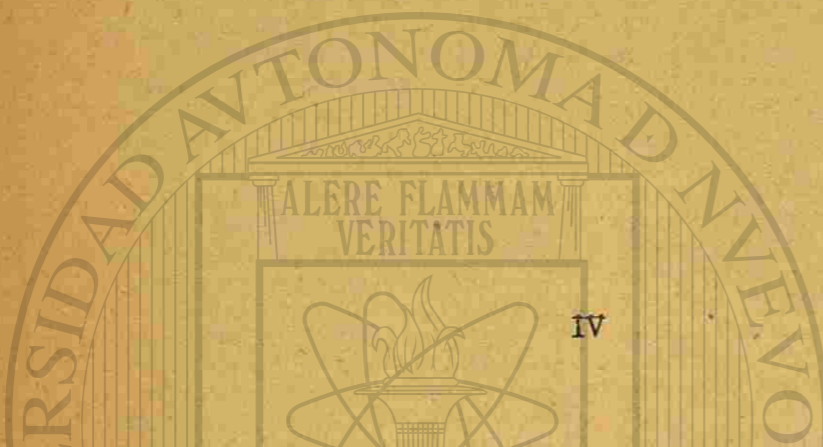
—Adiós, hija mía..., adiós, Isabel...

—Buen viaje.

—¡Adiós todos!... Hasta la vuelta...

Yo saludaba moviendo las dos manos, y aun guardo la impresión de aquella escena: á un lado el parador, con su techo puntiagudo y sus paredes blancas, y cerca de él, en medio del polvoriento camino que la diligencia iba dejando atrás, un grupo de mujeres y de hombres, que agitaban los brazos; la negra solana del cura, el chaquetón gris del alcalde y el percal de los trajes femeninos, faldas azules, pañuelos amarillos y rojos, todo apiñado, como las flores en un ramillete. Yo me alejaba llevándome la dulce seguridad de que todos me creían buena. Por la noche, en el tren, recordando á mi madre pensaba como muchos años antes: «Ahora, la pobre de mi alma, estará durmiendo; ahora no sufre...»

Y luego rendía el ánimo á la generosa ilusión de mi nuevo proyecto: veía el pueblo reposando entre sus bosquecillos de álamos y la iglesia, aquella iglesia obra mía, cuyas campanas don Joaquín echaría á vuelo siempre que yo volviese allí, perpetuando mi nombre al levantar bajo el azul inmenso su torre de ladrillo...



Paco Narbona satirizó lindamente el proyecto de regalar á mi pueblo una iglesia nueva. ¡Su Isabel devota!... Gracioso descubrimiento. El comprendía que yo desease comprar una finca ó levantar un palacio almenado, con torreones, fosos y puentes levadizos; pero, ¡una iglesia! ¿Eso, para qué sirve?... Comprendiendo que sus bromas me lastimaban, habló seriamente; él hubiese querido satisfacer todos mis caprichos, que tales eran su gusto y su obligación, ya que renuncié por su amor á todos los hombres; pero sus negocios iban muy mal; la fortuna, en el juego, le era adversa; concluyó insinuándome tímidamente la necesidad de suprimir el coche ó de mudarnos á un cuarto más pequeño. Aquellas confesiones, cuya noble sinceridad comprendí después, me lastimaron: de pronto me sentí vendida y como en el aire, expuesta otra vez á las tormentas de lo imprevisto, cual si el piso que hasta entonces juzgué resistente se trocase en una de esas inseguras techumbres de hiedra que cubren la boca de los abismos.

—¡Yo pensaba—dije—que, coadyuvando á mi proyecto, me regalases quince ó veinte mil pesetas para los primeros gastos!...

Narbona sonrió tristemente:

—¡Pobrecilla! —repuso:— desde hace algunos meses procuró ocultarte mi situación real, pues creo que las mujeres, como los niños, son seres delicados para quienes los graves problemas de la vida no deben existir. Te confesaré, no obstante, pues mi negativa, para no ser descortés, necesita explicación, que mis dos mejores fincas están hipotecadas y que debo actualmente, más de trescientas mil pesetas.

—Es una de esas situaciones—añadió sombrío—que incitan á ver el porvenir, todo el porvenir, metido en el cañón de una pistola.

Otra tarde comuniqué á mis amigas Carmen Arellano, Augusta y Consuelito Vera, las impresiones de mi viaje y el propósito de fundar una iglesia: todas celebraron este deseo piadoso, y don Pablo Ardémiz, que estaba presente, me animó á realizarlo, con razones muy discretas: nadie sabe lo que el mañana reserva: más adelante, pasados quince ó veinte años, quizá sintiese yo deseos de reposar, buscando en el campo la paz que las ciudades populosas niegan á los viejos licenciados de la vida, y para entonces bueno era ir preparando un rinconcito donde dormir tranquila y, á ser posible, algo santo y grande que nos abra

16 Febrero.

las puertas de los hogares honrados y ponga nuestro nombre y el de nuestros padres á cubierto de injuriosos recuerdos. Obedeciendo á una indicación mía don Pablo tornó á verme al día siguiente, pues deseaba referirle minuciosamente y sin testigos mi conversación con el marqués de Lágaro, y rogarle se informase de cuanto hubiese de cierto en la apurada situación financiera de Narbona. Ardémiz, á quien aquellas noticias no sorprendieron, pues de ello le habían hablado diferentes personas, prometió averiguarlo todo, y pocos días después volvió trayéndome nuevos y aflictivos pormenores: Paco estaba arruinado; la noche antes había perdido en el Círculo seis ó siete mil pesetas...

—Narbona es bueno y te quiere—añadió don Pablo,—y no le creo, por tanto, capaz de abandonarte; su hacienda es tuya... Sin embargo, yo, como estoy más cerca de ti que de él, te debo un consejo: Paco, aunque noblote, es atropellado y vehementemente, tiene carne suicida y no sería extraño que terminase su historia trágicamente. Procúrate, pues, un refugio, un sólido punto de apoyo, antes de que la enemiga fortuna te cierre repentinamente todos los caminos.

Los consejos de don Pablo no cayeron en saco roto y, contra mi costumbre, pues siempre fui imprevisora y sin juicio, resolví hacer lo que la mucha experiencia y fino tacto de aquel buen amigo me indicaban. El marqués de Lágaro, además, no me agradaba completamente: mi alma tímida hallaba en su carácter embravecido y aventurero, algo muy fuerte, abrasador, asfixiante, como el aliento de los hornos.

Entre los individuos que más frecuentaban la casa de Consuelito Vera había un señor magistrado, pariente lejano ó amigo íntimo del embajador del Brasil, de cuyo apellido no recuerdo, pero á quien todas llamábamos don Alberto. Era un hombre que ya pasaba de los cincuenta años, muy elegantón y peripuesto, con la barba y los cabellos canosos, los ojos lascivos y una sonrisita azo-

rante inalterable; la sonrisa de quien sabe de su interlocutor algún secreto íntimo y picaresco. Las heteras más ruinosas de Madrid, habían sido queridas suyas; Cleopatra Morales le debía toda su fortuna, y la Pellizcos, que tanto brillaba á la sazón en los escenarios parisinos, era rica por él. No obstante sus asiduidades para conmigo, don Alberto me repugnaba, no ya por su expresión de innoble concupiscencia, sino por lo que Consuelo y otras compañeras que tenían razones para conocerle íntimamente, me habían referido. Don Alberto, siempre que me tropezaba en el teatro ó en casa de alguna amiga, batallaba por sentarse á mi lado y luego procuraba atraerme despertando mi curiosidad con proposiciones obscenas.

—Si tú quisieses—decía—te enseñaría placeres nuevos.

Yo, disgustada, miraba á otra parte.

—Los conozco todos, don Alberto.

—¿Estos de que hablo también?

—También.

—Imposible; no los sabe nadie; no se los he dicho á nadie y los inventé yo mismo anoche...

Por aquellos días mi madre me escribió, diciéndome que Justino había estado enfermo y que tal contratiempo contrató gravemente el curso de sus negocios. Al final de la carta leí una postdata de don Joaquín, que me enviaba afectuosos recuerdos, recordándome así, por modo indirecto y cortés, mis ofrecimientos. Dos meses más tarde recibí otra carta de mi cuñado, notificándome nuevas desgracias: la falta de lluvia retrasó la siega y á última hora apareció la langosta llevándose lo poquito que había. Terminaba pidiéndome dinero, pues su mujer se hallaba en meses mayores y la comadrona esperaba el parto de un momento á otro. Haciendo un gran esfuerzo, pues mi situación pecuniaria no era boyante en tales momentos, remití á Justino cien pesetas en sobre certificado, añadiendo cándidamente que sentía no ser más espléndida pero que recurriesen sin empacho á mí siempre que fuese menester. Otro día me

enderezó el cura una carta muy pulida que á tiro de cañón se adivinaba fué escrita con borrador y falsilla; y luego el mismo don Joaquín y don Toribio, el alcalde, me anunciaron haber hallado lugar á propósito para la nueva iglesia en cierto paraje que llaman «Los cipreses», situado ocho ó diez metros, lo menos, sobre el nivel general del pueblo. Finalmente, mi madre volvió á escribirme rogándome dijese categóricamente qué resolvía en la cuestión de la iglesia nueva, pues tanto el cura como el alcalde no cesaban de preguntárselo y todo el pueblo, enterado de mis promesas, tenía los ojos puestos en mí.

Viéndome sin recursos y rodeada de pedigüeños, acudí á don Pablo Ardémiz, en busca de consejo. Luego de escuchar-me atentamente, mi anciano amigo repuso:

—¿Tú tienes verdaderos deseos de levantar esa iglesia?

—Yo, sí.

—¿Y si no pudieses lograr tu propósito sufrirías mucho?

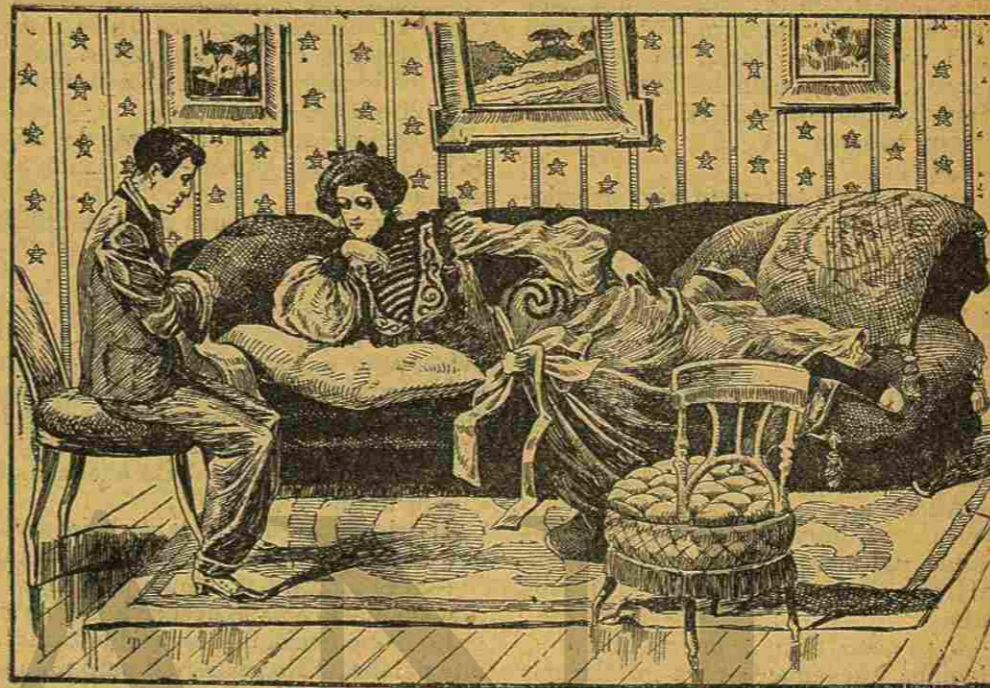
—Muchísimo; no ya en mi amor propio, pues hay en el pueblo un partido, el de los Alvarez, que me es contrario, si no también en mi fe y en el cariño apasionado que dedico á todos los míos.

—En tal caso—replicó don Pablo—acomete la empresa, de cualquier modo, atropellando todos los obstáculos: lo importante es dar el primer paso, colocar la primera piedra, aunque sea sacrificándonos; una vez puestos en movimiento, el impulso adquirido nos lleva hacia adelante: la inercia tiene fuerza enorme.

Seguí los consejos de Ardémiz y sin otras vacilaciones pedí á Narbona dinero para comprar ropa, y vendiendo algunas alhajas y empeñando otras, reuni hasta dieciséis ó dieciocho mil pesetas, de las cuales dos mil fueron para mi madre y hermanos, cuyas corias necesidades no habían menester de mayor cantidad para remediarse, y las restantes fueron á manos de don Joaquín y del alcalde, á quienes interesaba comprasen inmediatamente el terreno que el proyectado templo ocu-

paria. Realizado este esfuerzo, gocé la alegría íntima y tranquila que produce la conciencia de las buenas obras. Ocho días después recibí una carta que firmaba el cura, don Toribio y cuantas personas de algún viso había en el Ayuntamiento, notificándome cómo aquel cabildo, lleno de admiración y agradecimiento hacia mí, había acordado en sesión magna y por unanimidad, poner mi nombre á la calle principal del pueblo: la carta de mi familia era también muy cariñosa, y las gotas de agua que salpicaron el pliego emborronando no pocas palabras, me probaron que todos habían llorado escribiéndola. El impulso del primer paso entusiasma á los más tibios, y yo misma me sentía arrastrada por él; varios vecinos me escribieron felicitándome, llevando hasta mí el entusiasmo admirativo de los analfabetos que ya repetían mi nombre en la plaza, ante la puerta de la iglesia antigua, echando sus sombreros al aire. Paco Narbona, que no leía mi correspondencia, se admiraba de que mi corto viaje al pueblo me hubiese granjeado tantos y tan buenos amigos; yo disimulaba, para no alarmarle. Raros eran los días en que el correo no me traía noticias nuevas: don Joaquín, quizá por malicia, acaso por noble y paternal interés hacia mí, puso en campaña todas sus relaciones para dar á mis generosos donativos la mayor popularidad: un diario sevillano dijo que la bella bailarina andaluza Isabel Ortego, había prometido espontáneamente costear las obras de una iglesia que, por iniciativa suya, comenzaba á levantarse en un pueblo inmediato á aquella capital; finalmente, supe que el Casino, una especie de café cuyo salón solía habilitarse en tiempo de feria para representaciones teatrales, había trocado su nombre, un tantico pomposo y difícil para lenguas lugareñas, de «Casino Hispalense», por el de «Círculo Isabel». Entre tanto los Alvarez, enemigos de mi familia, rabiaban.

Confesaré ingenuamente que aquella apoteosis, aunque modesta, era deslumbrante para la muchacha que, como yo, jamás pensó seriamente en ser famosa.



...Julio, aunque abrasado por el deseo no osaba moverse. (Pág. 124)

bién me escribió diciendo que mi sobrina Virginia estaba enferma. Todos eran disgustos. La única alegría que vino á endulzar tan triste situación, me la proporcionó Julio, aprobando con notas de «sobresaliente» las dos asignaturas del primer curso de bachillerato. Estábamos á mediados de Enero.

Al fin sucedió lo que no podía menos de ocurrir, pues los criminales van adormeciéndose en el pecado hasta que la confianza de quedar impunes les hace despertar en el castigo.

Una noche Julio Maldonado y yo, suponiendo que el marqués de Lágaro, según inveterada costumbre suya estaría en el casino, fuimos á cenar á uno de los comedorcitos reservados del café Habanero, del que serán muy contados los madrileños aventureros que no recuerden.

La habitación donde nos hallábamos era una estancia cuadrangular, sin otros adornos que un espejo con marco dorado y algunas cromos; la mesa, oculta bajo un mantel blanquísimo, ocupaba casi todo el perímetro del comedor; alrededor había varias sillas; un diván de felpa verde invitaba á los amantes á sentarse juntos. Acababan de servirnos el café cuando llamaron á la puerta que el camarero dejó cerrada; Julio y yo nos miramos y vi el terror pintado en sus pupilas desmesudamente abiertas. Volvieron á llamar.

—Abre—murmuró Julio.

Yo repuse entre dientes.

—No...

—¿Por qué?

—Es él...

Maldonado hizo con la cabeza un gesto

afirmativo; luego se levantó, encogiéndose de hombros con la resignación estoica de quien sale al encuentro de la muerte porque no puede evitarla. Yo denegaba con la cabeza, agitando los brazos en el espacio desesperadamente: él me preguntó con un ademán:

—¿Qué hago?...

Y avanzó hasta la puerta, significándome con aquella entrega voluntaria que estábamos perdidos y que, pues no había ventana ni resquicio por donde escapar, toda resistencia era inútil. Yo grité, aferrándome á la vida:

—¡No, no!...

Tornaron á llamar, esta vez con más fuerza.

—¡No abras!—repetí.

Desde fuera ordenaron:

—¡Abre!

Era la voz breve, imperativa, inconfundible, del marqués de Lágaro. Transcurrieron algunos segundos. Narbona añadió:

—Si no abris, echo la puerta abajo.

Hablaba quedamente para no alarmar la curiosidad de los camareros; su aparente tranquilidad acabó de aterrarme. Julio lentamente, con la sumisión fatal con que los objetos abandonados en el radio de atracción de las vorágines van aproximándose al abismo, acercóse á la puerta y abrió. Paco Narbona penetró en el comedor empuñando un revólver; la ira le había demudado el rostro dando á su cutis moreno la blancura del mármol: Julio retrocedió instintivamente, buscando tras la mesa un refugio contra la primera acometida de la fiera. Narbona murmuró:

—Salga usted.

Hubo una pausa.

—Salga usted...—repetió el marqués;—vámonos... á la calle...

—¿Para qué?

—Para matarle á usted... quiero matarle... á eso he venido.

Sus pulmones, sofocados por la ira, jadeaban con un anhelo que llenaba la habitación; sacudimientos nerviosos contraían sus músculos faciales, poniendo so-

bre sus labios una mueca sanguinaria, que descubría sus blancos y apretados dientes de animal carnívoro. Julio, inerme y sin medios de defensa, había dejado caer los brazos, rindiéndose á la muerte.

—Tire usted—dijo.

—O sales—rugió el marqués de Lágaro apretando los puños—ó te mato aquí mismo.

Maldonado repitió con la impasibilidad desesperante de las estatuas:

—Tire usted...

Narbona extendió el brazo; fué un segundo terrible; sin duda el gatillo había comenzado á recorrer su camino fatal, ese espacio pequeñísimo donde la inmensidad de la muerte está encerrada... De pronto, yo que hasta allí permanecí quieta en mi asiento, me levanté exclamando:

—¡Quietos!

Mi grito represó un instante la intención del marqués, dándome tiempo á añadir:

—Si le matas, has puerto para mí...

¿Qué elocuencia suprema hubo en mi gesto ó qué decisión irrevocable tuvieron mis palabras? No recuerdo: pero algo sobrehumano, fascinador, irresistible, divinizó mi ademán, por cuanto Paco Narbona no disparó. Aquella fracción de segundo bastó á descubrirme lo ventajoso de mi posición.

—Si le matas ó le hieres—insistí—hemos concluido; habías de despedazarme... ¡y no sería tuya!...

Mi voluntad, siempre animosa y varonil en los trances de verdadero peligro, reaccionaba infundiéndome soberanos arrestos. Yo era lo único que podía impedir el choque de aquellos dos hombres; mi amor, impeliéndoles al uno contra el otro, imposibilitaba, sin embargo, su siniestra conjunción; por reconquistarme completamente ninguno de ellos hubiese retrocedido ante el crimen, pero el temor de perderme irremisiblemente, les contenía: yo era, pues, como las puntas de hierro, que atrayendo al rayo lo evitan. Paco Narbona bajó el brazo acobardado ante la idea de morir por mí.

—¿Qué hago entonces?—murmuró desfallecido,—¿qué hago?...

—Si prefieres tu venganza á mi amor—repuse,—mátale, ahí le tienes... Pero si quieres conservarme, vámonos.

El marqués de Lágaro guardó su revólver maquinalmente; su actitud y la expresión de su rostro revelaban cansancio inmenso. Después, hablando consigo mismo, murmuró:

—¿Cómo matarle, si no podría vivir sin ella?

Yo repetí, acercándome á él:

—Vámonos...

Le debía aquella reparación; Julio me miró angustiado, temiendo por mí. Yo le tranquilicé con un gesto... El marqués dió media vuelta y salió del comedor sin levantar la cabeza y dando traspies como un borracho: al bajar la angosta escalerilla que conducía á la calle, hube de agarrarle del brazo, tan extremadas eran su debilidad y alalamiento. Por la calle caminamos sin hablar, apoyándonos el uno en el otro: él soliloqueaba devorado por la misma idea fija:

—¿Cómo vivir sin ella?... ¿Cómo vivir sin ella?...

Esta pregunta, para la que la sublime ceguedad de su amor no hallaba contestación, la repitió incalculables veces en menos de media hora; llegamos á nuestra casa y el sereno acudió á abrirnos la puerta. Viendo que Narbona permanecía inmóvil y como idiotizado en medio de la acera, pregunté:

—¿Subes?

—No.

Tardó un poco en responder; yo añadí:

—¿Volverás pronto?

—No sé.

Aquella noche le esperé hasta muy tarde; ya de madrugada, el sueño me venció lejándome profundamente dormida. A las cuatro de la tarde del otro día hora en que Julio Maldonado, adoptando grandes precauciones, fué á verme, el marqués de Lágaro aun no había reaparecido. Comprendí que una terrible desgracia aleteaba sobre mi cabeza; la miseria ó la muerte me acechaban; ciertamente Narbona, si no se había suicidado ya, era porque pensaba asesinar me. Temiendo

otra celada despedí á Julio, citándole para la tarde siguiente, á las cinco, en la esquina de las calles Fuencarral y Hernán Cortés. La noche transecurrió sin incidentes, la emoción me impidió comer, las criadas, extrañando mi sobresalto y la ausencia del marqués, parecían tan preocupadas y tristes como yo. De madrugada volví á mi dormitorio decidida á proporcionarme algún reposo; pero mis nervios sublevados rechazaban la quietud; encendí luz y el aspecto de los muebles tranquilos contribuyó á serenarme un poco: abrigaba un presentimiento descomunal, la necesidad de un largo viaje que trocase mi situación radicalmente: los adormidos recuerdos de mi pretérito vivir aventurero despertaban; los años que duraron mis relaciones con el marqués de Lágaro debían de ser como paréntesis abierto en la ordenada relación de mi historia, como calderón con que el cansancio interrumpió el turbulento poema sinfónico de mis bacanales y de mis escandalosos triunfos de gran cortesana, ó como oasis donde la fatigada caravana descansa algunos días para luego, y con más ánimos, reanudar su viaje: yo, por tanto, debía reverdecer mis antiguos laureles báquicos, romper el círculo de pobreza con que mi pasividad y estancamiento iban cercándome, explorar horizontes nuevos, vencer á la fortuna y conquistar el porvenir de una vez. Discurriendo así, la idea de un dilatado viaje tornaba á preocuparme. ¿Por qué no emprenderlo? ¿Quién podía vedarme la realización de aquel añejo y agudo deseo?... Quizá de este caso dependiese el logro de mis dos ambiciones mayores: ver la iglesia de mi pueblo terminada y á Julio Maldonado con carrera. Invertí el resto de la noche en contar mis recursos: poseía cincuenta ó sesenta duros en billetes, y más de treinta mil pesetas en vestidos y joyas; según los cálculos menos optimistas, todo ello, por mal vendido que fuese, me permitiría presentarme en el magnífico mercado de París decorosamente. Ya muy de mañana tuve la fortuna de poder dormir algunas horas.

Aquel día fué de asonada en Madrid; á cada momento pasaban bajo mis balcones pelotones de guardias civiles montados y grupos de paisanos dando vivas y muevas de cuya verdadera intención y finalidad mi atribulado espíritu no pudo percatarse; probablemente estaba relacionado todo ello con la luctuosa jornada de Santa Isabel, que salpicó de sangre inocente los claustros de la Universidad Central, porque recuerdo que en aquella época don Antonio Cánovas del Castillo ocupaba la presidencia del Consejo de ministros, y Villaverde la cartera de Gobernación. Eran las diez de la mañana cuando desperté; Narbona no había vuelto aún. Inmediatamente ordené que llamasen á mi modista y, vistiéndome ligeramente, salí en un coche llevando en un maletín casi todas mis joyas; desde luego visité al joyero que me las vendió, y después recorrí varias casas de préstamos, en todo lo cual invertí más de dos horas, pues las patrullas de agentes de seguridad que ocupaban militarmente las encrucijadas principales de la ciudad, me obligaron á dar grandes rodeos. Cuando regresé á mi domicilio, llevaba en la cartera nueve mil pesetas; la modista ya estaba esperándome. Al saber que yo trataba de vender mis vestidos, admiróse hasta el pasmo: su primer ademán fué de negación y protesta; aquello era un disparate; yo insistí, probando la necesidad de mi viaje, rebajando con esta indiscreta confesión el mérito de la mercancía; ella, venteando un buen negocio, fué cediendo poco á poco, oponiéndome capciosos obstáculos: al fin logró adquirir mis mejores trajes en menos de la tercera parte de su valor.

A las dos de la tarde mi doncella volvió á recordarme que el almuerzo estaba servido presa de la inquietud febril que me había espoleado durante toda la mañana, empecé á comer precipitadamente, con ese apepito nervioso de los viajeros. De súbito recordé que Paco Narbona podía volver y esta probabilidad me intimidó: ¿cómo explicar la ausencia de mis vestidos y de mis joyas? Además mi semblan-

te debía de acusarme, cual si llevase escrito allí el propósito de fugarme. Mi terror era tan grande, que perdoné los postres y el café. Cuando ya me levantaba, el timbre de la escalera vibró largamente; no pude reprimir un grito y comencé á pasarme las manos por la cara procurando serenarme. Era el cartero que me traía con una carta de don Joaquín, un eco de mi pueblo, durmiendo tranquilo lejos del mundo que ambiciona y que lucha. No queriendo dejar nada inconcluido detrás de mí, contesté al cura por estilo expresivo y lacónico:

«Su carta me sorprende con un pie en el estribo. Esta noche salgo para París. Desde allí remitiré á usted fondos.»

Después, vestida con un elegante traje liso de paño negro, un largo gabán inglés y un sombrerito redondo, corrí á la calle llevando todo mi equipaje en un maletín de viaje. Las criadas me preguntaron si mi ausencia sería larga.

—No—repuse;—y si viene don Paco podéis decirle que he ido á pasar en Aranjuez tres ó cuatro días.

Eran las tres de la tarde y yo estaba citada con Julio á las cinco: aquellas dos horas, de una longevidad interminable, las entretuve en el solitario café de Ambos Mundos, recordando señas de antiguos amigos que en épocas diferentes me escribieron desde París. Entretanto, la imagen pálida y triste del marqués de Lágaro aparecía sentada delante de mí atormentándome, apercebida á cerrarme el paso no bien tratase de dirigirme á la puerta. Cuando llegué á la calle Hernán Cortés, Julio ya esperaba; yo iba en coche; él, comprendiendo la utilidad de aquella precaución, abrió la portezuela rápidamente y subió al vehículo. Ordené al cochero nos llevase á la estación del Norte. Maldonado preguntó:

—¿Qué significa esto?

—Que me voy.

—¿Dónde?

—A París.

—¡A París!—repitió alelado,

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo, dentro de un momento, en el exprés de las seis y cuarenta y cinco.

Hubo un corto silencio.

—¿Sola?—interrogó Julio.

—Sí, sola.

Procuré explicarle clara y sucintamente lo comprometido de mi situación: era probable que el marqués de Lágaro, cuya desaparición nada bueno auguraba, no tardase en buscarme para castigar por estilo sangriento y cruel mi traición; además, Narbona estaba arruinado y á su lado, por tanto, sólo podía aguardarme un mañana de privaciones, alambicamientos y miseria, Julio, presa de fortísimo dolor, rompió á llorar.

—Quiero irme contigo—sollozaba;—me he acostumbrado á tu cariño; faltándome tú me faltan compañeros, madre, alegría... ¡todo!... ¡Todo se va, yéndote tú!

Aun sin reprimir mis lágrimas, procuré consolarle: él necesitaba concluir el bachillerato para comenzar en seguida su carrera de abogado: yo, entretanto remediaría mi descalabrado peculio, volviendo á bailar ó buscando algún amante dádovoso que pudiera librarne del naufragio y conducirme á seguro puerto y si aquel hombre codiciado no llegaba, sería indispensable reunir dos ó más, hasta que el cociente de tantos sumandos fuese digno de mi ambición y de los nobles destinos á que me creía obligada. Todo ello, indudablemente, era muy triste, muy feo y hasta aborrecible si lo examináramos desde el punto de vista de nuestro excelso amor, más no por esto, menos necesario.

—Cuando sea rica—añadí aplastando bajo mis labios ilusionados la boca angustiada de Julio,—volveré á reunirme contigo para pertenecerte completamente.

En el andén, ante la portezuela del vagón que había de trasladarme á la frontera, abracé á mi amado, esforzándome en templar su acerbo duelo. También le entregué doscientas pesetas para libros, matriculas y gastos de pupilaje, rogándole fuese juicioso y exhortándole á no olvidarme.

—Acuárdate—dije—de que soy tu amante y también tu madre, y de que cuanto daño me hagas recaerá sobre tu cabeza, pues hemos de volver á reunirnos muy pronto.

La pesadumbre de Julio era tan inmensa, que tentada anduve de atropellar por todo y llevarle conmigo; más inmediatamente reflexioné que su compañía podía perjudicarme mucho, pues amén de las horas que su amor robase á mi interés, los hombres adinerados huyen de las mujeres que tienen un amante pobre. La locomotora silbó pidiendo vía libre; un empleado pasaba cerrando las puertas de los vagones; vibró una campana.

—Adiós, Julio.

—Adiós, chacha; adiós, sí... que escribas...

—Que seas bueno.

Subí á mi coche, el tren rodaba despezando sus férreos anillos á lo largo del andén: Julio me despedía agitandó su pañuelo empapado en lágrimas; entre nosotros la memoria y la distancia comenzaban á tejer el hilo dorado del recuerdo. Tenía yo entonces veintisiete años.

24 Marzo.

Contra la opinión, muy generalizada, de que los españoles vivimos en una perpetua bacanal, debo decir que España es el pueblo más triste, cejijunto y estúpidamente juicioso de Europa; el pueblo donde se come y se bebe menos, donde hay menos adulterios y menos suicidios. La pobreza y fatal estancamiento de las industrias y riquezas nacionales por una parte, y el quietismo frívoluno, herencia páfida de los siglos medioevales de otros han sumido en un maramasmo del cual libraremos difícilmente.

Repasando las columnas de nuestra prensa diaria nos convenceremos de que en este país desdichado, antaño manantial copioso de vida activísima, jamás sucede nada notable. Todo es uniforme aquí: nuestras cortesanas son vulgares y feas; nuestros aventureros disipan su salud en las tabernas pacíficamente, sin genialidades artísticas que disculpen y em-

bellezcan su desenfreno; nuestros criminales también son impulsivos vulgares, que sólo manejan el revólver ó la navaja, y que jamás sabrán explorar en las siniestras regiones del asesinato horizontes nuevos de ensañamiento y crueldad: la vida racional corre sin convulsiones, todos los días se parecen, cada año es reproducción fidelísima de los precedentes y modelo ó patrón de los venideros: todas nuestras cursis visten según el mismo figurín, todos los hombres hablan y caminan del mismo modo; como no hay luchas intelectuales, el aburrimiento y la rutina son los dos únicos pastores encargados de guiar este triste rebaño; nuestros escritores siguen imitando servilmente á los clásicos, sin comprender que el arte, en sus detalles y dintornos menores, debe modificarse con las costumbres, pues la época moderna exige de la literatura nuevos alambicamientos y sensaciones en armonía con la ciencia; ante los modernos problemas sociales, nos encogemos de hombros; nuestros filósofos, después de lo que Vives, Feijóo y Balmes dejaron escrito, no se atreverían á añadir una página más: los extranjeros que vienen á visitarnos, nos dedican el prolijo examen que merecen los fósiles guardados tras las vitrinas de los museos; nosotros correspondemos á su natural extrañeza con la curiosidad más impolítica y descortés: nos maravillan el desenfado de sus costumbres, el corte de sus pantalones, el monóculo sujeto al ojal superior de sus levitas, el color rubio de sus cabellos; todo lo que no sea genuinamente español, lo convertimos en objeto de admiración burlona; lo más inocente, siempre que sea algo raro, nos apasiona y conmueve: la hazaña del hombre que mata á su querida, no nos escandaliza tanto como la despreocupación de dos novios que se besan ó que se fugan para formar un nido: aquí Baudelaire no hubiese podido salir á la calle, como lo hizo en París, con el pelo pintado de verde, sin exponerse á morir lapidado.

Digo esto, porque la impresión que en mí produjo la existencia calenturienta de

París y de Londres, fué inmensa: allí todo está permitido, lo más grande parece pequeño, lo más original y descarrilado, es moneda corriente; como en todos los pueblos realmente libres, cada cual camina á su destino sin discutir ni morder los actos ajenos. Quizá la sociedad francesa peque, como sus grandes actores, de enfática y soplada, pues siempre creí ver en ella algo convencional y postizo; mas tales defectos no obscurecen las ventajas que hacen de París el pueblo excelente y simpático por antonomasia.

Los lances peregrinos donde estuve presa y los descomunales tipos que pasaron cerca de mí podrían contarse por docenas.

No bien llegué á la gran cosmópolis visité á un amigo de don Alberto, llamado Benito Lamarca, que tenía en la calle de San Honorato una agencia filatélica. Lamarca era solterón, rico y vicioso; me recibió cariñosamente y ofrecióse á presentarme en un círculo de amigos; yo acepté la invitación; las nociones de francés que aprendí siendo niña me sirvieron de mucho; una semana después, los aventureros del *boulevard* volvían la cabeza para verme pasar en un landó que me costaba mil trescientos francos mensuales.

Quince días más tarde, Lamarca y otros amigos suyos, franceses todos, me llevaron á un círculo, donde, por invitación y á espaldas de las autoridades tolerantes, iban á batirse el atlético Juan Galber, que el invierno anterior mató á puñetazos en el castillo Gried un oso de dos años, y Luys, príncipe de los boxeadores escoceses: alto, enjuto, animado por un egoísmo temerario, invencible bajo sus músculos de acero. Asistían al combate más de quinientas personas, banqueros y nobles millonarios casi todos, entre los cuales comenzaron á cruzarse desde los primeros momentos apuestas formidables. A mi lado estaba el duque dinamarcués Edelmiro Wandirweld, gran camarada de Benito Lamarca. Wandirweld, me examinaba atentamente, registrándome el cuerpo y el alma con la mirada lancinante de sus ojuelos azules; luego cam-

bió en voz imperceptible algunas palabras con Lamarca y siguió observándome. Yo fingía no percatarme de nada, hablando con una linda francesa que meses después murió trágicamente en los alrededores de Trouville arrastrada por un caballo desbocado. Casi todos los espectadores se habían sentado ya; el Jurado estaba constituido, los luchadores se observaban de reojo mientras fortificaban sus brazos desnudos con friegas de ungüentos analépticos: sobre la pista, dos arcos voltaicos derramaban una catarata de luz blanca. Wandirweld, viéndome presa en la fiebre de interés y codicia que dominaba á la concurrencia, preguntó:

—Todos apuestan: ¿quiere usted que hagamos lo mismo? Así el combate nos parecerá más interesante.

Benito Lamarca me hizo disimuladamente un signo afirmativo, dándome á comprender que el opulento dinamarcués estaba enamorado de mí. Yo le complací:

—Bueno—repuse.

—¿Por quién apuesta usted?

—Por Juan Galber.

—Hace usted bien: yo, sin embargo, no me arredro y apuesto por Luys. ¿Qué jugamos?

—Lo que usted guste.

—¿Dinero?

—Bien—dije alzándome de hombros.

Miróme fijamente, temiendo que su proposición fuese rechazada. Luego, sonriendo:

—¿Quiere usted—preguntó—jugarse el corazón? Es usted hermosa y me gusta usted mucho.

La originalidad de tal oferta me entusiasmó.

—¡Corriente—exclamé;—muy bien!

—Si gano...

—Tiene usted la palabra.

—Desde esta noche me pertenece usted.

—Conformes.

—Si pierdo...

—Hemos concluido para siempre.

—Usted lo dijo. No hablemos más.

Lamarca y sus amigos reían, haciendo votos fervorosos porque Wandirweld ga-

nase; yo, como es de adivinar, unía secretamente mis preces á las suyas. En los primeros momentos Galber obtuvo gran ventaja, agobiando bajo sus férreos puños al rey de los boxeadores escoceses: pero luego, enardecido por los aplausos tributados á su rival, Luys se rehizo; sus músculos adquirieron elasticidad y vigores nuevos; su espíritu heroico, insensible al dolor, se rebeló contra la derrota y la muerte. Hubo para los luchadores una tregua de diez minutos; después se reanudó la pelea. Galber recibió dos golpes formidables: el primero creo le partió la mandíbula inferior; el segundo le derribó en tierra de bruces, echando sangre por la nariz y los oídos. Sobre el cuello inerte del vencido, Luys, aunque magullado, puso gozoso su planta vencedora.

El espectáculo había terminado; los amigos de Lamarca nos rodearon á Edelmiro Wandirweld y á mí, felicitándonos calurosamente por nuestra improvisada unión. El duque se levantó diciéndome flemáticamente:

—Me pertenece usted.

Y puso sobre mi cabeza su diestra enquantada.

—Tiene usted razón—repuse riendo;—usted manda en mí; vámonos...

Aquella madrugada Luys, que estaba entre sábanas vendado y bizmado, supo, por su ayuda de cámara, que dos señores principales deseaban verle. ¡Eramos nosotros, Edelmiro y yo, que volvíamos de conar aturdidos aún por los vapores del Frontián y del Champagne!

—Caballero—dijo Wandirweld inclinándose respetuosamente ante el lecho del herido;—merced á los vigorosos puños de usted, esta señorita, que es mi alma, me pertenece.

Y refirió nuestra apuesta. Luys, á fuer de buen sajón le escuchó impasible.

—¿Y bien?—preguntó.

—Que esta noche...—balbuceó el duque borracho,—la noche mejor de mi vida... se la debo á usted... y no he querido regresar á mi hotel... sin antes darle las gracias.

El duque Wandirweld me lanzó en el

torbellino de aquel caótico y presuroso vivir: era un tipo incomprensible, estrafalario, de viejo millonario que, aburrido de lo normal, rebuscaba lo extravagante. Los carnavales, coincidiendo con la aurora de nuestra pasión, imprimieron á mi delirio nuevo impulso: al baile de la Gran Opera fuimos, yo disfrazada de Eva, y Edelmiro de fauno barbudo, con el seco cuello al aire y dos dorados cuernecillos sobre la frente; en la batalla de flores de Niza, mi carroza obtuvo el primer premio; un periódico ilustrado publicó mi retrato; preciosa efigie en donde mi cuerpo desnudo se insinuaba tras una nube de gasas.

Terminado el Carnaval, Edelmiro y yo fuimos á Monte-Carlo. Una noche me puse á jugar: una multitud cosmopolita, elegante y viciosa, invadía los salones anegados en luz; los correctos fraes pintaban manchas graves sobre las espaldas desnudas de las mujeres; sobre los cabellos negros ó rubios y las gargantas blanquísimas, los brillantes y las esmeraldas resplandecían; una orquesta de cíngaros llenaba de voluptuosas armonías el espacio. La suerte me favorecía; en menos de media hora gané ocho mil francos. Cerca de mí había un individuo alto, casi albino, á quien mortificaba mi excelente fortuna; á cada momento me miraba y sus ojos relucían coléricos entre los manojitos de pestañas blancas. Su aire petulante me irritó; jugó cien mil francos á un rey y perdió; tornó á jugar otros mil duros, y volvió á perder; lanzó una interjección soez y nuestras miradas se cruzaron:

—Es usted hermosa—dijo.

—Gracias—repuse secamente.

—Sin embargo, me trae usted la mala suerte.

Me encogí de hombros y le oí murmurar palabras rencorosas en un idioma ininteligible: indudablemente estaba borracho. Cuando, cansada de jugar, me dirigí al jardín, sentí que me cogían de un brazo: era él...

—¿Cuánto?—preguntó.

Le miré duramente, sin responder. El agregó:

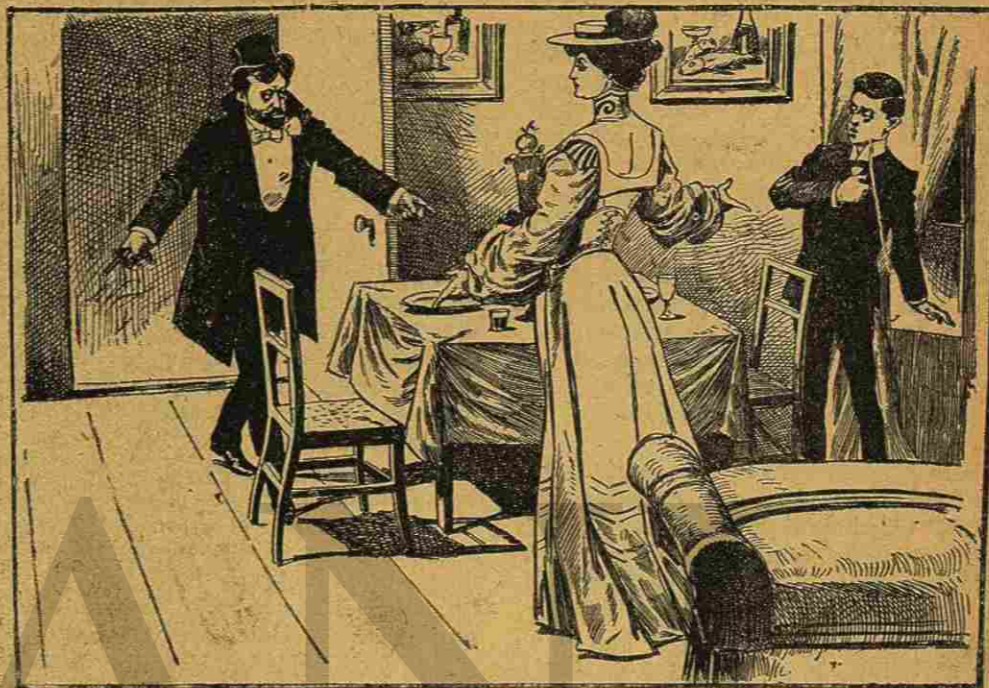
—Aun me queda dinero. ¿Cuánto vale usted?...

Sin contestarle saqué un pequeño revólver y disparé dos tiros sobre el indiere, procurando no herirle. El estampido de las detonaciones provocó un escándalo indescriptible; fui presa y conducida á la delegación de donde el duque Wandirweld, más enamorado de mí que nunca, me libertaba un momento después; los periódicos repitieron mi nombre en la sección de ecos mundanos; el eco de aquellos pistoletazos resonó en todo París, conquistándome una reputación; mi prestigio creció como por ensalmo: aquella semana el correo me trajo más de cincuenta cartas de amor suscritas por personalidades importantes.

Aunque viviendo á mi lado, el duque Wandirweld, ó por indiferencia de su carácter poco celoso, ó por cálculo, no demostraba ignorar el libertinaje de mis costumbres: la fiebre del dinero me dominaba; para ganarlo, ni la distancia, ni el cansancio, ni los peligros me detenían; por mi dormitorio principesco, lo más excelente de la sociedad parisina desfiló convertido, como Júpiter, en lluvia de oro.

Nunca, como entonces, comprendí que, para ser gran cortesana, es necesario mucho talento. La borrachera amorosa depende de la cantidad de ingenio y belleza que la mujer dé á beber en la roja copa de sus labios; como la de alcohol proviene de la dosis de vino trasegada; y por eso la hetera debe estudiar cuidadosamente el carácter del hombre con quien ha de habérselas, para así rendir su voluntad mejor y más pronto: cada amante requiere un trato suigéneris: éste es un crapuloso alegre, otro un concupiscente sentimental, aquél un romántico... y esto nos obliga á mantener nuestras facultades de observación en interminable alerta, batallando porque en los íntimos rasgos, miradas, conversaciones y demás modulaciones ó matices de tantos y variados dúos de amor, nuestra alma flexible no desentone.

Entre los tipos más notables que conocí durante aquella época, citaré al mar-



Narbona penetré en el comedor empuñando un revólver. (Pág. 130)

qués italiano César Llarías, y al aventurero ruso Kupling, que murió como un estafador después de vivir como un nabab. Ambos nombres van unidos á dos historias trágicas.

A Kupling le conocí en Londres: era hombre instruido y agradable, fuerte como un cosaco, sensual y lascivo como un turco. Kupling, que estaba casado cuatro veces, trabó relaciones amorosas en París con una amiga mía, llamada Evangelina; la infeliz, que era rica, se arruinó por él: una mañana amaneció asesinado y horriblemente mutilado en su lecho el banquero Gonnard; el móvil del crimen fué el robo; el presunto autor de tan atroz delito resultó ser Kupling; comprobado el hecho, el polígamo ruso fué condenado á muerte. Antes de ser puesto en capilla, Kupling, deseando popularizar á Evan-

MEMORIAS.—18

gelina y recompensar así su abnegación y los sacrificios que por él hizo, solicitó pasar con ella la víspera de su ejecución. Con tal propósito me escribió, y el duque Wandirweld, que se desesperaba por todo lo raro y era gran amigo del director de Mazás y de otras personalidades del Palacio de Justicia, puso en juego sus poderosas influencias para obtener secretamente el permiso que Kupling solicitaba. Al fin, lo consiguió: Evangelina disfrutó la última noche de su adorado; fué una noche siniestra que los dos amantes, incapaces de todo sentimiento alegre, pasaron llorando. Pero Kupling logró su deseo; su trágica muerte fué para mi pobre amiga una especie de herencia; desde el mismo día de la ejecución, Evangelina comenzó á ser famosa y á cotizar su hermosura á precio muy alto.

Al capricho del marqués César Llarías es también de una fúnebre y llamativa originalidad.

Yo estaba en relaciones con él cuando ocurrió lo que voy á referir. Honorata Preylón, que había envenenado con arsénico á la madre y á los dos hijos de su amante, fué condenada á muerte; el Jurado ratificó la sentencia: Honorata era una histórica bellísima, cuya sensualidad tuvo delirios y refinamientos enfermizos. Llarías, que siempre sintió punzante deseo hacia aquella mujer, quiso poseerla en la capilla, la noche vispera de su muerte.

—Sólo así— decía —lograré lo que ninguno de sus amantes consiguió: la seguridad absoluta, incontestable, de no haber sido nunca engañado.

Desmintiendo todo lo verosímil, Honorata Preylón aceptó con gusto la proposición del marqués italiano. Para facilitar la entrevista hubo influencias y recomendaciones á granel; fué una batalla terrible de intrigas librada en pocas horas. Al cabo César Llarías logró su objeto, si bien gastando en tal empresa cuatro ó cinco mil francos, por lo menos. El duque de Wandirweld y los carceleros que pasaron la noche junto á la puerta de la capilla, decían que aquellas bodas celebradas en los dinteles de la muerte con valor y desenfado inverosímiles, fueron un largo y no interrumpido delirio voluptuoso. A las tres y media de la madrugada, Honorata y César Llarías se despidieron. Ella quería que él presenciase su ejecución; deseaba dilatar aquella impresión hasta el fin, llevando en sus pupilas y en su carne, camino de la eternidad, el recuerdo de su último amante.

—Aunque no podamos hablarnos— decía —tu presencia, reanimándome, me proporcionará gran consuelo.

César Llarías prometió asistir al acto, pero no fué; Honorata le esperó inútilmente, buscándole con ojos ávidos entre la multitud; era muy temprano y el marqués, á quien el deleite desmazaró, se había quedado dormido.

Renunció al improbo trabajo de recomponer escenas que, por los vulgares y

uniformemente repetidas, apenas si dejaron una leve huella en mi memoria. Sólo diré que, enamorada y aburrida simultáneamente de aquel presuroso vivir, trabajé mucho, sin otro ahínco que el de ganar dinero para Julio y para mi iglesia. Las heteras, creo haberlo dicho ya en otra ocasión, son como los verdaderos artistas, que ponen en todas sus obras, aun en las más pequeñas, la mayor cantidad posible de alma; el buen actor, el escultor, el literato, trabajan siempre cual si de su creación última dependiese el crédito total de su firma: les aflige la idea de disgustar á un espectador inteligente; los más modestos abrigan la convicción secreta de que la posteridad, ¡toda la posteridad!... desfilará ante sus libros... Así las cortesanas procuramos dejar en nuestros amantes impresión agradable y duradera; los hombres se lo dicen todo y los aplausos ó la calumnia amasan prestamente en el laboratorio de las opiniones humanas, el prestigio ó demérito de las mujeres; las noticias corren pronto; cada amigo puede ser un elemento de beneficiosa propaganda ó un motivo de depreciación y aislamiento. Por eso las heteras, que son artistas ya que viven de la belleza y procuran expresarla por modo característico y personal, dando forma al enamorado pensamiento, poesía y románticas preseas al carnal apetito, modulación dulce á la voz, ritmo al movimiento y acordado impulso á la conciencia y á los sentidos, convierten sus dormitorios en escenarios donde trabajan como si un público inmenso las contemplase; y es porque sabemos que los hombres para cuyo regalo y placer nos desnudamos, son el tornavoz que luego lanzará al mundo el eco de nuestras excelencias ó defectos: por esto conviene dejarles contentos á todos y tener para cada cual una frase ó una caricia feliz. Afortunadamente de tantos combates parciales logré salir triunfante; en poco más de un año varios aristócratas se arruinaron por mí ó escaparon de mis cariñosas manos con la hacienda mal herida; mi cuarto de la calle Cambón era una casa de banca donde

diariamente se giraban caricias contra millares de francos, y las acciones que daban opción á mi cuerpo, estaban en alza. Jamás rehusé, por pereza ó cansancio ningún lance ventajoso; llegó momento en que mi nombre nubló la escandalosa celebridad de las aventureras parisinas más en boga; bajo mi dirección mi modista confeccionó é impuso un modelo de pantalones; los don Juanes del *boulevard* citaban familiarmente el lunar que tengo entre los dos emóplatos...

Julio Maldonado, mi madre y el cura don Joaquín, me escribían asiduamente: al primero, de cuya aplicación y buen comportamiento seguía recibiendo por conducto de mis amigas Consuelito Vera y Carmen Arellano, las mejores noticias, le enviaba doscientas pesetas los días primero de cada mes; á don Joaquín pude remitirle á fines de Septiembre y utilizando mi amistad con cierto banquero sevillano, una letra por valor de siete mil francos.

Todas las semanas, Julio me preguntaba:

—¿Cuándo vuelves?

A lo que yo, invariablemente, respondía:

—Espera, espera...

Era mi actividad, el empuje irrefrenable del torbellino, la codicia calenturienta del minero que trabaja por cuenta propia en un filón aurífero. Lanzada en pleno vértigo, mis bravías facultades primitivas cobraron nuevo incremento; nada calmaba mi ambición; la diosa Fortuna hubiese volcado sobre mi regazo el cuerno de todas sus riquezas sin lograr complacerme; pidiendo, mi boca tenía la succión devorante, inagotable, de la muerte. El duque Wandirweld, esquilmado y vendido por otros rivales más ricos, iba retirándose paulatinamente y sólo pasaba junto á mí, de tarde en tarde, como una sombra excéntrica y pálida, rezagada de los viejos días. Mi sed de riquezas multiplicaba mis energías y facultades; ni mis músculos se negaban al ejercicio de la bicicleta ó del baile, ni mi inteligencia á la conversación, ni mi estómago á la orgía;

la inercia del movimiento me impedía sentir el cansancio. Los hombres que pagan el amor, quieren verse complacidos en sus menores gustos; yo, sabiéndolo, cumplía con todos: poco importaba que unos amantes me tomasen sacándome de los brazos de otros; yo siempre me hallaba aperebida á la alegría y ninguno de ellos pudo jactarse de haberme visto desmayar. Algunas noches, no obstante, en horas contadas de reposo, pensaba en Julio: yo le daría una carrera, un empleo, acaso una diputación; después viviríamos juntos en un hogar para nosotros solos; quizá llegásemos á casarnos y nuestros hijos serían bautizados en aquella iglesia que ogaño mi devoción estaba levantado.

Rompiendo la larga serie de estas orgías, un poco tristes por el fin interesado que las inspiraba, cometí muchas locuras que proporcionaron esparcimiento ameno á mi carácter novelero é imbécil.

Vaya una entre cien.

Cierta noche, saliendo del teatro Olimpia, reconocí en un individuo que charlaba con otros, á mi antiguo amante Antonio Regenta; mi regocijo fué inmenso; el también se alegró mucho y nos abrazamos delante de los mirones, besándonos apasionadamente sobre los labios; luego subimos á mi landó.

—Esta noche— dije —vamos á emborracharnos... si no llevas dinero, es igual yo soy rica.

Mientras el coche nos conducía á un colmado de Montmartre, tuvimos tiempo de referirnos las líneas principales de nuestra historia durante aquellos últimos tiempos: la última temporada de invierno la pasó Antonio jugando en Monte-Carlo; se había casado y tenía dos hijos; su familia residía en Madrid. Yo le examinaba, hallándole un poco avejentado, con las sienes y el bigote sembrados de cabellos blancos, pero siempre guapo, decididor y elegante, con aquella su elegancia suigéneris de taurín de gran mundo.

Cuando terminó la cena, el champagne realizó su deliciosa labor de inconsciencia y heroísmo: todo se me antojaba natural y fácil.

—Ahora—exclamé—vente conmigo!

—¿Adónde?

—A mi casa.

—¿Vives sola?

—No. Vivo con Luis Sauté.

—¿El banquero?

—Sí; el banquero...

—¿Y si viene de pronto y nos sorprende?

—No vendrá.

—¿Pues?

—Porque ya estará allí.

Antonio Regenta, atónito me miró á los ojos. Yo lancé una carcajada loca.

—No importa—dije—esa es la gracia; pasar la noche allí aunque él esté...

Antonio quiso disuadirme de mi empeño, pero yo insistí mortificándole en su amor propio, llamándole cobarde, y él, que es hombre de arrestos, decidióse á correr la aventura.

Mi casa de la calle Cambón era un cuarto magnífico con escalerilla de servicio y cinco balcones; la cocina y los cuartos de las criadas estaban muy separados de mis habitaciones. Luis Sauté, mi amante oficial dormía en un espacioso gabinete donde, además de la cama, teníamos un soberbio lavabo de palosanto y dos armarios de luna; en la alcoba, forrada de linoleum, estaba el baño y un ancho diván donde yo, luego de bañarme, solía tenderme á reposar mientras mi doncella me perfumaba los pies.

—Aquí ha de ser—murmuré.

Regenta, que me seguía de puntillas, preguntó:

—¿Y Luis?

—Duerme ahí.

A través de los cortinajes que separaban el gabinete de la alcoba, llegaba á nosotros la respiración tranquila y rítmica del banquero dormido.

—Esto es una locura—balbuzeó Regenta.

—No importa—repuse—mejor...

Penetré sigilosamente en la habitación contigua, reapareciendo después con un revólver. Sauté gozaba fama de ser buen tirador; yo tampoco tiraba mal.

—¿Qué haces loca?—musitó Antonio.

—Vas á verlo.

Me acosté pecho arriba en el diván, dando la cara al gabinete y con el revólver preparado, dispuesta á disparar sobre Sauté si éste, para desgracia de todos, llegaba á sorprendernos. Luego dirigiéndome á Regenta, murmuré:

—Ahora, ven...

Felizmente, el banquero no despertó: el recuerdo, sin embargo, de aquella aventura, aun me hace temblar.

De pronto, aquella existencia delirante terminó. La tarde del once de Diciembre recibí el siguiente telegrama, firmado por Julio:

—Paco se ha suicidado. Debes venir. Te espero.

El mismo Sauté me entregó el telegrama intacto; al leerlo las lágrimas inundaron mis ojos; comencé á sollozar; aunque yo no amase al marqués de Lágaro con verdadero amor, debía llorarle: al fin, según todas las probabilidades indicaban, sólo mi ingratitud le llevó á la muerte.

—¿Qué es ello?—preguntó Sauté.

—Que un amante mío se ha suicidado.

—¿Por ti?

—Por mí...

Tras una breve pausa, el banquero repuso galante y flemático:

—Quizá hizo bien; una mujer como tú lo merece todo.

Repentinamente sentí deseos de volver á Madrid; parecíame que cuantas personas yo amaba podían imitar la conducta del desdichado marqués. Inmediatamente con esta resolución con que suelo unir la acción al pensamiento comuniqué á Luis Sauté mi propósito de regresar á España. El era hombre de mundo, curtido en toda suerte de uniones pasajeras, y frío; no obstante, mi brusca resolución le inmutó y quiso protestar; mas como leyese claramente en mis ojos la inquebrantabilidad de mi propósito, renunció á toda discusión, diciendo que podía marcharme cuando quisiera y comprometiéndose á vender los muebles de mi casa y á remitirme su importe. Yo acepté su oferta y le abracé conmovida, agradeciéndole lealmente aquel rasgo de desinteresada amistad.

Ocho días después llegué á Madrid, Julio, que había salido á recibirme á la estación, me refirió cuantos detalles sabia relativos á la muerte del marqués de Lágaro. Al verse abandonado por mí, apoderóse de él una terrible melancolía: encerróse en su casa evitando la molesta solicitud de sus amigos, no volvió á pisar ni teatro y continuó emborrachándose, pero sin que nadie le viese, entre las cuatro paredes de su alcoba, como los desgraciados que beben para suicidarse, mis éxitos exacerbaban más y más su dolor; sus criados le oían llorar por las noches...

Yo, recordando las generosidades de Paco Narbona, también le lloré mucho; su vida fué calenturienta, devoradora, como el vivir de las cortesanas; toda su hacienda fué mía; jamás hizo conscientemente nada que pudiera perjudicarme ó disgustarme; el tiro que le mató, popularizando mi nombre, fué para mí su última bondad.

Desde entonces, los caballos de mi landó, mis trajes, mis corsés, mis pantalones... Todo es negro. Muchos me llaman la *Dama Negra*. Este color, amén de orlarme con el recuerdo prestigioso de una leyenda romántica, perfecciona y exalta mi belleza; entre las gasas sombrías de mis camisas, mis senos parecen más blancos; bajo el ala de los grandes sombreros empenachados, sobre mi rostro pálido, los ojos y los labios viven la expresión atrayente, dramática y resignada á la vez, de los dolores inconsolables.

Mayo 1.º

Escribiendo estas *Memorias* imagino cumplir una misión moral. «Mañana saldría á escena—dijo Diderot— y me estimaría más grande haciendo llorar al malvado ante la virtud perseguida, que predicando desde un púlpito, con sotana y bonete cuadrado, tonterías religiosas interesantes sólo para los tontos que las creen.»

Estas páginas escritas familiarmente,

ingenuamente, con la sencillez heroica de las confesiones que imaginamos han de quedar eternamente calladas ó inéditas, tienen esa tristeza indefinible que en los espíritus fatigados parece renovarse á cada nuevo amanecer. Todo en el mundo muere y cambia los nombres más preclaros se pierden la fuerza coercitiva, abandonando las moléculas del granito, permite que los montes enhiestos se pulvericen, en la tumba donde los restos de Espronceda descansaron, sus admiradores solo hallaban sesenta años más tarde, el hueso frontal del gran poeta, un zapato de charol y un puñado de polvo. ¡Ah! Si las heteras, que vivimos tan cerca del mundo, porque lo apresurado de nuestras emociones nos prohíbe gozar vida interior, diésemos en publicar nuestros recuerdos, formaríamos una nutrida biblioteca que abonaría en pro del arrepentimiento y del ascetismo más que la *Imitación de Cristo* y todo el ramillete de obras místicas de su laya, pues nosotras, odiando la vida, sólo podemos enseñar á aborrecerla.

Nunca, mejor que anoche, presenciando desde los balcones de mi cuarto un eclipse de luna, he reconocido la insignificancia atómica de lo humano: la luna lucía en un cielo límpido manchado solamente por un pequeño grupo de nubes plateadas: el eclipse comenzó; la Tierra, avanzando, pintaba sobre el disco pálido de su satélite una panza negra. En esa curva—pensé—está todo: mares, cordilleras, naciones, hombres, inmortalidad: las tumbas de Alejandro y Virgilio, las glorias de Lepanto, cuanto los pueblos fueran y serán cabe en el perímetro de esa sombra; yo misma estoy allí... ¿Y qué vale eso en la inmensidad del espacio?...

Al salir de París, antes de que el tren comenzase á rodar, fui á ver la locomotora que había de volverme á España, y á los brazos de Julio en el breve intervalo de una noche. «Máquina—murmuré—cuidate y procura no descarrilar ni embestir contra ninguna hermana tuya, pues me llevas á mí, que corro hacia mi amor y no quiero morir sin abrazarle...» Y la

máquina, en cuyas entrañas rugen la voluntad y la impaciencia, parecía comprenderme. Regresé á Madrid... ¿Y qué?... Todo continuaba idéntico á como yo lo conocí: calles, plazas, paseos; las casas que derribaron ó los edificios que los hombres, con su pausado laborar de abejas, levantaron, constituían detalles inapreciables que no turbaban las líneas generales del cuadro; y éste me pareció peor, más triste: únicamente las personas eran distintas: las más se habían perdido; las que quedaban me parecieron diferentes; y es que con los lugares ocurre lo que á los hombres con las mujeres há tiempo poseídas; que las hallan invariablemente inferiores al recuerdo que de ellas conservan; y es porque hay algo intangible, pero excelentemente delicioso, que desaparece con las primeras impresiones, bien porque el tiempo trueca ó deslucé los méritos del objeto considerado, ó porque, á espaldas de la conciencia, la imaginación generosa todo lo magnifica y lo encumbra. Los abismos, cuanto más hondos, mejor atraen: por eso el mundo, que es sima, seduce tanto; todo desaparece en ella; sobre su brocal negro, el tiempo teje los cendales grises del olvido.

Releyendo los capítulos primeros de mi historia, sospecho que acaso algún espíritu inexperto podrá tildarlos de incongruentes ó deshilvanados, pues las escenas y los personajes se suceden sin que los actos de muchos de ellos influyan en la aparición ó eclipsamiento de los restantes; pero la culpa, si culpa hay en esto, no es mía, sino de la vida, donde los individuos van y vienen sin tener, en una inmensa pluralidad de casos, más que un leve y fugitivo contacto de codos.

Todos conocemos la impresión del teatro, lleno al principio de luces y aplausos, más tarde á oscuras, callado y vacío: las luces se apagan, los ruidos cesan, el cansancio empereza á los espectadores; el público se va: así es la vida... Ya lo dije en otra ocasión, queriendo desenvolver este mismo concepto: en los mundos físico y moral, todo es mudable: los flancos lapidarios de las esfinges, el lomo ru-

goso de las cordilleras, los contornos irresolutos de los mares, ¿qué son más que manifestaciones ó fases de una materia tan inconsciente y voltaria como la espuma de las olas; ni qué mayores títulos de solidez pueden ofrecer ante lo eterno que la hoja caída ó la nube que pasa? Y si esto ocurre á las creaciones seculares del basalto, el mármol ó el granito, ¿qué no les acontecerá á los hombres, inconstantes polichinelas arrancados al árbol de la vida, que cruzan el mundo empujados por el desatado huracán de las pasiones y del ensueño?... La historia es una especie de frase descolorida y ampulosa, como las carnes de esas mujeres rubias blanqueadas por la anemia: en éstas las venas y los músculos desaparecen bajo la grasa: en aquella, las hazañas de los héroes y de los mártires, las conquistas de un pueblo, el idioma de toda una civilización, se borran bajo el buril igualador del tiempo, achicándose como se empequeñecen los objetos camino del horizonte.

Al llegar á Madrid, sólo hallé cuatro ó cinco antiguos amigos que, al verme, demostraron gran contento; los demás, diríase que huyeron espantados por el suicidio del marqués.

—Indudablemente—pensé—toda aquella generación ha concluido.

Una tarde saludé á un íntimo camarada de Paco Narbona, quien agarrándose á uno de esos ofrecimientos vulgares que la urbanidad y la costumbre nos imponen, fué á visitarme al día siguiente. Era un individuo que alargaba la cabeza para caminar, descubriendo su cansancio en aquella desmayada manera de llevar los hombros. Más tarde, aun ignoro por qué, tornó á molestarme varias veces: siempre iba á la misma hora, asomando su cara triste por encima del cuello, un poco sucio, de su gabán abrochado. Bajo aquel gabán azul me parecía adivinar un cuchillo, la miseria, la delación, algo malo, en suma; sus viejas botas, al andar, jamás hicieron ruido. Consignando este último detalle pienso que el calzado nuevo chillá porque no quiere doblegarse, porque se rebela á mancharse de barro; luego, vencida su protes-

ta, se rinde y enmudece; así son los hombres vividos, como botas viejas, que, domadas por las desgracias y el uso, caminan por el arroyo callando y sin quejarse.

Aquel individuo, cuyo apellido he olvidado, es, con su silueta desdibujada y anónima, un símbolo de la vida en general, y particularmente, de mi propia vida. Mirando hacia atrás veo una multitud de cabezas pálidas; las rizadas cabelleras y los altos corbatines románticos pasaron; los fracs y los ahuecadores de la taldas femeninas también cayeron en desuso: lo pretérito no tiene fuerza: modas, instituciones, músicas, costumbres, todo perece; los hijos, devorando á sus padres, vengán los crímenes de Saturno. Únicamente, dominando tantas mutaciones, aparece el egoísmo, ocupando siempre la cabecera del festín humano. Por eso escribo estas confesiones con desencanto y hastío profundos, segura de que el ropaje con que vayan vestidas poco ó ningún valimiento han de añadir al mérito de la esencia. No hay que agrandar á los tártaros—decía Daudet,—sino á los atenienses. Yo presumo que los atenienses, que depuraron sus gustos viviendo la vida, sabrán comprenderme.

La tarde del día veinticuatro de Diciembre, Julio fué á verme después de almorzar; parecía muy abatido; yo le pregunté cuál era la razón de su disgusto.

—Es—repuso—que mi madre, á quien no veía desde muchos meses atrás, me ha invitado á cenar y no he sabido eludir el compromiso ¿Qué hago?... Mi gusto sería cenar contigo...

Reflexioné un momento, pensando enternecida en mi madre, á quien escribí dos días antes. También la madre de Julio, aunque liviana, querría á su hijo.

—Cena con ella—repuse;—es tu deber.

Me molestaba hallarme separada de Julio durante esa velada que trae á nuestra memoria tantas añoranzas, y porque una larga experiencia me probó que las Nochebuenas de las cortesanas suelen ser muy tristes.

—¿Qué harás esta noche?—preguntó Julio.

—Nada.

—¿Quieres que, ya tarde, á las dos ó dos y media de la madrugada, venga á buscarte?

Vacíle un instante, halagada por aquella proposición; pero cómo distraer las horas que hasta entonces faltaban?... De pronto, cambié de pensamiento: yo necesitaba aturdirme, bebiendo ó hablando con alguien. Cualquiera de los amigos que diariamente me visitaban, podían servirme para el caso.

—No vengas—repuse.

—¿Por qué?

—Tengo que hacer; cenaré con el baroncito del Copo.

Con la brusquedad y concisión de mi respuesta me pareció haber lastimado á Julio, y añadí suavizando la voz y dándole palmaditas en las mejillas:

—Ese barón es un títere antipático... pero, ¿qué remedio?... Ya me he comprometido...

Como siempre, Julio bajó la cabeza, absteniéndose de discutir mi voluntad.

Yo habitaba en aquella época un pisito entresuelo de la calle de Lope de Vega. El gabinete era una habitación moderna, con muebles frívolos y elegantes: formaban el mobiliario dos armarios de luna colocados simétricamente á ambos lados de la chimenea; jugueteros con entrepaños de cristal cargados de figulinas y sutiles chucherías perfectamente inútiles, confidentes de laca con asientos sedenos de brillantes colores y finamente bordados; butaquitas de felpa roja, mollares y emperezadoras como colehones de plumas: la alfombra y los cortinajes ahogaban los ruidos; adornaban las paredes cuadros y retratos empalidecidos por la penumbra; las notas vibrantes de la alegría y los apesarados arpegios del recuerdo, dormían en las entrañas de un piano cerrado: al fondo, en la alcoba, bajo un pabellón negro, estaba el lecho, altar augusto donde se muere y se bebe el deleite y se llama á la vida...

Momentos después de haberse marchado Maldonado y desmitiendo cuanto yo tenía previsto, llegó el baroncito del

Copo: le recibí amablemente, con una afabilidad á la que el pobre hombre no estaba acostumbrado.

—¿Cómo tan temprano?—pregunté.

—He salido—repuso—con el exclusivo propósito de verte.

—Gracias ¿Qué sucede? ¿Quieres quedarte á cenar conmigo?

Hizo un mohín significativo de disgusto; él no esperaba tanto, sólo deseaba pasar en mi compañía un rato agradable.

—Esta noche—añadió—por ser Nochebuena, ceno con mi padre. ¡Qué diablo!... Mis hermanas, mis primos, todas y todos... me rodearon suplicándome; tuve que ceder...

La noticia me contrarió, mas no intenté apartar al barón de su resolución, considerando que aun era temprano y que aquella visita no sería la última de la tarde.

—Bien—dije despidiendo al barón,—ve con tu familia; celebraré mucho que te aburras...

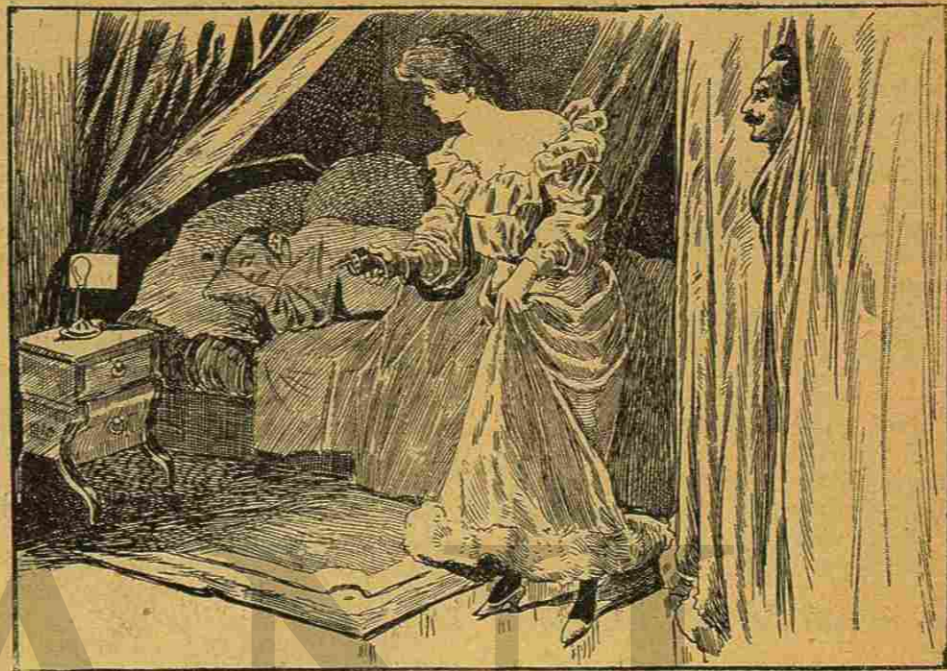
Fuese amohinado, prometiendo volver al día siguiente. Después de cenar me acerqué al balcón, limpiando con una toalla el vaho que empañaba los cristales: la nieve caía en gruesos y apretados copos; la calle y los edificios, vestidos de blanco, dibujaron sobre el cielo negro sorprendente paisaje; los coches rodaban sin ruido; un murmullo lejano de tambores, panderetas y zambombas, llenaba el espacio. Al principio pensé ir al teatro ó á visitar á Carmen Arellano; pero pronto cambié de opinión: ya era tarde, los teatros terminaban temprano, Carmen probablemente, habría salido con algún amigo... Preferí, pues, aguardar y fui á sentarme delante de la chimenea encendida, distrayéndome en contemplar cómo las llamas atacaban los trozos de leña. Mis reflexiones eran melancólicas; los cabellos, despeinados por las caricias inconscientes de los dedos, caían sobre mi frente; una expresión de apagado contento marchitaba la encendida fresa de los labios; mi cuerpo, apoltronado en un sillón, tenía el imponente y reposado abandono de las viejas estatuas. Sobre la chimenea

había un reloj y el grupo escultórico de la eterna virgen huyendo del sátiro insaciable, cuyos dedos se crispaban sobre las lamidas carnes marmóreas de la fugitiva; y eran dos objetos que simbolizaban el tiempo y el deseo: lo inconsistente, lo más triste, lo que pasa...

Permanecí absorta largo rato, el ánimo distraído en la contemplación de personas y parajes remotos. Yo era niña: tal día como aquél, no bien comenzaba á despuntar la aurora, mi madre nos llevaba, á Milagro y á mí, á la iglesia y luego á la plaza del mercado, de donde volvíamos provistas de pescados, frutas, tarros de rica almibar, turrón y otras vituallas: el resto de la mañana lo empleábamos en preparar las inevitables fuentes de natillas y de arroz con leche, y asistir á la degollación del inocente pavo ó del lucio marranito que al día siguiente serían sacrificados á la contenida voracidad de nuestros comensales. Terminado el almuerzo me veía corriendo por las calles del pueblo con otras chiquillas de mi edad, trepando á los árboles ó encendiendo hogueras en el egido; hogueras enormes que luego saltábamos recogiéndonos las faldillas á la cintura y con grave riesgo de morir abrasadas. Luego evoqué las últimas escenas de aquella jornada tan dulce: la cocina, con su ancha campana bajo la cual nací y envejecieron mis abuelos; y la mesa familiar, presidida por mi padre, alrededor de la que nuestros parientes se agrupaban, mostrando sobre sus servilletas anudadas al cuello, sus rostros á lo Van-Dyck, enrojecidos por la alegría, las conversaciones y el vino... Y pasados aquellos tiempos acudía á mi memoria el tropel de mis Nochebuenas errantes, solitarias, pasadas con gentes que me aburrían...

Interrumpí mi soliloquio para mirar al reloj; ¡eran las nueve y media!... ¿Qué hacer?... Seguí pensando, recordando...

Antes del almuerzo, había salido á pasear un rato en coche: frente al casino vi á Jacinto Valero, que me rogó le llevase á una casa de la calle de Serrano; iba apestando á esencias, elegante, limpi-



Penetré sigilosamente en la habitación contigua... (Pág. 140)

mi juventud en el extranjero, lo afirmo: sabe usted demasiado para vivir en este pobre país; ciertamente no merecía usted ser española.

Inés nos recibió llorando; los años habían matado en ella el deseo de agradar; sobre su vientre, hinchado por una antigua enfermedad secreta mal curada, se desplomaban los pechos lacios, desjugados y tristes.

—¿Cómo está Isaac?—preguntamos.

—Muy mal... muy mal, probablemente morirá antes de que salga el sol.

Penetramos en la alcoba del moribundo: allí estaba mi antiguo amante el novelista Mariano Cortés, acompañado de otro muchacho muy joven y de una mujer á quien yo no conocía. Hablamos rápidamente y en voz baja, cambiando un disimulado apretón de manos.

—¿Vienes á estudiar literatura, ver-

MEMORIAS.—20

dad?—le pregunté.—Seguramente no traes otro propósito que el de interpolar la agonía de este desgraciado entre dos cuartillas.

Sonrió ligeramente.

—¿Qué es de tu vida?—dijo.

—Nada ¡psch!... como siempre, ya ves...

—¿Te acuerdas mucho de mí?

Me alcé de hombros.

—No—repuse,—de ti, como de otros, me acuerdo poco, muy poco... pues pasasteis por mi lado demasiado deprisa. ¡Ya lo sabes! Fuisteis para mí como esas estaciones casi anónimas, donde los trenes expresos sólo se detienen un minuto.

Mariano Cortés me miró pensativo y, sin responder, hizo un nudo en su pañuelo. Lancé una carcajada; fué una risa estridente, que obligó al vizconde á volver hacia mi la prudente cabeza.

—Ya suponía—exclamé—que en esta

conversación había de regalarte una frase, por lo menos. Eres el hombre más aprovechado que conozco, pues vives de lo que escribes y sólo novelas aquello que has vivido, de donde se deduce que todo lo vives dos veces. Confiesa: ¿cuánto te dieron tus editores por haber estado en relaciones conmigo?...

La cabeza de Isaac Celaya, reposando sobre dos almohadas muy altas, tenía ya la elocuencia enigmática de las cabezas muertas: la frente brúida y bombeada, brillando á la luz; los ojos hundidos, anegados en dos círculos violáceos; el semblante terminaba en una barbita puntiaguda, como el de aquella eterna alma desequilibrada que Greco pintó tantas veces sobre un fondo de hollín; su nariz aguileña y sus labios exangües, convulsivamente cerrados, presentían la quietud de lo inerte; de cuando en cuando los pulmones, heridos por la tisis, destosian fatigados.

—¿Cómo anda ese valor, Isaac?—pregunté.

Los ojos de Celaya, distraídos por la agonía, se fijaron en mí.

—¡Ah, es usted, Isabell!... Si, estoy mal, me ahogo... El tiempo... no me ayuda... Este verano... ya se lo he dicho á Inés... quiero volver á mi pueblo. Allí, tomando baños de mar... me repondré...

Todos escuchábamos gravemente, como procurando conservar el eco de aquella voz que había de extinguirse muy pronto, y el perfil de aquel rostro que nadie volvería á ver en ninguna parte. La campanilla de la puerta de la escalera, vibró largamente; luego oímos la jubilosa algarabía de varias personas que iban allí á pasar la noche; después apareció una camarera pidiéndole á Inés, que lloraba en un rincón, tras su delantal, dos sábanas limpias. Observé que Mariano Cortés lo estudiaba todo, buscando en su imaginación de artista la forma gallarda de aquellas confusas sensaciones. Los amores de Inés y Celaya formaban una historia vulgar. Se conocieron, muchos años antes, en cierta casa de lenocinio que Isaac frecuentaba. Una noche Celaya ro-

gó á su amiga le permitiese pernoctar allí, pues no tenía dónde dormir. Aquella fué la primera vez que sus almas, descubriéndose mutuamente sus cuitas, se comprendieron y simpatizaron. Inés comenzó á entregarse á Isaac por capricho, por consolarle, y concluyeron yéndose á vivir juntos: ella tenía algunos muebles y buscó dos mujeres que la ayudaron á establecerse, pues eran trabajadoras y bonitas; él protegía los intereses de su amiga cuidando la casa, impidiendo cuantos escándalos pudiesen perjudicar la naciente industria. En medio de aquel cieno los dos envejecieron felices: fué uno de esos idilios oscuros que resbalan inadvertidos bajo la bulliciosa alegría de los honrados y de los fuertes.

Cuando salimos del dormitorio, Inés volvía anegada en lágrimas; inútilmente procuramos reanimarla; su dolor no tenía consuelo; Celaya era el único hombre que no la había vendido; los dos estaban solos, los dos se necesitaban.

—Muerto él—decía,—¿á quién le contaré mis penas?...

Mariano llamó mi atención tocándome en el brazo: quería presentarme á su amigo.

—Fortunato Muñoz, dieciocho años, estudiante... Quiere ser amigo tuyo. Parece que, repentinamente, se ha enamorado de ti...

Delante de mí un jovenzuelo, rojo de vergüenza, se inclinaba respetuoso: para ahorrarle las molestias de aquella situación, mi mano estrechó la suya, que estaba fría y trémula. Mariano agregó:

—Te le recomiendo; es un alma virgen. A ti también, que eres artista, te gustan las impresiones nuevas.

Dos semanas hacía que don Felipe Reina, vizconde del Pretil, era mi amante, y aunque ya llevamos viviendo juntos más de un año, aun dió mucho de penetrar su difícil y ambagiosa psicología. Felipe es el modelo arquetipo del perfecto diplomático; habla sin apasionarse, aunque elocuentemente siempre, y tiene aquel gesto sobrio que tanto recomendaba Diderot á los actores: aunava sus labios insulten,

sus ojos, eternamente indiferentes, sonrien; su rostro afeitado, viviendo sobre la apacible media luna de sus cabellos blancos, encubre algo impenetrable. He aquí un hombre á quien no podré conocer si, como dice el adagio, no cómo antes en su compañía una arroba de sal.

No obstante yo me sentía atraída hacia él, no ya por su generosidad y afable trato, sino por aquella superioridad mundana y aquel inmenso conocimiento práctico de la vida de que daba á cada momento pruebas inconcusas. Era viudo; los cinco hijos que tuvo de su mujer, también habían muerto. Una vez y como de reñón, Felipe me preguntó quién era Julio; yo, sin turbarme, le presenté como á sobrino mío, y él nada dijo. En diferentes ocasiones también sondeó mi pasado, queriendo averiguar la historia íntima de ciertas personas, y como yo me abstudiese de responder explícitamente y él advirtiera el cuidado que yo ponía en no descubrir á nadie, pareció muy satisfecho de mi discreción y delicada reserva. También procuró excitar mi codicia, poniendo á mi disposición cantidades grandes que, afortunadamente, no acepté.

Una noche, volviendo del teatro, Felipe me preguntó si estaba propicia á favorecerle en cierto sutil y enojoso asunto. Respondí afirmativamente, diciendo que me colocaba de parte suya sea cual fuere el peligro que hubiésemos de correr.

—Se trata—dijo—de llevar á un individuo, muy mujeriego, á cierta casa. La empresa, para una moza tan elegante y cumplida como tú, no es difícil.

—¿Quién es él?—pregunté.

—No puedo descubrirle—repuso el vizconde suavemente:—se llama Ángel; por ahora, no necesitas saber más...

El novelesco ropaje de aquella aventura animaba mi curiosidad.

—¿Y después que él y yo lleguemos á esa casa—añadí,—qué hago?

—Marcharte. En fin, descuida, pues acerca de todo esto ya recibirás oportunamente instrucciones minuciosas.

No pregunté más temiendo perder la confianza que el vizconde iba poniendo

en mí, y anhelando penetrar mejor las lobregues de aquel espíritu solapado.

A la tarde siguiente padecí la visita de Fortunato Muñoz, á quien el novelista Mariano Cortés me recomendaba en una carta que aun conservo como acabado modelo de perversidad é ironía. Le recibí en el gabinete y con cierta petulante fatuidad que desconcertó á mi adorador; el pobrecillo comenzó diciéndome que, dos noches antes, había tenido el honor de ser presentado á mí en casa de Inés la *Tristona*. Yo repuse distraidamente:

—¡Ah... sí!...

Sin embargo, como soy buena, me apenaba verle tan acoquinado y fuera de su órbita, mirándome con ojos suplicantes, como esperando el perdón del atrevimiento que tuvo yendo á visitarme. Entonces procuré ponerme á su nivel, escuchándole atentamente y riendo todas sus palabras, acercándome cariñosamente á su pobre alma tímida. Fortunato Muñoz tenía dieciocho años y cursaba en el Instituto del Cardenal Cisneros quinto año de bachillerato; después seguiría la carrera de ingeniero; eran varios hermanos; su familia estaba en buena posición...

—¿Saben en su casa que ha venido usted á verme?—pregunté.

—No, señora—repuso bajando los ojos,—en mi casa me tienen muy sujeto... á mi madre todo la parece mal... dice que en Madrid hay mucho vicio, muchas mujeres perdidas... y raras son las noches en que me deja ir solo al teatro.

Mientras hablaba, yo le examinaba atentamente, hallándole demasiado niño, segura de que aquellos labios frescos y rojos como los de una virgen, no habían besado aún. Fortunato Muñoz se marchó rogándome le autorizase para volver á verme. Repliqué por cortesía:

—Sí, venga usted cuando quiera: yo, por las tardes, siempre estoy aquí.

Mi ofrecimiento no fué olvidado: cada tres ó cuatro días y á la misma hora, Fortunato iba á verme; su compañía llegó á serme agradable; me divertían las actitudes de aquel niño grande que no sabía hablar ni sentarse delante de mí, y que

únicamente andaba oportuno en recoger los objetos que resbalaban de mis rodillas al suelo. Una tarde, viéndole muy callado, pregunté:

—¿Cómo viene usted á verme tan á menudo? ¿Está usted enamorado de mí?...

Tuve que insistir mucho para animarle á responder afirmativamente, tan grandes eran su cortedad y empacho.

—¿Y por qué no me lo había usted dicho?—agregué.

Bajó los ojos ruboroso y sonriente, registrando su magín, buscando una palabra que no hallaba. Yo insistí:

—Anda... repítelo... Isabel, Isabel, te quiero mucho...

La novedad de aquella escena me proporcionó un rato delicioso; Fortunato también parecía enajenado de alegría que arrasaba sus ojos en lágrimas. Después le despedí, diciéndole que esperaba la visita del vizconde. Ya en el recibimiento, viendo que se marchaba alargándome la mano suspenso y como hipnotizado, pregunté:

—¿Quieres darme un beso?

—Sí, señora... ya lo creo... ¿cómo no?...

Se acercó, levantando hacia mí su cara sonrosada, y yo acerqué la mía á sus labios, dejándome besar en las mejillas. A pesar de tales condescendencias, yo estaba muy lejos de enamorarme de Fortunato; lo que me llevaba hacia él era un capricho, una curiosidad de mujer gastada, como la que me rindió en brazos del jorobadito Cristóbal Soto. Mi corazón pertenecía á Julio Maldonado absolutamente: Julio era algo más que un amante; era un hijo, un testimonio viviente de mi poder y de mi bondad, una creación mía, como lo fué de Janin el detestable actor Debureau; y si, momentáneamente, cediendo á las imposiciones inevitables de la vida, tenía que dedicarme á Felipe Reina, siempre que miraba al porvenir lo hacía pensando en Julio, acariciando, entonces como ahora, la ilusión de pertenecerle completamente. La orfandad y pobreza de Julio, también eran para mí dos poderosísimos agentes de seducción, pues su mismo desvalimiento me llevaba á

continuar la obra benéfica que comencé al librarle del fango del regajo, mientras Fortunato Muñoz era rico y tenía padres, posición, carrera... y hay algo invencible, acaso inexplicable, que nos impide, á nosotras, las mujeres de todo el mundo, enamorarnos de un hombre feliz; sin duda porque la dicha es también despreocupación, olvido, ingratitud...

La curiosidad, sin embargo, me movía á examinar de cerca aquel espíritu temprano, atropellando su inocencia, descubriéndole gradualmente el supremo goce que él, seguramente, desconocía aún: aquel prurito de iniciación era un sentimiento fuerte; el innato capricho varonil que ofrece á las vírgenes apetecibles sobre las demás mujeres. Hacia Cristóbal Soto me empujó la compasión, el antojo de hacer muy dichoso, siquiera momentáneamente, al que siempre fué muy desgraciado; la dulzura de su trato, la necesidad que mi pobre carne, magullada por la pasión demasiado voraz del marqués de Lágaro, tenía de ser acariciada suavemente, y el deseo de tener un hijo: hacia Fortunato Muñoz me llevaba la afición de lo nuevo, el capricho de conocer lo inexplorado, de ver lo que nadie había visto; afición característica, inconfundible, de las voluntades aventureras.

Las conversaciones de Fortunato eran de una simplicidad seductora: unas veces me hablaba de su dinero, cual ofreciéndome su fortuna; otras decía que deseaba casarse, como invitándome al matrimonio; pero jamás se atrevió á formular su punzante anhelo de llegar á mí. En otra ocasión me comprometió á referirle mi historia: él sabía que Mariano Cortés y yo tuvimos relaciones íntimas, pero deseaba conocer el nombre de todos mis amantes, especialmente del primero, á quien aborrecía: el pobre muchacho estaba celoso de mí, con esos celos resignados pero terribles, que matan de tristeza á las palomas.

¿Cómo referirle la serie interminable de mis caídas y enamoramientos, ni cómo recordar las veces en que me vendí á cualquier precio como una lumia del mon-

tón, ni como hablarle de la iglesia que á mis expensas estaban edificando y de los temores que el porvenir de mi madre y de todos los míos me inspiraban? Esto último equivalía á decir que la noche de mis errores no había terminado, ya que, para dar frente á tantos gastos, necesitaba continuar vendiéndome. Para ahorrarme las molestias de una narración demasiado larga y evitar á mi candoroso interlocutor un sacrificio inútil, improvisé una novela sencilla: yo era viuda; mis primeros amores ilegítimos los tuve con el difunto marqués de Lágaro; después conocí á Mariano, á quien dejé para ponerme en relaciones con mi actual dueño don Felipe Reina, vizconde de Pretil. Fortunato escuchaba absorto y callado, entregándose á la ingenua bondad reflejada en mis ojos, dedicando á mis palabras la fe ciega, irreflexiva, con que la religión nos ordena acatar la excelsa magnitud y soberanía del primer principio. Fortunato creía en mí: sus ojos le hubieran dicho que yo mentía, la opinión universal de los hombres me hubiese condenado, y el pobre niño seguiría aceptando la lealtad de mis palabras, sin añadirle á mi historia una página más de las que yo, espontáneamente, quise descubrirle.

A pesar de todo esto, en la victoria que Fortunato Muñoz obtuvo sobre mí, influyó más que mi fugitivo antojo de descubrirle el bien sumo, la casualidad, la ocasión, que le llevó al deleite inopinadamente y como por la mano.

Era una emperazora tarde de Junio; yo me hallaba echada sobre un diván, los ojos medio cerrados, dormitando en la semiobscuridad del salón; fué aquel un día felicísimo para mí: Felipe Reina me había dado sin objeciones ni esfuerzo, ocho mil reales que la vispera le pedí, y Julio acababa de marcharse dejándome rendida de cuerpo y de espíritu. Un cansancio inenarrable siguió en mí á aquel dulce momento: yo adoraba á Julio con un doble amor de amante y de madre que me forzaba, no sólo á educarle, vestirle y defenderle de todo peligro ó asechanza, sino á impedir que buscara nada fuera de

mí. En determinadas ocasiones este sentimiento llegaba á constituir un caso morboso, casi repugnante: todo lo hacía pensando en mi amado y para bien suyo; buscando su placer, olvidaba el mío; si él de noche, hallándose reposando cerca de mí, me solicitaba, yo procuraba entregarme de modo que su mocedad quedase plenamente saciada, quitándole así el deseo de otra mujer: era un sentimiento análogo al que experimentan las mujeres cuando amamantan á sus hijos: Julio hubiera llegado á pedirme un placer nuevo, raro, doloroso, y se lo hubiera concedido para evitar la posibilidad de que su natural curiosidad lo buscara fuera de mí. Queriendo á Julio de esta suerte, como á hijo, llegué á comprender por qué muchas mujeres gastadas, en su odio al sexo fuerte, gustan de los hombres lampiños; sin duda porque les parecen menos machos...

Meditando esto me hallaba cuando llegó Fortunato; muy limpio, perfumado y bien puesto, llevando en una mano su sombrero de paja. Al verle, exclamé:

—Estoy sola, tengo sueño... ¿para qué vienes á molestarme?...

Desconcertado con tan agrio recibimiento iba á marcharse, bajando ante mi despótica voluntad su cabeza complaciente. Yo, divirtiéndome en abusar de su inexperiencia y timidez, le dejé llegar hasta la puerta, donde un gesto mío le contuvo.

—Si quieres—dije displicente y como entre sueños—quédate; pero has de acostarte conmigo.

Le vi acercarse á mí temblando, llevando en las mejillas el subido color de las amapolas.

—¿Quieres?—exclamé.

—Sí, si señora... pero, usted no habla seriamente...

Había dejado su sombrero sobre una silla; yo me levanté, dirigiéndome bruscamente hacia la alcoba; él me siguió callado, caminando con pasos insólitos de autómatas. Delante del lecho me quité la bata, quedándome en camisa; una camisa de seda verde con encajes que transparentaban mi carne blanca.

—Desnúdate—dije.

El sonreía perplejo y avergonzado, llevándose las manos al cuello como si quisiera deshacer el nudo de su corbata.

—¿Pero... es verdad?—balbuceó.

—Sí, hombre, sí—repuse con fingida impaciencia:—no lo ves, zote?

En aquellos momentos sólo me animaba un espíritu analítico, puramente artístico, como el que llevaba á Mariano Cortés á presenciar en la alcoba de un lupanar la agonía de un tísico.

Fortunato y yo nos acostábamos sobre las colchas, porque el calor era sofocante; yo pasé uno de mis brazos desnudos bajo su cuello, para dominarle mejor y tenerle más cerca; el pobrecillo estaba cohibido, los brazos cruzados, en la actitud que las monjas recomiendan para dormir. Yo me había destrenzado mis largos cabellos odorantes, echándoselos por la cara para aturdirle con su perfume; después le miré sonriente, sabiendo que su emoción, sobrecogimiento y empacho, le ponían muy lejos del deseo.

—Sé franco—dije:—¿tú has dormido con alguna mujer?

Contestó afirmativamente, con ese afán ridículo que los boquirrubios ponen en parecer hombres de mundo.

—Sí, muchas veces.

—¿De veras? ¿Como cuántas?

—¡Ah, no sé!... Muchas...

—¡Ah, no sé!... Muchas... Siguió mintiendo con un tesón necio que llegó á molestarle.

—Entonces—repuse.—tómame... ¿A qué esperas?

Fortunato, á pesar de mi invitación, permanecía turulato y remiso. Yo insistí. De pronto él rompió á llorar; lloraba á cántaros como lo que era: como un niño.

—Perdone usted... soy un tonto... No me atrevo... no me atrevo...

Quiso levantarse para ocultar su vergüenza lejos de mí; yo le retuve presa de repentino y maternal enternecimiento.

—¡Ah, bobo, bobo!—exclamé,—¡si ya lo sabía!...

Entonces fué cuando dió comienzo aquella escena exquisita de iniciación.

—Acaríciame—dije—como quieras.

Le cogí las manos.

—¿Te gustan mis pechos?

El asentía con la cabeza.

—Pues, si te gustan, tómalos; son tuyos...

Después, mis manos sabias resbalaron sobre su cuerpo. Cuando Fortunato se marchó, yo quedé muy satisfecha de haber sabido proporcionarme una emoción nueva, segura también de que mi nombre viviría en la memoria de aquel niño tanto como el recuerdo de sus padres...

Por la noche, según costumbre, recibí la visita del vizconde. Eran las ocho y minutos.

—¿Quieres—dijo—que le juguemos á ese Angel, de quien te hablé, la encerrona proyectada?

—Cuando gustes.

—Pues, toma.

Me dió una butaca para los Jardines del Buen Retiro.

—El individuo de que se trata—añadió Felipe—se hallará sentado á tu izquierda...

—¿Cómo lo sabes?

Hice esta pregunta, porque mi curiosidad derrotó á la reserva que voluntariamente me había propuesto tener en cuantos asuntos concerniesen al vizconde. Las cejas de Reina expresaron un leve sentimiento de desconfianza y disgusto.

—No necesitas saberlo—dijo:—lo supongo... Angel es un hombre algo más joven que yo, grueso, un poco calvo, con la barba casi blanca... Si, como sospecho, una vez terminado el espectáculo, quiere acompañarte, aceptas sus proposiciones, sean cuales fueren, y subes á un coche de alquiler que te llevará á la Travesía del Conde número... Subes al piso principal; te recibirá un individuo joven, completamente afeitado, á quien llamarás don Pepe, como si tuvieras confianza con él, aunque no mucha. Después, no bien Angel llegue al dormitorio y sin que él se aperciba, te marchas á la calle. En la esquina más próxima verás un coche; allí espero.

Aunque yo estaba bien dispuesta á obedecer al vizconde en cuanto me mandase

me repugnaba aquel engaño que acaso velase una traición. Los ojos cautos de Felipe Reina sorprendieron mi pensamiento.

—No tengas reparo en complacerme—dijo:—todo ello no tiene importancia; tonterías... una broma de casino... ¡Cosas de hombres!

Cuando llegué á los Jardines vi que efectivamente, según Felipe había previsto, la butaca de mi izquierda la ocupaba un caballero cincuentón, grueso, con la barba corrida y casi blanca. Yo le conocía de vista: era uno de esos alegres vividores que se encuentran en las plateas de todos los bailes de máscaras. De pronto sentí que su rodilla rozaba la mía; permanecí inmóvil, como absorta en el subidísimo goce musical de la representación después una de sus botas oprimió descaradamente uno de mis zapatitos de bordado taflete, mientras que sus ojos abismaban en mi escote una larga mirada lasciva...

—¿Viene usted sola?—preguntó.

—Sí, señor.

—¿Es posible? ¿Y en qué piensan los hombres para dejar desamparadas á las mujeres como usted?

Le miré sonriendo, pagando su fineza con una dulce mirada tentadora. Después, para cerciorarme de que era el sujeto que yo buscaba, pregunté:

—¿Usted se llama don Angel?

—Sí, señorita. ¿Cómo lo sabe usted?...

—No recuerdo; alguna amiga me lo habrá dicho. Yo le conozco á usted de vista.

—¡Uf!...—exclamó riendo gozoso, cual si en aquello estribase su vanidad mayor,—de vista me conoce medió Madrid...

Continuábamos hablando, intimando rápidamente en la penumbra de los paseos. Don Angel quiso saber si yo vivía sola.

—No—repuse,—pues tengo alquiladas tres habitaciones en casa de un matrimonio amigo mío. El se llama Pepe, es un tipo muy notable... á quien irá usted conociendo si quiere honrarme yendo á visitarme más de una vez...

—¿Cómo no?—repetía don Angel.—¿Cómo no?...

Bajo las rectas alas de su sombrero de paja, sus ojos ahuevados y glotones fosforeaban. Yo, entretanto, me preguntaba quién sería aquel individuo y el exacto papel que yo iba representando en toda aquella misteriosa y quizá criminal aventura. Terminada la función don Angel me convidó á cenar; yo rehusé su invitación, alegando el temor de que alguien nos viese y advertí que este delicado miramiento mío le agradó.

—Lo mejor será—dije—marcharnos directamente á mi casa. ¿Le parece á usted bien?

El, á fuer de hombre galante, aceptó en seguida mi deseo; subimos á un coche. Durante el trayecto don Angel quiso usar de los derechos que mis benevolencias iban concediéndole.

—Sea usted más paciente—dije,—pues aunque otra cosa parezca, no estoy acostumbrada á estas aventuras.

El se contuvo. ¡Ah, si mi buen cochero y consocio Eustiquio Fernández me hubiese oído!...

Cuando llegamos á la Travesía del Conde, bajó del vehículo procurando dar á todos mis movimientos gran aplomo. La puerta del zaguán estaba entornada; don Angel y yo atravesamos el obscuro portal y comenzamos á subir una breve y retorcida escalerilla. En el primer rellano nos detuvimos ante una puerta á la que llamé tirando de un cordón mugriento: una campanilla vibró en el silencio; un hombre joven, completamente afeitado, salió á recibirnos; su semblante, impenetrable y duro, lo reconocería entre mil. Yo entré primero, diciendo familiarmente:

—Hola, don Pepe.

A lo que el desconocido repuso por el mismo tono:

—Hola, Isabel. Buenas noches...

Puso en mis manos una vela encendida, haciéndome simultáneamente un guiño imperceptible para que me dirigiese hacia la izquierda. Eché á andar seguida de don Angel; atravesamos un saloncito

y un gabinete casi vacíos y como amueblados deprisa, y llegamos á una alcoba; una habitación grande, con suelo de ladrillo y paredes enyesadas y sin otro mobiliario que un lecho de hierro, una mesita de noche sobre la cual dejé la vela, y varias sillas. Don Angel exclamó sentándose, sofocado:

—¿Tú vives aquí?... ¿Y vas vestida como una princesa?... ¡Si parece mentira!... Me estremecí; repentinamente había tenido la intuición neta de haber cometido una acción villana y quise huir para sustraerme cuanto antes á la corrosiva ponzoña del remordimiento.

—Espere usted—dijo;—voy á buscar un vaso de agua.

Atravesé corriendo el gabinete y la sala y llegué al recibimiento, donde Pepe permanecía sin cerrar la puerta, esperándome; me pareció que llevaba en la mano, sujeto á la muñeca por una correa, un bastón corto y nudoso. Al salir á la calle vi en la esquina de la calle de Segovia un coche de alquiler, y corrí desalada hacia él; dentro esperaba Felipe; advertí en su rostro una extraordinaria expresión de anhelo.

—¿Se arregló todo?—dijo.

—Todo...

El vehículo había echado á rodar hacia Puerta Cerrada; en el silencio de las calles solitarias me pareció oír un grito lejano.... luego, otro.... El vizconde del Pretil alentó fuertemente, como si mi presencia acabase de aliviar su pecho de una grave opresión.

—¿Ves, tonta—dijo;—cómo mi plan era muy sencillito?...

No respondí, temiendo que la curiosidad me inspirase nuevas preguntas. Una semana después el vizconde del Pretil me dijo que aquel verano, muy contra su deseo, no podríamos salir de Madrid, porque su primo don Angel Fabricio de Orts, había muerto, circunstancia por la cual él llegaba á heredar íntegra la cuantiosa fortuna de su tío don Ramón, marqués del Consejo. Hacía tres ó cuatro años que Felipe y su primo sostenían un pleito ruinoso; no obstante, la muerte de

su rival parecía haber impresionado al vizconde dolorosamente.

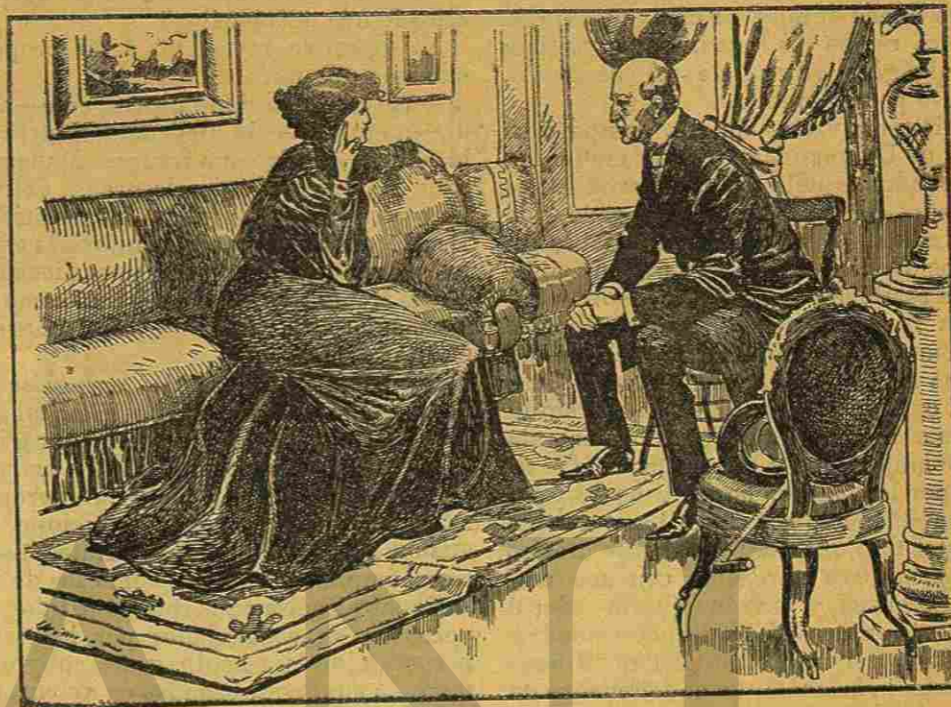
—Al fin era un hombre—decía—con quien he jugado de niño muchas veces....

No creo en la sinceridad de estas palabras y, sin saber por qué, barajo en mi imaginación la figura del difunto don Angel Fabricio de Orts, con la de aquel don Angel á quien yo llevé con engaño á cierta casa de la Travesía del Conde. ¡Y que los limpios de espíritu me perdonen este sesgo un si es no es oblicuo de mi pensamiento!

Por la noche comuniqué á Julio Maldonado mis temores.

—Sea como fuere—dijo—procura intervenir lo menos posible en los asuntos del vizconde, pues le creo hombre peligroso.

Aquel año Julio aprobó el tercer curso de Derecho y era un mozo muy espigado y simpático; arrancada por la ilustración y el ejemplo continuo de mi buen trato, la leve corteza plebeya que tenía cuando le conocí, adquirió su persona aquella inconfundible distinción de sentimientos y de modales por la que yo comprendía el origen noble, genuinamente aristocrático, del pobre huérfano y esa poderosa vida cerebral que suele caracterizar á los hijos de las ardientes pasiones ilegales. Viéndome en relaciones con el vizconde del Pretil, Julio sufría, pero represaba sus celos, comprendiendo su inferioridad y la necesidad que yo, por mis obligaciones, los compromisos contraídos con ciertas personas y mi afición al lujo, tenía de pertenecer á un hombre rico. El dolor, sin embargo, de mi protegido, decreció ostensiblemente durante los dos últimos años, merced á un nuevo sentimiento de conformidad y resignación, cuyo verdadero origen desconozco aún. Yo, que le quiero con toda mi alma, también padecía viéndole sufrir. Pero, ¿qué hubiera sido de él y de su carrera si yo, por no lastimar ciertos afectos, hubiese trocado mis lucrativas costumbres de cortesana por otras menos desgobernadas y licenciosas? Julio era una obra mía, un hijo; por salvarle del fango don-



—Se trata—dijo—de llevar á un individuo muy mujeriego á cierta casa. (Pág. 155)

de le hallé, hubiese rebasado los límites de lo abyecto. Y, no obstante nunca le quise como á Perico Francos; á veces creo amarle menos, otras más...

No sé de todos modos y aunque las formas ó apariencias de tales amores sean idénticas, estoy cierta de que son dos sentimientos perfectamente deslindados y desemejantes. A Pedro yo no hubiera podido burlarle con nadie: era mi amante, un verdadero amante que me poseía con pleno dominio de mi cuerpo y de mi pensamiento, y fué la pasión que por él sentí, pasión juvenil, llena de ingenuidad, robustez y salud. A Julio, por haberle conocido en otra época, cuando mi espíritu estaba más desjugado, le amé de otro modo: me enorgullecía trocar en hombre ilustrado y de provecho, á quien hallé camino del hospital, del presidio ó de la

miseria; aquello era un engendro mío, mi lujo mayor y más excelente. En nosotras, las heteras, todo es borroso, y así como generalmente perdemos nuestro verdadero nombre al substituirlo por otro de guerra ó de escándalo, de igual modo vamos perdiéndolo todo: carácter, criterio, esperanzas, fe... Por miedo á este íntimo anulamiento, he luchado por salvar de todos mis naufragios la ilusión de un amor: primero quise á Pedro, después á Julio. Pedro fué para mí sol y alegría, mañana y ayer, todo... porque fuera de él empezaba para mi alma el vacío. Julio es el complemento de mi felicidad; viene á ser el hijo que refuerza los vínculos de un matrimonio que amor compuso; es algo más espiritual que físico, como si él abreviase el cariño que dediqué á todos los seres que ya he perdido: no acierto á

explicarme... Y además, Julio Maldonado es una buena obra, y el bien que en su persona recibe la humanidad, legítima ante el rígido tribunal de mi conciencia, mi paso por el mundo.

Julio tenía varios amigos, compañeros suyos de Universidad; algunos me fueron presentados: aquellos mozos turbulentos, gérmenes de médicos, de abogados, de grandes artistas quizá, me recordaban los amigos de Perico: este recuerdo me obligaba á recibirles amablemente, perdonando sus impertinencias y aun echándoles de menos en mis raras tardes de soledad, porque me reconozco más alegre y más joven oyendo á toda esa loca juventud ciendo á mi alrededor. Todos hacían gala de ser mujeriegos y borrachos; éste se finaba por los naipes, aquél robó á su padre empeñándole por dos mil reales la cabeza del toro que mató al célebre diestro *Cartagena*, para marcharse con una modista de bureo, y ninguno quería ceder á los demás en desenfado, impetuosidad y travesura. Solamente un tal Pepe Rinaga quebraba la armonía de aquel cuadro de manicomio. Rinaga quería casarse con una mujer rica, para componerse de sopetón y sin pesadumbres un porvenir seguro y tranquilo como los caminos en línea recta. Yo solía burlarme cruelmente de aquellos propósitos con algazara y júbilo de todos.

—Mire usted, Rinaga—decía yo,—el matrimonio y el suicidio, aun siendo perfectamente antagónicos, pues aquél es una esclavitud y éste una liberación, se parecen por la semejanza que tiene todo lo irremediable ó definitivo. El hombre, que ya no sabe qué hacer y abomina de su independencia porque gustó todos sus placeres, piensa: «Aun puedo remediar este mal, casándome.» Y el suicida dice: «Todavía me queda el recurso de darme un tiro.» Como ve usted, ambas son medidas radicales que únicamente deben adoptarse á última hora...

10 Junio

En cuanto Felipe reina llegó á mi casa, le pregunté:

—¿Quieres acompañarme esta tarde á casa de una adivinadora?

El vizconde respondió á mi proposición con una mirada burlona.

—Hoy he recibido un prospecto—añadió,—anunciando la llegada á Madrid de la célebre adivinadora francesa *Mademoiselle Memphis*, á quien la prensa extranjera atribuye maravillas inverosímiles. Deseo conocerla y pedirla informes exactos acerca de mi porvenir, pues dicen que *Mme. Memphis* lee en lo futuro como en las páginas de un libro bien impreso. Conque, ¿vienes?...

Felipe, siempre amable, encogióse de hombros: estaba á mi disposición; mi alegría fué grande. Yo, si no por educación, sí por temperamento, (al fin soy andaluza y mi padre y mi abuelo lo fueron y raza obliga,) soy algo supersticiosa: me gustan las adivinadoras, sus trajes hieráticos, amplios y graves, como los de las antiguas pitonisas; sus rostros pálidos, un poco tristes, acongojados por la visión perpetua de lo remoto; y me subyugan también sus casas, bañadas en un encanto indefinible, especie de templos consagrados á *Jano*, el dios que mira simultáneamente con sus dos caras al porvenir y á lo pasado, ó de antecámaras místicas, en que se atisban los indecisos horizontes de lo que ha de ser, de las nebulosas en gestación, de los días que no han amanecido aún...

En la calle de San Marcos, delante de la prodigiosa capilla desde donde *madame Memphis* registraba el misterio de las horas que iban llegando, había algunos coches; eran las siete de la tarde de un lloviznoso día de otoño. El vizconde y yo, modestamente vestidos, atravesamos el zaguán y subimos la escalera; una escalera elegante, limpia y clara; la camarera que salió á recibirnos nos condujo á un salón moderno, amueblado con sobriedad de buen gusto, donde esperaban turno para interrogar á la adivinadora ocho ó diez personas, entre hombres y mujeres. Todos callaban, como preocupados por hondos y graves pensamientos, ó por el ridículo de hallarse reunidos allí: al apa-

recer nosotros todos nos miraron atentamente, y yo quise descubrir en aquellos ojos una sombra de ironía; pero me equivoqué: eran miradas ingenuas, tristes, como la de los enfermos á quienes el dolor congrega en las antecámaras de los médicos. De vista, por lo menos, unos y otros nos conocíamos: ellos eran degenerados; ellas pertenecían á esa nutrida falange de señoras lunáticas, perseguidoras incansables de la sensación nueva, que amenizan sus ocios escribiendo cartas de amor á los artistas en boga.

En vez de aquel salón burgués yo hubiera preferido una habitación sombría, poblada de esqueletos, retortas y pavorosos jeroglíficos, como aquellos que ornaban los laboratorios de los nigromantes medioevales; pero, no: los muebles eran sencillos, el suelo estaba bien alfombrado, los cortinajes de color amarillo proporcionaban al espíritu agradable emoción de bienestar y quietud. Los clientes de la adivinadora iban desapareciendo uno tras de otro por la puerta de un gabinete contiguo...

—Pueden ustedes pasar—dijo por allá dentro una voz dulce.

Entramos. *Mme. Memphis* era una jamaona de mediana estatura, intensamente pálida, con la boca triste y los cabellos y los ojos negriscos: vestía sencillamente y su semblante y actitudes revelaban un tedio muy en armonía con el carácter que debe tener quien presume saberlo todo. Creo que á la primera ojeada *madame Memphis*, no en virtud de don profético alguno, sino por su larga práctica de la vida, comprendió las clases sociales á que el vizconde y yo pertenecíamos. Sentada delante de la adivinadora y sin hablar, la presenté respetuosamente mi mano izquierda, que ella palpó, miró y registró por todas partes; de cuando en cuando fruncía las cejas y sus ojos penetrantes iban y volvían de Felipe á mí. Después me mostró un cesto lleno de flores, invitándome á formar un pequeño ramo con las que más me gustasen, pues, según dijo, hay relaciones constantes entre el espíritu del sujeto y las flores por él ele-

gidas como bonitas ó mejor olientes, y estas conexiones son uno de los delicadísimos medios que los quirománticos emplean para romper las fronteras del mañana.

—¿La agradan á usted los geranios?—preguntó.

—Sí.

—¿Y los alelíes?

—Mucho.

—Aquí veo dos violetas...

—Es mi flor favorita.

—Bien... bien...

Mientras hablaba con lentitud preocupada, sus grandes ojos inmóviles descubrieron el tenaz proceso razonador del pensamiento. Hubo un largo silencio, pasado el cual *Mme. Memphis* comenzó á decir como entre sueños:

—Las violetas, combinadas con los alelíes y los geranios...

Fué una relación rara, incongruente á ratos y bastante larga, de la que no recuerdo. Acabó prediciéndome que moriría rica y que dos hombres se matarían por mí.

—No puedo, por hoy, decir más—agregó;—he trabajado mucho y estoy fatigada.

La consulta había concluido; el vizconde del Pretil y yo nos retiramos depositando sobre una bandeja de plata primorosamente cincelada, que *Mme. Memphis* nos presentó, un billete de veinticinco pesetas.

Cuando Fortunato Muñoz supo el sombrío vaticinio de *Mme. Memphis*, le vi compungirse.

—Uno de esos muertos—dijo—seré yo.

—¿Por qué?

Se alzó de hombros; no lo sabía; pero estaba cierto de que sería así. Es inverosímil lo que aquel niño angelical había llegado á quererme; casi todas las tardes iba á verme, contentándose alegremente con las dulzuras que yo quisiese darle; para no marcharse de Madrid con su familia que todos los años veraneaba en Biarritz ó en San Juan de Luz, tuvo la habilidad de saber fingirse enfermo; creía ciegamente en aquella simplicísima his-

toria de amores que yo inventé para reivindicarme á sus ojos y serenar sus inquietudes; yo era la mejor, la más inocente, y compasiva de las mujeres, y todos los meses mi pobre amiguito, con amaños y economías que nunca descubrí, me regalaba trescientas ó cuatrocientas pesetas que yo aceptaba de aquellas manos puras pensando en mi iglesia.

A mediados de Diciembre supe que Fortunato Muñoz había muerto bajo las ruedas de un tranvía: la víspera el pobre niño estuvo en mi casa y parecía, como siempre, risueño y feliz. ¿Cómo explicar su muerte? ¿Se trataba de un accidente fortuito ó de un suicidio?... Pensé con terror en la profecía de Mme. Memphis: dudas terribles destrozaban mi alma. Por la tarde Mariano Cortés vino á verme; yo estaba sola.

—¡Te has lucido!—exclamó el novelista, que, contra su costumbre, parecía muy emocionado.—¡Te has lucido!...

—¿Por qué?—dije.—¿qué sabes de Fortunato?

—Nada nuevo; lo que sabes tú: que murió anoche.

—¡Murió!

—Sí; le mataste tú.

—¡Yo!

Me abalancé á él y trabándole nerviosamente por las solapas del gabán le zarandeaba, exigiéndole la explicación perentoria, decisiva de aquellas palabras enigmáticas.

—¡Habla... di!... ¿Qué sabes?... Sé franco... ¿Por qué le maté yo?

Mariano Cortés lentamente, como escritor que se resuelve á redactar una cuartilla conmovedora me refirió la catástrofe; él presencié la terrible escena.

—Fortunato—dijo—salía de Fornos y atravesaba reposadamente la calle de Alcalá en dirección á la de Sevilla. Yo, por lo que luego te diré, salí del café tras él, resuelto á vigilarle desde cierta distancia.

En aquel momento; dos y cinco minutos de la madrugada, la plazoleta que hay ante el Palacio de la Equitativa, estaba despejada y tersa como la superficie

de un estanque helado; el coche número 109 venía de la Puerta del Sol cargado de viajeros, y avanzaba con esa velocidad brutal, irrefrenable, del último tranvía, como hundiéndose en el cono luminoso que delante de él alargaban sus reflectores eléctricos. Al ver á Fortunato que cruzaba la calle con paso firme y tranquilo, el conductor del coche tocó repetidas veces el timbre de alarma, pero sin miedo, pues un atropello en aquellas circunstancias, parecía imposible. El tranvía seguía avanzando y Fortunato también; ya sólo mediaba entre ellos, dos ó tres metros; Muñoz miró al coche impávido, como sonámbulo que no aprecia sus sensaciones y dió algunos pasos hacia los rieles por donde en aquel momento supremo pasaba la muerte. Yo empecé á gritar. El conductor, comprendiendo la inminencia del peligro, dió media vuelta á la manivela reguladora, cortando la corriente y agarrándose desesperadamente al freno. Ya era tarde; Fortunato fué arrojado contra el suelo. Entonces comprendí que no se trataba de un suicidio, si de una distracción casi inexplicable; porque Muñoz, aturdido momentáneamente por el golpe, trató de levantarse, perneando entre los pliegues de la capa que le embarazaba, extendiendo sus brazos crispados como para contener á la muerte. Pero el tranvía, en virtud del terrible impulso adquirido, rodó sobre su víctima con una especie de voracidad consciente y al fin la arrolló, magullándola bajo su pesada mole...

La emoción y el dolor habían secado el ordinariamente copioso raudal de mis lágrimas.

—Habla—dije,—habla... cuéntame todo lo que sepas.

—Repito—contestó Mariano—que Fortunato no es un suicida; cuando la muerte le salió al paso, él no la vió. No obstante, estoy seguro de que fuiste tú... quien le mató.

Según él, la psicología de aquella negra desventura, fué la siguiente:

—Cuando Fortunato y yo—continuó Cortés—llegamos al café, había en las

mesas donde suelo sentarme, diez ó doce personas, artistas en su mayoría: pintores, escultores, poetas... Como supondrás, la presencia de Muñoz pasó inadvertida; apenas si los que estaban más cerca de la silla donde el pobre muchacho se sentó, volvieron un poco la cabeza para mirarle... Se hablaba de arte y de mujeres; se recordaban nombres: Martina Olivares, Augusta, Consuelito Vera... De pronto, el músico Sánchez-Garfin pronunció el tuyo. Yo miré á Fortunato y le vi palidecer...

—¿Y cómo le permitiste oír aquellas infamias?—grité furiosa.

—¡Bah!—repuso Mariano en el mismo tono,—¿y quién hubiera sido capaz de arrancarle de allí?...

Continuó:

—A la indiscreta pregunta de Sánchez-Garfin, contestó otro, un pintor, diciendo que eras una de las mejores mujeres que habían pasado por su estudio. En aquella tertulia, querida, tienes varios amigos fervorosos: unos ponderaban tus caderas y tu cuello, otros tus brazos, y todos, recordándote, levantaban los ojos al cielo, como en éxtasis. Fortunato había palidecido hasta la lividez, pero continuaba inmóvil, los codos sobre la mesa, la cara entre las manos...

Yo, no sabiendo cómo terminar aquel suplicio contribuí á prolongarlo cambiando bruscamente de conversación; algunos creyeron que tu recuerdo me molestaba.

«Mariano—dijo Vinarey—también ha visto los ojos de Isabel de muy cerca... ¿Qué querías que yo hiciese? ¿Cómo atajar aquel flujo de indiscreciones y obscenidades, ni cómo advertir á la tertulia, con un rápido guiño, que delante de Fortunato nadie hablase de ti?... Recordaron tus años de miseria, tus relaciones con el marqués de Lágaro, tus amores con un organillero, tu viaje á París y cómo don Facundo te adquirió en una rifa por dos mil y pico de pesetas; ¡qué sé yo?... Todos tus secretos, todas tus locuras, todas tus vergüenzas, salieron allí... De repente Fortunato Muñoz balbuceó:—«Me ha engañado...» Y levantándose difícilmente, salió del café sin saludar á nadie; tu imagen llenaba su cerebro, iba inconsciente, caminando como un autómatas. Yo, adivinando una desgracia, le seguí. Lo demás ya lo sabes. Por eso digo y repito, que fuiste tú, quien le mató...

Entonces mi pena, la inmensa pena que la muerte de aquel pobre niño me causaba, estalló en sollozos. Me cubrí la cara con ambas manos.

—Déjame—murmuré,—déjame llorar.

No, yo no era responsable de su muerte, ni él, ni tampoco ninguno de los que, inadvertidamente, fueron rompiéndole el corazón golpe tras golpe. En estos casos, como escribió Flaubert sobre la última página de un libro admirable, la culpa la tiene la Fatalidad.



Más de tres años han pasado sin que yo añadiese á mis *Memorias* ninguna nueva página, y pues en la composición y redacción de aquellas llegué á tocar los tiempos actuales, desde hoy sólo escribiré de tarde en tarde, separando así prudentemente lo escrito de lo vivido único medio seguro de ver á través de los sahumeros fantasiosos de la evocación, las cosas y personas según fueron y no invertidas ni trocadas.

Como me ocurre siempre que disfruto de reposo y de espacio para examinar por dentro, siento que mi espíritu va suavizándose, perdiendo sus agrios contornos primitivos, limándose como esas piedras errabundas que el agua llevó muy lejos del sitio de donde fueron arrancadas: ahora, como cuando niña, suelen acometerme reparos y enternecimientos ilógicos: así, por ejemplo; creo á ratos que soy inocente y pequeña otra vez, y me preocupa la opinión que las gentes puedan formarse de mí. No extraño que á cierta edad comiencen á mordernos las malas ideas hijas de la experiencia y del desaliento. Las mujeres aviejándose sabiendo que todo envejece á su alrededor, son como los arroyos, que según van secándose ven marchitarse las flores que exornaban sus orillas; porque ellas son el contento y la risa, rocío de la vida, y cuando enmudecen el júbilo de los demás, eco ó copia del suyo, las vuelve la espalda

¿Dónde iré yo á parar pobre hoja seca lanzada á los revueltos vientos del capricho? ¿Habrá un poco de respeto y de paz para mis últimos años? Y cuando muera, ¿dónde reposarán mis huesos? A veces me veo enterrada en la cripta de mi iglesia, cerca de mis padres, bajo la torre donde anualmente las campanas doblarán por el reposo eterno de aquellas dos almas que tanto amé; otras veces imagino que tan bellas ilusiones se desploman y que voy á ser enterrada en la fosa común, entre un ladrón y una alcahueta...

Actualmente habito aquel hermoso piso segundo de la calle Caballero de Gracia, que recuerdo haber descrito prolijamente en otra parte. Los retratos de amigos y amigas, que allí guardo, fortalecen estas nostalgias, cada día más duraderas de mi espíritu, pues demuestran las injurias irreparables hechas por el tiempo á la belleza. Carmen Arellano, aquella bohemia, loca y feliz á quien jamás intimidó la miseria, había enfermado de la vista y comenzaba á perder la irreflexión pueril que todas envidiábamos: Agustina Cáceres, económica y previsora como aquel Fiorentino que de los cien francos que le dieron por el empeño de reloj, guardó cincuenta en la Caja de Ahorros, se retiró á su pueblo con un capitalito de doce á catorce mil duros, con los cuales pensaba vivir tranquila y honestamente; otras compañeras habían desaparecido totalmente ó vivían alejadas, dedicadas á cul-

9 Febrero.

tivar el corazón del último amante, buscando todas para su vejez un puerto de refugio. Yo misma, tan fuerte para la pelea, me siento declinar. «Sólo se empinan los pequeños,» decía Diderot. Yo también comienzo á empinarme, procurando descollar sobre las pecadoras que las nuevas generaciones van lanzando contra el imperio y poderío, un poco antiguos ya, de mi belleza. Mas no sé cómo componérmelas para satisfacer mi gusto sin raspadura ni quebranto de mis intereses: á veces pienso que el vizconde del Pretel, tan bueno, tan generoso y tan viejo, será la salvación de todos los míos; y cuando me hallo más resuelta á quererle y esclavizarle por cuantos medios juzgo hábiles y conducentes á tal fin, mi capricho interroga á mi previsión: «¿Y Julio, qué haces de él?... Ante cuya pregunta, todas mis cábalas se desploman.

Felipe Reina me quiere mucho, especialmente desde cierta noche en que reñimos por una intemperancia mía que, fortunadamente, lejos de rebajarme á sus ojos, me dignificó y ensalzó por todo extremo. Fué después de cenar: yo estaba sola en el gabinete, abismada en uno de esos accesos de negra melancolía que con tanta frecuencia me acometen ahora. Era el día 11 de Diciembre: yo, sentada delante de la chimenea, con los codos sobre las rodillas y la mirada inmóvil, pensaba que cinco ó seis años antes y en otra noche como aquella, el marqués de Lágaro se había suicidado por mí. Estas meditaciones solitarias, son las oraciones que los descreídos rezamos sin palabras por el descanso de los muertos. Recordando á Paco Narbona, recompuse aquellos tiempos que, si no aventajaban á los actuales en fastuosidad, sí les sobrepujaban en desgobierno, disipación y alegría: vi mi cuarto de la calle San Marcos, especie de altar pagano abierto siempre al escándalo; recordé mis murrias de antaño; las figuras de Gerardo, de Dámaso Carrillo y del marquesito de Lori, pendencieros y libertinos, pasaron en tropel como loca comparsa carnavalesca; Cristóbal Soto también insinuó en la penumbra de los

pequeños recuerdos su silueta contrahecha y triste...

—¡Paco, Paco de mi alma...—pensaba yo oyendo llover,—desde entonces cuánta agua han echado las nubes sobre de tí!...

Cuando más absorta me hallaba en estas evocaciones, llegó Felipe Reina acompañado de tres amigos, á dos de los cuales yo no conocía. Todos se sentaron delante de la chimenea y comenzaron á beber del coñac que una doncella acababa de servirnos; yo, entretanto, procuraba mantenerme alejada del bullicio, creyendo que en tal ocasión, más que en ninguna otra, el recuerdo de Narbona era algo muy noble, muy santo, que merecía descansar junto á la memoria de los buenos padres enterrados... El vizconde, buscando tal vez una ocasión para lucir mis habilidades, me presentó una guitarra.

—Anda, niña—exclamó,—alegra esos ojos; quiero que estos señores se formen buena idea de tí.

Le miré sin pestañear.

—Déjame—murmuré secamente,—no tengo ganas de broma.

El insistía.

—Toca, mujer; toca y canta...

Bien á despecho mío no pude contenerme; algo muy trágico y muy hermoso me cegaba.

—¡No!—grité;—hoy hace años que murió el marqués de Lágaro, y esta noche, aquí, en mi casa, no canta nadie...

Y levantando la guitarra la tiré al suelo, con las cuerdas rotas; después me eché á llorar. Felipe y sus amigos, que habían conocido á Narbona, supieron respetar mi dolor y acaso lo admiraron. Cuando el vizconde y yo nos quedamos solos, le abracé rogándole me perdonase aquel arrebato.

—Puedes estar cierta—dijo—de no haberme ofendido: los grandes y generosos movimientos del corazón, sea cual fuere la persona que los inspire, siempre son hermosos.

Mi vida, durante toda esta época, fué desliziándose sin sobresaltos, y es curioso

ver cómo en la novela de las almas vagabundas hay días cuyas emociones no cabrían en un volumen de muchas páginas, como otras veces la historia de varios años no bastaría a llenar un párrafo.

Julio Maldonado había terminado brillantemente su carrera y acababa de cumplir veintitrés años; se hallaba, pues, atravesando esos difíciles momentos en que los jóvenes ambiciosos se cruzan de brazos delante de la vida, no sabiendo cómo atacarla ni qué rumbo seguir. Yo, comprendiéndolo, velaba por él, utilizando en provecho suyo todo mi valimiento y los catorce años de experiencia que, acaso desgraciadamente, nos separaban.

Es original la situación de espíritu en que el vizconde del Pretil adopta para tratar los asuntos de Julio: él que tiene celos de Maldonado; yo le he dicho que es sobrino mío y él aparenta creerlo, sin duda por no mostrarse visiblemente atropellado por una pasión contra la que su larga vista comprende que es vano luchar. Julio tiene a los ojos de Felipe Reina la autoridad inapelable de lo consumado, de lo que ha sucedido; y le acepta sin odio, como a un mal necesario, como me soporta a mí, con toda mi historia de errores. Julio vive en una casa de huéspedes de la calle de las Torres y sólo viene a visitarme dos ó tres veces por semana: cuando él y Felipe se encuentran en mi casa, el vizconde le saluda con afectuosidad paternal. Después, si hablo con Reina acerca del porvenir de mi sobrino, para quien anhelé una situación independiente y decorosa, advierto que mi viejo amigo se enternece.

—Eres inmensa—dice—sólo con una mujer como tú, no se echa de menos la falta de un cielo.

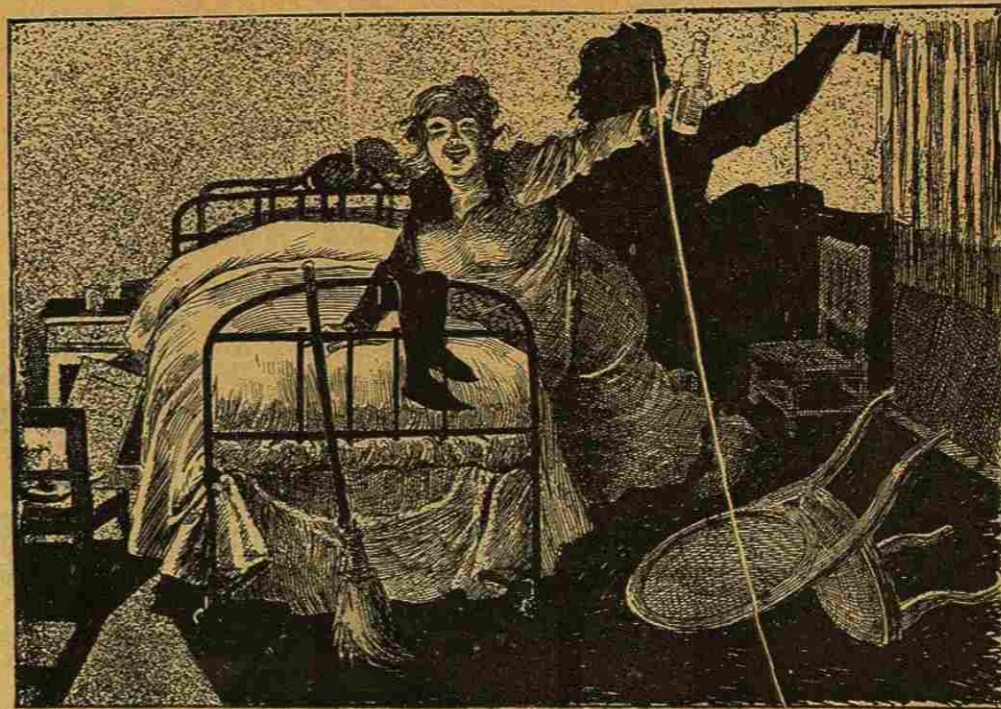
Realmente debo confesarme que, tanto Julio Maldonado como el vizconde del Pretil, son dos caracteres extraños y muy dignos cada cual por su concepto, de observación y estudio.

Julio es un espíritu penetrante, concentrado y ambicioso; su concepción es rapidísima, su voluntad desconoce la va-

cilación y el cansancio; además, y por efecto sin duda de este inmenso dominio que tiene sobre sí mismo, es algo frío: muchas veces he creído que su alma y la del gran Napoleón, debían de parecerse. Cuando le conocí, era un niño. Al pedirle antecedentes de su familia, me dijo sin empacho ni ambages que era hijo natural, lo que me agradó, pues no avergonzarse del nombre de su padre—como escribió Lamartine—es la nobleza del plebeyo. Al principio, apenas si osaba mirarme frente a frente.

—Yo—decía—soy para ti un juguete, un monigote agradable que puedes vestir y educar a tu antojo, y con el cual pretendes distraerte. Pero yo jamás llegaré a ti, estamos demasiado lejos el uno del otro; las alegrías que mi amor te proporciono, no son duraderas; tú quisiste a Perico y tu alma fué y será suya perpetuamente.

En aquellos primeros tiempos Julio era el prototipo del chulito limpio, pinturero y travieso, que vive de las mujeres: en pie delante de mí, adivinaba mis pensamientos con sólo mirarme a los ojos, y tenía la discreción supina de marcharse medio minuto antes de empezar a estorbar, para reaparecer cuando yo comenzaba a echarle de menos. Pero, á despecho de su fingida alegría, el infeliz sufría mucho; mis veleidades atormentaban su corazón y aun no tenía edad ni reflexión para comprender que mis vergüenzas eran un mal inevitable: estos sufrimientos los leí, más de una vez, en sus pobres párpados, rojos de llorar. Cuando comenzó sus estudios de segunda enseñanza su carácter dió un paso gigante, que me colmó de júbilo: su ánimo, hasta allí distraído, se apartaba de todo, hasta de mí, para concentrarse en sus libros, y este ardor era tan fuerte, que muchas noches, hallándonos acostados, dejaba de besarme para explicarme los límites de Noruega ó decirme cuántos y quiénes fueron los reyes de Aragón. Yo le oía gozosa, pensando en los hijos que nunca tuve y en mi excelente padre que jamás se cansaba de oírme charlar, y como con Pedro Francos ha-



... frecuentemente hube de marcharme á dormir agarrándome á las paredes. (Pág. 218)

dadora de los trasatlánticos. Las relaciones entre los principios ó elementos moral y físico del individuo son innegables: antes mi carácter alegre, obligándome al aseo y al buen vestir, conservaba mi belleza; más tarde, el cansancio de la voluntad precipitó el desplome de mi escultura y la ruina de todas sus gracias: descuidé el peinado; casi nunca me ponía el corsé; mis pies, que llegaron á ser famosos por la pulcritud y excesivo esmero con que siempre los llevé calzados, iban ogaño metidos en amplias botas mal embetunadas...

Consuelito Vera, conociendo mi penuria, me recomendaba el oficio de alcahueta.

—No servimos—decía—para nada mejor.

Aquella mujer, sublime en su desfa-

MEMORIAS.—23

chatez ó en su inconsciencia, reconocía friamente, casi con alegría, su fealdad y su vejez. Yo protesté; no quería claudicar aún; mi dignidad y mi orgullo rechazaban tanta abyección: el oficio de sobajañi ó zurcidor de albedrios, tal como el apostólico don Pablo Ardémiz lo ejercitaba, era admirable; pero cobrar en dinero el placer de los amantes que nuestros buenos oficios unieron, me parecía lo peor de lo malo, lo más despreciable, lo más ruin en la escala de las humanas miserias.

—¿Te acuerdas de Severina Aguilas?—dije.

Consuelo adelantó el labio inferior con ese movimiento despreciativo que llega á ser inconsciente en los viejos sobre quienes pasaron muchas desgracias.

—En ese espejo—repuso—debemos mi-

rarnos: hay que vivir, sea como fuere...

Para convencerme rebuscó buen golpe de argumentos: Severina y cuantas viejas lumias conocimos en los albores de nuestra carrera, también habían sido jóvenes y á última hora tuvieron que ceder el campo á las cortesanas que las nuevas generaciones iban sirviendo en el alegre banquete donde la juventud ríe dejando pasar la copa dorada de la locura de mano en mano. Yo debía imitar aquel ejemplo prudente que ya siguieron otras contemporáneas nuestras: Luisa Luján y Nieves Labarte, protegían con su experiencia á varias cortesanas en boga, á quienes acompañaban, satisfaciendo así su deseo de continuar frecuentando los teatros y de pasear en coche: Clara Tello estableció una mancebia; Leonarda Cadenas, menos feliz, se dedicaba á explotar á las sirvientas, para lo cual, según parece, tenía descomunales habilidades y fortuna.

—¡Y yo!—añadió Consuelo:—¿qué sería de mí si no tuviese dos ó tres amigas muy guapas?...

No se cansaba de hablar: yo la oía impávida, sin dejarme convencer y bebiendo de cuando en cuando largos tragos de aguardiente, holgándome de tener á tan poco precio y tan cerca de mis labios, el remedio de todo dolor.

Por aquella época viví en un piso tercero de la calle Lavapiés: era un cuarto compuesto de cuatro ó cinco habitaciones amuebladas con los restos peores de mi antiguo esplendor: en las paredes ya no quedaban cuadros ni espejos; mi cama era de hierro, en la sala había dos sillones y algunas viejas sillas de terciopelo amarillo, que apoyaban sus retorcidas patas sobre los desnudos suelos: una ráfaga de aire hubiese recorrido toda la casa sin hallar alfombras ni aplastarse contra los cortinajes de ninguna puerta.

Mi vida entonces era pacífica y monótona como una oración: no teniendo criada me levantaba temprano para ir al mercado, comprar las vituallas indispensables y apercebir el almuerzo: mientras el fuego cumplía su cometido abrasando la panza de las cazuelas, yo barría y la-

vaba lo sucio: por las tardes cosía delante del balcón, pensando siempre que estaba muy sola: en el suelo, cerca de mí, tenía una botella de aguardiente á la que mis ojos dedicaban miradas elocuentes de cariño y agradecimiento; de vez en vez, cuando mi pesadumbre era muy grande, alargaba la mano, cogía la botella y aplicando su boca á la mía, echaba un duradero trago. Por las noches casi nunca cenaba; aquellas repentinas libaciones, abrasándome el estómago, me quitaban el apetito, y frecuentemente huí de marcharme á dormir agarrándome á las paredes, tropezando con los muebles que me cerraban el paso, cayéndome de borracha y de sueño.

Empeñadas todas mis alhajas, veía con indiferencia estulta acercarse el momento de cambiar mi última peseta. Después de tantos años, la miseria y yo volvíamos á encontrarnos frente á frente; yo la temía y, sin embargo, nada hice por rechazarla: mi pobre voluntad estaba rota, mi imaginación ya no podía inspirarme nuevos recursos de defensa. Antes, en mis peores meses de bohemia, me fortificaba la convicción de ser joven: «Tras estos malos tiempos—pensaba mi fe,—otros mejores vendrán.» Por eso la juventud siempre es rica, porque sus bríos y su ilusión son en el mercado de la vida moneda de grande y positivo valor. En cambio ahora comprendo la desesperanza y absoluto decaimiento de la vieja Gregoria, la portera de aquella casa de la calle del Espíritu Santo donde Perico Francos y yo, pasando tantas hambres, fuimos, no obstante tan felices. Ella no esperaba nada del mundo; yo, tampoco. ¿A qué, pues, afanarnos por permanecer en él algunos años más? Mejor era rendirse con esa entrega absoluta del viajero aspeado que cae en medio del camino, y esperar á la muerte tranquilamente, los ojos cerrados, borracho el espíritu en el sahumero adormecedor de la embriaguez?

¿Quién iba á decirme que el mundo guardase un placer ignorado para mí? De joven yo despreciaba la elocuencia exquisita de las botellas de Burdeos y de Je-

rez, que me guiñaban desde la mesa del festín con sus ojos acarminados ó amarillos; los excesos de la bebida me asustaban; la alegría iba conmigo; que bebiesen los hipocondríacos, los desdeñados de Momo, los viejos... Y decía bien: la borrachera es el único placer reservado á la ancianidad por el Destino piadoso; los años del amor pasaron, los azares del juego y las molestias de los viajes nos aterran, el estómago gastado rehuye los placeres gastronómicos, el reuma se agarra á nuestras piernas; la familia, sabiéndonos inútiles y previendo nuestro cercano fin, procura acostumbrarse á la idea de perdernos, lo que en una mayoría desoladora de casos logra fácilmente... ¿Qué harán, pues, los pobres viejos para olvidar su poquedad, flaqueza y abandono? ¿Qué harán, si no es beber?... El vino desentumece los músculos y pone acicates á la imaginación; su heroísmo reta á la miseria y á la muerte, su generosidad comprende todas las abnegaciones, su desprecupación acomete todos los peligros, sus divinas espumas se llevan todos los recuerdos. Yo quiero ser borracha, lo necesito; á la embriaguez debo mis únicas horas de paz, y ya que la flojedad de mi atención cerró mis oídos á los ecos del mundo, necesito también ensordecer mi conciencia con el alcohol, para no oír la voz quejumbrosa del pensamiento. Los desilusionados necesitamos para vivir tranquilos, de una doble sordera; no oír lo que dice el mundo, no escucharnos á nosotros mismos. La alegría, de no hallarse en la inconsciencia radiante de la juventud, sólo debemos buscarla en la noche impenetrable de los sordos que se emborrachan, jamás en la penumbra de la reflexión...

A mediados de aquel invierno estuve enferma, aunque no gravemente, y es la única vez que recuerdo haber guardado cama más de cuatro días. Fué una semana muy triste: mi soledad y la falta de reloj alargaban las horas; acordándome de Pedro Francos procuré relacionar los diversos momentos del día con ciertos ruidos: á la una, llegaba el aguador; á las

tres pasaba por la calle una mendiga, que, alejándose, arrastraba á lo largo de las aceras una canción doliente... Pronto me aburrí estas observaciones; pues nada esperaba ni nadie había de ir á verme, ¿qué me importaban las horas? Involuntariamente, mirando desde mi lecho y á través de un ventanuco las pobres ropas que las vecinas de otros cuartos interiores colgaban á secar sobre el ambiente húmedo del patio, comparaba mi soledad presente con los años de mi infancia, tan rodeados de solicitudes. ¡Oh, qué dulces aquellos dolores curados con medicinas que yo bebía por coger el juguete ofrecido á mi obediencia!... Después pensaba en Julio y en la iglesia de San Miguel, esfumando ambas ideas en las gasas grises de mi desilusión.

Una tarde Consuelito Vera fué á visitarme acompañada de un joven mal vestido, pero de continente y ademanes elegantes, á quien yo no conocía: entraron cogiendo la llave que yo tenía la precaución de dejar debajo de la puerta, junto al marco: yo estaba acostada.

—Te presento—dijo Consuelo—á mi amigo... ¿cómo te llamas, tí?

El interpelado sonreía sin contestar. Ella continuó:

—A mi amigo Antonio: eso es; Antonio... ¿Y el apellido?

—Nanquín.

—¡Es verdad!... Nanquín, Nanquín... ¡Es un apellido tan raro! Pero ya no se me olvida: Nanquín, Nanquín...

Consuelo hablaba con la voz ronca y el soez desenfado de las lumias viejas: parecía borracha. Antonio también había bebido. Ella continuó haciendo la apología de su amigo:

—Donde le ves, con esos pantalones de pana, es periodista y poeta... sólo que ahora no trabajas, ¿verdad?

Nanquín, que iba y venía por la habitación midiéndola á largos pasos, repuso:

—Ni ahora, ni nunca.

Consuelo acogió esta contestación con una estrepitosa carcajada:

—¡Eso, chica, eso que él dice!... No le quieren en ninguna parte. Es de los nues-

tros... de los buenos aficionados á empuñar el codo.

Se había sentado á los pies de mi lecho, cruzando una pierna sobre otra, mostrando sus pantorrillas enjutas vestidas con medias blancas. La indiqué disimuladamente que se cubriese.

—¿Para qué?—repuso;—Antonio es de confianza. Ya supondrás que no tenemos relaciones: no obstante, le quiero como á un hijo... y él... me aprecia como á una madre, ¿verdad, tú?

—Verdad—repitió Nanquín con gravedad cómica.

Yo guardaba mi actitud expectante, sin entregarme á ese regocijo imbécil de los borrachos que, como comen mal, se aturden en seguida; y á pesar del ruín nivel á que me degradó mi mala fortuna, cierto amor propio me impedía aún caer completamente en aquella sentina de torpe y relajo avillanamiento. Antonio, que sin duda era poeta de fácil y abundante inspiración, había comenzado á improvisar pareados y cuartetos delante de cuantos objetos llamaban su curiosidad; y ya dedicaba una frívola y piente seguidilla á las paredes de mi alcoba, testigo probable de íntimas y numerosas confesiones, ora cantaba en endecasílabos sonoros las tristezas de mis sillas, cuyos viejos asientos recibieron la presión cariciosa de tantos cuerpos femeninos. Indudablemente estaba borracho; yo reía escuchándole, porque algunas de sus improvisaciones tenían verdadera gracia. Consuelo Vera también reía, envaneciéndose del buen efecto que las originalidades de Antonio Nanquín me causaban. Luego dijo, dando á sus palabras tono confidencial:

—Tengo dos pesetas: quieres que compre una botella de aguardiente?

Antonio oyó lo proposición de mi amiga.

—Pago—dijo—una docena de pasteles.

—Y yo—repuse animándome súbitamente—pago otra peseta de aguardiente y dos pesetas de salchichón.

Después, sobreponiéndome al réuma que me anquilosaba las piernas, me le-

vanté. Concluimos emborrachándonos los tres en el comedor, junto á la mesa: fué una tarde de fúnebre y delirante alegría, durante la cual Consuelo y yo, recordando los buenos tiempos de nuestra juventud, nos enternecimos varias veces hasta llorar. A la mañana siguiente, sin saber cómo, desperté desnuda y en mi cama; Consuelo roncaba sobre un sillón, los labios entreabiertos, dirigiendo al espacio su rostro lívido como el de un cadáver; á mi lado estaba Antonio Nanquín, profundamente dormido; habíamos pasado la noche juntos. Cuando despertó, recuerdo que nos miró á Consuelo y á mí con espantados ojos, recomponiendo su situación.

—¿Somos amantes?—preguntó.

Yo repuse:

—No sé.

—Yo, tampoco.

Bostezó y quiso marcharse.

—¿Te vas?

—Sí, me voy.

Y añadió brutalmente:

—No me gustan las viejas.

No me ofendí; aquel escrúpulo me parecía natural; después de tantos años de derrota, mis pobres oídos recibían sin emoción las mayores durezas.

No obstante, Nanquín, siempre que estaba borracho, lo que sucedía con frecuencia, iba á verme: su imaginación de poeta, excitada entonces por el aguardiente ó por el vino, me magnificaba, encontrándome bellísima, un poco triste y con la solemnidad y grandeza inolvidables de las pirámides; mi frente tenía la melancolía de las vírgenes muertas.

Estos requiebros, aunque mentirosos, me halagaban arrullándome con el ritmo de todas las músicas agradables. Antonio, como Diego Ferrer, tenía el labio inferior colgante y los ojos exaltados y claros; multitud de leves arrugas cortaban en direcciones varias su semblante descolorido y fofo; caminaba como los atáxicos, y aunque no había cumplido treinta años, ya estaba completamente calvo; los excesos que derribaron su cabellera, llenaron de canas su retorcido bigote de mos-

quetero. Las borracheras de Nanquín, eran melancólicas: al acostarse solía llevarse á la cama dos ó más botellas, á las que llamaba «hijas mías» y «amadas mías», besándolas y estrechándolas contra su pecho con enternecimiento bufo. Después me invitaba á olvidar, bebiendo, el dolor de vivir: como en el fondo de toda aquella embriaguez había un gran peso de tristeza, las palabras de Nanquín me excitaban á vaciar mi vaso; mis complacencias aumentaban su sed y continuábamos bebiendo.

—Tú, tú eras la mujer que yo necesitaba—decía;—eso quería... eso: una prostituta vieja... y borracha... con quien enlodarme.

A ratos, por efecto de esas pintorescas inconsecuencias de la borrachera, las exclamaciones de Antonio Nanquín me fendían.

—¡Ah!—baluceaba yo,—ah, está bien! ¿Conque que me desprecias?... ¡Está bien! Quería levantarme, marcharme; él me lo impedía poniéndome sobre los hombros sus manos trémulas, apoyándose de refilón en mí para no caer.

—No te desprecio—contestaba,—no te desprecio; no podría despreciarte... ¿Acaso no somos iguales? ¿No comprendes que estamos cubiertos de fango los dos?

¿Como trasladar al papel la real y vibrante filosofía de aquellos diálogos vulgares, sostenidos en un cuarto interior y sobre viejos muebles que á todas horas parecían recordarme las alturas de donde fuí cayendo?...

Antonio era un bebedor insaciable; no recuerdo haber conocido nadie que bebiese más que él: generalmente libábamos aguardiente, inspirados por el deseo de emborracharnos pronto.

—Bebe—decía Nanquín presentándome un vaso,—bebe, ¿no estás triste?

—Sí.

—¿Muy triste?

—Muy triste, sí. ¡Más triste que tú!

—Mentira.

—Verdad; más triste que tú... porque estoy más sola.

—Tampoco eso es cierto: más sola, más

desamparado que yo no hay nada, ni nadie... ¡Ni la una de la mañana está más sola que yo!...

Estas orgías solitarias en que la atracción de la carne no intervenía, tenían simultáneamente majestad ridícula y terrible. A Nanquín, como á mí, la idea de morir solo le abrumaba, y ambos discutíamos probando cada cual cómo sus penas eran las mayores. Una noche, excitados por los recuerdos y completamente beodos, nos conmovimos hasta llorar.

—Las cortesanas y los artistas—decía yo recalando una vieja opinión,—nos parecemos; nuestro origen es común; somos como hastillas del mismo palo.

—¡Falso!—interrumpió Antonio altanero;—¿de dónde deducís vosotras, meretrices, que vuestra misión puede compararse con la nuestra? Nosotros, los poetas, alegramos la vida...

Yo le atajé exclamando:

—Como nosotras.

—Nosotros celebramos el placer, la locura, la anarquía...

—Como nosotras.

—Los poetas viven del amor, porque es lo que cantan, y para la belleza...

—Como nosotras.

—Pero es que los artistas, para cumplir su misión, necesitan tener talento.

—Como nosotras. ¡Ah!... ¿Crees empresa fácil la de gustar á muchos hombres!...

Nanquín me miró desconcertado por el ritmo de aquella contestación siempre repetida.

Yo proseguí:

—Como he tenido relaciones con un novelista, sé mucho de esto. El artista que se vende á un editor, es como la hembra que tiene un amante; el editor le viste, le mantiene... y hasta pone cierto orgulloso empeño en que aquél brille y vaya bien vestido, temiendo justamente que por las malas trazas del otro, puedan juzgarle á él desfavorablemente; y por igual razón, el escritor que trabaja para muchos editores y no tiene sueldo fijo, se parece á esas mujeres que andan por ahí, de zoco en colodro, á caza de aventuras. Todos, vosotros y nosotras, servimos de

recreo al público y vivimos mientras gustamos; luego, no bien dejamos de agradar, las multitudes nos vuelven la espalda y la miseria y el olvido nos cierran el paso. ¿Quién comprará tus versos, desdichado, cuando quedes sin talento? A mí, que ya soy vieja, ¿quién querrá comprarme mis caricias?... Somos anormales, desequilibrados infelices que hallaron en el mismo desconcierto de sus nervios un medio de lucha: adoramos lo imprevisto y explotamos lo raro, lo superfluo y, siendo pobres, vivimos siempre entre aristócratas y gentes ricas, porque el arte como el amor, son superfluidades ó paramentos sólo accesibles á los felices. Yo, que vendí todas mis gracias, estoy en la miseria: ¿qué será de tí, cuando tu cerebro fatigado agote todas las seducciones de su pensamiento?...

Antonio Nanquín, agobiado bajo el doble peso de su dolor y de su borrachera, murmuraba:

—Tienes razón, sí... tienes razón...

Añadí bromeando:

—En fin, yo, por razones de edad, iré al Hospital antes que tú. Pero, no importa: allí te espero...

—Somos dos vencidos—murmuró Nanquín,—por eso estamos juntos... que, como el mar, la vida arroja los cadáveres de los que en ella naufragaron hacia las mismas playas.

Rompió á llorar; era un fracasado que moría sin gloria; la ingratitud y la envidia le impidieron vencer. A pesar de mi borrachera, comprendía perfectamente las angustias de aquella pobre alma roída por el vicio: no tenía dinero, ni prestigio literario, ni ninguno de aquellos placeres con que su ilusionada primera mocedad soñó; y, si en tales momentos compartía mi pobreza, era por necesidad, porque no conocía otra mujer con quien matar su horrible fastidio de artista derrotado. Bebimos en silencio otras muchas copas, y lo hicimos pausadamente, reteniendo algunos segundos el aguardiente en la boca, y sintiéndolo bajar por la garganta.

—Nada queda detrás de nosotros—murmuró Nanquín.

—Nada.

—Ni el recuerdo...

—Ni aún eso.

Hubo otro largo silencio, que yo interrumpí:

—Tú—dije—no supiste componer un libro que dure... Yo no he podido concebir un hijo...

Antonio Nanquín tenía los párpados enrojecidos por el llanto; mis mejillas también estaban bañadas en lágrimas. El poeta, algo más repuesto, levantó su copa llena hasta los bordes de aguardiente, invitándome con un gesto á hacer lo mismo.

—Somos dos miserables—exclamó.

Yo repetí, alegrándome por primera vez de hallarme tan baja.

—Sí; dos miserables... abyectos y borrachos.

—Eso es—repuso Nanquín,—tú lo dijiste: borrachos... No importa; el mundo es malo; olvidémoslo volviendo á beber...

Nanquín estaba alcoholizado: muchas veces le vi ante el mostrador de una taberna, balanceándose sobre sus piernas inseguras y mirando al tabernero sin acertar á pedirle el vaso de aguardiente que deseaba. La borrachera le idiotizaba, convirtiéndole en una verdadera bestia, puerca y muda: el hilo de babas que salía por sus labios entreabiertos, manchaba la camisa; no podía desnudarse ni ejecutar ninguna operación que exigiese cierta coordinación de movimientos; muchas noches, relajados sus músculos por la acción enervadora de la embriaguez y pérdida toda conciencia, Antonio Nanquín se orinaba en el lecho; el frío de aquellas humedades me despertaba y aun no he podido olvidar el olor nauseabundo que durante estas horas de estúpida orgía va heaban las carnes de aquel miserable. Mis relaciones con el poeta duraron poco; fué este un enredo ilógico: Antonio me despreciaba por vieja y por fea; yo también le aborrecía por menguado y abyecto. No obstante, seguimos llorando y bebiendo juntos, reconociendo alegremente nuestra degradación... Parecíame imposible que ninguna mujer hubiese bajado más que yo, y, sin embargo, la experien-

cia vino á probar lo contrario, obligándome á descender otro peldaño, acaso el último. En poco tiempo la miseria me había obligado á cambiar de casa varias veces: de la calle de Lavapiés me trasladé á la de San Juan, luego á la de Fúcar, más tarde á la plaza de San Gregorio... y después no sé á cuántos sitios más. Consuelito Vera que había reñido con Rufino, me propuso vivir juntas y yo acepté: el ideal de mi amiga era abrir un lupanar.

—¡Ah, si yo tuviese dos mil ó tres mil pesetas!—murmuraba sumergiéndose en la ideación de aquel sucio proyecto como quien se abisma en una mina de oro...

Vivíamos entonces en un cuarto interior de la calle Cruz, al cual concurrían algunas muchachas pobres de cuya belleza consuelo era principal administradora. También iban tres ó cuatro hombres, casi todos jóvenes que, según luego supe, explotaban á sus queridas, quitándolas por la fuerza ó con caricias, cuanto dinero podían. A mí, que siempre anduve entre gente rica, me extrañaba hallarme otra vez, como al principio de mi carrera, entre hombres pobres, rústicos y mal vestidos, á quienes la lucha por la vida preocupaba.

Todas las noches se reunían en el comedor de nuestra casa, acompañadas de sus respectivos amantes, dos ó tres mujeres que pasaban el rato allí jugando á las cartas ó á la lotería: las veladas se prolongaban hasta muy tarde; el frío nos obligaba á cerrar herméticamente las puertas y ventanas de la habitación; algunas veces nos regalábamos el paladar con una botella de aguardiente pagada á escote: todos, hombres y mujeres, fumaban, y aun recuerdo, como si acabase de verlo, el cuadro compuesto á la luz del quinqué suspendido del techo sobre la mesa, por aquellas cabezas inmóviles ó locas, absortas en el vaivén de los naipes bajo la atmósfera gris formada por el humo de los cigarrillos. Algunas veces yo solía rebelarme contra estas reuniones que nos costaban, por lo menos, quince ó veinte céntimos diarios de petróleo. Mi amiga se encogía de hombros.

—No importa—decía,—esta gentuza que gasta el dinero con la misma facilidad con que lo cobra, siempre deja algo á ganar.

Creo, sin embargo, que la conducta de Consuelo no era completamente interesante, con exclusión de todo otro sentimiento ajeno á la idea de lucro, sino que vivía así porque aquel vicioso ambiente halagaba su carácter irregular, aficionado inconscientemente á la perversidad.

Esta sociedad, tan diferente de aquella otra elegante y bien educada que yo conocía, cautivaba mi atención: una de nuestras jóvenes amiguitas, era francesa; otra, valenciana, y todas tenían cabezas pequeñas y de brillantes y bien rizados cabellos. Ellos eran artesanos que, ni tenían trabajo ni pensaban buscarlo, y que si hablaban de sus oficios era para no demostrar por modo demasiado ostensible, que vivían de las mujeres. La seriedad es uno de los rasgos más chocantes y graciosos de la chulería madrileña. El verdadero chulo, dando á este calificativo su acepción más exacta y ceñida, es, antes que nada, un hombre serio, sobrio en palabras, parco de ademanes, reflexivo y que reirá muy poco y sólo cuando el dicho ó hecho sometido á su consideración, merezca ser muy celebrado. El chulo no es el obrero disipado que gasta entre la noche del sábado y la tarde del domingo su jornal de la semana, ni es el estudiante mocero de los bailes públicos, ni es el torero andaluz, expansivo y hablador, que con sus riñas ó sus alegrías alborota los colmados; el chulo neto, habla poco y pone su cuidado mayor en escuchar atentamente y de modo que su cara no refleje emoción ninguna; después contestará reposadamente y dando á sus palabras intención punzante y grave autoridad. La indumentaria de este tipo es, como su psicología, amanerada y cursi: el cuello de la camisa bajo, la corbata de nudo, la americana entallada y corta, los cabellos planchados sobre las sienes... Yo pasaba ratos deliciosos examinándoles, destornillándome de risa ante la cómica gravedad de sus rostros afeitados; pero

otras veces me aburrían y de buena voluntad les hubiese arrojado de allí á puntapiés.

Una noche el amigo de la francesita me presentó al ebanista Paco Leal, á quien llamaban *Ortigas*, y del cual me habían hablado muy bien, ponderando su gracia y lo solicitado que estaba de las mujeres. Era un joven moreno, delgado y de mediana estatura; tenía la frente y los ojos grandes, su cuello largo y su semblante enjuto terminado en una boca puntiaguda como un hocico, acusaban hipocresía y travesura de carácter: un mechón, cuidadosamente rizado, de cabellos, le llegaba al entrecejo, afeminando la expresión de su rostro lampiño; vestía traje negro: sobre la abullonada pechera de la camisa flotaban con estudiado desgaire las puntas de un pañuelo rojo. El tipo aquel, en suma, me pareció insignificante y ridículo.

El *Ortigas* procuró distraernos refiriéndonos sentada y campanudamente sus relaciones con Pepa la *Gorda* y Juana la *Partía*, á quien quiso matar por celos: ambas eran dueñas de casas públicas. Mientras Paco Leal hablaba, los demás hombres le miraban atentamente, como comprendiendo y participando de los sufrimientos que por hembras de tanto mérito padeció aquel noble y apasionado corazón; entretanto las copas de aguardiente continuaban vaciándose con acelerada regularidad. A media noche todos estábamos borrachos: algunas parejas desaparecieron en la obscuridad de las habitaciones contiguas; mientras Georgina, la francesa, bailaba el cancan poniéndose las faldas alrededor del cuello, el *Ortigas* comenzó á cortejarme en alta voz, como queriendo dar público testimonio de su irresistible habilidad y precipitado y total rendimiento mío.

—A mí—decía mirando á la reunión con apicarados ojos,—me gustan las gallinas viejas.

De pronto, mareada como estaba por el alcohol, tuve el capricho de entregarme una vez más, probándome de este modo que los hombres todavía gustaban de mí.

Comprendí, sin embargo, que algo noble protestaba aún, desde mi conciencia, contra el puerco deseo; era necesario ahogar este escrúpulo bebiendo más.

—¡Dame aguardiente!—grité abrazándome á mi galán;—quiero emborracharme.

Paco cogió la botella, sirviéndome un vaso de medio cuartillo, que yo apuré de un trago, apoyándome contra la pared para no caer; todos aplaudieron, admirando mi fortaleza. En medio del desatado huracán que atronaba mi cerebro, percibía un confuso clamoreo de risas y de voces.

—¡Mirad la vieja—decían,—qué buen mozo se lleva!

—Todos se abrazaban bajo la luz del quinqué, que palidecía tras el humo de los cigarros; mis cabellos blancos y la vieja cabeza de Consuelo pintaban dos manchas desagradables en aquella bacanal disparatada y un poco triste de aquelarre. Yo había enlazado mis brazos al cuello de Leal.

—¡Dame más aguardiente!—repetía;—¡más... más!...

Y él, borracho también, murmuraba apretando los dientes, entornando los ojos:

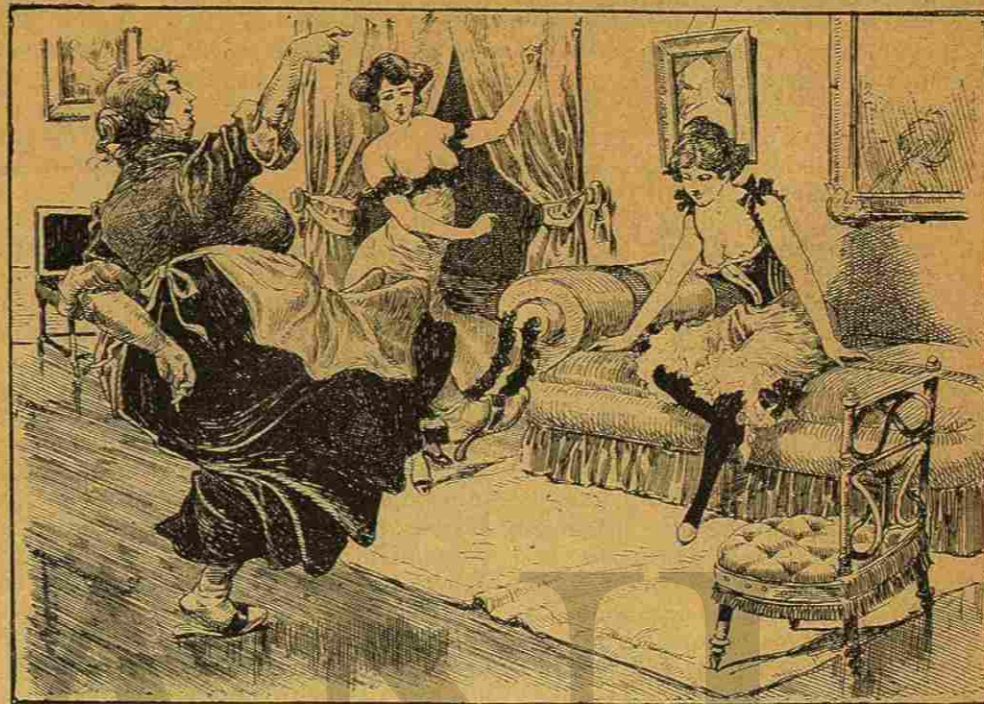
—¡Toma... toma... lo que quieras... si te daría mi sangre!

El *Ortigas* era un bribonazo con quien apenas tuve relaciones quince ó veinte días; el charrán no se cansaba de explotarme, quitándome cuanto dinero podía; llamándome vieja sorda y asegurando que los hombres como él merecen ser bien pagados.

Una vez que me opuse rotundamente á tan injustas exacciones, me pegó, bañándome la cara en sangre; aquella escena se repitió varias veces; entonces le despedí, y él, que comprendía mi pobreza extrema, no volvió.

Pocos meses después, Consuelo y yo nos trasladamos á otra boardilla de la calle Pizarro.

Una noche, atravesando la plaza de Celenque, vi á Julio Maldonado, que iba en un coche del Ateneo; al reconocerme, Julio mandó detener el vehículo, echó



... como yo no la oigo bien, levanto los brazos y las piernas tan á destiempo.. (Fág. 227)

pie á tierra y vino á saludarme; le hallé muy cambiado, se había dejado la barba.

—Adiós, mujer; ¿qué es de tu vida?

—¿Y de la tuya?

El alimentaba esperanzas de llegar á ministro en la próxima crisis; tenía cuarenta y un años; yo le escuchaba impasible, como si todo afecto hubiese muerto dentro de mí.

—¿No lees periódicos?—dijo.

No comprendí bien y tuvo que repetir su pregunta levantando la voz.

—No—repuse,—hace tiempo que perdí esa afición.

—Pues, á propósito de la próxima crisis—añadió,—un periódico ministerial me ha propuesto para la cartera de Gracia y Justicia.

Hice un gesto afirmativo, significando que celebraba la noticia. Julio me diri-

MEMORIAS.—29

gió varias preguntas, demostrando interés hacia mí; según él, yo tenía la culpa de que no nos viésemos.

—¿Para qué?—repuse.—Estamos mejor así.

Maldonado se encogió de hombros.

—¿Dónde puedo escribirte?—dijo.

Pensando en la frecuencia con que la miseria me obligaba á cambiar de domicilio, repuse:

—Escríbeme á Lista de Correos.

Sin más, nos separamos. Aunque estaba bien persuadida de que Julio no se molestaría en enviarme ninguna carta, como la esperanza arraiga tan fácilmente en nuestras pobres almas, raras fueron las semanas que dejé pasar sin ir á Lista de Correos. Es aquel un local lógrego y estrecho, limitado al fondo por los trece barrotes verticales de una reja.

Yo me acercaba á la ventanilla sintiendo en la garganta una molesta opresión.

—¿Hay carta para Isabel Ortego?

El empleado contestaba:

—¿Trae usted cédula?

—¿Cómo?—respondía yo avergonzada, adelantando el busto y poniéndome una mano detrás de la oreja.

—¿Que si trae usted cédula!

—Ah, sí... sí señor!...

Era una cédula antigua, á la que yo, corrigiendo la fecha de su expedición, di nueva validez. La Lista de Correos es el centro á donde converjen los vagabundos de cada ciudad ó cuantos, por algún concepto, viven fuera de lo legal: allí reciben sus cartas los que no tienen casa, los mercaderes que realizan negocios poco limpios, los maridos adúlteros, las esposas livianas, las heteras que padecen un amo de quien deben guardarse; las irregulares, en fin... ¡Oh! ¡Cuántos volúmenes podrian componerse narrando los amores, las estafas, los criminales propósitos de infanticidio ó violación, y también las historias de abandono, de miseria y de lágrimas, que han pasado por aquella ventanilla de la calle Carretas...

Como era de preveer, mi esperanza de recibir carta de Julio Maldonado, quedó

ineumplida. Hacía mucho tiempo también, más de un año quizá, que ni Milagro ni Justino me escribían: súbitamente me acometió la idea de que sus cartas podrian haberse perdido. Alarmada por este pensamiento interrogué al cartero, quien me aseguró no haber visto ningún sobre dirigido á mi nombre.

—Si viese usted alguno—repuse,—y yo me hubiera mudado de aquí, le ruego me lo deje en Lista de Correos.

Muchas tardes, cediendo á inspiraciones seniles, bajaba al portal, donde esperaba al cartero, que casi siempre me saludaba sin detenerse. ¡Jamás me trajo nada!... ¡Nada!... ¡Oh!... saber que el mundo es tan grande, que hay tantas naciones, tantas ciudades, tantos millones de individuos, y que durante meses y años enteros, no hay en esa humanidad ni un pensamiento, ni un solo pensamiento dedicado á nosotros!... ¿Cabe concebir nada más horrible?...

—¡Ah, soñadores que os levantáis todas las mañanas llevando en el pecho, con el presentimiento de algo inesperado, la alegría de una ilusión nueva!... ¿Acaso no sufristeis nunca la tristeza infinita que deja tras sí el cartero que pasa de largo ante vuestra puerta?...

VIII

Nota del autor

Desde este momento las *Memorias* de Isabel Ortego, pierden su unidad: las últimas cuartillas son un manojo de notas inconexas, escritas con letra impaciente y rápida: caracteres mal diseñados, cuadros inconcluidos, momentos psicológicos descritos atropelladamente y bajo el imperio de una impresión... todo perdido bajo el difumino nivelador de una melancolía inmensa. Estas notas, sin embargo, van publicadas á continuación ajustándome fielmente al manuscrito que de manos de Isabel Ortego recibí, con lo que el lector podrá seguir derechamente y sin obstáculos ni tropiezos, la cruel línea descendente recorrida por aquel gran espíritu en su doloroso crepúsculo.

5 Junio

Estoy sirviendo en casa de la valenciana Amalia Pérez y de la francesita Georgina, que tienen en la calle Barbieri un entresuelito muy lindo. Mis amitas suelen incomodarse conmigo por mi excesiva afición al aguardiente, pero me respetan porque conocen mi historia, la nobleza de mi corazón y la fidelidad maternal con que custodio y defiendo sus intere-

ses. Realmente, más que una criada, soy para ellas un aya ó señora de compañía: me han comprado ropa interior de la que me hallaba completamente desprovista y dos trajes negros; muchas veces las acompaño al campo, cuando van con hombres desconocidos de quienes temen alguna celada, y al teatro. Yo, que las quiero bien, me desvivo por servirles, y me enfurezco conmigo misma cuando mi sordera me deja incurrir en alguna indiscreción ó torpeza.

Amalia Pérez tiene veintidós años y es de mediana estatura y muy redonda y apretada de senos y de caderas: generalmente lleva los negros cabellos peinados hacia atrás; los ojos también son negros: baila tangos y canta á maravilla y tiene una boca preciosa. Muchas tardes, yo, recordando mis buenos tiempos, la invito á bailar y pasamos ratos muy divertidos: Georgina, echada en un sillón, rie hasta llorar, sujetándose el vientre con ambas manos; Amalia canta y baila, y como yo no la oigo bien, levanto los brazos y las piernas tan á destiempo y fuera de propósito, que mis amas se despican de risa. Mis pies, calzados con viejas chancas, están ya muy torpes; las faldillas de percal

Yo me acercaba á la ventanilla sintiendo en la garganta una molesta opresión.

—¿Hay carta para Isabel Ortego?

El empleado contestaba:

—¿Trae usted cédula?

—¿Cómo?—respondía yo avergonzada, adelantando el busto y poniéndome una mano detrás de la oreja.

—¿Que si trae usted cédula!

—Ah, sí... sí señor!...

Era una cédula antigua, á la que yo, corrigiendo la fecha de su expedición, di nueva validez. La Lista de Correos es el centro á donde converjen los vagabundos de cada ciudad ó cuantos, por algún concepto, viven fuera de lo legal: allí reciben sus cartas los que no tienen casa, los mercaderes que realizan negocios poco limpios, los maridos adúlteros, las esposas livianas, las heteras que padecen un amo de quien deben guardarse; las irregulares, en fin... ¡Oh! ¡Cuántos volúmenes podrian componerse narrando los amores, las estafas, los criminales propósitos de infanticidio ó violación, y también las historias de abandono, de miseria y de lágrimas, que han pasado por aquella ventanilla de la calle Carretas...

Como era de preveer, mi esperanza de recibir carta de Julio Maldonado, quedó

ineumplida. Hacía mucho tiempo también, más de un año quizá, que ni Milagro ni Justino me escribían: súbitamente me acometió la idea de que sus cartas podrian haberse perdido. Alarmada por este pensamiento interrogué al cartero, quien me aseguró no haber visto ningún sobre dirigido á mi nombre.

—Si viese usted alguno—repuse,—y yo me hubiera mudado de aquí, le ruego me lo deje en Lista de Correos.

Muchas tardes, cediendo á inspiraciones seniles, bajaba al portal, donde esperaba al cartero, que casi siempre me saludaba sin detenerse. ¡Jamás me trajo nada!... ¡Nada!... ¡Oh!... saber que el mundo es tan grande, que hay tantas naciones, tantas ciudades, tantos millones de individuos, y que durante meses y años enteros, no hay en esa humanidad ni un pensamiento, ni un solo pensamiento dedicado á nosotros!... ¿Cabe concebir nada más horrible?...

—¡Ah, soñadores que os levantáis todas las mañanas llevando en el pecho, con el presentimiento de algo inesperado, la alegría de una ilusión nueva!... ¿Acaso no sufristeis nunca la tristeza infinita que deja tras sí el cartero que pasa de largo ante vuestra puerta?...

VIII

Nota del autor

Desde este momento las *Memorias* de Isabel Ortego, pierden su unidad: las últimas cuartillas son un manojo de notas inconexas, escritas con letra impaciente y rápida: caracteres mal diseñados, cuadros inconcluidos, momentos psicológicos descritos atropelladamente y bajo el imperio de una impresión... todo perdido bajo el difumino nivelador de una melancolía inmensa. Estas notas, sin embargo, van publicadas á continuación ajustándome fielmente al manuscrito que de manos de Isabel Ortego recibí, con lo que el lector podrá seguir derechamente y sin obstáculos ni tropiezos, la cruel línea descendente recorrida por aquel gran espíritu en su doloroso crepúsculo.

5 Junio

Estoy sirviendo en casa de la valenciana Amalia Pérez y de la francesita Georgina, que tienen en la calle Barbieri un entresuelito muy lindo. Mis amitas suelen incomodarse conmigo por mi excesiva afición al aguardiente, pero me respetan porque conocen mi historia, la nobleza de mi corazón y la fidelidad maternal con que custodio y defiendo sus intere-

ses. Realmente, más que una criada, soy para ellas un aya ó señora de compañía: me han comprado ropa interior de la que me hallaba completamente desprovista y dos trajes negros; muchas veces las acompaño al campo, cuando van con hombres desconocidos de quienes temen alguna celada, y al teatro. Yo, que las quiero bien, me desvivo por servirles, y me enfurezco conmigo misma cuando mi sordera me deja incurrir en alguna indiscreción ó torpeza.

Amalia Pérez tiene veintidós años y es de mediana estatura y muy redonda y apretada de senos y de caderas: generalmente lleva los negros cabellos peinados hacia atrás; los ojos también son negros: baila tangos y canta á maravilla y tiene una boca preciosa. Muchas tardes, yo, recordando mis buenos tiempos, la invito á bailar y pasamos ratos muy divertidos: Georgina, echada en un sillón, rie hasta llorar, sujetándose el vientre con ambas manos; Amalia canta y baila, y como yo no la oigo bien, levanto los brazos y las piernas tan á destiempo y fuera de propósito, que mis amas se despican de risa. Mis pies, calzados con viejas chancas, están ya muy torpes; las faldillas de percal

que llevo en casa, apenas me cubren las piernas; sobre el abdomen, un poco hinchado por la falta de corsé, cuelgan y tiemblan los lacios pechos; los vaivenes y agachadillos de la danza desanudan mis blancos cabellos; todo esto me ofrece doblemente grotesca y ridícula, con lo que experimento extraña satisfacción; he perdido el sentimiento de la coquetería, convencida de que no puedo agrandar; soy una especie de clown triste que sólo aspira á divertirse exagerando su propia fealdad.

Georgina parece más joven que su amiga; es alta, delgada y tiene una cabecita adorable, sonrosada y redonda como una cabeza de muñeca; sus cabellos son rubios, el timbre pastoso de su voz y sus estridentes carcajadas de loca, me recuerdan las alegrías nerviosas de Carmen Arellano, y largas historias repletas de desilusiones y de lágrimas pasan por mi frente.

Amalia y Georgina, que gustan de andar por casa medio desnudas, están siempre midiéndose las pantorrillas y los brazos. Amalia Pérez quiere enflaquecer; la francesita, por el contrario, en su anhelo de engordar, ha empezado á tomar píldoras de arsénico. Frecuentemente las sorprendo examinándose delante de un espejo.

—Estoy más delgada que antes—dice Amalia.

—Y yo—responde Georgina—mucho más gruesa.

Después se azotan y se besan: las noches en que sus amigos no van á verlas, suelen dormir juntas. Dicen que Georgina y su amiga se quieren torpemente. Tal vez; ni lo sé, ni me importa... ni las censuro.

Noches atrás estuve cenando con mis amigas y una joven llamada Matilde en un comedor de Fornos; nos acompañaban tres caballeros aristócratas, muy planchados y elegantes, que me recordaron mis buenos tiempos. Todos charlaban formando alegre y ensordecedor guirigay; yo, comprendiendo mi inferioridad, comía y ca-

llaba, ocupando en la mesa el menor espacio. ¡Y pensar que veinticinco años antes hubiera sido la reina indiscutible de esta fiesta!

Uno de aquellos señores, advirtiéndome mi tristeza ó la frecuencia con que yo llenaba de vino mi vaso, me ofreció una copa de champagne, que apuré de un trago.

—Beba usted más—dijo.

—Háblala recio—interrumpió Amalia, porque es sorda.

Yo repuse:

—Gracias, caballero; no me atrevo á beber tanto; temo emborracharme.

—¡No importa!—exclamó llenando nuevamente mi copa de champagne,—¡no importa!... De aquí el más cuerdo ha de salir á gatas.

Tal predicción, efectivamente, no parecía exagerada: á los postres todos estábamos borrachos: Amalia Pérez y Matilde se habían quitado los corsés; Georgina bebía el vino en los labios de su amigo; yo acodada sobre la mesa para guardar mejor el equilibrio, hacía esfuerzos heroicos por conservar el imperio de mi misma. La tristeza me invadía; era una meditación imbécil, gris como las columnas de polvo que el viento levanta en los caminos: yo moriré y la juventud, una juventud que no me amó, seguirá riendo y cantando...

Se referían chascarrillos y anécdotas. Alguien dijo:

—Tú, Isabel, cuéntanos algo...

Otro añadió:

—Sí, eso es; tú, que eres vieja, debes de saber muchas historias; cuenta, cuenta. Todos hablaban.

—¿Quién te engañó, Isabel?...

—¿Cuánto dinero cobraste por tu primera noche? ¡Dilo, sin mentir!...

Georgina acudió en mi auxilio.

—¡Isabel—exclamó—no se acuerda de nada... Oid; quiero referiros una historia muy rara.

Los más discolos prestaron atención, porque el vino, á ratos tiene curiosidades vehementísimas. Georgina comenzó á hablar: en cierto café de París, una noche

de orgía, conoció á un joven inglés silencioso y frío como una estatua: una impasibilidad absoluta helaba sus facciones, no movía los brazos, sus ojos azules no parpadeaban. No obstante, decían que era un hombre de fuego á quien las cortesanas de Londres devoraban muchos millones. El exterior impenetrable de aquel alma ardiente, cautivó á Georgina, idólatra de lo raro, obligándola á descubrir por sí misma el misterio de la estatua.

—¿Y qué?—preguntaron todos.

—Nada concluyó la narradora,—que sufrí una desilusión: era un hombre como los demás...

La historia de la francesita fué mal recibida; nadie comprendió su psicología. Entonces Amalia pidió la palabra para referir la historia de su primer desliz y el extraño espaldarazo con que su iniciador la graduó mujer de mundo. Aquello prometía ser interesante; todos escucharon.

Perezosamente Amalia habló. Fué aquel un lance muy sencillo, muy vulgar. Ella acababa de llegar á Madrid, tenía dieciséis años y estaba de camarera en una casa de huéspedes. Allí el trabajo era grande, el sueldo escaso; Amalia madrugaba con la aurora y por las noches se recogía muy tarde, después que todos estaban acostados: entonces, metida en su lecho, la pobre lugareña lloraba de aburrimiento, acariciando la visión de venturas inciertas y grandes. Un domingo por la noche, volviendo del teatro, conoció al pintor Paco Lasanta, quien la deslumbró y sedujo en pocas horas... Y fué porque había de ser, porque la virginidad es un dique opuesto á la ambición de las mujeres pobres. Poco después el pintor olvidaba su conquista; ella que le quería, le buscó varias veces y siempre le hallaba junto á una ventana del café Suizo, bromeando con un grupo de amigos.

—Una tarde de Agosto—prosiguió Amalia,—Paco, en vez de saludarme desde lejos como otras veces hacía, salió á la calle, con lo que me puse muy colorada, pues yo era una mozueta casi andrajosa y él un hombre elegante y de mundo.—

—¿Qué haces?—preguntó.—Ya ve usted—repuse bajando los ojos,—lo de siempre: servir...—Pues eres muy bonita—dijo—y no mereces estar así; ven mañana y te haré un regalo... Al día siguiente, no bien me vió, salió del café, entregándome allí mismo, delante de los transeuntes admirados, un corte de vestido, un billete de cincuenta pesetas y un florero repleto de varas de nardo.—¡Ea—exclamó;—ya eres una mujer independiente! Acabo de darte una profesión: la de florista: un padre no hubiera hecho más por ti...»

Amalia calló, refrescándose la garganta con un trago de champagne; los hombres aplaudieron; aquella anécdota era picante, original y bonita. Matilde pidió autorización para hablar; la aventura que prometía referir era más interesante que ninguna otra, por referirse, aunque de soslayo, á lo que en momentos tales estaba sucediendo allí.

—Gracias á ella—prosiguió—paso la noche con vosotros.

Estoy cierta de que nadie, excepción hecha de mí, comprendió la triste y folletinesca originalidad del lance por Matilde contado; y no es de extrañar que así fuese, pues únicamente yo me hallaba al tanto de ciertos íntimos y muy reservados pormenores.

En cierta capillita del barrio Chamberí, decía misa un anciano cura que fué actor, y con quien Matilde, muchos años antes, cuando don Rafael aun no se había retirado del teatro, tuvo relaciones y un hijo. La mañana del día en que ocurrió lo que voy refiriendo, don Rafael probablemente, acababa de echar con mano distraída la absolución sobre la cabeza de la última devota que fué á importunarle con sus confesiones, y permanecía en el confesonario absorto, evocando sus ya remotos triunfos de actor, sus ambiciones pretéritas, sus viajes y toda aquella vida de telón adentro, abigarrada y mareante como la sucesión de paisajes que huyen ante las ventanillas de los trenes en marcha; y acaso lloró también una vez más la ingratitud de Matilde, quien,

con sus desvíos, le sugirió la idea de ton-surarse, echando por sus hombros aquella austera sotana que le separaba del mundo. En medio de tal derrumbamiento, personas que le conocieron bien, sabían que el viejo sacerdote conservaba una fe, dije y tesoro de su alma; fe candorosa, ingenua como una oración infantil; la seguridad de que Matilde no le burló nunca, de que no perteneció á nadie mientras fué suya, y de que el hijo que tuvieron, y que murió á poco de nacer, era de los dos...

Matilde empezó explicándonos su amor á la Virgen: este cariño la redimía y ensalzaba; la Virgen, todo misericordia, comprendía las veleidades de su corazón pecador; mientras la Virgen viviese dentro de ella, Matilde estaba segura de no ser enteramente mala.

Aquella mañana Matilde experimentó repentinos y vehementes deseos de confesarse, concretando en palabras lo que en su alma tan bien guardado tenía, y deseos de ver á la Virgen; pero no en un templo aristocrático, sino en una de esas capillitas de los arrabales, ocultas entre dos casas muy altas: representósele de pie sobre un altar, con su amplio manto de terciopelo carmesí, su largo semblante hebraico, sus grandes ojos inmovilizados por el dolor... Matilde llamó á su doncella, dando orden de que preparasen el coche. Entretanto volvió á adormecerse: se veía atravesando el pórtico de la iglesia, persignándose luego junto á la pila del agua bendita, después atravesando la nave desierta, más tarde de hinojos ante la verja de una capilla anegada en la penumbra soñadora de los santuarios...

Matilde llegó á una iglesia pobre donde jamás estuvo y cuyo nombre desconocía. Por los altos ventanales del templo penetraba una luz triste y blanca, como la que vierte la luna sobre las aldeas escandinavas dormidas entre la nieve; ante la imagen de un Cristo agonizante, una lamparilla de aceite chisporroteaba; diseminadas por los rincones varias devotas jeseuseaban en voz baja, con un tonillo somnífero como el zumbido del moscón que

aletea en un cuarto cerrado; la humedad había pintado grandes manchas negruzcas en la parte inferior de los muros enyesados; dentro, en la sacristía, resonaba el golpeteo insólito de un postigo que el viento abría y cerraba violentamente. Bajo la sombra que proyectaba la escalera del púlpito, había un confesonario, dentro del cual se insinuaba la silueta de un cura viejo, que parecía dormir con un devocionario abierto sobre las rodillas. Matilde se acercó. Don Rafael, despertado bruscamente de sus pensamientos, miró á la pecadora entreviendo un rostro joven que las blondas de una espesa mantilla ocultaban, y que, seguramente, había visto otra vez...

—Padre...

—Hija mía...

Empezó la confesión; fué una franca confesión de mujer arrepentida sinceramente: lo dijo todo, todo... con la valentía tranquila del moribundo que ya nada puede temer de los hombres. Refirió su llegada á Madrid, su caída, sus errores sucesivos. Al pronunciar el nombre del actor Rafael Marin, el cura lanzó un suspiro ahogado.

—No he vuelto á saber de él—dijo Matilde;—probablemente ha muerto: ¿le conoció usted?

—Sí, mucho...

Animada por el silencio de aquella iglesia pobre, un silencio absoluto como el que flota sobre los cementerios rurales y por aquel cura viejo, de raída sotana, que sólo estaría acostumbrado á recibir confesiones vulgares de mujeres plebeyas, Matilde siguió hablando; á Rafael le quiso mucho; después empezó á olvidarle poco á poco, hasta que la pasión murió á manos del cansancio; el hastio es enemigo terrible que siempre hiere en el corazón...

—Lo que no me perdono—añadió,—es haberle engañado, cuando él, creyéndome buena, aun tenía puesta toda su alma en mí.

También habló de su hijo; un niño que Rafael Marin tuvo siempre por suyo...

Terminó la confesión y el cura nada dijo; el dolor cruelísimo de aquellas re-

velaciones le había privado de conocimiento; su rostro parecía más lívido, sus cabellos más blancos. La joven, extrañando aquella quietud, se puso en pie y miró: el anciano clérigo estaba inmóvil, con la cabeza y los brazos colgantes y la boca entreabierta...

—¡Se ha dormido!—pensó Matilde.

Y salió de la iglesia.

—Al llegar á la calle—prosiguió la narradora,—me encontré con Amalia y Georgina, que llegaron como caídas del cielo. Georgina me habló de vosotros, invitándome á cenar en vuestra compañía; esta proposición, espantando mis recuerdos, se llevó con ellos mis penas; la alegría de vivir tornó á apoderarse de mi alma. ¡Viva la vida! exclamé; y aquí me tenéis...

Calló, vaciando majestuosamente una copa de vino.

—¿Y el cura?—preguntaron todos,—¿qué fué del cura? ¿Te echó la absolución?

Matilde lanzó una alegre careajada.

—¡Ah!... ¿No sabéis?—dijo,—un lance muy chuseo!... ¡El cura no pudo absolverse!

—¿Cómo? ¿Por qué?...

—Porque, oyendo mi confesión, el pobre hombre, que es muy viejecito, se quedó dormido.

—¡Dormido!—repitió Amalia.

—Sí.

—¿De veras?

—Palabra de honor.

—¡Naturalmente!—exclamaron aquellos caballeros,—¿qué les importan á los viejos las novelas de amores? Te digo que el desenlace de tu aventura tiene gracia... ¡muchísima gracia!...

Y todos reían felices, levantando sus copas.

.....

5 Febrero.

En otra orgía he conocido al marqués del Atajo, don Vicente Spárt. Actualmente tiene relaciones con Georgina. Es

un hombre griego, ágil, musculoso y bello como Antinóo; aun no ha cumplido treinta años; va completamente afeitado y sus cabellos son negros, ensortijados y cortos; su voz y sus genialidades me recuerdan las de Paco Narbona, pero éste era más irascible y sus borracheras, generalmente, tenían mal epílogo. Vicente Spárt deja que Baco y Cupido presidan su juventud; bebe hasta caer y se despece por las mujeres: tiene un médico que le acompaña en todas sus orgías, para cuidarle si riñe y es herido, ó cuando los placeres le dejan rendido, maltrecho ó moribundo. En esto mi espíritu aventurero ve algo neroniano, algo admirable y muy grande que no suele hallarse en los demás hombres: el marqués del Atajo ama y bebe hasta morir; es una indiferencia á la vida y una sed de goces dignas de un emperador romano.

El siguiente rasgo pintará su concupiscencia insaciable de cosaco.

Una noche de borrachera el marqués fué á una casa pública donde permaneció encerrado más de quince días. Cansado de las manebas que allí había, pidió otras... y luego otras... Las alcahuetas recorrieron los lupanares mejores, buscando prostitutas que ofrecer á la voracidad de Spárt. Vicente, no bien las poseía, las rechazaba; su médico no podía contenerle. Como en las plazas de toros el público grita:

—¡Caballos, caballos!

Así el marqués, desnudo y borracho como un fauno, pedía:

—¡Mujeres, mujeres!

Mientras Vicente y Georgina se besaban sobre un diván, yo, sentada á la mesa del festín entre dos botellas de champagne, bebía hasta emborracharme. Es mi única alegría y sólo estoy contenta cuando los objetos empiezan á oscilar á mi alrededor.

El marqués me admira, me sabe grande; el silencio hierático de mi embriaguez llegó á conmoverle. Levantóse como pudo del diván, y acercándose á mí, me abrazó, besando mi frente.

—Tu ancianidad—dijo—es triste y ve-

terrible como la figura de los reyes destrados. Somos iguales: los dos majestuosos, los dos heroicos. Cuando yo sea viejo, me emborracharé como tú...

Sus palabras me conmovieron, arrasándome los ojos en lágrimas: mi orgullo despertó; por mi memoria pasaron los espejismos dorados de mi larga historia.

—Aunque una adivinadora me predijo otra cosa—exclamé,—moriré pobre. ¡No importa! Soy feliz, pues aun tengo ánimos para reír y beber con la juventud que bebe y ríe. Los hombres vulgares suelen insultarme llamándome fea y borracha. ¡Ah, si ellos supieran!... Mira, marqués, mira mis ojos... aquellos ojos verdes donde centenares de amorosas agonías se reflejaron; mira mis manos, hábiles, perversas, diabólicamente enloquecedoras, como las manos de las sacerdotisas de Citeres; mira mis senos sobre los que se adormecieron con el incienso de la suma voluptuosidad, las cabezas más impacientes de Europa; palpa mis caderas, antaño duras, pomposas y suaves, como las lujuriantes caderas de las bailarinas, de Sibaris... ¡Soy grande... muy grande!... Yo he amparado la orfandad y la pobreza de todos los míos, yo he ganado elecciones, he hecho ministros, he levantado iglesias cuyas campanas repiten mi nombre. El marqués de Lágaro se suicidó por mí, el vizconde del Pretil murió de deleite entre mis brazos... ¡Mira mis pies!... Estos pies han llevado mi cuerpo, mi cuerpo inimitable, á la cama de un rey...

12 Octubre.

La embriaguez y la sordera van embroteciéndome. Antes mi espíritu tenía otra amplitud de aspiraciones y de pensamiento; mi imaginación hallaba complacencia reflexiva en la contemplación de lo grande; mi voluntad robusta sentía la atracción de lo noble, de lo heroico, de lo difícil; era algo muy fuerte y altivo que servía de sostén y poderoso báculo á

mi ánimo, dándole la quietud augusta, inmovible, de los viejos templos... Ahora, por el contrario, sólo lo pequeño y miserable me divierte y mueve á risa: lo delicado ó magnífico me aburre, me afisia...

Anoche, después de cenar, Amalia, Georgina y Matilde, estuvieron recordando cuentos y episodios de su vida: todas se embriagaron; yo también me emborraché y era delicioso ver la prontitud con que el motivo más fútil quebraba la cohesión de nuestro pensamiento, permitiéndonos pasar sin transiciones del llanto á la risa. Una de nosotras, verbigracia, recordaba á su madre y pesadumbre inconsolable nublaba todos los semblantes.

—¡Pobre madre!

—¡Ah, yo también perdí á mi madre!... ¡Pobre madre mía!...

Nos enternecíamos; los labios se apretaban convulsivamente; las lágrimas resbalaban por las mejillas cayendo en nuestros vasos llenos de aguardiente...

De pronto Georgina, que tiene un espíritu alegre, exclamaba:

—Ayer tarde engañé á Fulano, prometiéndole ir á pasar la noche con él, me dió cincuenta pesetas y luego, nada...

Todas reíamos.

—De esas truhanerías he hecho yo muchas.

—Yo, también.

—Y yo...

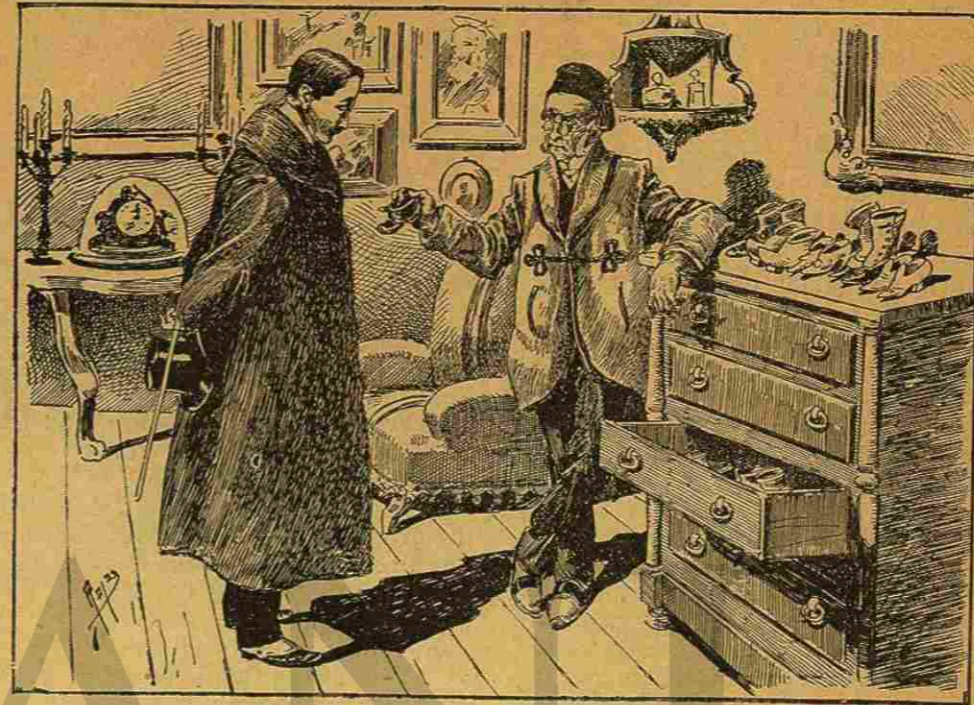
El vaho vicioso de nuestra historia nos exaltaba, inspirándonos una alegría loca y grosera; robar á los hombres nos parecía una acción meritoria; nuestras carcajadas llenaban el comedor.

Amalia Pérez refirió un lance de su bohemia. Dos años antes tuvo relaciones con un muchacho sin familia ni oficio; como estaban muy pobres, hubieron de empeñar, primero sus alhajas, luego sus trajes mejores, más tarde los muebles... A cada nuevo detalle, nosotras, recordando otras historias, exclamábamos:

—Como yo.

—A mí también me ha sucedido algo semejante.

—Y á mí...



—Estos zapatos—continuó el anticuario—los usó en época posterior. (Pág. 239)

La narradora continuó:

—Cuando todos los recursos fueron agotados, Federico y yo inventamos el procedimiento de comer en el café y marcharnos sin pagar. El ardid de que nos valíamos para esto era muy sencillo. Llegábamos al café entre doce y media y una de la madrugada y pedíamos una buena cena. A los postres mi amigo se registraba los bolsillos, hacía un gesto de contrariedad y salía á la calle cual si fuese á buscar tabaco. Ordinariamente acostumbraba á marcharse sin beber su café, demostrando con esto que su regreso sería inmediato. Trascurría un cuarto de hora, media hora... y yo, que empezaba restañándome los ojos con el dorso de una mano concluía por romper á llorar. El mozo se acercaba.—¿Qué la sucede á usted?—preguntaba.—¡Ay, señor, una

desgracia muy grande—respondía yo;—ese tunante que ha cenado conmigo cogió las de Villadiego y probablemente no volverá!—¿Y no tiene usted dinero?—«No, señor.»—¿Ni conoce usted á ese individuo?—«Tampoco: le he conocido esta noche, dice llamarse Mengano... Fuimos á una casa de la calle de... luego me invitó á cenar porque necesitaba cambiar un billete... y ahora, ya ve usted...» Continuaba llorando; pasaba otra hora... ¿Qué hacer?... El pobre mozo consultaba el caso con el dueño; éste concluía por encogerse de hombros.—¿Qué remedio?—decía,—déjala marchar.» Yo salía á la calle; era feliz, mis lágrimas se habían enjugado; en una esquina distante Federico me esperaba. Así, comiendo una sola vez al día, vivimos más de un mes...

La historia de Amalia nos pareció ex-

quisita, y todas la celebramos apurando de un sorbo nuestras copas.

Georgina refirió un lance, casi bufo, que la sucedió en Burdeos, donde se enamoró de un acróbata desde un palco del circo.

—A la mañana siguiente le escribí, citándole para por la tarde, en mi casa. Horas después recibí una carta de mi adorado, que decía: «Señorita: siento mucho no poder acceder, por hoy, á su deseo: mañana es mi beneficio, probablemente trabajaré mucho y necesito aprovechar todas mis fuerzas...»

La anécdota de Georgina también tenía gracia y todas aplaudimos; continuamos bebiendo; yo sentía que algo ardiente y pesado como un casco, me apretaba las sienes. Quise levantarme y no pude.

—Agua—murmuré.

Todas se extrañaron; aquello era maldecir de la embriaguez santa.

—Sí—repetí,—dadme agua... me ahogo.

Amalia llenó mi vaso de aguardiente.

—Aquí—dijo—no se bebe otra cosa.

Cogi el vaso entre mis dos manos trémulas y lo apuré de un trago, resignadamente, como quien cumple un deber religioso. Todas rieron, celebrando aquel nuevo esfuerzo de mi vejez, y yo me sentí orgullosa de que la juventud no se desdenase todavía de brindar conmigo.

Matilde, que era una sentimental, refirió una historia triste que, en otra ocasión, seguramente me hubiese conmovido.

A los postres de una cena celebrada entre amigos y mujerzuelas que hablaban á gritos, ante sus copas de coñac y bajo el humo denso de los cigarrillos, Matilde y su amante de aquella noche, sintieron que sus espíritus fraternizaban en la misma melancolía.

—¿Cómo se llama usted?—preguntó él.

—¿Para el mundo?...

—Sí.

—Me refiero al mundo que nos rodea.

—Comprendido.

—Me llamo Matilde; para usted, Martirio.

—¡Bonito nombre!

—¿Y usted?

—Luis.

Hablaron en voz muy baja; después, tras un momento embarazoso de silencio, ella suspiró; él dijo, sufriendo vagamente la picozón de los celos:

—Ese suspiro es un recuerdo.

—En efecto...

—¿Dónde fué?

—Muy lejos.

La distancia á que aludía no era la que se aprecia por metros, sino aquella, mucho más triste, que se mide por horas; porque á lo distante en el espacio puede volverse, pero en la conjugación de la vida, ¿quién podrá tornar presente lo pasado?

—Yo tuve un novio... es decir, un amante... que se llamaba como usted.

—¿Le quiso usted mucho?

—Muchísimo, con toda el alma: cuando mi madre murió, él estaba enfermo, y por no dejarle solo, no me despedí de ella, que preguntaba por mí á todos. ¡Ya ve usted si le quise!...

El repuso entristecido:

—Yo también tuve una mujer y...

—¿Por qué rieron ustedes?

—No reñimos; nos separamos.

—¿Se fué?

—Sí; murió...

—¡Ah!...

Ya muy tarde salieron á la calle y caminaron cogidos del brazo; llovía. El hogar de Martirio era un cuartito perdido en las alturas de una casa muy grande; Luis contó ochenta y seis escalones. Los suelos eran de ladrillo, de las paredes pendían retratos y cromos sujetos por alfileres. Los dos amantes se acostaron, tiritando bajo sus vestidos húmedos; en el techo abocardado del dormitorio había una ventana donde la lluvia chocaba con ruido monótono, y la luz colocada á la cabecera del lecho iluminaba las gotas de agua que corrían como menudos hilillos argentinos por el declive de los cristales. Bajo la ruda caricia del viento, el desván crujía.

—¿Qué noche!—exclamó Martirio.

Luis repuso mirando hacia la ventana sobre la cual se dilataba la inmensidad negra del cielo.

—Me gusta esta habitación.

—A mí, me aterra.

—¿Hace mucho tiempo que vives aquí?

—Más de dos años.

—Según eso, mi afortunado predecesor ocuparía el lugar que yo ahora ocupo.

Ella hizo un signo afirmativo y sus ojos se arrasaron en lágrimas; después, para mejor disimular su pena, apagó la luz.

—No llores—exclamó Luis,—aquello pasó: yo también tengo penas, y, sin embargo...

Martirio preguntó:

—¿Quiéres que hablemos de él?

—¿De quién?

—De ese hombre, no te enfades; recordándole te doy una gran prueba de simpatía.

Poco á poco fué abismándose en lo pasado, con la laxitud perezosa del enfermo que va sumergiéndose en un baño de agua tibia. Aquel Luis, se parecía al otro: tenía su estatura, la misma dulzura en la voz, su aliento...

La lluvia caía con pertinaz repiqueteo; de cuando en cuando un relámpago abrasaba el espacio con un flameo gigantesco de color violáceo. Martirio siguió hablando, recordando la historia dulce á veces, á ratos exquisitamente amarga, de sus amores. Ella y Luis conocieron los trances más duros de la vida: se vieron sin casa, esperando la salida del sol en los bancos de las plazas públicas; ayunaron muchos días; como no tenían otra ropa que la puesta, más de una vez él hubo de quedarse acostado, mientras ella lavaba sus calzoncillos en un barreño, á los pies de la cama...

—¡Y que ese hombre—añadió—haya olvidado todo eso!...

El dolor agitaba su cuerpo. Luis, enternecido, la abrazó estrechamente murmurando:

—¡Pobrecita!...

Sintió que las lágrimas de Martirio humedecían su rostro.

—Yo te consolaré—prosiguió,—yo seré bueno para ti; yo sabré arrancar de tu memoria el recuerdo lancinante del ingrato...

Ella balbuceaba:

—Te quiero... te quiero...

—Sí—repuso él,—quíreme y consuélame: yo soy más viejo que tú, yo también he amado y he sufrido; de penas, también, está erizada mi alma...

Sus labios temblaron; ella, interesada por aquel dolor sincero y mudo, le abrazó, sintiéndose repentinamente capaz de quererle.

—¡Hace tanto tiempo—dijo—que nadie me habla así!...

La lluvia caía, los relámpagos anegaban en luz cárdena el infinito del espacio negro; los dos amantes se besaban, procurando ambos ocupar los huecos, tristes como nichos, que otro hombre y otra mujer dejaron vacíos.

Fué aquello una noche muy triste; muy triste y muy dulce...

Pasó el invierno. Luis y Martirio eran casi felices; ella, rara vez pensaba en el otro; él, apenas se acordaba de la muerta; á manos de la dichosa realidad presente, el recuerdo había sucumbido.

—Te debo mi tranquilidad—decía Luis.

Ella contestaba:

—Y yo á ti la mía: por eso te quiero tanto.

—Soy tu médico.

—Mi médico, sí, tienes razón; el médico de mi alma.

Y se abrazaban, enajenándose en el agradecimiento que sienten los náufragos por aquellos que les salvaron con riesgo de su vida. Cuando hablaban del pasado era tranquilamente, con la serenidad con que se recuerdan las dulzuras de un ensueño feliz, sin apasionamiento ni dolor ostensibles. Otras, Luis decía:

—Dejemos esa conversación.

—¿Por qué?

—Es peligrosa; en las heridas del cuerpo, como en las del espíritu, nadie debe tocar; se enconan...

Callaban, mostrándose alegres y como desligados de todo lo viejo. Pero se engañaban á sí mismos; lo pasado volvía; el ausente y la muerta ejecutaban desde lejos su poder sombrío, separando á los vivos, que vanamente procuraban acercar-

se, durmiendo bajo el mismo techo, bebiendo en el mismo vaso, procurando á sus espíritus emociones análogas, abrazándose por la noche estrechamente... La anhelada fusión moral no llegaba. Al principio, cegados por la embriaguez de la mutua posesión, se creyeron á salvo de malos recuerdos: sus corazones latieron con fuerza, la naturaleza, alegre, se des-
perezaba, el mismo sol pareció brillar con el resplandor pujante de los viejos días... Después la verdad reaccionó, y fueron reconociéndose caídos y tan ligados al ayer fatal como siempre. Aquello era una especie de camino ó de cuesta muy triste, al término de la cual estaban la amistad pacífica ó el cariño lánguido de dos hermanos viudos que viviesen juntos.

—No es como aquella — murmuraba Luis pensando en la muerta.

—No es como aquél — decía ella recordando al ingrato.

Para aturdirse inventaban conversaciones artificiosas.

—El mérito de la persona — afirmaba Luis, — es tan variable como el del oro; las perlas valen, porque así lo hemos convenido; reconoce, querida mía, que en las relaciones amorosas ó de amistad, sucede otro tanto: quien, que para ti sería perfectamente repulsivo, otra mujer le presenta como ideal ó perfecto dechado de toda masculina perfección: y qué mujer, que no dejó en mí impresión alguna, es para otro hombre motivo de delirio y de muerte. En la germinación de los amores, como en la impresión que producen los libros, influyen la edad y el momento psicológico de las almas. Tal vez si ahora vieres á ese Luis por quien tantas lágrimas has derramado, sufrieses una desilusión, hallándole inferior y vulgar: acaso también me ocurrieses otro tanto con quien tú sabes.

Volvió el invierno. Aquella noche Luis, al arrancar del almanaque la hoja correspondiente al día en que estaban, exclamó:

—¿Te acuerdas?... Hoy hace un año que vine yo aquí, por primera vez.

—Es cierto: debíamos celebrar este

aniversario haciendo algo nuevo. ¿Vámonos al teatro?

—¿Para qué?... Hace frío, llueve... y para charlar de amores estamos mejor aquí.

Hablaron tranquilos mientras calentaban sus manos extendiéndolas sobre el brasero encendido. Recordaron sus primeras impresiones: cómo se conocieron y el respeto con que ambos se trataron; luego recompusieron la vida uniforme de todo aquel año.

—¿Di, me quieres mucho? — preguntó Martirio.

El repuso:

—Mucho: como siempre.

La conversación languidecía: ambos se hallaban vencidos y presos en la misma tristeza y responsables del mismo fingimiento. De pronto Luis exclamó:

—Mira... ¡qué casualidad!... Hoy también hace años que conocí á la otra... á la muerta.

—¡Ah!...

Y añadió, disimulando un gesto de cólera:

—¿Por qué callaste siempre esa rara coincidencia?

—Por no disgustarte...

Hubo otra pausa.

Después, por hacer algo, se acostaron, desnudándose lentamente y en silencio, abatidos por el cansancio infinito de sus almas.

Quedaron á oscuras; como el año anterior, la lluvia redoblaba sobre los cristales de la ventana su adormecedora serenata; el viento gemía, sacudiendo las paredes del callado desván; los relámpagos incendiaban con luz cárdena el cielo tenebroso.

Luis preguntó quedamente:

—¿Por qué no hablas?

Ella alzó los hombros. ¿Para qué hablar?...

Cuanto hiciesen por acercarse, sería inútil. Un año antes se buscaron con la ilusión de confortarse mutuamente, de olvidar... Aquella esperanza falló; sus pobres almas estaban bien muertas; todo proyecto de redención era imposible.

24 Diciembre.

Amalia Pérez y Georgina se van con sus amantes; me dejan sola...

¿Cómo pasaré esta Nochebuena?

El ruido de las panderetas y de los tambores, atruena mis oídos, angustiándome el corazón, oprimiéndome la garganta y las sienas. Al pronto concebí y acaricié con deleite la idea de buscar un pueblo, un refugio, á donde el clamoreo de la humana alegría no llegase: El Pardo, Getafe, Aranjuez, perdido bajo las nieblas del Tajo, en el misterio de los bosques desnudos... Pero, no; esto era imposible; en todas partes hay hombres, hombres que adoran á Cristo y celebran su nacimiento ruidosamente... Y entonces envidié la fortuna de los que viajan: hasta los vagones que siguen á la locomotora á través de los desiertos horizontes, no alcanza el imbecil regocijo oficial de los humanos.

Pensando en mi soledad, en mi desamparo, en mi penuria, acudí á mi memoria el divino consejo de Baudelaire: «Embriagaos de vino, de juventud, de gloria, de poesía, no importa de qué; pero embriagaos»...

Dice bien el poeta. Esta noche debo pasarla bebiendo; el vino se lleva los recuerdos y una noche sin recuerdos... ¡Nochebuena!...

Al día siguiente por la tarde...

.....

Varias veces intentaron hablar y no hallaron nada que decirse; el demonio del recuerdo, invadía sus cerebros, cristalizaba en sus labios las palabras. Aunque juntos, se hallaban muy separados por miriadas de pensamientos; tampoco pudieron besarse; entre ambos, sobre la misma almohada, la Muerte y lo imposible, dormían. La obligación en que ambos estaban de hablar, les oprimía la garganta. Ella, queriendo sustraerse á aquel tormento, exclamó:

—¿Quieres que durmamos?

Los muertos triunfaban: él, repuso:

—Sí; ¡es lo mejor!...

Matilde calló; Georgina y Amalia parecían reflexionar. Yo pregunté:

—¿Qué más?

La narradora repuso:

—Nada más.

—¡Ah! ¿Tu cuento acaba así?

—Claro. ¿Pues cómo querías, animal, que concluyese? ¿No te parece una historia... ó, mejor dicho... un estado de alma, muy triste... muy triste?...

Yo, embrutecida, no comprendía; la afasia agarrotaba mi lengua, mis párpados se cerraban.

—Yo — balbuceé — también tuve un amante... Perico... Pedro Francos... un amante de verdad, de corazón... ¿y qué?... Pedro... como Julio... como ese Luis... todos iguales... todos se van... ¿Que eso es triste?... ¡Bah! Total, cero... ¿Sabes?... Nada, sentimentalismos... falta de bebida... nada más... que falta de bebida...

Volví á llenar su vaso y...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS

EPILOGO

Así termina Isabel Ortego sus *Memorias*, con un párrafo que la muerte dejó incluido. ¿Qué misterio hay en él?... Nadie lo sabe; la única boca que hubiera podido decirnoslo, ya se ha cerrado.

Hace poco tiempo la casualidad me llevó a casa de un anticuario. Yo adoro esos bazares melancólicos abastados de relojes de bronce, de puñales, de muebles antiguos, de lechos testigos de ignoradas pasiones, especie de remansos donde la corriente de la vida deja momentáneamente los objetos que al fin, tarde ó temprano, ha de llevarse también. Un espejo con marco dorado llamó mi atención; en un ángulo, alguien había escrito su nombre y una fecha con un diamante. Yo miraba atentamente, escudriñando mi memoria, seguro de haber visto aquel espejo en otra parte.

El anticuario acudió en socorro de mi pensamiento.

—Este mueble—dijo,—perteneció á Isabel Ortego.

—¡Ah!...

—¿La conoció usted?

—Mucho.

Aquel nombre levantaba en mí un mun-

do de recuerdos: los espejos son tristes tristes como el cielo, que todo lo ha visto y de nada conserva huella ni rastro.

—¿Cuántos amantes, tras una noche feliz, anudarian sus corbatas ante aquella luna impenetrable?

—Yo, que compré casi todos los muebles de Isabel Ortego—prosiguió el anticuario,—he tenido la curiosidad de coleccionar sus zapatos: ellos, mejor que nadie, podrán explicarle á usted la historia de la célebre deliciosa sobre cuyos labios pasaron, sin ajarlos, las bocas de tres ó cuatro generaciones.

—¿Luego, ha muerto?—pregunté.

—Sí; murió en el Hospital, hace algunos años.

Mi interlocutor abrió las gavetas de una cómoda donde guardaba las botas y zapatos correspondientes á los principales periodos en que la novela de la célebre cortesana se dividía.

—¡Es curioso!—exclamé;—¡muy curioso!

Y entonces yo, que había leído las *Memorias* de Isabel, comprendí mejor la veneración idolátrica que, desde muy joven, dedicó á sus pies. Allí estaban los

zapatitos infantiles, sin tacón y rotos por la punta, los zuecos rellenos de paja y manchados de barro, y unos brodequines muy rotos, muy feos, los brodequines, quizá, que llevaba puestos cuando Eduardo Olmedo la trajo á Madrid.

—Estos zapatos—continuó el anticuario,—los usó en época posterior.

Era el calzado pretensioso, aunque barato, de las obrerillas domingueras aficionadas á las crujientes enaguas almidonadas y á los pañuelos de crespón.

Cada calzado tenía una fecha. Yo iba examinándolo todo atentamente.

El anticuario prosiguió:

—Estas botas que ve usted aquí fueron compradas por Isabel cinco ó seis años más tarde.

Y extendía la mano, indicándome las aristocráticas botas de tafilete con quince ó veinte botones, y las chinelas que recuerdan el dulce sosiego de los dormitorios, con sus aterciopeladas alfombras, sus cortinajes tupidos, su ambiente oliendo á carnes de mujer limpia. Entonces vi á Isabel llegando al apogeo de su brillante carrera de cortesana vencedora: aquellas botas habían hollado las alfombras de Monte-Carlo y pisado los palcos del *Scala* de Milán y bajado las escaleras de mármol de la Gran Opera de París...

También vi unos zapatos de bailarina y otros de becerro, desgovernados y rotos.

—¿Y éstos?—interrogué—¿á qué época se refieren?

—A una época de decadencia, y bien puede decirse que ellas terminan la historia de Isabel; la pobre Ortego era ya vieja, los hombres la volvían la espalda...

Mi interlocutor me enseñó más de cuarenta pares.

—Los vendobaratos—repetía;—por dos mil reales se los lleva usted todos.

Yo los miraba silencioso, dirigiéndoles un discurso mental: «¿Cómo estáis tan quietos, vosotros que tanto corristeis por el mundo? ¿Quién conoció al marqués de Lágaro? ¿Cuál de vosotros corrió impaciente á las citas de Pedro Francos? ¿Quién pudiera volver á oír el rumor de vuestras pisadas!...»

Vi unas zapatillas de paño muy rotas, muy sucias, muy tristes... ¡Sí, dije bien: muy tristes!

—Con esas zapatillas—exclamó el anticuario, contestando á una pregunta mía—fué Isabel Ortego al Hospital. Cuando murió también las llevaba, y yo, antes de que cerrasen el ataúd, se las quité para completar mi colección.

Este último detalle me resolvió á adquirir aquellos zapatos que componían una historia deslumbrante y caótica, bañada en la melancolía de los ídolos rotos y de las ruinas. Estos viejos objetos encierran grandes y moralizadoras enseñanzas.

Noches atrás, una joven cabecita pelinegra y muy loca, fué á verme; se aburre con sus padres; sus nervios necesitan emociones fuertes; quiere amar, conocer países, luchar con la vida y con las pasiones cuerpo á cuerpo...

He contestado á sus preguntas abriendo el armario donde guardo el calzado de Isabel.

—Así se empieza—dije,—y por aquí se acaba. En ese combate que anhelas emprender, otras mujeres más fuertes y mejor armadas que tú, han sucumbido. La vida es como las montañas: se sube por ella, se llega á la cumbre, se baja después... Y como las montañas dan en la llanura, así las vidas dan en la muerte, que es igualdad y vencimiento de todo orgullo. ¡Más vale que seas buena!

FIN

Madrid.—Julio, 1903.

PO
.A
M